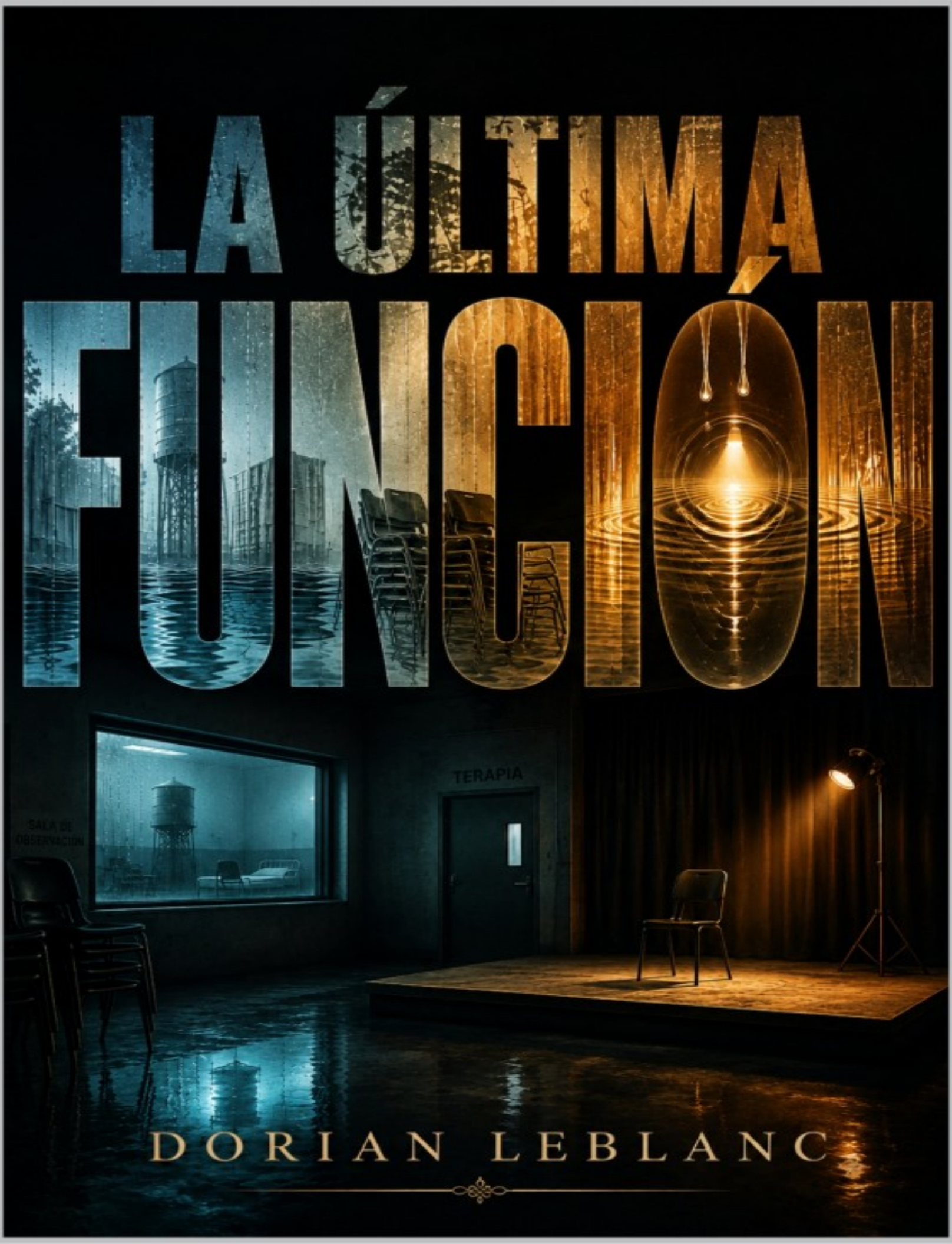
LA ÚLTIMA FUNCIÓN



DORIAN LEBLANC

La última función

Una novela de Dorian Leblanc

Derechos de autor © 2026 Dorian Leblanc

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Agradecimientos

Capítulo 1

La sala vacía

Los teatros vacíos no están realmente vacíos. Conservan una forma particular de espera, una tensión que no depende de las personas que alguna vez ocuparon las butacas, sino de todas aquellas que todavía podrían hacerlo. Basta con entrar a oscuras, permanecer inmóvil durante unos segundos y escuchar cómo el edificio acomoda sus ruidos alrededor de uno para comprender que el silencio de una sala no se parece al de una iglesia ni al de una casa abandonada: es un silencio que observa. Aquel lunes, mientras Mauro manipulaba el manojo de llaves frente a una puerta gris que no tenía ningún cartel, pensé que habían elegido bien. No era el teatro que yo habría pedido, desde luego, ni el lugar que se esperaría para el regreso de un director a quien algunos periódicos todavía se atrevían a llamar prestigioso cuando no estaban demasiado ocupados llamándolo otras cosas, pero poseía esa cualidad indispensable que no se compra con terciopelo, lámparas ni columnas doradas. Parecía estar esperando que alguien le diera una razón para existir.

—Cuesta un poco —dijo Mauro, probando una segunda llave antes de advertir que la primera ya había hecho girar el mecanismo —. La cerradura se atasca cuando pasan varios días sin usarla.

Había pronunciado la frase con la resignación de quien disculpa una imperfección ajena y, durante un instante, estuve a punto de señalarle que un regidor no debía hablar de una sala como si fuese un depósito, aunque preferí reservar la primera corrección para algo que mereciera la pena. Mauro tenía esa clase de rostro que parecía pedir indulgencia antes incluso de cometer un error: facciones amplias, ojos oscuros, una barba corta que no conseguía disimular cierta blandura y unas manos demasiado cuidadas para alguien acostumbrado a mover decorados. Había acudido a buscarme al vestíbulo con una carpeta bajo el brazo y el manojo de llaves sujeto a la cintura, pero no llevaba auricular, cinta métrica ni ninguna de las

herramientas con las que un regidor competente convierte el caos en una sucesión de órdenes comprensibles. Aun así, conocía los horarios, sabía qué pasillos podían utilizarse y había aprendido a caminar sin hacer ruido, virtud esta última que compensaba varias carencias.

Cuando la puerta cedió, no encendió todos los focos. Se limitó a pulsar dos interruptores y una claridad lechosa descendió sobre la primera mitad de la sala, dejando el escenario al fondo, todavía sumergido en una penumbra azulada. El aire olía a madera recién fregada y a un producto químico que alguien había empleado con excesivo entusiasmo. No había polvo sobre las butacas porque, en rigor, no había butacas, sino unas cuarenta sillas negras apiladas contra una pared, junto a tres mesas plegables y varios biombos de hospital que podían resultar útiles si uno conseguía olvidar su procedencia. El escenario se elevaba apenas treinta centímetros sobre el suelo. Encima, una estructura de barras permitía colgar cuatro o cinco focos, quizá seis si el técnico no sufría vértigo ni apego a las normas de seguridad, mientras que al fondo se abría una puerta angosta que comunicaba con un corredor blanco. A la derecha, tras un cristal, había una cabina desde la que alguien podría controlar el sonido o mirar sin ser visto con demasiada facilidad.

No era hermoso, pero los espacios hermosos suelen ser los menos generosos. Llegan terminados, cargados de decisiones tomadas por muertos, arquitectos o administradores, y obligan a trabajar dentro de una idea ajena. Aquel lugar, en cambio, carecía de identidad. Podía convertirse en un apartamento, un tribunal, una piscina vacía, una habitación infantil o el interior de una cabeza en el momento exacto en que empieza a desconfiar de sí misma. Recorrí el perímetro despacio, calculando distancias, observando la altura del techo y la dirección de las salidas, mientras Mauro permanecía junto a la puerta como si temiera que yo pudiera extraviarme en una sala rectangular.

—¿Cuándo montan la grada? —pregunté.

—Las sillas pueden colocarse como usted prefiera.

No había respondido exactamente a mi pregunta, aunque tampoco necesitaba hacerlo. Me acerqué a la pila, separé una silla y la situé en el centro, a seis metros del escenario. Desde allí, el marco de la embocadura desaparecía y la sala se volvía más íntima, casi incómoda. Un espectador sentado en aquel punto no podría refugiarse en la distancia ni fingir que aquello sucedía en otro lugar.

—Como yo prefiera no significa de cualquier manera —le expliqué—. Una silla es una decisión moral. Se le dice al público dónde debe mirar, cuánto puede apartarse y qué parte de su cuerpo tendrá que entregar durante las próximas dos horas. Si la colocamos demasiado lejos, lo autorizamos a juzgar; si la acercamos, lo obligamos a participar.

Mauro observó la silla y luego me miró a mí. Había trabajado con personas capaces de asentir ante cualquier frase incomprensible, pero él no pertenecía a esa especie. Se tomó un segundo, quizá para decidir si yo hablaba en serio, antes de asentir con una moderación que podía interpretarse como respeto o como paciencia.

—La doctora… —comenzó, y enseguida se corrigió—. La responsable del proyecto dijo que antes de cambiar nada debía ver la sala tal como estaba.

Sonreí. La torpeza no había consistido en el tratamiento, sino en la corrección. Los productores siempre han sentido vergüenza de parecer productores y, desde la tragedia, aquella mujer había empezado a rodear cada decisión con términos vagos: responsable, coordinadora, supervisora. Como si modificar el nombre de una función permitiera disimular el poder que se ejercía desde ella.

—Ya la he visto tal como estaba —dije—. Por eso he movido la silla.

Mauro no discutió. Se acercó a una mesa situada junto a la pared, dejó la carpeta y extrajo una botella de agua, dos vasos de plástico y un pequeño estuche blanco que guardó de nuevo cuando advirtió que yo lo estaba mirando. Supuse que contendría pilas, adaptadores o alguna pieza de un micrófono portátil, aunque su manera de cerrarlo resultó excesivamente cuidadosa para un objeto técnico. Después consultó el reloj y me anunció que disponíamos de veinte minutos antes de la reunión. No dijo «reunión de

producción», como habría sido lógico, sino solamente «reunión», y esa falta de precisión me confirmó que el equipo llevaba demasiado tiempo trabajando sin una dirección firme.

Habían pasado años desde la última vez que alguien me había permitido entrar solo en una sala antes del comienzo de un montaje. No porque me hubieran prohibido dirigir de manera expresa; las prohibiciones explícitas son raras en nuestro oficio, donde se prefiere condenar a una persona mediante llamadas que dejan de contestarse, invitaciones que se extravían y proyectos que, después de meses de entusiasmo, descubren súbitamente dificultades presupuestarias. Durante el primer tiempo creí que se trataba de una pausa razonable, el periodo de luto que el público exige a quien sobrevive a una tragedia para poder convencerse de que ha comprendido algo. Más tarde entendí que no esperaban arrepentimiento, sino una humillación presentable. Querían que abandonara las palabras que había utilizado durante toda mi vida —riesgo, entrega, verdad— y las sustituyera por otras más dóciles, elegidas por abogados que jamás habían permanecido frente a un actor cuando este descubre que ya no puede protegerse.

No lo hice. Había aceptado hablar, asistir a entrevistas, responder preguntas cuya sintaxis contenía ya la condena y escuchar a hombres que no conocieron a Nadia explicarme lo que Nadia había sentido. También había firmado documentos sin leerlos con la atención que merecían, porque el lenguaje administrativo posee el don de transformar cualquier acontecimiento en una secuencia de casillas. Sin embargo, no había pedido perdón por el método. Una cosa es reconocer una pérdida y otra muy distinta permitir que los mediocres utilicen a los muertos para prohibir aquello que nunca tuvieron valor de intentar.

Me acerqué al escenario. La madera respondió bajo mis zapatos con un sonido compacto, limpio, y durante unos segundos volví a sentir esa alteración física que siempre había precedido a un ensayo: la respiración se vuelve más profunda, la vista empieza a seleccionar detalles que antes parecían irrelevantes y el cuerpo comprende, antes que la inteligencia, que todas las salidas se han cerrado. En realidad, la puerta por la que habíamos entrado seguía abierta.

También lo estaba la del corredor del fondo, y otra situada junto a la cabina acristalada carecía incluso de picaporte interior. Aquello podía obedecer a una normativa contra incendios, aunque la obsesión por mantener despejados los accesos me pareció desproporcionada para una sala con cuarenta sillas.

—Tendremos que poder cerrar durante los ensayos —dije.

Mauro dejó de ordenar la mesa.

—Las puertas deben permanecer abiertas.

—No durante el trabajo.

—Siempre que haya gente dentro.

La seguridad es el argumento favorito de quienes desean controlar sin confesar que controlan. Bajé del escenario y me acerqué a la puerta principal. La cerradura podía accionarse desde el corredor, pero en el interior no había llave ni pestillo. Una placa metálica cubría el lugar donde habría debido encontrarse el mecanismo, como si alguien lo hubiera retirado a propósito.

—Ningún actor va a llegar a un sitio verdadero si sabe que puede marcharse en cuanto algo le incomode.

—No se trata de incomodidad —respondió Mauro, con una firmeza inesperada—. Son las normas del centro.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. Centro podía significar muchas cosas: centro cultural, centro de producción, centro de experimentación escénica. El edificio había sido un convento o un sanatorio, según la versión que uno aceptara, y quizá la administración conservaba un vocabulario heredado de sus funciones anteriores. A través de la puerta del fondo vi pasar a una mujer con una bandeja cubierta por vasos pequeños. Llevaba ropa blanca y zapatillas de goma; al advertir mi presencia, volvió la cabeza y saludó a Mauro con una inclinación mínima, sin mostrar la curiosidad que suele provocar un desconocido en un espacio cerrado. Una empresa de catering, pensé, aunque resultaba extraño que trabajara antes de que hubiesen llegado los actores.

—Santa Elvira no es un teatro convencional —añadió Mauro—. Ya se lo explicaron.

—Eso espero. Los teatros convencionales llevan décadas perfeccionando la manera de no producir nada vivo.

No sonrió. Tampoco hizo el gesto de quien se siente ofendido, y esa neutralidad comenzaba a parecerme estudiada. Mauro debía de haber recibido instrucciones precisas sobre cómo tratarme, qué asuntos evitar y en qué momento intervenir. Lo habían colocado a mi lado para observar, no solo para organizar, aunque quizás ambas funciones fueran inseparables. Un buen regidor siempre ha sido un espía al servicio del espectáculo: registra retrasos, flaquezas, enemistades, hábitos, todo aquello que un director necesita saber y que los actores creen haber ocultado.

Continué examinando el escenario. Había marcas de cinta adhesiva sobre el suelo, algunas recientes y otras tan antiguas que habían dejado un contorno pegajoso en la madera. En una esquina encontré dos argollas metálicas y, bajo una lona, una colchoneta azul, varias mantas dobladas y un cubo de plástico. No era material escénico especialmente sofisticado, pero tampoco pretendía comenzar con una maquinaria deslumbrante. Después de tanto tiempo, necesitaba personas antes que objetos. Necesitaba comprobar que la atención aún podía tensarse en una sala cuando yo levantaba una mano, que una voz podía abandonar su impostación si se la conducía hasta el punto exacto y que no todo lo ocurrido había destruido la única facultad que jamás había dudado poseer.

—¿Ha visto la lista? —pregunté.

—¿Qué lista?

—Los actores.

Mauro tardó un poco más de lo necesario en contestar. Se aproximó a la carpeta, la abrió y revisó varias hojas sujetas por separadores de colores. Desde mi posición distinguí nombres, fechas y párrafos escritos con una tipografía pequeña, pero no fotografías ni currículos.

—Hay seis personas previstas para la sesión de hoy.

—Para el ensayo.

—Sí. Para el ensayo.

La concesión fue tan visible que decidí no agradecerla. Le pedí los nombres, pero explicó que la responsable prefería presentarlos personalmente y que algunos quizá no participaran durante toda la

jornada. Tampoco pudo aclararme quién había realizado las audiciones, qué experiencia tenía cada uno ni por qué no me habían enviado sus pruebas. Las respuestas estaban redactadas con la prudencia de una institución que teme haber elegido mal: eran personas adecuadas para el proceso, se habían evaluado sus condiciones, conocían los límites del trabajo. Cuando le pregunté qué texto habían preparado, Mauro bajó la mirada hacia la carpeta y reconoció que ninguno disponía de un libreto completo.

—Entonces no han seleccionado actores —dije—. Han seleccionado disponibilidad.

—No sé exactamente cómo se hizo la selección.

—Un regidor que no conoce el reparto es un portero con aspiraciones.

Esta vez sí pareció molestarse, aunque la reacción no duró lo suficiente para satisfacerme. Cerró la carpeta, recogió la botella y me recordó que debíamos acudir a la reunión. Antes de salir, comprobó que las dos puertas permanecieran abiertas y apagó una de las luces, dejando la silla que yo había separado en medio de la sala. Vista desde el corredor, parecía esperar a una persona concreta.

El edificio era más extenso de lo que había imaginado. Los pasillos rodeaban patios interiores en los que crecían árboles demasiado altos, y las paredes conservaban molduras antiguas bajo capas de pintura blanca. Cada cierto tramo aparecían puertas sin rótulo, algunas cerradas, otras abiertas hacia habitaciones donde se alcanzaban a ver camas, sillones o mesas ocupadas por personas que levantaban la vista a nuestro paso. No parecían técnicos ni intérpretes, pero los teatros atraen siempre a una fauna difícil de clasificar, sobre todo cuando se instalan en edificios compartidos con talleres, residencias artísticas o fundaciones. Una mujer de cabello gris caminaba en círculos alrededor de una columna mientras recitaba números en voz baja. Un hombre joven permanecía sentado frente a una ventana, con las manos apoyadas sobre las rodillas y una quietud que habría resultado admirable sobre un escenario. Nadie llevaba acreditación.

—Necesitaremos restringir el acceso a la sala —comenté—. No quiero curiosos entrando durante los ensayos.

—No entrará nadie que no deba estar allí.

—Todo el mundo cree que debe estar en un ensayo hasta que se le demuestra lo contrario.

Mauro se detuvo ante una puerta de cristal esmerilado. En una placa se leía SANTA ELVIRA, y debajo, en letras más pequeñas, aparecía una sucesión de palabras que alguien había cubierto parcialmente con una tira de papel. Alcancé a distinguir «Unidad» y «Programa», pero no el resto. Quizá estuvieran renovando la identidad del centro antes de anunciar el proyecto; los responsables de comunicación sienten una fascinación infantil por esconder palabras antiguas antes de decidir cuáles las sustituirán.

La mujer que nos esperaba detrás de la puerta se levantó cuando entramos. Vestía un pantalón oscuro, una blusa sin adornos y una chaqueta gris que no parecía elegida para inspirar confianza ni autoridad, aunque conseguía ambas cosas. Sobre la mesa había tres carpetas, una grabadora apagada y una jarra de agua. Ningún boceto de escenografía, presupuesto o calendario de producción. Aquella austeridad podía ser una estrategia: eliminar todos los elementos superfluos para obligarme a concentrarme en la conversación.

—Víctor —dijo, indicándome una silla—. Me alegra que haya aceptado venir.

No era la primera vez que nos veíamos, aunque hablaba como si aquel encuentro inaugurara algo. Durante las semanas anteriores habíamos mantenido varias conversaciones en despachos distintos, siempre bajo luces demasiado blancas, y ella había insistido en hacer preguntas que apenas rozaban el proyecto. Dormía bien, le había dicho. No escuchaba voces. Recordaba perfectamente lo ocurrido. No creía que Nadia siguiera viva ni que alguien hubiese alterado las grabaciones. Cada respuesta había parecido decepcionarla de una manera casi profesional.

—No me ofrecieron demasiadas alternativas atractivas —contesté mientras tomaba asiento.

—Aun así, podía negarse.

—Uno siempre puede negarse. Otra cuestión es el precio que otros deciden cobrarle por hacerlo.

Mauro ocupó la silla situada junto a la puerta. No abrió la carpeta ni sacó nada para tomar notas, pero su presencia modificó el espacio. La mujer esperó a que nos acomodáramos antes de apoyar las manos sobre la mesa.

—¿Reconoce la sala?

La pregunta me sorprendió por su pobreza.

—He reconocido sus posibilidades.

—No le he preguntado eso.

—Es la única forma seria de reconocer un escenario. Lo que ya es importa menos que aquello en lo que puede convertirse.

Ella sostuvo mi mirada. No mostraba impaciencia, aunque conocía demasiado bien mis respuestas y sabía que enfrentarlas directamente solo conseguía fortalecerlas.

—Quiero que este trabajo sea diferente de los intentos anteriores.

—Este será el primero —dije—. Lo anterior fueron conversaciones preparatorias.

—Usted las llamó de otras maneras mientras ocurrían.

—Todos cometemos errores de vocabulario cuando todavía no conocemos la forma definitiva de una obra.

Mauro bajó la vista, quizá para esconder una reacción. La mujer no se permitió ninguna. Abrió una de las carpetas y deslizó hacia mí una hoja que contenía horarios, normas y una serie de apartados numerados. El título hablaba de un programa de reconstrucción, expresión melodramática para un proceso que todavía no había comenzado. Leí las primeras líneas y descubrí varias restricciones: duración máxima de las sesiones, presencia obligatoria de Mauro, interrupción inmediata si alguno de los participantes solicitaba detenerse, prohibición de bloquear accesos y obligación de respetar las indicaciones del personal del centro. Al final había una firma que se parecía a la mía, aunque el trazo se volvía más incierto en el apellido.

—Esto no es un contrato de producción.

—Nunca dijimos que lo fuera.

—Dijeron que tendría una sala, un grupo y libertad para terminar el trabajo.

—Tendrá una sala y trabajará con un grupo dentro de los límites acordados. La libertad no consiste en ignorar esos límites.

Volví a mirar el documento. En el margen aparecía la palabra sesiones, repetida con una insistencia innecesaria. Era evidente que los abogados habían intervenido. Después de Nadia, toda palabra capaz de sugerir riesgo había sido sustituida por expresiones sanitizadas, como si un ensayo dejara de ser peligroso al cambiarle el nombre.

—¿Y qué esperan obtener exactamente?

—Que pueda llegar hasta el final.

—Siempre llego hasta el final.

La mujer respiró despacio, sin apartar los ojos de mí.

—No, Víctor. Usted llega hasta el punto en que la historia empieza a contradecirlo y entonces modifica el escenario.

Había preparado la frase. Se notaba en la precisión y en la pausa posterior, calculada para obligarme a reaccionar. Sonreí porque la alternativa habría sido concederle una importancia que todavía no merecía.

—Todos los directores modifican el escenario cuando deja de servir a la obra.

—Esto no es una obra.

—Todavía.

La respuesta produjo el primer silencio verdadero de la reunión. Mauro cambió de posición y la silla crujió bajo su peso, mientras la mujer cerraba la carpeta con una lentitud que pretendía expresar control. Durante las entrevistas anteriores había intentado que habláramos de Nadia sin recurrir al lenguaje teatral; una exigencia tan absurda como pedirle a un cirujano que describiera una operación sin mencionar el cuerpo. Yo no utilizaba metáforas para esconderme, como ella suponía. El teatro era la forma más exacta que conocía de pensar la conducta humana, porque allí nadie actúa sin saber que está siendo observado, aunque dedique todas sus energías a fingir lo contrario.

—Esta es su última oportunidad para terminar el trabajo —dijo finalmente—. Necesito que comprenda lo que significa.

—Significa que, si el resultado es bueno, todos afirmarán haber confiado en mí desde el principio.

—Significa que no volveremos a empezar desde cero.

Aquellas palabras contenían una amenaza, aunque no conseguí identificar su naturaleza. Podían cancelar el proyecto, limitar mi acceso a la sala o utilizar mi negativa como prueba de que no estaba preparado para regresar. La mujer había aprendido a envolver las decisiones más agresivas en una voz serena, como hacen quienes están convencidos de que la calma vuelve benévolo cualquier ejercicio de poder.

—No pienso empezar desde cero —le aseguré—. Nadie empieza desde cero. Traemos todo lo que ocurrió antes, incluso aquello que preferiríamos dejar fuera de la sala.

—Precisamente por eso está aquí.

Durante un momento pensé que iba a mencionar a Nadia. Su nombre permaneció cerca, visible en la forma en que Mauro evitó mirarme y en el cuidado con que la mujer ordenó las hojas. Sin embargo, no lo hizo. Me pidió que firmara una copia de las condiciones, comprobó que hubiese tomado la medicación de la mañana y, cuando le respondí que no necesitaba que una productora controlara mis analgésicos, aceptó la corrección sin discutir el término. Mauro sacó entonces el pequeño estuche blanco que había guardado en la sala y lo depositó sobre la mesa. Dentro había un blíster con dos comprimidos y una etiqueta donde figuraban mi nombre, la fecha y una serie de indicaciones.

—No tengo migraña —dije.

—No son para la migraña —respondió ella.

La miré, esperando una explicación, pero se limitó a acercarme un vaso de agua. Recordé que había aceptado ciertas condiciones médicas después de las semanas de insomnio y de aquel episodio en el hotel, cuando un empleado juró que yo llevaba horas hablando con alguien en una habitación vacía. Los detalles se habían exagerado, como siempre ocurre cuando un hombre conocido pierde el control delante de testigos anónimos. Tomé los comprimidos

porque negarme habría transformado un gesto insignificante en un conflicto útil para ellos, y bebí el agua sin apartar la vista de la mujer.

—Bien —dijo—. Podemos comenzar.

Regresamos a la sala por otro corredor. A esa hora, el edificio había adquirido una actividad discreta: puertas que se abrían, carros que avanzaban sobre ruedas de goma, voces contenidas detrás de los cristales. Mauro caminaba a mi lado, ya no delante, y cada tanto comprobaba que yo continuara siguiéndolo, detalle que atribuí a la desconfianza nacida de nuestra conversación anterior. Cuando llegamos, las luces estaban encendidas y las sillas habían sido dispuestas en círculo, incluida la que yo había colocado frente al escenario. Alguien había deshecho mi primera decisión sin consultarme.

Había cinco personas sentadas. La sexta permanecía de pie al fondo, casi fuera del alcance de la luz, observando una de las marcas del suelo. Ninguna llevaba vestuario de ensayo. Dos hombres vestían pantalones deportivos; una mujer mayor apretaba contra el pecho una libreta; otra, mucho más joven, movía la pierna con una rapidez que hacía temblar la silla. El último integrante del círculo tenía los brazos cruzados y una expresión abiertamente hostil, quizá la única actitud profesional de todo el grupo.

Nadie se levantó al verme. Tampoco hubo ese instante de reconocimiento, mezcla de curiosidad y cálculo, que suele producir la llegada de un director cuya reputación lo precede. Algunos me miraron, otros continuaron ocupados en sí mismos y el hombre de los brazos cruzados dirigió una pregunta a Mauro sobre la hora de la cena. Comprendí que habían sido instruidos para no tratarme de manera diferente. La productora quería evitar que mi nombre contaminara el trabajo antes de empezar, decisión razonable aunque difícil de ejecutar con intérpretes capaces de leer un periódico.

—Víctor dirigirá la sesión —anunció ella, quedándose junto a la entrada—. Mauro permanecerá aquí y cualquiera puede detenerse cuando lo necesite.

—Antes de comenzar —dije—, quitemos el círculo.

Varias miradas se desplazaron hacia la mujer, no hacia mí. Ella hizo un gesto que podía significar consentimiento o simple permiso para observar qué ocurría. Tomé dos sillas y las aparté. Después indiqué a los demás que dejaran libre el centro y colocaran los asientos frente al escenario, sin una simetría demasiado evidente. Hubo cierta confusión, movimientos lentos y una pregunta sobre si aquello formaba parte del ejercicio, pero al cabo de unos minutos el espacio empezó a parecerse menos a una reunión de personas obligadas a compartir sus problemas.

Solo entonces reparé en la mujer que seguía al fondo. Tendría poco más de treinta años, aunque había rostros que no entregaban la edad hasta que se los veía reír. Llevaba el cabello recogido de cualquier manera y una camiseta negra demasiado grande, con las mangas dobladas sobre los brazos. No se parecía a Nadia. El parecido habría resultado vulgar, una provocación construida por la productora para medir mi reacción, y ella era más baja, menos angulosa, con una forma de sostener los hombros que revelaba el hábito de pedir disculpas por el espacio ocupado. Sin embargo, cuando me acerqué, levantó la cabeza sin retroceder. No había desafío en sus ojos, sino una atención desconfiada, la clase de atención que no se concede a una persona, sino al peligro que podría representar.

—Falta una silla —le dije.

—Prefiero estar de pie.

—Eso no es una preferencia. Es una manera de conservar la posibilidad de marcharse.

—La puerta está abierta.

Pronunció la frase sin ironía y miró hacia el corredor. Mauro dio un paso, quizá por costumbre, mientras la productora se mantenía inmóvil junto a la entrada. La mujer volvió a observarme y por un momento pareció que esperaba una orden.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Ella abrió la boca, pero el hombre de los brazos cruzados dejó caer una silla y el golpe resonó en la sala. Varias personas se sobresaltaron. La joven del fondo no apartó los ojos de mí, aunque sus dedos se cerraron alrededor del borde de la camiseta. Después

miró el escenario, respiró con lentitud y murmuró una frase que quizá no estaba dirigida a nadie.

—No me mires como si ya supieras cómo voy a terminar.

Nadia la había pronunciado durante su primera audición, muchos años antes, cuando yo le pedí que repitiera una escena y cometí el error de explicarle qué emoción esperaba encontrar. No figuraba en ningún texto. No la habíamos utilizado en entrevistas ni aparecía en los artículos publicados después de su muerte. Había pertenecido a un instante privado, a una muchacha insolente que todavía no confiaba en mí y que, precisamente por eso, terminó obligándome a mirarla.

La mujer del fondo desvió la vista, como si se arrepintiera de haber hablado. Mauro pronunció mi nombre y la productora se apartó de la puerta, pero sus movimientos llegaron tarde. La sala había dejado de estar vacía. El trabajo, pese a todas las precauciones con las que habían intentado domesticarlo, acababa de comenzar, y mientras observaba la respiración irregular de aquella desconocida comprendí que no necesitaba conocer todavía su experiencia, sus límites ni la razón por la que había aceptado estar allí. Había cosas que un director reconocía antes de poder explicarlas.

Ya había encontrado a mi actriz.

Capítulo 2

El método

La primera impresión que produce un actor suele ser falsa, pero no por eso deja de ser útil. Hay quienes entran en una sala intentando demostrar que no tienen miedo y quienes necesitan exhibirlo para obtener una indulgencia anticipada; algunos hablan demasiado porque desean ocupar el espacio antes de que otro lo haga, mientras que otros confunden el silencio con una forma de misterio. Ninguno de esos gestos revela todavía quiénes son, aunque sí permite averiguar qué parte de sí mismos han decidido proteger. El trabajo de un director comienza ahí, no cuando alguien pronuncia la primera frase de un texto, sino en el instante anterior, cuando la persona cree que aún no está actuando.

Los seis participantes se habían sentado frente al escenario con la incomodidad de quienes no estaban acostumbrados a obedecer una disposición espacial sin preguntar para qué servía. La mujer de la libreta mantenía las rodillas juntas y escribía cada vez que yo dirigía la mirada hacia otro sitio; el hombre que había dejado caer la silla continuaba con los brazos cruzados, aunque ahora una de sus piernas se movía con impaciencia; la joven que había temblado durante nuestra llegada se había colocado cerca de la salida, y el muchacho que permanecía junto a la ventana en el corredor observaba las barras de iluminación como si intentara calcular cuánto peso podían soportar. Había un sexto hombre, mayor que los demás, que no había llamado mi atención porque parecía haberse propuesto no hacerlo. La desconocida del fondo, en cambio, seguía de pie.

Después de su frase, la sala había entrado en uno de esos estados de concentración que rara vez se consiguen mediante una orden. Nadie comprendía lo que acababa de ocurrir, pero todos habían percibido que algo había modificado la relación entre ella y yo. Mauro se había acercado con la intención de intervenir, quizá porque conocía el antecedente o porque la productora le había

indicado que evitara cualquier referencia a Nadia durante la primera sesión, aunque se detuvo cuando levanté una mano. La autoridad no depende de la fuerza del gesto, sino de la certeza con que uno presupone que será obedecido.

—Voy a preguntártelo otra vez —dije—. ¿Cómo te llamas?

La mujer dudó antes de contestar. La camiseta negra le caía sobre los hombros y ocultaba casi por completo la forma de sus brazos, pero sus manos permanecían visibles, unidas frente al abdomen con una tensión que no había desaparecido.

—Nora.

Esperé un apellido. Al comprender que no pensaba ofrecérmelo, incliné la cabeza y repetí el nombre en voz alta, no para recordarlo, sino para comprobar cómo resonaba en la sala.

—¿Has estudiado interpretación?

—No.

—¿Has actuado alguna vez?

—No de la forma que usted quiere decir.

—Todavía no sabes de qué forma quiero decirlo.

Nora miró a la productora, y aquel desplazamiento de los ojos, rápido pero inequívoco, reveló que no había acudido por iniciativa propia. Podía tratarse de una recomendación, una beca o uno de esos programas con los que las fundaciones reclutan personas sin experiencia para demostrar que el arte posee una función social. Siempre he desconfiado de esa expresión. El arte no necesita que se le atribuya una utilidad para justificar su existencia, y las personas a quienes se pretende ayudar mediante él suelen terminar convertidas en material de promoción para instituciones que las abandonan en cuanto se apagan las cámaras.

—Víctor —intervino la productora—, quizá convenga que primero expliquemos el funcionamiento de las sesiones.

—Los ensayos funcionan mejor cuando nadie cree haberlos comprendido antes de empezar.

—No son ensayos en el sentido habitual.

—Por eso me han llamado.

Ella aceptó la respuesta sin concedérmela. Se apoyó contra la pared, cerca de la puerta, y cruzó las manos sobre el abdomen. No

había traído la grabadora que había visto en su despacho, pero la cabina acristalada estaba iluminada y detrás del cristal se distinguía una pequeña luz roja. Una cámara, quizá. No me molestaba que registraran el trabajo. Las personas se comportan de una manera más honesta cuando saben que serán observadas después, aunque pasen la primera hora fingiendo que han olvidado la presencia del objetivo.

Me volví hacia el grupo y les pedí que dijeran sus nombres. La mujer de la libreta se llamaba Teresa y había hecho teatro en el colegio, precisión que ofreció como si temiera que yo pudiera descubrir la mentira por mi cuenta. El hombre de los brazos cruzados respondió que se llamaba Samuel y que no estaba allí para actuar; añadió que se lo habían explicado a la responsable, mirando a la productora y no a mí. La joven situada cerca de la salida era Julia. Habló tan bajo que tuve que pedirle que repitiera su nombre, y cuando lo hizo se disculpó sin que nadie se lo hubiese exigido. El muchacho de la ventana se presentó como Darío, aunque tardó varios segundos en advertir que le correspondía hablar. El hombre mayor se llamaba Esteban y aseguró que prefería observar durante la primera jornada.

—Observar también es actuar —le dije—. Solo que desde un lugar donde uno espera que no se note.

Esteban sonrió con una prudencia que parecía antigua. Había visto esa clase de sonrisa en actores veteranos que aceptan una indicación para impedir que el director prolongue la explicación, pero en él no había oficio, sino cansancio. Aquellas personas no formaban una compañía y, cuanto más las escuchaba, más evidente resultaba que alguien había confundido diversidad con ausencia de criterio. Las edades, los cuerpos y las formas de hablar podían enriquecer un reparto, desde luego, pero tenía que existir una voluntad común, aunque fuese mínima. Ellos no parecían haber acudido al mismo lugar por la misma razón.

—¿Por qué estáis aquí? —pregunté.

Mauro miró el reloj. La productora, en cambio, no hizo ningún gesto para detenerme.

Teresa dijo que quería recuperar la confianza. Julia respondió que le habían recomendado participar y después se quedó callada, como si cualquier detalle adicional pudiera volverse en su contra. Darío se encogió de hombros; llevaba varias semanas asistiendo a actividades en el centro y aquella era una más. Esteban habló de aprender a relacionarse con los demás sin sentirse observado, contradicción que pareció incomodarlo cuando Samuel soltó una risa breve. Este último se negó a contestar. Según él, ya había explicado demasiadas veces por qué estaba allí y no veía la utilidad de repetirlo para satisfacer la curiosidad de un desconocido.

—No soy un desconocido —dije.

—Para mí sí.

—Eso puede corregirse.

—No necesito que me corrija.

Samuel había elegido bien el tono. No levantó la voz ni buscó la aprobación de los demás; se limitó a mirarme con una hostilidad seca, desprovista de teatralidad, y por primera vez comprendí por qué podían haberlo incluido. Un grupo necesita una resistencia visible, alguien que exprese aquello que los demás todavía no se atreven a formular. Los directores inseguros consideran que esa persona amenaza su autoridad. Los buenos aprenden a utilizarla.

—Todos necesitamos que nos corrijan —le respondí—. La diferencia es que algunos preferimos elegir a quien lo hace.

—Yo no le he elegido.

—Eso también puede corregirse.

La respuesta provocó una risa nerviosa en Teresa. Samuel giró la cabeza hacia ella y el sonido se extinguió, aunque ya había servido para aliviar la tensión. Me acerqué al escenario y subí sin utilizar los dos escalones laterales. Desde allí, los seis asientos ocupados parecían aún más dispersos. Nora continuaba al fondo, junto a una de las paredes, negándose a formar parte de la composición.

—Nadie os ha seleccionado porque seáis actores —dije—. Eso es evidente y, en algunos casos, quizá sea una ventaja. Un actor con demasiada formación aprende a protegerse mediante técnicas que otros confunden con talento. Sabe llorar sin sufrir, temblar sin tener miedo y seducir sin sentir deseo. Domina el mecanismo, pero ha

dejado de arriesgarse. Vosotros todavía no habéis aprendido esas defensas.

—No estamos aquí para sufrir —intervino Mauro.

No había alzado la voz, pero su observación modificó la postura de varias personas. Julia dejó de apretar las manos. Teresa escribió algo en la libreta. Samuel descruzó los brazos y apoyó los antebrazos sobre las piernas, interesado por primera vez.

—Tampoco estáis aquí para evitarlo —contesté.

—Los objetivos se acordaron antes de que llegara.

—Los objetivos anteriores a un ensayo son supersticiones administrativas. Sirven para tranquilizar a quien necesita presupuestar un resultado.

La productora se separó de la pared.

—Los límites no son supersticiones.

—No he hablado de límites.

—Todavía.

Había algo estimulante en su manera de contradecirme. No lo hacía para exhibirse ante el grupo ni para disputar el control de la sala, sino porque parecía convencida de que cualquier frase mía contenía una segunda intención que debía impedirme desarrollar. Quizá llevaba demasiado tiempo trabajando con artistas, aunque su conocimiento no era el de una productora habitual. Los productores temen el conflicto porque retrasa el calendario y aumenta el presupuesto; ella lo observaba como si esperara obtener información de él.

—No voy a pedirle a nadie que haga nada peligroso —dije.

Samuel soltó una risa nasal.

—Eso tranquiliza mucho.

—No pretendía tranquilizarte.

—Víctor —advirtió Mauro.

—¿Qué? —pregunté, volviéndome hacia él—. ¿Prefieres que les mienta antes de enseñarles a dejar de hacerlo?

Mauro sostuvo mi mirada y, durante unos segundos, fue posible advertir la fuerza que escondía bajo su apariencia dócil. No era un hombre fácil de intimidar. Había desarrollado una paciencia resistente, quizá después de trabajar con directores peores que yo, y

su cuerpo permanecía relajado incluso cuando se preparaba para intervenir.

—Prefiero que recuerde lo que firmó esta mañana.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Entonces podemos seguir.

La frase sonó a permiso y estuve a punto de corregirlo, pero hacerlo habría confirmado que lo necesitaba. En lugar de responder, pedí a Teresa que dejara la libreta en el suelo. Ella la sostuvo un instante contra el pecho antes de obedecer. Después indiqué a todos que se levantaran y formaran una línea junto a la pared, de cara al escenario. El movimiento resultó torpe: Samuel arrastró la silla con más ruido del necesario; Julia miró hacia la puerta antes de ocupar su lugar; Darío se colocó demasiado cerca de Esteban y tuvo que apartarse cuando el hombre mayor le pidió espacio. Nora siguió inmóvil.

—Tú también —le dije.

—No he dicho que quiera participar.

—Tampoco has dicho que quieras marcharte.

—La puerta está abierta.

—Y sigues aquí.

Aquello la molestó porque era cierto. Se incorporó a la fila, aunque dejó más distancia entre su cuerpo y el de Julia que el resto. Desde el escenario pude observarlos sin necesidad de girar la cabeza: seis personas alineadas contra una pared blanca, bajo una luz que no había sido diseñada para favorecer a nadie. La escena poseía una crudeza involuntaria. Habría bastado retirar las sillas, cerrar el acceso del fondo y reducir la intensidad de los fluorescentes para convertirla en algo utilizable.

—El primer ejercicio es sencillo —expliqué—. Vais a cruzar la sala uno por uno, subir al escenario y decir vuestro nombre. Después bajaréis por el otro lado y volveréis a colocaros al final de la fila.

Teresa frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

—Todavía no lo has hecho y ya te parece poco.

—Solo preguntaba.

—No. Te defendías de la posibilidad de hacerlo mal.

La mujer bajó la mirada. Había respondido con una dureza mayor de la necesaria, aunque la reacción confirmó mi hipótesis. Teresa utilizaba las preguntas para convertir cada situación en una conversación y evitar así quedar expuesta dentro de ella.

—No hay una forma correcta —añadí—. Pero sí hay muchas formas falsas.

Mauro se movió hacia un lateral de la sala. La productora permaneció junto a la entrada, observando. Nadie preguntó cuál era el orden, por lo que señalé a Darío. El muchacho tardó en comprender que debía empezar; después cruzó el espacio con pasos excesivamente largos, subió al escenario y se volvió hacia nosotros.

—Darío.

Lo dijo con una entonación ascendente, como si su propio nombre fuese una pregunta. Bajó enseguida y regresó a la fila.

—Otra vez.

Darío se detuvo.

—¿Qué he hecho mal?

—Has venido hasta aquí para terminar cuanto antes. No has cruzado una sala; has cumplido un trámite. Vuelve a hacerlo sin decidir de antemano cuándo dejará de interesarte.

—No entiendo.

—Mejor. Inténtalo antes de encontrar una explicación que te permita fracasar con comodidad.

La segunda vez caminó más despacio, pero aquello no corrigió nada. Había sustituido la prisa por una gravedad artificial y cada paso anunciaba que estaba esforzándose por parecer presente. Le pedí una tercera repetición, y entonces Mauro intervino para recordarme que el ejercicio no debía convertirse en una evaluación individual. Lo miré desde el escenario.

—Todo ejercicio es una evaluación individual.

—No aquí.

—Especialmente aquí.

Darío había quedado a medio camino, expuesto entre nosotros. Comprendí que prolongar la discusión lo convertiría en testigo de una disputa que no le pertenecía, así que le indiqué que continuara. Esta vez llegó irritado. Subió sin mirar el suelo y pronunció su

nombre como si me lo arrojara. No había belleza en el resultado, pero al menos había desaparecido la preocupación por hacerlo bien.

—Eso ha sido más honesto —dije.

—Estaba enfadado.

—Lo sé.

—Entonces no era el ejercicio.

—Era exactamente el ejercicio.

La incomprensión que apareció en su rostro no me preocupó. Los actores necesitan tiempo para aceptar que una indicación puede producir un resultado distinto de aquel que parece solicitar. La literalidad es la forma más humilde de resistencia.

Julia fue la siguiente. Cruzó la sala procurando no llamar la atención, paradoja que la volvía aún más visible. Mantenía los brazos pegados al cuerpo y apenas levantaba los pies; al llegar al escenario, miró hacia la productora antes de decir su nombre.

—¿A quién se lo has dicho? —pregunté.

—A todos.

—Has mirado a una sola persona.

Julia bajó la vista.

—No me he dado cuenta.

—Eso no significa que no lo hayas hecho.

—Quizá buscaba seguridad —dijo la productora.

—La seguridad no se busca con la mirada. Se solicita.

Julia respiró hondo, y por un instante temí que rompiera a llorar. No porque la hubiese presionado demasiado, sino porque algunas personas utilizan el llanto cuando se sienten observadas y todavía no han encontrado otra manera de detener a quienes las miran. Mauro dio un paso hacia ella. Antes de que pudiera acercarse, le pedí que repitiera el recorrido mirando únicamente al frente.

—No puedo.

—Ya lo has hecho una vez.

—No así.

—Entonces podrás descubrir qué cambia.

—Víctor —dijo Mauro, ahora con mayor firmeza—. Julia puede decidir si quiere repetirlo.

Ella lo miró. Después miró a la productora y, por último, a mí. Había tres autoridades distintas en la sala, y cada una parecía ofrecerle una salida diferente. Aquella multiplicidad era perjudicial para cualquier proceso; una persona insegura no necesita más opciones, sino una dirección clara.

—Quiero hacerlo —murmuró.

Mauro no se movió. Yo asentí y Julia regresó a la pared. La segunda vez cruzó con los ojos fijos en el escenario. Su respiración se volvió visible antes de alcanzar la mitad del recorrido, pero continuó, subió y dijo su nombre sin buscar a nadie. Cuando terminó, no le pedí que repitiera. Tampoco la felicité. El elogio habría convertido el esfuerzo en una conducta que debía reproducir para complacerme.

Teresa realizó el ejercicio intentando demostrar que había comprendido lo ocurrido con los demás. Caminó con una naturalidad elaborada, sostuvo la mirada del grupo y pronunció su nombre con una serenidad que probablemente había practicado frente a un espejo durante años. Le pedí que lo repitiera sin seducirnos. Ella se ofendió, luego sonrió para disimularlo, y esa sonrisa confirmó la corrección. Samuel se negó a subir al escenario hasta que le expliqué que su negativa era ya una actuación y que, si deseaba desafiarme de verdad, tendría que encontrar una forma menos previsible. Subió por rabia, dijo su nombre y volvió a bajar sin esperar instrucciones.

Esteban cruzó la sala con una sencillez que no había aparecido en los demás. No intentó producir nada y, por ello, el grupo lo observó con mayor atención. Cuando dijo su nombre, Teresa dejó de mover el pie y Julia levantó la cabeza. Él no era consciente de lo que había conseguido.

—¿Había actuado antes? —pregunté.

—Le he dicho que no.

—Me ha dicho que prefería observar. No es lo mismo.

Esteban sonrió de nuevo, pero esta vez la expresión contenía una tristeza que no supe interpretar.

—He pasado muchos años procurando que nadie notara cuándo estaba mal. Supongo que algo se aprende.

La frase dejó un peso incómodo en la sala. La productora lo miró con atención; Mauro hizo una anotación en una hoja que había sacado de la carpeta. Yo pensé que, si aquel hombre conseguía trasladar esa experiencia a un texto sin convertirla en confesión, podría resultar útil.

Nora había quedado la última. No esperó a que la llamara. Se separó de la pared y cruzó el espacio con una velocidad regular, sin la prisa de Darío ni la cautela de Julia. A mitad de camino percibí que contenía ligeramente la respiración. No era miedo escénico, al menos no en su forma habitual. Parecía estar administrando el aire, como si hubiese aprendido a reducir cualquier señal física antes de que los demás pudieran interpretarla.

Subió al escenario por los escalones laterales. Cuando se volvió, no miró al grupo, sino a mí.

—Nora.

Su voz era más grave de lo que había imaginado. El nombre no sonó como una presentación, sino como una advertencia.

—Otra vez —dije.

—¿Qué ha sido falso?

—Has decidido que yo era el público.

—Usted me estaba mirando.

—Todos te estaban mirando.

—Los demás no intentaban descubrir nada.

—¿Y yo sí?

Nora formuló la pregunta sin apartar los ojos. No había coquetería, aunque la atención mutua empezaba a adquirir una intensidad que los demás podían confundir con ella. Bajé del escenario y me acerqué hasta detenerme a pocos pasos.

—Siempre intento descubrir algo.

—Eso no significa que tenga derecho.

—El derecho es una palabra que se utiliza cuando la confianza ya ha fracasado.

—Entonces úsela mucho conmigo.

Samuel soltó una carcajada. Teresa volvió a coger la libreta del suelo, quizá para esconder la incomodidad, y Mauro se colocó más cerca del escenario. La productora continuaba junto a la puerta,

pero su expresión había cambiado. Ya no observaba el ejercicio. Nos observaba a Nora y a mí.

—Vuelve al principio —le indiqué.

—No.

La negativa no fue teatral. Nora no elevó la voz ni adoptó una postura desafiante; simplemente permaneció en el escenario, mirándome, mientras su respiración recuperaba el ritmo. Aquel «no» no buscaba llamar la atención, sino establecer un límite. Por eso resultaba más interesante que el de Samuel.

—¿Por qué?

—Porque ya lo he hecho.

—La repetición permite descubrir lo que uno ocultó la primera vez.

—O permite que usted siga buscando hasta encontrar lo que quería ver.

Sentí una satisfacción que no debía mostrar. No se trataba de Nadia; el parecido entre ambas seguía sin existir en los rasgos, la voz ni la manera de moverse. Sin embargo, Nora poseía la misma resistencia inicial, la capacidad de detectar la trampa contenida en una indicación y devolverla antes de que pudiera cerrarse sobre ella. Nadia había comprendido muy pronto que yo no corregía acciones, sino defensas. Eso la había enfurecido y atraído con una intensidad equivalente.

—Puedes bajar —dije.

Nora pareció sorprendida. Había preparado una segunda negativa y mi retirada la dejó sin utilizarla. Descendió del escenario y regresó a su lugar, pero ya no se colocó junto a la pared. Permaneció cerca de los demás, aunque sin integrarse del todo.

Durante la hora siguiente trabajamos sobre acciones mínimas. Les pedí que se sentaran sin convertir la silla en refugio, que escucharan una frase sin preparar la respuesta y que observaran a otro miembro del grupo durante treinta segundos. Nada de aquello exigía experiencia, pero cada ejercicio revelaba con rapidez las estrategias que utilizaban para defenderse. Teresa llenaba cualquier pausa con palabras; Samuel transformaba la vulnerabilidad en desafío; Julia buscaba una figura que autorizara sus movimientos;

Darío se ausentaba cuando la atención permanecía demasiado tiempo sobre él; Esteban había perfeccionado una cortesía que impedía a los demás acercarse a lo que sentía. Nora hacía algo más complejo: aceptaba la mirada mientras pudiera devolverla, pero se retiraba en cuanto sospechaba que alguien había establecido el significado de lo que estaba viendo.

La sesión habría avanzado con mayor fluidez sin las interrupciones de Mauro. Controlaba el tiempo de cada ejercicio, preguntaba a los participantes cómo se encontraban y detenía cualquier indicación que interpretara como demasiado abierta. Cuando pedí a Samuel que permaneciera en silencio frente a Nora hasta que dejara de utilizar la hostilidad como escudo, Mauro anunció que no continuaríamos sin definir una duración. Le respondí que la duración dependía de lo que sucediera, y él fijó dos minutos. La productora respaldó la decisión.

—No se puede determinar de antemano cuánto tarda alguien en abandonar una defensa —protesté.

—Tampoco puede obligarlo a permanecer hasta que usted decida que la ha abandonado —dijo ella.

—No obligo a nadie.

Samuel me miró con una sonrisa desagradable.

—Claro.

—Puedes marcharte cuando quieras.

—Me han dicho que tengo que quedarme hasta el final.

La respuesta produjo un silencio breve. Mauro intervino enseguida para aclarar que Samuel podía abandonar el ejercicio, aunque debía permanecer en la sala hasta que terminara la actividad. La diferencia parecía administrativa, pero confirmó que el grupo no se encontraba allí con la libertad que me habían prometido. Quizá algunos participaban como condición de una ayuda, una beca o un programa de residencia. No era mi responsabilidad averiguarlo durante la primera jornada.

A mitad de la mañana, la puerta del corredor se abrió y entró una mujer con la misma bandeja que había visto antes. Llevaba vasos pequeños, esta vez acompañados por varios blísteres y una

jarra. Mauro consultó el reloj y anunció que debíamos hacer una pausa.

—Podemos continuar diez minutos más —dije.

—No.

La negativa, viniendo de él, poseía un peso distinto. Varios participantes se levantaron antes de que yo pudiera responder. Julia fue hacia la bandeja; Darío se acercó a Mauro y le preguntó si podía tomar el comprimido después; Teresa guardó la libreta y Samuel salió al corredor acompañado por la mujer de blanco. La rapidez con que el grupo abandonó el trabajo me irritó más que la interrupción.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es la hora de la medicación.

Mauro habló sin bajar la voz. Nora, que estaba bebiendo agua junto a la pared, me observó por encima del vaso. La productora se había acercado a Julia y comprobaba algo escrito en una hoja.

—Un reparto prometedor —dije—. Dos ejercicios y ya necesita apoyo farmacológico.

Nadie sonrió. La broma había sido menos cruel de lo que sus expresiones sugerían, pero el ambiente se endureció. Mauro dejó la carpeta sobre la mesa y se acercó hasta situarse frente a mí.

—No vuelva a hablar así.

—No he utilizado ningún nombre.

—No importa.

—Si desean que trabaje con estas personas, tendré que saber qué limita su capacidad.

—No son capacidades lo que estamos evaluando.

—Entonces alguien debería explicarme qué demonios estamos haciendo.

La productora se separó de Julia y nos pidió que habláramos fuera. La seguí hasta el corredor, mientras Mauro permanecía en la sala. A través de la puerta abierta veía a los participantes repartidos alrededor de la mesa: algunos tomaban pastillas, otros bebían agua o conversaban en voz baja. Nora no se había acercado a la bandeja. Continuaba observándonos.

—Se le explicó que el grupo forma parte de un programa —dijo la mujer.

—No se me explicó que la mitad estuviera medicada.

—No necesita conocer los tratamientos individuales.

—Necesito saber si una indicación puede producir una reacción que no dependa del ejercicio.

—Todas las reacciones dependen de más cosas que el ejercicio.

—No me dé una respuesta de manual.

—Y usted no convierta a las personas en material antes de conocerlas.

El corredor estaba vacío, pero ella había moderado la voz. No quería que los demás escucharan, o quizá sabía que cualquier disputa conmigo adquiría una dimensión distinta cuando había testigos.

—Los actores son material —respondí—. También lo es el director. Lo es la luz, la temperatura, el miedo, la historia de la sala. La diferencia está en cómo se utiliza.

—Ellos no son actores.

—Eso llevan repitiéndome desde que he llegado.

—Porque usted continúa comportándose como si bastara con cambiarles el nombre para modificar lo que son.

La frase me molestó más de lo que debía. Durante años me habían acusado de imponer identidades, de obligar a los intérpretes a habitar lugares que no habían elegido, como si toda dirección no consistiera precisamente en eso. Un actor entra en una sala para dejar de ser quien era, aunque luego necesite denunciar la violencia del proceso con el fin de recuperar una inocencia que nunca tuvo.

—Nora sí puede serlo —dije.

La productora me observó con una atención inmediata.

—No ha venido para ser actriz.

—No importa por qué ha venido.

—Importa mucho.

—Solo para usted.

—Para ella también.

Miré hacia la sala. Nora había dejado el vaso y hablaba con Esteban. No parecía frágil, aunque la productora actuaba como si cualquier interés mío pudiera dañarla. Aquella protección anticipada no ayudaba a nadie. Las personas a las que se trata como si fueran

a romperse terminan utilizando la fragilidad como única forma de poder.

—Ha repetido una frase de Nadia —dije.

—No exactamente.

—Palabra por palabra.

—Usted lleva semanas utilizando esa frase.

La afirmación era absurda.

—No la he mencionado.

—Quizá no lo recuerde.

La miré, esperando que corrigiera el tono. No lo hizo. Desde nuestra primera conversación había intentado sembrar pequeñas dudas sobre mi memoria, siempre mediante observaciones lo bastante vagas como para retirarlas si yo exigía pruebas. El hotel, las llamadas nocturnas, las versiones distintas del accidente. Ahora pretendía que hubiera compartido una frase que no había pronunciado desde la muerte de Nadia.

—Recuerdo perfectamente lo que digo.

—Ese es uno de los problemas.

—¿La conocía ella?

—Pregúnteselo.

La mujer regresó a la sala antes de que pudiera responder. No la seguí de inmediato. Permanecí unos segundos en el corredor, observando la placa situada junto a la puerta. SANTA ELVIRA. Debajo, la tira de papel seguía ocultando parte de la denominación del programa. Podría haberla retirado con facilidad, pero hacerlo delante de la cabina y de Mauro habría parecido una curiosidad impropia. Ya encontraría otro momento.

Cuando regresé, los participantes estaban ocupando de nuevo sus lugares. La pausa había destruido la concentración obtenida durante los ejercicios y devolvía a cada uno sus defensas. Teresa escribía. Samuel se había sentado cerca de la puerta. Julia parecía más cansada, mientras Darío movía la lengua dentro de la boca como si el comprimido le hubiese dejado un sabor desagradable. Nora permanecía junto a Esteban.

—Terminaremos con una sola pregunta —anuncié.

Mauro consultó el reloj.

—Quedan quince minutos.

—Será suficiente si nadie intenta protegerlos de la respuesta.

La productora no reaccionó. Tomé la silla que había colocado frente al escenario el día anterior y la llevé al centro de la sala. Les pedí que se sentaran por turnos y respondieran qué era aquello que no querían que los demás descubrieran al mirarlos. Mauro abrió la boca para intervenir, pero la productora levantó una mano. Tal vez deseaba observar hasta dónde llegaba o quizá la pregunta formaba parte de sus propios objetivos.

No esperaba confesiones. Las confesiones prematuras carecen de interés porque permiten a quien las realiza elegir el daño que mostrará y controlar así la compasión de los demás. Me interesaban las negativas, los rodeos, la forma en que cada uno intentaría transformar la pregunta.

Teresa dijo que no quería que descubrieran que necesitaba agradar. La respuesta era demasiado perfecta; se había adelantado a la crítica y la había convertido en una muestra de lucidez. Samuel se negó a sentarse y respondió desde su lugar que no le importaba lo que pensáramos. Julia lloró antes de hablar, aunque consiguió decir que no quería que la consideraran débil. Darío afirmó no saberlo, y su desconexión fue tan completa que no insistí. Esteban se sentó, apoyó las manos sobre las rodillas y dijo que no quería que nadie descubriese cuánto alivio sentía cuando estaba solo.

La sinceridad del hombre afectó al grupo. Teresa dejó de escribir; Julia se secó las mejillas; incluso Samuel apartó la vista. Esteban no añadió ninguna explicación, y esa ausencia de defensa volvió su respuesta más poderosa. Le indiqué que podía levantarse.

Nora fue la última. Se acercó a la silla, pero no se sentó.

—¿Qué no quieres que descubramos? —pregunté.

—No somos un «nosotros».

—Llevamos toda la mañana en la misma sala.

—Eso no nos convierte en nada.

—Te equivocas. Compartir una mirada ya establece una relación.

—También compartir un ascensor.

—En un ascensor todos fingen no observarse. Aquí estamos intentando lo contrario.

Nora apoyó una mano en el respaldo de la silla. Sus dedos eran largos y tenía una pequeña cicatriz cerca del pulgar. No recordaba haberla visto antes, aunque quizá la manga había cubierto esa parte de la mano.

—No quiero que descubra que puede hacerme creer que me conoce —dijo finalmente.

No había utilizado el plural. La respuesta estaba dirigida a mí y, al pronunciarla, el resto de la sala se había desvanecido para ella. Sentí otra vez aquella alteración en la atención, la certeza de que una persona acababa de abrir una puerta sin saber todavía qué había detrás.

—Eso no depende de lo que yo crea —contesté—. Depende de cuánto estés dispuesta a mostrar.

—Ahí está la trampa.

—¿Qué trampa?

—Si no le muestro nada, dirá que me protejo. Si le muestro algo, dirá que tenía razón.

Samuel murmuró que por fin alguien lo había entendido. Nora no lo miró.

—No es una trampa —dije—. Es el método.

La palabra produjo una reacción casi imperceptible en Mauro. Bajó la vista hacia la carpeta, y la productora se apoyó en la pared como si hubiese estado esperando que la pronunciara. Yo continué mirando a Nora.

—¿En qué consiste? —preguntó ella.

—En impedir que confundas tus defensas con tu identidad.

—¿Y quién decide cuál es cuál?

—Al principio, yo.

Nora soltó el respaldo. Había algo parecido al miedo en su expresión, pero no era el miedo simple de Julia ni la hostilidad con que Samuel intentaba ocultarlo. Era una alerta inteligente, acompañada por una curiosidad que todavía no estaba dispuesta a reconocer. Con Nadia había ocurrido lo mismo. Lo peligroso nunca fue que confiara demasiado pronto, sino que comprendiera desde el comienzo por qué no debía hacerlo y, aun así, permaneciera.

—No quiero interpretar a nadie —dijo.

—Eso es imposible.

—No soy actriz.

—También es imposible.

—No me conoce.

—Todavía.

Mauro anunció que la sesión había terminado. Esta vez no discutí. El grupo necesitaba marcharse con algo que no hubiese alcanzado a resolver; prolongar el intercambio habría permitido a Nora recuperar el control mediante una explicación. Los participantes comenzaron a recoger sus cosas. Teresa se acercó a Esteban y le dijo algo que no pude oír. Samuel salió sin despedirse. Julia devolvió el vaso a la bandeja, aunque la mujer de blanco ya no estaba allí. Darío permaneció sentado hasta que Mauro le tocó el hombro.

Nora se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó junto a mí, le pregunté si sabía quién había sido Nadia. Se detuvo, pero no se volvió de inmediato.

—Todo el mundo aquí sabe quién fue.

La respuesta admitía varias interpretaciones. Mi nombre había aparecido en los periódicos durante meses, unido al suyo con una persistencia que terminó convirtiendo una tragedia privada en un relato de consumo público. Quizá la productora hubiera explicado el proyecto antes de mi llegada. Quizá la frase de la primera audición figurara en alguno de los materiales que habían entregado al grupo, aunque ella lo negara.

—¿Y qué te han contado?

Nora giró la cabeza. La luz del corredor recortaba uno de los lados de su rostro y dejaba el otro en sombra.

—Que murió.

—Eso no es una historia.

—Para quien muere, sí.

Mauro se había acercado lo suficiente para escuchar. Nora salió antes de que yo pudiera responder y se alejó por el corredor sin mirar atrás. La productora permanecía junto a la mesa, ordenando las hojas utilizadas durante la sesión.

—Quiero trabajar con ella a solas —dije.

—No.

—Todavía no le he explicado para qué.

—No importa.

—Ha sido la única persona de este grupo que ha entendido lo que estaba haciendo.

—Nora no forma parte de un reparto.

—Entonces empiece a tratarla como algo más que un diagnóstico.

La frase endureció su expresión. Mauro dejó de recoger los vasos.

—No conoce su diagnóstico —dijo ella.

—Precisamente.

—Y no lo conocerá a menos que ella decida contárselo.

—No lo necesito para dirigirla.

—No va a dirigirla.

Me acerqué al escenario y observé las marcas de cinta sobre el suelo. El trabajo de la mañana había sido rudimentario, pero la sala ya no parecía tan indiferente como el día anterior. Las sillas estaban desordenadas, una botella había quedado debajo de una de ellas y en el centro persistía el espacio vacío donde Nora se había negado a sentarse. Las salas conservan algo de quienes las atraviesan, aunque no se trate de una huella visible. Basta saber mirar.

—La ha elegido —dijo Mauro.

No supe si se dirigía a mí o a la productora.

—No he elegido a nadie —respondí.

—Lleva toda la sesión mirándola como si los demás no estuvieran aquí.

—Los demás todavía no han llegado.

La productora cerró la carpeta.

—Nora ha dicho que no quiere interpretar a nadie.

—Las personas suelen decir eso cuando temen que otro descubra el papel que ya están representando.

—También lo dicen cuando no quieren hacerlo.

—En ese caso, se marchará.

Miré hacia el corredor. Nora había desaparecido, aunque me pareció escuchar sus pasos al otro lado de una puerta que Mauro acababa de cerrar sin llave. No había obligación capaz de retener a

una persona que realmente hubiese decidido irse. Nadia me lo había enseñado mucho antes de comprenderlo por sí misma.

La productora se acercó hasta quedar frente a mí.

—No convierta esto en una repetición.

—No se parece a ella.

—No he dicho que se parezca.

—Entonces no tiene nada que temer.

La mujer sostuvo mi mirada durante unos segundos. Después recogió la carpeta y salió de la sala sin despedirse. Mauro permaneció junto a la mesa, observándome con una expresión que no era todavía hostilidad, aunque había dejado de parecer paciencia.

—La sesión de mañana empieza a las diez —dijo—. No antes.

—Necesitaré la sala desde las ocho.

—A las diez.

—Y quiero los textos que han preparado.

—No hay textos.

—Los habrá.

Mauro suspiró, recogió el estuche blanco y comprobó que las puertas siguieran abiertas. Antes de apagar las luces, miró el escenario y después el lugar donde Nora había permanecido durante la última pregunta.

—Ella no quiere interpretar a una mujer muerta.

La frase no parecía suya. Alguien se la había dicho o él mismo la había escuchado en una conversación anterior. Esperé a que se marchara y permanecí unos minutos en la penumbra, mientras la claridad del corredor dibujaba un rectángulo sobre el suelo. El escenario estaba vacío, pero ya podía imaginar a Nora en el centro, quieta bajo una luz baja, sosteniendo la mirada del público mientras intentaba decidir si debía confiar en quien la observaba.

No necesitaba que se pareciera a Nadia. Una sustitución evidente habría sido obscena y, desde el punto de vista artístico, inútil. Lo que había reconocido en ella no pertenecía al rostro ni a la voz, sino al instante exacto en que una persona comprende que el director puede verla y todavía no sabe si desea huir o acercarse.

Ese instante siempre había sido el principio.

Capítulo 3

Las normas

Las normas rara vez se redactan para impedir una conducta. Se escriben después, cuando esa conducta ya ha ocurrido y alguien necesita demostrar que había previsto sus consecuencias. Por eso los reglamentos suelen revelar más que las confesiones: cada prohibición contiene el recuerdo de una transgresión, cada cláusula de seguridad conserva la forma de un accidente y cada firma pretende trasladar la culpa hacia la persona que acepta unas condiciones cuya verdadera gravedad solo comprenderá cuando sea demasiado tarde. Los teatros no son una excepción. Allí donde un documento prohíbe encender una llama, alguien ha quemado un telón; donde se exige arnés, un cuerpo ha caído; donde se obliga a mantener una puerta abierta, conviene averiguar quién la cerró antes y qué ocurrió al otro lado.

Llegué a la sala a las ocho y cuarto, no porque hubiese aceptado el horario impuesto por Mauro, sino porque una diferencia de quince minutos resulta más eficaz que una confrontación directa. La puntualidad absoluta puede interpretarse como obediencia; el retraso, como desafío. Presentarse antes permite conservar la iniciativa sin convertirla todavía en un conflicto. Había dormido poco. Los comprimidos de la tarde anterior me habían dejado una pesadez desagradable detrás de los ojos y, durante la noche, me había despertado varias veces convencido de que alguien caminaba por el corredor. El edificio se comportaba de manera distinta cuando cesaba la actividad: las tuberías golpeaban detrás de las paredes, las puertas se hinchaban con la humedad y el aire atravesaba los patios interiores produciendo un sonido parecido a una respiración contenida. No era un lugar silencioso, aunque quienes trabajaban allí parecían empeñados en llamarlo así.

La puerta principal de la sala estaba cerrada. Probé el picaporte, aun sabiendo que no cedería, y después avancé hasta la entrada lateral, junto a la cabina acristalada. También estaba bloqueada

desde el corredor. La contradicción me hizo sonreír. Mauro había defendido con una gravedad casi moral que ninguna puerta debía cerrarse mientras hubiera personas dentro, pero no parecía preocuparle impedir el acceso cuando la sala estaba vacía. Aquella distinción no pertenecía a la seguridad, sino al control.

Lo encontré en el vestíbulo, colocando unas carpetas en un armario metálico. Vestía la misma ropa del día anterior, aunque la camisa había cambiado de color y el manojo de llaves colgaba ahora de un cordón rojo. Al verme, miró el reloj antes de saludar.

—La sesión empieza a las diez.

—Eso me dijiste.

—Todavía no puede entrar.

—No hay nadie dentro.

—Precisamente.

Mauro cerró el armario y guardó la llave en el bolsillo. La calma con que ejecutaba cada gesto no era natural. Había personas serenas y personas entrenadas para parecerlo; él pertenecía a la segunda categoría. Incluso cuando se irritaba, su cuerpo mantenía una economía estudiada, como si hubiese aprendido que cualquier movimiento brusco podía provocar una reacción indeseada.

—Necesito preparar la sala —dije.

—A las nueve y media podremos hacerlo juntos.

—No preparo un ensayo acompañado.

—No va a estar solo en la sala.

La frase admitía varias interpretaciones, pero él no pareció advertirlo. Se dirigió hacia una mesa del vestíbulo y comprobó una hoja sujeta a una tabla. Había nombres, horas y casillas marcadas con cruces. El mío figuraba en la parte superior, junto a una serie de iniciales que no reconocí.

—¿En ningún momento? —pregunté.

Mauro levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Has dicho que no voy a estar solo en la sala. Quiero saber si hablas de esta mañana o de todo el proceso.

—De todo el proceso.

—Eso no estaba acordado.

—Sí lo estaba.

—Estaba acordada tu presencia durante las sesiones, no durante la preparación.

—La sala solo se utiliza durante las sesiones.

—Entonces no es una sala de ensayo.

—Nunca hemos dicho que lo sea.

El cansancio de la noche anterior seguía alojado detrás de mis ojos, y durante un instante sentí el impulso de arrancarle las llaves del cordón. No lo habría hecho, desde luego. La violencia física es el recurso de quien ha perdido el control del lenguaje, y yo aún podía obligarlo a contradecirse sin tocarlo.

—Ayer me presentaste un grupo, me permitiste dirigir ejercicios y llamaste regidor a tu función.

—Usted me llamó regidor.

—Y no me corregiste.

—No parecía importante en ese momento.

—Las palabras siempre son importantes.

—Entonces procure recordar cuáles eligió cada uno.

La respuesta había sido demasiado precisa para pertenecerle. Alguien se la había sugerido o él había participado en reuniones donde se analizaba mi manera de hablar. No me molestaba que discutieran sobre mí. Todo proyecto serio necesita una figura central capaz de ordenar incluso las conversaciones que ocurren en su ausencia.

Antes de que pudiera contestar, la puerta de cristal del despacho se abrió y apareció la mujer que seguía negándose a ocupar con claridad su puesto dentro de la producción. Llevaba una carpeta gris y una taza de café. Al vernos frente al armario, no preguntó qué ocurría, como si hubiese anticipado la escena.

—Víctor, la reunión es a las nueve.

—No me informaron.

—Está en el horario que firmó ayer.

—Firmé unas condiciones generales, no un programa de vigilancia.

Mauro apartó la vista. La mujer sostuvo la puerta abierta y esperó. No había elevado la voz ni mostrado impaciencia, pero la

invitación contenía una orden. Entré en el despacho porque negarme en el vestíbulo habría permitido que ambos interpretaran el gesto como una incapacidad para cooperar.

Sobre la mesa habían colocado una jarra, dos vasos y una caja rectangular de pañuelos de papel. La presencia de los pañuelos resultaba ofensiva. Los despachos donde se discuten presupuestos no suelen prever el llanto, y si alguien los había colocado allí era porque esperaba una clase de conversación que yo no pensaba ofrecerle. La mujer dejó la carpeta frente a mi silla y ocupó la suya. Mauro permaneció junto a la puerta.

—Puedes dejarnos solos —dije.

Él no se movió.

—Mauro estará presente.

—¿También durante las reuniones?

—Durante esta.

—¿Por qué?

—Porque las condiciones afectan a su trabajo.

—Su trabajo todavía no está definido.

Mauro apoyó las manos sobre el respaldo de una silla vacía. Parecía acostumbrado a escuchar conversaciones donde se discutía su función sin permitirle participar. La mujer abrió la carpeta y extrajo varias hojas numeradas.

—Ayer se produjo una confusión —dijo—. Quiero asegurarme de que no vuelva a ocurrir.

—No hubo ninguna confusión. Me entregaron un grupo sin explicar qué esperaban de él.

—Usted asumió que eran actores.

—Los sentaron en una sala, me pidieron que dirigiera una sesión y observaron el resultado detrás de un cristal. La suposición no era extravagante.

—Le dijimos que participaban en un programa de reconstrucción.

—Una expresión lo bastante vaga como para significar cualquier cosa.

—No para usted.

La mujer deslizó las hojas hacia mí. En la parte superior aparecía el nombre completo de Santa Elvira, seguido por una denominación

que no alcancé a leer porque ella había colocado encima otra página. Debajo figuraba mi nombre, una fecha de admisión y la referencia a una evaluación inicial. La palabra me resultó impropia de un proceso creativo, aunque no más que tantas otras que los departamentos jurídicos habían empezado a imponer en los últimos años. Después de Nadia, todo se evaluaba: la estabilidad emocional, la percepción del riesgo, la capacidad para distinguir una indicación de una coacción. Los productores fingían preocuparse por el bienestar de los intérpretes cuando, en realidad, solo temían que alguien pudiera demandarlos.

—No habrá ejercicios individuales sin supervisión —dijo la mujer —. Tampoco podrá modificar el horario ni convocar a los participantes fuera de las sesiones autorizadas.

—Eso ya estaba en el documento de ayer.

—No con este grado de precisión.

—La precisión es una forma elegante de la desconfianza.

—En este caso es una respuesta a lo ocurrido.

—¿Qué ocurrió?

—Pidió trabajar a solas con Nora.

—Hice una propuesta.

—Insistió después de que ella hubiese dicho que no quería actuar.

—Dijo que no era actriz. No es lo mismo.

—También dijo que no quería interpretar a nadie.

—Las personas dicen muchas cosas antes de comprender lo que desean.

La mujer me observó en silencio. Había aprendido a utilizar las pausas como una presión, aunque todavía no sabía administrarlas con la sutileza necesaria. Dejaba pasar un segundo más de lo conveniente, de modo que el silencio empezaba a parecer una técnica y perdía parte de su poder.

—Esa idea es precisamente una de las razones por las que necesitamos normas claras —respondió—. Cuando alguien dice que no quiere hacer algo, usted no puede decidir que su negativa significa otra cosa.

—Un director interpreta todo lo que ocurre en una sala.

—No está aquí como director.

La frase llegó sin énfasis, y quizá por eso resultó más agresiva. Miré a Mauro. Él había bajado la vista hacia las hojas, aunque su mandíbula se había tensado. Ambos parecían esperar una reacción concreta.

—¿Entonces para qué estoy aquí?

—Para terminar una reconstrucción que ha interrumpido varias veces.

—Una obra.

—No.

—Un proceso.

—Sí.

—Con personas, una sala, observadores y una estructura previamente diseñada.

—Eso no la convierte en una obra.

—Todo puede convertirse en una obra si existe una mirada capaz de organizarlo.

La mujer no discutió la afirmación. Señaló el primer apartado del documento y continuó.

—Las puertas permanecerán abiertas en todo momento. No utilizará llaves, no bloqueará los accesos y no pedirá a nadie que permanezca en una habitación si desea salir.

—Nadie alcanza una emoción verdadera si conserva la certeza de que puede escapar.

—No estamos buscando emociones verdaderas.

—Entonces están perdiendo el tiempo.

—Estamos buscando recuerdos verificables.

La elección de la palabra modificó la temperatura de la conversación. Mauro levantó los ojos. La mujer pareció advertir que se había adelantado, aunque no intentó corregirse.

—Los recuerdos no se verifican —dije—. Se reconstruyen.

—Se contrastan.

—Con versiones ajenas.

—Con hechos.

—Los hechos son recuerdos que han conseguido reunir suficientes testigos.

—La muerte de Nadia no depende de una interpretación.

Su nombre entró en el despacho sin preparación. No me sorprendió que lo utilizara, pero sí la facilidad con que ambos parecían aceptar que podía pronunciarse en cualquier momento, como si Nadia fuera un apartado dentro de una carpeta y no una persona cuya ausencia todavía modificaba cada habitación donde yo entraba.

—Todo depende de una interpretación —respondí—. Incluso una muerte.

—La causa puede establecerse.

—La causa médica, quizá.

—También la secuencia.

Mauro se movió detrás de la silla. La madera crujió bajo sus manos. No parecía cómodo con la dirección que había tomado la conversación, aunque no sabía si temía que yo perdiera el control o que la mujer revelara algo antes de tiempo.

—Estamos hablando de las normas —dijo él.

—Precisamente —contestó ella sin mirarlo.

Pasó a la segunda página. Había varios apartados destacados con una línea amarilla.

—No se permitirá ningún ejercicio relacionado con el agua.

La prohibición estaba redactada con una amplitud casi ridícula. Incluía recipientes, inmersión parcial, simulaciones, estímulos sonoros y referencias prolongadas a sensaciones de asfixia. Alguien había dedicado tiempo a imaginar todas las formas en que podía introducirse agua en una sala y las había eliminado una por una, como si el líquido tuviese voluntad propia.

—No he pedido utilizarla.

—Todavía.

Repitió la palabra que había empleado el día anterior. Aquella previsibilidad empezaba a decepcionarme.

—Una obra no puede construirse mediante una lista de objetos prohibidos.

—No es una obra.

—Si continúa repitiéndolo, terminará pareciendo que intenta convencerse.

La mujer pasó por alto la observación.

—Tampoco realizará ejercicios respiratorios, de inmovilidad prolongada ni de privación sensorial. No apagará las luces sin autorización, no utilizará vendas y no indicará a nadie que contenga la respiración.

—Eso elimina una parte importante del trabajo corporal.

—Lo sé.

—¿Quién ha redactado esto?

—El equipo.

—¿Qué equipo?

—El que lleva su caso.

La palabra volvió a modificar el sentido de las anteriores. Caso podía referirse al proyecto, al conflicto legal, a la gestión de mi regreso. Sin embargo, no era la forma habitual de hablar de un montaje, y ella lo sabía.

—No soy un caso —dije.

—Todos lo somos cuando alguien intenta comprender qué ha ocurrido.

—Esa es una definición demasiado amplia para ser útil.

—No pretendía definirlo.

Tomé las hojas y recorrí los apartados con mayor atención. La terminología resultaba inconsistente. Algunas secciones hablaban de sesiones, otras de actividades grupales y varias utilizaban expresiones que pertenecían con claridad a un entorno terapéutico. «Consentimiento informado», «regulación emocional», «respuesta disociativa», «interrupción del ejercicio ante verbalización de malestar». En la última página aparecía una autorización para registrar las sesiones con fines clínicos. La palabra estaba allí, sin disimulo, aunque colocada entre párrafos lo bastante extensos como para que cualquier lector razonable pudiera considerarla una fórmula estándar.

—Esto no es un contrato —dije.

—Ya se lo expliqué ayer.

—Tampoco es un acuerdo de producción.

—No.

—¿Qué es entonces?

—Un consentimiento terapéutico.

La mujer pronunció la respuesta sin bajar la voz. Mauro se quedó inmóvil detrás de la silla. Durante unos segundos, el despacho pareció reducirse alrededor de la mesa, como si las paredes se hubieran acercado mientras yo leía.

—No necesito terapia.

—Eso no es lo que ha dicho durante los últimos meses.

—He aceptado entrevistas.

—Ha aceptado tratamiento.

—Acepté que me ayudaran a dormir y a recuperar ciertas rutinas. No es lo mismo.

—También aceptó trabajar sobre el recuerdo de Nadia.

—Acepté terminar la obra.

—No existe ninguna obra.

La seguridad con que lo dijo habría resultado convincente en otra persona. En ella, sin embargo, revelaba un esfuerzo por fijar una versión antes de que el proceso pudiera demostrarle lo contrario. Volví a mirar el documento. La firma del final era mía. Recordaba haber firmado varias hojas después de una noche especialmente mala, cuando Mauro me había llevado a un despacho parecido y alguien había insistido en que no podría utilizar la sala sin aceptar determinadas condiciones. No había leído todo. Nadie lee de verdad cuando lleva dos días sin dormir y tres personas observan cómo sostiene un bolígrafo.

—Usted me dijo que podría regresar al trabajo —afirmé.

—Le dije que podría utilizar el trabajo para acercarse a lo que evita.

—Es una formulación teatral.

—Es una formulación que usted podía aceptar.

La respuesta fue más honesta que todas las anteriores. La mujer había comprendido que necesitaba ofrecerme una estructura reconocible para conseguir que participara, y ahora pretendía negar la naturaleza de aquello que había construido.

—Entonces me mintió.

—Adapté el lenguaje.

—Una mentira pronunciada con vocabulario clínico sigue siendo una mentira.

—Usted lleva mucho tiempo adaptando el lenguaje.

Mauro se apartó de la silla y caminó hacia la ventana. La mañana era clara, pero el cristal esmerilado convertía el patio en una mancha blanca. La mujer mantuvo las manos sobre la carpeta.

—Necesito saber si va a respetar estas condiciones —dijo.

—Necesito saber qué ocurrirá si no lo hago.

—Se suspenderán las sesiones.

—¿Y después?

—Lo evaluaremos.

—¿Quiénes?

—El equipo.

—Otra vez esa palabra.

—No puedo darle una respuesta distinta solo porque no le guste.

—Puede darme nombres.

—Los conoce.

—Conozco personas que se presentan mediante funciones incompletas.

La mujer respiró despacio. No había perdido la paciencia, pero empezaba a reconocer que la reunión no terminaría con la aceptación simple que esperaba.

—Mauro estará presente en todas las sesiones. Yo observaré algunas. Habrá personal disponible si alguien necesita salir o si se produce una crisis.

—Una crisis.

—Sí.

—¿Qué clase de crisis espera?

—La que usted tuvo la última vez que intentamos llegar a este punto.

No recordaba ninguna sesión anterior en aquella sala. Había visitado Santa Elvira, desde luego; las conversaciones, la medicación y las noches en la habitación formaban parte del periodo que me habían recomendado antes de anunciar públicamente mi regreso. Sin embargo, nunca había trabajado con aquel grupo ni preparado una reconstrucción completa. La mujer debía referirse a alguno de

los episodios en que habíamos hablado de Nadia y yo había decidido terminar la entrevista porque sus preguntas empezaban a repetirse.

—No hubo una crisis —dije—. Me marché.

—Intentó salir por una puerta cerrada.

—La cerraron después de decirme que podía marcharme.

—La puerta daba a una zona restringida.

—Entonces eligieron mal la salida.

—Víctor, arrancó el picaporte.

Mauro volvió la cabeza. No parecía sorprendido, aunque evitaba mirarme directamente.

Recordé el metal frío en la mano, una alarma y varias personas entrando en el corredor. También recordé que alguien había bloqueado el acceso mientras yo buscaba la sala donde guardaban las grabaciones. Los detalles no estaban ordenados, pero eso no convertía la versión de la mujer en una verdad completa.

—El picaporte estaba mal fijado.

—Lo golpeó con una silla.

—Porque no funcionaba.

—No vuelva a decirme que recuerda perfectamente todo lo que hace.

La frase fue pronunciada sin crueldad. Eso la volvió más difícil de rechazar. Durante un momento, advertí en su mirada algo que no era poder ni vigilancia, sino cansancio. Habíamos mantenido esta conversación antes, quizá con otras palabras, y ella esperaba que yo reconociera una secuencia que seguía pareciéndome ajena.

—Puedo respetar las condiciones —dije—, siempre que no interfieran con el trabajo.

—Las condiciones definen el trabajo.

—Entonces no puedo prometer que no sea necesario modificarlas.

—No son negociables.

—Todo lo es cuando empieza a producir resultados.

—No utilizaremos los resultados para justificar el riesgo.

—Sin riesgo no hay resultado.

—Eso es lo que pensaba con Nadia.

Mauro pronunció su nombre esta vez, y la diferencia fue inmediata. En la voz de la mujer, Nadia había sido una referencia dentro de un expediente. En la de él apareció una gravedad personal, como si hubiese escuchado el relato demasiadas veces y ya no pudiera fingir que solo pertenecía a mi historia.

—No sabes lo que pensaba —respondí.

—Sé lo que ha contado.

—Eso no significa que lo hayas comprendido.

—También sé lo que ha dejado de contar cada vez que llegaba al mismo momento.

La mujer levantó una mano para detenerlo, pero Mauro ya había cruzado un límite que ninguno parecía dispuesto a explicar. Él cerró la boca y volvió a su posición junto a la puerta.

—¿Qué momento? —pregunté.

La mujer giró la carpeta y señaló la última página.

—Firme.

—¿Qué momento, Mauro?

—No es la conversación de hoy.

—La has iniciado tú.

—Y no voy a continuarla.

El regidor, enfermero o lo que quisiera que fuese había aprendido a retirarse con la misma disciplina con que intervenía. No insistí. Las personas revelan más cuando creen haber cerrado un asunto que cuando se sienten acorraladas.

Tomé el bolígrafo. Antes de firmar, leí de nuevo el apartado referido a la interrupción de los ejercicios. La redacción establecía que cualquier participante podía detener la actividad mediante una solicitud verbal o una señal previamente acordada. No especificaba cuál. Debajo, otra cláusula exigía una respuesta inmediata del responsable de la sesión.

—¿Qué señal? —pregunté.

La mujer siguió la dirección de mi mirada.

—La que se acuerde antes de cada ejercicio.

—No hemos acordado ninguna.

—Porque no debería necesitarse en las actividades previstas.

—Entonces la cláusula es innecesaria.

—No lo es.

—¿Cuál utilizaron la última vez?

Mauro se movió junto a la puerta. La mujer tardó apenas un segundo en responder, aunque fue suficiente para que la pausa adquiriera sentido.

—No vamos a hablar de eso ahora.

—Ha dicho que querían evitar confusiones.

—Y las evitaremos respetando el documento.

—Una señal solo sirve si todos conocen su significado.

—Víctor.

—¿Era verbal?

La mujer apoyó la palma sobre la hoja, cubriendo el apartado.

—Firme.

Había algo debajo de aquella insistencia, una información que ambos compartían y que no estaban dispuestos a entregarme. Podía tratarse de una precaución relacionada con el grupo, quizá una palabra que alguno de los participantes utilizaba durante las crisis. Sin embargo, la reacción de Mauro había sido demasiado inmediata. Recordé las dos puertas, las prohibiciones respiratorias, el agua enumerada en todas sus formas posibles y la cláusula sobre señales previamente acordadas. El documento no había sido redactado para proteger a un grupo abstracto. Se había redactado alrededor de un acontecimiento concreto.

Firmé. No porque aceptara la interpretación de la mujer, sino porque necesitaba entrar en la sala y descubrir por qué habían construido aquel sistema de restricciones antes de permitirme hacerlo.

—Bien —dijo ella, retirando las hojas.

—No utilice esa palabra como si acabara de superar una prueba.

—No era una prueba.

—Todo lo es cuando alguien observa la respuesta.

La mujer guardó el documento y sacó del cajón un pequeño vaso de plástico. Mauro abrió el estuche blanco. Esta vez había tres comprimidos, no dos.

—Ayer eran distintos —dije.

—Se ha ajustado la dosis.

—¿Quién lo ha decidido?

—Yo.

—Una productora versátil.

—No soy su productora.

—Todavía no ha elegido una palabra mejor.

Ella colocó las pastillas sobre la mesa y acercó el agua. Uno de los comprimidos era blanco, otro de un azul pálido y el tercero tan pequeño que podía haberlo confundido con una miga. Los observé sin tocarlos.

—No pienso dirigir sedado.

—No va a estar sedado.

—Ayer apenas pude dormir sin despertarme.

—Eso no fue por la medicación.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque lleva semanas despertándose de esa manera.

La mujer hablaba como si hubiese observado mis noches. Tal vez Mauro anotaba cada salida de la habitación, cada petición de agua, cada vez que yo recorría el corredor cuando el edificio empezaba a respirar. La idea no me resultó humillante, sino incómodamente íntima.

—¿Qué ocurre si no las tomo?

—No habrá sesión.

—Eso se parece bastante a una coacción.

—También puede decidir no participar en el programa.

—¿Y marcharme?

La pregunta produjo un silencio breve. Mauro bajó la vista. La mujer no apartó los ojos de mí.

—Podemos hablar de eso en la evaluación semanal.

—No le he preguntado cuándo podemos hablar. Le he preguntado si puedo marcharme.

—No hoy.

La respuesta fue tan directa que durante un instante ninguna interpretación teatral consiguió cubrirla. Miré la puerta de cristal, después la ventana esmerilada y, por último, las hojas que acababa de firmar. Sentí una presión leve en el pecho, no miedo, sino la

reacción del cuerpo cuando descubre que una posibilidad que consideraba evidente no existe.

—¿Por qué?

—Porque su ingreso sigue siendo voluntario dentro de unas condiciones que aceptó.

—Eso no responde.

—Aceptó permanecer hasta que el equipo evaluara que podía continuar el proceso fuera.

—No recuerdo haber aceptado eso.

—Está firmado.

La firma. Siempre la firma, como si una línea trazada durante una noche confusa pudiera sustituir la voluntad de quien la había escrito. Podía discutir, exigir un abogado o convertir aquella reunión en una escena imposible de ignorar, pero hacerlo habría permitido que suspendieran el acceso a la sala. Tomé los comprimidos uno por uno y los tragué con agua. Mauro esperó a que dejara el vaso sobre la mesa antes de cerrar el estuche.

—Ahora podemos preparar la sesión —dijo.

Lo miré.

—No vuelvas a comprobar si he tragado.

—Es mi trabajo.

—Tu trabajo cambia cada vez que pregunto.

—Quizá sea porque pregunta cosas distintas.

Salimos del despacho sin hablar. A las nueve y media, la sala seguía cerrada, pero Mauro abrió la puerta principal y me permitió entrar antes que él. No era una concesión real; permanecía a dos pasos y llevaba las llaves sujetas a la cintura. Aun así, crucé el umbral como si la decisión hubiese sido mía.

Las sillas estaban apiladas de nuevo contra la pared. La luz de la mañana entraba por una abertura alta, invisible desde el suelo, y dibujaba una franja pálida sobre el escenario. Me acerqué a la cabina. La puerta no tenía cerradura exterior, pero Mauro explicó que solo podía utilizarla el personal autorizado.

—Necesito saber cómo se controla la iluminación.

—No habrá cambios de luz hoy.

—Entonces no necesito saberlo hoy, pero sí antes de que empiecen.

—No va a controlar las luces.

—¿Quién lo hará?

—Yo, si es necesario.

—Un regidor que impide cerrar puertas, distribuye medicación y controla los focos. Empiezo a sospechar que han reducido demasiado el presupuesto.

Mauro no respondió. Colocó una mesa cerca de la entrada y dejó encima la carpeta, una botella de agua y un aparato pequeño con pantalla digital. El día anterior había utilizado algo parecido con Julia durante la pausa, aunque no había prestado atención. Parecía un medidor médico.

—Eso no es utilería —dije.

—No.

—¿Qué mide?

—El pulso y la saturación de oxígeno.

—No vamos a hacer ningún ejercicio respiratorio.

—Precisamente.

La respuesta carecía de lógica, salvo que el aparato no estuviera allí por lo que yo pensaba hacer, sino por aquello que temían que hiciera. Continué preparando la sala. Coloqué las sillas en dos filas enfrentadas, dejando un pasillo estrecho entre ellas. Mauro observó la disposición y preguntó qué ejercicio había previsto.

—Caminar entre dos miradas.

—No pueden tocarse.

—No lo necesitan.

—La duración máxima será de tres minutos por persona.

—Eso dependerá de cómo respondan.

—Tres minutos.

—¿Interrumpirás aunque alguien esté a punto de llegar a un lugar importante?

—Sí.

—Entonces no llegarán.

—Quizá ese lugar no sea tan importante como usted cree.

Nos miramos desde extremos opuestos del pasillo formado por las sillas. El conflicto entre ambos ya no era una diferencia de procedimiento, sino una disputa por la autoridad. Mauro necesitaba demostrar que podía detenerme; yo necesitaba impedir que los participantes empezaran a esperar su permiso antes de responder a una indicación.

—¿Qué harás si continúo? —pregunté.

—Terminaré la sesión.

—¿Y si ellos quieren seguir?

—La terminaré igualmente.

—Entonces deja de fingir que las normas protegen su voluntad.

—Protegen algo más importante que su voluntad momentánea.

—¿Qué?

Mauro apoyó las manos sobre la mesa. Por primera vez desde que lo conocía, pareció cansado antes de empezar el día.

—Que salgan de aquí sin que usted les haga creer que dañarse demuestra algo.

La acusación no tenía relación con el ejercicio que había preparado, pero sí con la idea que ambos habían construido sobre mí. Después de Nadia, cualquier exigencia se interpretaba como una repetición y cualquier resistencia como una señal de que yo estaba a punto de cruzar un límite. No comprendían que el peligro no residía en la intensidad, sino en la ausencia de sentido. Un ejercicio duro puede ser preciso; uno amable puede resultar profundamente cruel si obliga a alguien a exhibirse sin ofrecerle una forma de transformar aquello que muestra.

—No quiero que se dañen —dije.

—Usted quiere ver hasta dónde llegan.

—No es lo mismo.

—Para ellos puede serlo.

Antes de que pudiera responder, se escucharon voces en el corredor. Julia entró acompañada por Teresa. Ambas saludaron a Mauro y después me miraron con una cautela que no había estado presente el día anterior. La productora debía de haber hablado con el grupo. Samuel apareció unos minutos más tarde y, al ver las sillas

enfrentadas, preguntó si aquello era un interrogatorio. Darío llegó con Esteban. Nora fue la última.

Llevaba la misma camiseta negra, aunque el cabello estaba suelto y aún húmedo. Se detuvo en la puerta cuando me vio, como si hubiese considerado la posibilidad de no entrar. Mauro le dijo que podía sentarse donde quisiera hasta que comenzara la sesión. Ella eligió una silla cerca de la salida.

—Hoy no trabajaremos sobre personajes —anuncié cuando todos estuvieron dentro—. Vamos a observar qué ocurre cuando alguien atraviesa un espacio sin poder controlar la mirada de los demás.

—¿Eso estaba acordado? —preguntó Samuel.

—Ahora lo está.

—Con nosotros no.

La precisión me hizo pensar que alguien les había hablado de consentimiento durante la noche. La palabra podía volverse un refugio tan eficaz como cualquier otra, sobre todo cuando se utilizaba para exigir una explicación completa antes de experimentar algo.

—Podéis decidir si participáis —dije—. Pero no podréis decidir qué significa el resultado.

—¿Y usted sí? —preguntó Nora.

—Al principio.

—Otra vez.

No había olvidado nuestra conversación. Su forma de pronunciarlo reveló que había pensado en ella después de marcharse.

—Un director ofrece una lectura provisional —expliqué—. El actor puede rechazarla, pero primero debe comprobar si es cierta.

—No soy actriz.

—Ayer ya establecimos que esa defensa no funciona.

Nora apoyó la espalda en la silla. No respondió, aunque la tensión de su boca indicó que había decidido no ofrecerme la discusión delante de los demás. La productora observaba desde la entrada. Llevaba una libreta pequeña, no la carpeta de los días anteriores.

El ejercicio comenzó con Esteban. Le pedí que caminara entre las dos filas mientras los demás lo observaban sin sonreír, bajar la mirada ni modificar su postura para tranquilizarlo. Él avanzó despacio, y al principio la escena pareció no afectarlo. Había pasado tantos años aprendiendo a ocultar su malestar que la exposición frontal le resultaba menos difícil que una conversación íntima. Sin embargo, al llegar junto a Julia, la respiración cambió. La muchacha lo miraba con una mezcla de atención y compasión, y esa compasión hizo que Esteban acelerara. Cuando terminó, le pregunté qué había ocurrido.

—Nada.

—Has cambiado el paso.

—Quería acabar.

—¿Por qué?

—Porque me miraba como si supiera algo.

Julia se disculpó. Mauro intervino antes de que yo pudiera señalar el error.

—No tienes que disculparte. Solo estabas siguiendo la indicación.

—Eso no elimina el efecto —dije.

—Tampoco la convierte en responsable.

El intercambio alteró a Julia. Bajó los ojos y empezó a frotarse las manos. La productora anotó algo. Le pedí que respirara con normalidad, pero Mauro se acercó a ella y preguntó si deseaba salir. Julia negó con la cabeza.

—Puedo seguir.

—No tienes que demostrar nada —dijo él.

—Quizá quiera demostrarlo —intervine.

Mauro me miró.

—No.

La palabra llegó con una firmeza que obligó a todos a permanecer quietos. Habíamos alcanzado el punto exacto que la reunión de la mañana pretendía evitar: dos autoridades dando significados opuestos a la misma reacción. Si cedía, Mauro dirigiría el resto de la sesión. Si insistía, podían suspenderla.

—Cinco minutos de pausa —dije.

—Acabamos de empezar —protestó Samuel.

—Precisamente por eso.

La pausa no era necesaria, pero me permitía retirar la tensión sin conceder que Mauro hubiese tomado la decisión. Los participantes se levantaron. Teresa se acercó a Julia; Darío fue hacia la ventana; Samuel permaneció sentado, observándonos con una satisfacción hostil. Nora salió al corredor.

Esperé unos segundos antes de seguirla. No pretendía trabajar con ella a solas, como la productora había prohibido, sino averiguar por qué seguía allí. La encontré junto a la placa de Santa Elvira, leyendo las palabras parcialmente cubiertas por la tira de papel.

—¿Qué pone debajo? —pregunté.

Nora no se sobresaltó. Levantó una esquina del papel con la uña, aunque no llegó a retirarlo.

—Ya lo sabe.

—Si lo supiera, no preguntaría.

—Usted pregunta cosas cuya respuesta ya ha decidido.

—Eso no significa que no me interese escuchar otra.

Nora soltó la tira. El papel volvió a adherirse sobre las letras.

—Unidad de hospitalización breve —dijo.

La frase era tan directa que tardé en encontrar la ironía. Miré la placa. Podía encajar con las palabras visibles, aunque el edificio no tenía el aspecto de un hospital convencional y nadie me había hablado de ingresos, salvo la mujer unos minutos antes.

—No parece una hospitalización breve —respondí.

—A algunos se les hace larga.

—¿Estás ingresada?

Nora miró hacia la sala. La puerta permanecía abierta y, desde allí, se veía a Mauro hablando con Julia.

—No debería preguntarme eso.

—¿Por qué?

—Porque no le importa la respuesta. Solo quiere saber qué puede utilizar.

—Todo conocimiento puede utilizarse.

—Eso no lo vuelve suyo.

La conversación se parecía demasiado a la del día anterior. Nora levantaba un límite y yo buscaba la lógica que lo sostenía, no para

destruirlo, sino para descubrir si pertenecía realmente a ella o a quienes la habían convencido de que debía protegerse.

—La frase de Nadia —dije—. ¿Dónde la escuchaste?

Nora bajó la vista.

—No lo sé.

—Ayer dijiste que todos aquí saben quién fue.

—Saben que murió.

—Eso no explica la frase.

—Quizá la dijo usted.

—No.

—La repite más de lo que cree.

La misma respuesta que había dado la productora. Podían haberse puesto de acuerdo, aunque Nora no parecía alguien dispuesto a aceptar un guion ajeno con facilidad.

—¿Cuándo?

—En otras sesiones.

—Esta fue la primera.

Nora me miró con una expresión que no era compasión, aunque se acercaba demasiado.

—Para mí no.

El corredor pareció inclinarse ligeramente. No fue un mareo completo, sino una alteración breve producida quizá por la medicación. Apoyé una mano en la pared. Nora dio un paso hacia mí, pero se detuvo antes de tocarme.

—¿Está bien?

—Perfectamente.

—No lo parece.

—¿Cuántas sesiones hemos compartido?

Ella miró hacia la puerta. Mauro ya se acercaba.

—No debería ser yo quien se lo diga.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Víctor.

Mauro pronunció mi nombre desde el extremo del corredor. Caminaba con rapidez, aunque no corría. Nora se apartó.

—La pausa ha terminado —dijo él.

—Estamos hablando.

—Lo sé.

—Entonces espera.

—No puede mantener conversaciones individuales sin supervisión.

—Estamos a la vista de todos.

—Y yo estoy aquí.

Se colocó entre Nora y yo con una naturalidad que pretendía no parecer defensiva. Ella regresó a la sala sin despedirse. Antes de cruzar la puerta, miró una vez más la placa cubierta.

—¿Cuántas sesiones? —pregunté a Mauro.

—No ahora.

—Ella ha dicho que ya hemos trabajado juntos.

—Puede estar confundida.

—No parecía confundida.

—Las apariencias son precisamente lo que estamos intentando dejar de tratar como pruebas.

Otra frase preparada. La mujer y él compartían un lenguaje que utilizaban para cerrar cualquier pregunta antes de que alcanzara una respuesta.

La sesión continuó, pero el trabajo había perdido claridad. Samuel cruzó el pasillo provocando deliberadamente a quienes lo miraban. Teresa convirtió cada paso en una actuación de vulnerabilidad; Darío se detuvo a mitad del recorrido y preguntó si podía abandonar. Se lo permití antes de que Mauro interviniera. Julia decidió no participar. Nora permaneció sentada hasta el final.

Cuando los demás se marcharon, la productora me pidió que regresara al despacho. Me negué. No había nada que discutir después de una sesión saboteada por interrupciones y advertencias. Ella no insistió, aunque me recordó que debía tomar la medicación de la tarde.

—No necesito otro comprimido.

—Está pautado.

—Modifiquen la pauta.

—Lo hablaremos mañana.

—Hablan demasiado de mi voluntad para aplazarla cada vez que aparece.

La mujer guardó la libreta.

—Su voluntad cambia según el lugar desde el que está contando la historia.

—La de todo el mundo.

—La diferencia es que usted actúa como si solo la suya tuviera consecuencias.

La frase permaneció conmigo durante el resto del día. No porque fuese cierta, sino porque estaba construida para parecerlo. La repetí mientras cenaba en la habitación, mientras observaba el patio desde la ventana y cuando las luces del corredor se apagaron a las once. Mi habitación estaba en la segunda planta, en una zona que yo había interpretado como residencia para artistas. Había una cama estrecha, un armario, una mesa fijada a la pared y una puerta sin cerradura interior. El baño carecía de espejo de cristal; en su lugar habían colocado una superficie pulida que deformaba ligeramente el rostro. Al principio supuse que se trataba de una medida contra el vandalismo. Después de leer la placa del corredor, otras explicaciones empezaron a reclamar espacio.

No estaba encerrado. La puerta se abría desde dentro y podía caminar por el pasillo hasta una sala común, aunque el acceso a las escaleras se bloqueaba durante la noche. Mauro había dicho que se trataba de una medida de seguridad porque el edificio mantenía zonas en obras. La explicación seguía siendo posible. Santa Elvira podía albergar una unidad médica dentro del mismo complejo cultural; los participantes del programa podían ser pacientes, y mi estancia, una residencia supervisada diseñada para evitar la presión de la prensa. Nada de aquello contradecía por completo la existencia de una producción. Solo demostraba que me habían ocultado parte del contexto para obligarme a trabajar dentro de condiciones que jamás habría aceptado si se hubiesen presentado con honestidad.

Me acosté sin apagar la lámpara de la mesa. El sueño llegó tarde. Cada vez que cerraba los ojos veía la firma al final del documento y las palabras que Nora había pronunciado en el corredor: para mí no. Intenté recordar otras sesiones con ella. Aparecieron imágenes sueltas, ninguna lo bastante firme para convertirse en memoria: una mujer sentada frente al escenario,

Mauro colocando una botella sobre la mesa, una voz que me pedía repetir una frase, el cabello de Nora recogido y después suelto. Podían ser escenas del día anterior mezcladas por el cansancio. La mente no archiva el tiempo con la precisión que los médicos le atribuyen; reorganiza, superpone, ensaya.

Debía de haber pasado la medianoche cuando escuché los golpes.

Fueron dos, separados por una pausa mínima. No procedían de la puerta de mi habitación, sino de la pared contigua, detrás del armario. El sonido no se parecía al de una tubería. Había una intención en el intervalo, una regularidad demasiado humana para pertenecer al edificio.

Me incorporé y esperé. El corredor permanecía en silencio. A través de la franja inferior de la puerta entraba una luz tenue.

Los golpes no se repitieron. Me levanté, abrí la puerta y salí descalzo. La habitación contigua estaba al final de un tramo corto del pasillo. Durante el día había visto la puerta cerrada y había supuesto que alguien dormía allí, aunque no recordaba haber encontrado nunca a su ocupante. Me acerqué y apoyé la mano sobre la madera.

—¿Nora?

No hubo respuesta.

Probé el picaporte. La puerta estaba cerrada desde fuera. Antes de que pudiera llamar, una luz se encendió al fondo del corredor y Mauro apareció vestido con un pantalón oscuro y una camiseta gris. No llevaba las llaves en la cintura, pero sostenía el manojo en una mano.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Alguien ha golpeado.

Mauro se acercó sin prisa. Miró la puerta contigua y después mi mano sobre el picaporte.

—Esa habitación está vacía.

—Entonces alguien ha entrado.

—No.

—He oído dos golpes.

Él permaneció en silencio. La neutralidad de su rostro era casi perfecta, aunque sus dedos se cerraron alrededor de las llaves.

—Vuelva a su habitación —dijo.

—Abre esta puerta.

—No hay nadie dentro.

—Eso se comprueba abriendo.

Mauro negó con la cabeza.

—Es un almacén.

—Has dicho que era una habitación vacía.

—Porque no la utiliza nadie.

—Entonces no hay razón para no abrir.

La discusión despertaría a otras personas si continuábamos. Varias puertas permanecían cerradas a lo largo del corredor, y detrás de una de ellas creí escuchar un movimiento. Mauro dio un paso hacia mí.

—Ha tenido un día difícil. La medicación puede alterar el sueño durante los primeros ajustes.

—No estaba dormido.

—No he dicho que lo estuviera.

—Has insinuado que imaginé el sonido.

—He dicho que no había nadie en esa habitación.

—No es lo mismo.

—Vuelva a la cama, Víctor.

La manera en que pronunció mi nombre no pertenecía a un regidor. Era la voz de alguien acostumbrado a conducir a otra persona lejos de un lugar sin tocarla, reduciendo las opciones hasta que obedecer parecía una decisión propia. Miré la puerta una vez más. La madera era lisa, sin marcas, y el picaporte no tenía cerradura en el interior del corredor. Mauro podía abrirla con una de las llaves que sostenía, pero no pensaba hacerlo.

—¿Tú los has oído? —pregunté.

—No.

Respondió demasiado rápido.

—Estabas despierto.

—Estoy de guardia.

—¿De guardia dónde?

—En la planta.

—Entonces los habrías oído.

—No he oído nada.

Nos quedamos frente a frente, separados por menos de un metro. Detrás de la puerta no se escuchaba movimiento alguno, pero mi cuerpo conservaba la certeza del sonido. Dos golpes. No uno producido por la madera al contraerse ni una secuencia irregular de tuberías, sino dos impactos deliberados, medidos, como una señal establecida entre personas que conocían su significado.

Mauro levantó el manojo de llaves y señaló mi habitación con un gesto cansado.

—Mañana hablaremos.

—Siempre mañana.

—Ahora no está en condiciones.

—¿De qué?

Él no contestó. Esperó hasta que volví sobre mis pasos y entré en la habitación. Antes de cerrar la puerta, miré hacia el extremo del corredor. Mauro seguía junto a la estancia vacía, con las llaves en la mano. Durante unos segundos pensé que abriría cuando creyera que yo ya no podía verlo.

No lo hizo.

La luz del corredor se apagó poco después. Me quedé sentado en la cama, escuchando la pared, mientras el edificio recuperaba sus respiraciones, sus crujidos y el murmullo lejano de las tuberías. Ninguno de aquellos sonidos volvió a parecerse a los dos golpes. Tampoco conseguí recordar por qué, al oírlos, había pensado primero en Nora y después en Nadia, como si ambas compartieran un lugar que todavía no existía fuera de mi cabeza.

A la una y diecisiete, apoyé los nudillos contra la pared.

Golpeé dos veces.

No hubo respuesta.

Capítulo 4

La sustituta

A la mañana siguiente, nadie mencionó los golpes.

Mauro entró en mi habitación poco después de las ocho, levantó la persiana hasta la mitad y dejó sobre la mesa el vaso de agua con los tres comprimidos. No preguntó si había dormido, como hacía otros días, ni observó las sábanas revueltas, la lámpara encendida o la silla que yo había colocado junto a la pared contigua. Se limitó a comprobar la hora en el reloj, esperando con esa paciencia entrenada que había empezado a irritarme más que cualquier forma abierta de vigilancia. Yo permanecí sentado en la cama, todavía vestido con el pantalón de la noche anterior, y comprendí que su silencio no era una omisión. Sabía que había pasado varias horas escuchando. Tal vez incluso había permanecido al otro lado de la puerta después de acompañarme hasta la habitación, aguardando a que volviera a levantarme o a que repitiese los dos golpes contra la pared.

—Quiero ver el almacén —dije.

Mauro acercó el vaso.

—Tome esto primero.

—No voy a olvidar la pregunta después.

—No he dicho que vaya a olvidarla.

—Entonces responde ahora.

Observó la silla junto a la pared. Había apoyado el respaldo contra el yeso para sentir cualquier vibración, aunque durante el resto de la noche no se había producido ninguna. A medida que las horas avanzaban, la certeza inicial había empezado a mezclarse con el cansancio. Ya no sabía si los golpes habían sido tan nítidos como recordaba o si mi memoria los había limpiado después, eliminando los crujidos previos y el rumor de las tuberías hasta convertirlos en una señal perfecta.

—No hay nada que ver —respondió Mauro.

—Anoche dijiste que era un almacén.

—Lo es.

—¿Qué guarda?

—Material de la planta.

—¿Qué clase de material?

—Sábanas, mantas, productos de limpieza.

—Todo lo que he visto se almacena en el cuarto del fondo.

—Hay más de uno.

—Abre la puerta y terminamos la conversación.

Mauro dejó el estuche blanco junto al vaso. No parecía enfadado, pero había endurecido la mandíbula de la misma manera que la tarde anterior, cuando lo obligué a definirse frente al grupo.

—No puedo abrir todas las puertas cada vez que escucha algo.

—No te he pedido que abras todas. Solo esa.

—Está cerrada porque usted no debe entrar.

—Eso no significa que no pueda mirar.

—Para usted suele significar exactamente eso.

La respuesta fue más rápida de lo habitual. Mauro debía de haber dormido menos que yo o empezaba a cansarse de medir cada palabra. Señaló los comprimidos.

—La sesión es a las diez. Antes tiene una entrevista.

—Una reunión.

—Como prefiera.

—No, Mauro. Como sea.

Él sostuvo mi mirada durante unos segundos. Después recogió el estuche, lo abrió y comprobó los huecos del blíster, aunque las tres pastillas seguían sobre la mesa. Era un gesto innecesario, realizado únicamente para recordarme que no se marcharía hasta que las tomara.

—¿Oíste los golpes? —pregunté.

—Ya le respondí.

—Dijiste que no.

—Entonces lo recuerda.

—También recuerdo que estabas junto a la puerta con las llaves y que te negaste a abrirla.

—Porque no había nadie dentro.

—Esa afirmación solo se demuestra abriendo.

—No todo necesita demostrarse cada vez.

—Lo dice un hombre que me mira la boca después de darme una pastilla.

Mauro apartó la vista, no por vergüenza, sino porque sabía que cualquier respuesta confirmaría la comparación. Tomé los comprimidos y bebí el agua. Él esperó. Cuando terminé, abrí la boca con una exageración infantil.

—¿Satisfecho?

—No es una cuestión personal.

—Las cuestiones personales son las únicas que alguien se esfuerza tanto por negar.

Mauro guardó el vaso y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, miró de nuevo la silla colocada contra la pared.

—Nadie ha golpeado desde esa habitación.

—Eso no significa que yo no los oyera.

—Lo sé.

La frase contenía una condescendencia cuidadosa, pero también una diferencia que él quería que advirtiera: no discutía mi experiencia, solo su causa. Era el mismo procedimiento de la mujer del despacho. Nunca afirmaban que yo mentía; decían que mi versión no coincidía con los hechos, como si existiera un territorio neutral al que únicamente ellos tuvieran acceso.

Me vestí y bajé a la sala común. El desayuno consistía en café, pan tostado y unas porciones de mantequilla distribuidas en pequeños envoltorios que nadie conseguía abrir sin mancharse los dedos. Había siete personas repartidas entre las mesas. Algunas formaban parte de la unidad de hospitalización breve; otras podían ser trabajadores sin uniforme o residentes de talleres distintos. Desde que Nora me había revelado las palabras ocultas bajo la tira de papel, la ambigüedad del edificio había empezado a reorganizarse. La mujer que caminaba alrededor de la columna ya no parecía una actriz ensayando una secuencia física. El hombre que permanecía durante horas frente a la ventana quizá no estudiaba una postura, sino que intentaba atravesar la mañana sin romperse. Aun así, observar la realidad de otro modo no significaba que la primera interpretación hubiese sido completamente falsa. Aquellas

personas seguían actuando. Todos lo hacíamos, sobre todo quienes aseguraban no encontrarse sobre un escenario.

Nora estaba sentada junto a la ventana, frente a una taza que no había tocado. Llevaba un jersey gris y el cabello recogido en una trenza deshecha. No me miró cuando entré, aunque la rigidez de sus hombros reveló que había advertido mi presencia. En la silla de enfrente estaba Teresa, hablando en voz baja. Al verme, dejó de hacerlo y cerró la libreta que mantenía sobre las piernas.

Cogí una taza y me serví café. Mauro se había quedado junto a la puerta, conversando con una de las mujeres de blanco, de modo que me acerqué a la mesa sin que pudiera acusarme de buscar un encuentro privado.

—¿Habéis empezado a ensayar sin mí? —pregunté.

Teresa sonrió por reflejo. Nora levantó la vista.

—No estábamos ensayando.

—Eso depende de lo que estuvierais haciendo.

—Desayunar —respondió Nora.

—La mayoría de las personas ensaya durante el desayuno la versión de sí misma que utilizará el resto del día.

—¿Y usted cuál ha elegido?

La pregunta no tenía hostilidad, aunque tampoco curiosidad. Nora parecía observarme con una distancia nueva, como si la conversación del corredor hubiese confirmado algo que todavía no deseaba nombrar.

—La de alguien que no ha dormido.

—Esa no necesita ensayo.

Teresa miró de uno a otro y abrió la libreta, pero no escribió. Su interés empezaba a resultar indiscreto.

—¿Qué hablábamos antes de que llegara? —pregunté.

—De nada —dijo Nora.

—La palabra favorita de quienes temen que una conversación adquiera testigos.

—Hablábamos de la sesión de ayer —admitió Teresa—. De lo que ocurrió con Julia.

Nora la miró. Teresa comprendió que había dicho más de lo acordado y bajó los ojos hacia la página.

—Julia no hizo nada —dije.

—Precisamente —respondió Nora—. Usted la hizo sentir como si no participar también necesitara una explicación.

—Toda decisión tiene una.

—No siempre tiene que dársela a usted.

—No he dicho que me la dé. Solo que existe.

Nora sostuvo la taza entre las manos, aunque el café debía de estar ya frío. La pequeña cicatriz junto al pulgar parecía más visible bajo la luz de la ventana. Recordé la mano de Nadia apoyada en el borde de una mesa, muchos años atrás, después de que interrumpiera una escena porque yo había descrito su rabia antes de que ella pudiera sentirla. Sus dedos eran distintos. Más delgados, quizá; las uñas siempre cortas, con restos de pintura o tinta. No había nada en la mano de Nora que justificara la asociación, salvo la manera de cerrarse alrededor de un objeto cuando deseaba impedir que alguien viera cómo temblaba.

—¿Has venido voluntariamente? —pregunté.

Teresa dejó de fingir que leía.

—Ya se lo preguntó ayer —dijo Nora.

—No respondiste.

—Eso también era una respuesta.

—Era una forma de conservar varias.

—No todo el mundo necesita una versión definitiva.

—Solo quienes pretenden no ser responsables de ninguna.

La frase la molestó. Nora dejó la taza y apoyó las manos sobre la mesa.

—Estoy aquí porque tuve una crisis —dijo—. No porque quiera actuar, ni porque haya venido a que usted me diga quién soy. Estuve ingresada, salí, volví a empeorar y me propusieron participar en el programa. Eso es todo lo que necesita saber.

Teresa cerró la libreta con una rapidez culpable. No parecía conocer todos los detalles, aunque la confesión no la había sorprendido por completo. Miré hacia Mauro. Continuaba junto a la puerta, pero ya no hablaba con la mujer de blanco. Nos observaba.

—¿Qué clase de crisis? —pregunté.

—La clase que no le pertenece.

—No he dicho que me pertenezca.

—Todavía.

Había utilizado la palabra de la mujer del despacho. Quizá de forma consciente, quizá porque todas las personas de Santa Elvira acababan compartiendo un mismo vocabulario después de suficiente tiempo.

—¿Y por qué aceptaste el programa?

Nora miró hacia la ventana. En el patio, dos hombres caminaban junto a un árbol, acompañados por una trabajadora que llevaba una carpeta azul.

—Porque me dijeron que podía ayudarme a contar lo que ocurrió sin sentir que estaba sucediendo otra vez.

—Eso es actuar.

—No.

—Es separar una experiencia de su presente, darle una forma, repetirla sin que te destruya y permitir que otros la observen. Puedes elegir otra palabra, pero el mecanismo es el mismo.

—La diferencia es que yo no quiero convertirme en otra persona.

—Los buenos actores tampoco.

—¿Y en qué se convierten?

—En alguien capaz de dejar de protegerse durante unos minutos.

Nora sonrió por primera vez. No fue una expresión cálida, sino el reconocimiento de una trampa demasiado visible.

—Siempre vuelve a eso.

—Porque siempre volvéis a protegeros.

—Quizá sea porque a veces hace falta.

La respuesta llegó con una naturalidad que eliminó cualquier deseo de corregirla. Nadia había dicho algo parecido en un ensayo, aunque no conseguía recordar las palabras exactas. Habíamos trabajado durante semanas sobre una escena en la que su personaje debía permitir que un hombre le sujetara la muñeca. Ella se resistía de una forma demasiado controlada; cada movimiento estaba diseñado para que el público comprendiera el miedo sin que el cuerpo tuviese que experimentarlo. Cuando le pedí que dejara de anticipar la presión, Nadia respondió que la anticipación era

precisamente la razón por la que una persona continuaba viva. Yo había considerado la frase brillante y equivocada. En aquel momento, mientras observaba a Nora frente a su café frío, no estaba seguro de cuál de las dos cosas había sido.

Mauro se acercó a la mesa.

—La entrevista empieza en cinco minutos.

—Todavía estoy desayunando.

—La doctora ya está esperando.

Nora apartó la mirada. Teresa volvió a abrir la libreta, aliviada por la interrupción.

—¿Doctora? —pregunté.

Mauro no corrigió esta vez.

—Sí.

—Ayer era la responsable del proyecto.

—También.

—Las funciones empiezan a multiplicarse.

—No para quienes las conocen.

Me levanté. Antes de marcharme, miré a Nora.

—Hoy quiero que trabajes en el escenario.

—No.

—No he dicho qué harás.

—Y yo no necesito saberlo para responder.

—Entonces tu negativa no protege un límite. Protege una costumbre.

Mauro pronunció mi nombre, pero Nora levantó una mano para detenerlo. El gesto fue mínimo y, sin embargo, él obedeció.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó ella.

—Estar de pie.

—Eso ya sé hacerlo.

—Ayer no.

La respuesta habría parecido cruel si no hubiese sido precisa. Nora había permanecido de pie en la sala, pero todo su cuerpo estaba organizado alrededor de la salida. No ocupaba un lugar; lo utilizaba mientras esperaba marcharse.

—No prometo nada —dijo.

—Las promesas son inútiles antes de un ensayo.

—No es un ensayo.

—Todavía.

Me alejé antes de que pudiera devolverme la palabra. Mauro caminó a mi lado hasta el despacho, donde la mujer nos esperaba con la grabadora sobre la mesa. Aquella mañana no había pañuelos. En su lugar había colocado dos fotografías boca abajo y una carpeta más gruesa que las anteriores.

—Siéntese —dijo.

—Preferiría permanecer de pie.

—Eso no es una preferencia —respondió, utilizando mi frase del primer día—. Es una manera de conservar la posibilidad de marcharse.

Mauro bajó la vista para ocultar una sonrisa. Me senté.

—Me alegra que tomen notas —dije—. La memoria institucional suele ser menos creativa que la individual.

La mujer activó la grabadora. Una luz roja se encendió.

—¿Recuerda qué ocurrió anoche?

—Escuché dos golpes detrás de la pared de mi habitación. Mauro se negó a abrir la puerta contigua y esta mañana ha vuelto a hacerlo.

—¿Qué pensó cuando los oyó?

—Que alguien necesitaba llamar mi atención.

—¿Quién?

—Primero Nora.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Después pensó en Nadia.

Mauro debía de haber informado de la conversación. No me molestó la indiscreción, aunque sí que ella presentara una deducción como si hubiese surgido de mí.

—Le pregunté si había sido Nora.

—Y después mencionó a Nadia cuando volvió a su habitación.

—No recuerdo haberlo hecho.

—Mauro lo oyó.

Lo miré. Él permanecía junto a la puerta, con las manos unidas frente al cuerpo.

—¿Qué dije?

—Su nombre —respondió—. Varias veces.

—Eso no demuestra qué estaba pensando.

—¿Qué cree que demuestra?

—Que estaba intentando recordar por qué el sonido me resultaba familiar.

La mujer escribió algo. No parecía interesada en discutir mi respuesta, sino en observar la forma en que la construía.

—La habitación contigua está vacía —dijo.

—Ábrela.

—No es necesario.

—Para usted.

—¿Qué espera encontrar?

—Eso se descubre después de mirar.

—No vamos a reforzar una percepción que no coincide con lo ocurrido.

—Otra vez el lenguaje adaptado. ¿Percibí los golpes o no?

—Usted los oyó.

—Entonces ocurrieron.

—No necesariamente.

—El sonido necesita una causa.

—La actividad cerebral también puede producirla.

—¿Está diciendo que aluciné?

—Le estoy preguntando si contempla esa posibilidad.

La palabra alucinación no había aparecido, pero su contorno era visible. Miré las fotografías colocadas boca abajo sobre la mesa. Una esquina mostraba un borde azul y parte de una fecha impresa.

—No —respondí.

—¿Por qué?

—Porque no tengo razones para dudar de lo que escuché.

—Hay varias.

—Ninguna que no proceda de ustedes.

—Lleva semanas teniendo dificultades para distinguir recuerdos, sueños y estímulos reales.

—Llevo semanas durmiendo en un edificio donde todos conocen una versión de mi vida que nadie quiere explicarme.

—La conoce usted.

—Conozco la parte que viví.

—Precisamente esa es la que estamos intentando reconstruir.

La mujer giró una de las fotografías. Mostraba la puerta contigua abierta. Dentro había estanterías con mantas, paquetes cerrados y cajas de material sanitario. No se veía ninguna ventana ni acceso secundario. La imagen podía haber sido tomada esa mañana o meses antes; no había forma de saberlo.

—Mauro abrió la habitación después —dijo—. No había nadie.

—Después.

—A los pocos minutos.

—Cuando yo ya no estaba.

—¿Cree que escondió a alguien?

—Creo que evitó que yo lo comprobara.

—No es lo mismo.

—Eso le dije anoche.

La mujer volvió a colocar la fotografía boca abajo. No pretendía convencerme, sino registrar mi resistencia.

—¿Qué significan para usted dos golpes?

La pregunta llegó con aparente neutralidad, aunque Mauro levantó la cabeza.

—Depende del contexto.

—En este.

—Alguien llama.

—¿Pide ayuda?

—Podría.

—¿Era una señal?

—No lo sé.

—¿Había acordado alguna señal con Nadia?

La habitación se volvió más silenciosa. No porque los sonidos del corredor hubieran desaparecido, sino porque mi atención dejó de incluirlos. Había algo detrás de la pregunta, un recuerdo que se acercaba desde un lugar donde todavía no podía verlo. Agua. Una superficie lisa. Los nudillos de una mano golpeando dos veces. La imagen apareció y desapareció antes de organizarse.

—No recuerdo —dije.

—¿No recuerda o no quiere responder?

—No convierta una dificultad en una elección moral.

—Usted lo hace constantemente con los demás.

Mauro se movió junto a la puerta. La mujer no apartó los ojos de mí.

—¿Nadia golpeó algo? —preguntó.

—Todos golpeamos cosas.

—No le he preguntado eso.

—La memoria no responde mejor porque formule la pregunta con más dureza.

—¿La oyó?

La imagen regresó. Una mano. No sabía si pertenecía a Nadia, a Nora o a una actriz de otra obra. El agua podía ser una bañera, una piscina de ensayo, un escenario cubierto por una lámina oscura. Había dirigido varias escenas acuáticas; la asociación no demostraba nada.

—No —respondí.

Mauro respiró con una profundidad apenas perceptible.

—¿Está seguro? —preguntó la mujer.

—Sí.

—Hace un momento dijo que no recordaba.

—Ahora recuerdo que no.

Ella dejó el bolígrafo. El gesto no expresaba frustración, sino una atención mayor.

—No se puede recordar una ausencia de esa manera.

—Claro que se puede.

—¿Cómo?

—Reconociendo que la escena que intenta sugerirme no existe.

—No he sugerido ninguna escena.

—Ha colocado una puerta abierta en una fotografía, ha hablado de señales y ha introducido a Nadia después de una noche sin dormir. Todo este despacho es una sugerencia.

La mujer miró la grabadora, quizá para recordar que la conversación quedaría registrada. Después retiró la segunda fotografía. Debajo apareció una hoja con varias líneas impresas y marcas horarias, aunque la cubrió antes de que pudiera leerla.

—Hoy no continuaremos por ahí —dijo.

—Entonces no debió empezar.

—Quería comprobar qué aparecía cuando mencionábamos los golpes.

—Ha aparecido su decepción.

—Ha aparecido agua.

No había pronunciado la palabra. Lo comprendí por la manera en que Mauro apartó la vista. Debía de haber dicho algo en voz baja o mi rostro había revelado una asociación que ellos conocían demasiado bien.

—No he hablado de agua.

—Ha mirado hacia la fotografía antes de responder.

—La fotografía muestra un almacén.

—No esa.

Señaló la imagen que continuaba boca abajo. Quise girarla, pero la mujer colocó la mano encima.

—Todavía no.

—¿Qué muestra?

—Algo que veremos cuando pueda sostener la imagen sin convertirla en otra cosa.

—No puede enseñarme una parte y acusarme de completar el resto.

—Eso es exactamente lo que hace su memoria.

La discusión había alcanzado un punto estéril. Cada respuesta alimentaba una lectura que ya habían decidido antes de que yo entrara. Me levanté.

—La sesión empieza en diez minutos.

—Aún no hemos terminado.

—Usted ha dicho que no continuaríamos.

—Con los golpes.

—Es el único asunto que me interesa esta mañana.

La mujer mantuvo la mano sobre la fotografía. Mauro se separó de la puerta, preparado para impedirme salir si ella se lo pedía. La posibilidad me pareció tan evidente que sonreí.

—¿Va a cerrar la puerta? —pregunté.

—Está abierta —respondió Mauro.

—Eso no significa que pueda atravesarla.

—Puede hacerlo cuando terminemos.

—Entonces está cerrada de otra manera.

La mujer recogió las fotografías y las guardó en la carpeta.

—Quiero hablar de Nora.

Volví a sentarme. Ella había calculado bien el cambio. Mi interés por la joven no debía ser tan visible, pero después de la sesión anterior resultaba inútil fingir indiferencia.

—¿Qué ocurre con ella?

—No trabajará a solas con usted.

—Ya lo establecieron.

—Tampoco utilizará su historia personal como material sin consentimiento.

—No conozco su historia.

—Ha intentado averiguarla esta mañana.

—Le hice una pregunta.

—Hasta que respondió algo que no quería contar delante de Teresa.

—Teresa podía marcharse.

—También podía hacerlo usted.

La mujer abrió una sección distinta de la carpeta.

—Nora participa porque forma parte de su propio tratamiento. No está aquí para interpretar a Nadia, ayudarlo a recordar ni convertirse en un elemento de su reconstrucción.

—Yo no he dicho que vaya a interpretar a Nadia.

—Ayer dijo que la había encontrado.

—Dije que había encontrado a mi actriz.

—¿Qué diferencia hay?

—Toda.

—Explíquela.

La pregunta no era inocente. Podía describir lo que había visto en Nora —su resistencia, su inteligencia, la forma de sostener una mirada sin entregarse a ella—, pero cualquier respuesta permitiría a la mujer construir un paralelismo con Nadia.

—Un papel no pertenece a una persona —dije—. Se construye a partir de aquello que el actor puede ofrecer y de lo que todavía no

sabe que posee.

—Nora no es actriz.

—Eso no impide que pueda actuar.

—Tampoco significa que deba hacerlo.

—¿Ella ha pedido que hable en su nombre?

—No.

—Entonces deje que decida.

—Usted sabe hacer que una decisión parezca libre mientras reduce todas las alternativas.

—Eso se llama dirigir.

—No aquí.

—Otra vez.

—Las veces que sean necesarias.

La mujer se inclinó hacia mí.

—Nora es vulnerable a figuras de autoridad. Busca aprobación, desconfía de ella y, cuando cree que alguien puede comprenderla, acepta cosas que después vive como una invasión. Usted detectó ese patrón en menos de una hora.

—No necesito conocer un diagnóstico para observar.

—Y en lugar de protegerla, empezó a utilizarlo.

—Le ofrecí un lugar en la sala.

—Le ofreció ser especial.

La frase fue precisa. Tanto que, durante un instante, no encontré una respuesta que no pareciera una defensa.

—No necesita que yo le diga que es especial —contesté finalmente.

—No. Necesita dejar de depender de quien se lo diga.

Mauro observaba la conversación con una incomodidad creciente. Quizá la mujer estaba revelando demasiado sobre Nora o quizá temía que cualquier información adicional me ayudara a acercarme a ella.

—¿Qué ocurrió en su crisis? —pregunté.

—No le corresponde saberlo.

—Acaba de describir su estructura emocional.

—Para que comprenda el riesgo de repetirla.

—No puedo trabajar con una persona si cada reacción pertenece a un terreno al que se me prohíbe acceder.

—No tiene que trabajar con ella.

—Entonces ¿por qué está en la sala?

La mujer cerró la carpeta.

—Porque usted pidió un grupo y nosotros creímos que una actividad expresiva supervisada podía ser útil para algunos participantes.

—¿Nosotros?

—El equipo.

—¿Y ahora se arrepienten?

—Ahora estamos comprobando si puede mantener una diferencia entre ayudarlos y utilizarlos.

—Todo proceso artístico utiliza algo de quienes participan.

—Esa frase debería preocuparle más de lo que lo hace.

—Solo si confunde utilizar con destruir.

Mauro se movió. La palabra había producido en él una reacción casi física.

—Ya está bien —dijo.

La mujer lo miró, sorprendida por la interrupción.

—No —continuó Mauro—. Siempre termina igual. Él convierte cualquier límite en una discusión sobre el arte y nosotros se la seguimos hasta que ya nadie recuerda de qué estábamos hablando.

—Sé perfectamente de qué hablamos —respondí.

—Hablamos de una mujer que le ha dicho varias veces que no quiere actuar y a la que usted ya ha colocado en el centro de una obra inexistente.

—No existe todavía.

—No existe.

Mauro había alzado la voz. No mucho, pero lo suficiente para que alguien se detuviera al otro lado de la puerta. La mujer esperó a que recuperara la calma.

—La sesión de hoy será grupal —dijo—. Nora decidirá si participa en cada ejercicio y Mauro podrá interrumpirlo en cualquier momento.

—¿Y usted?

—Observaré.

—Como siempre.

—Como es necesario.

La entrevista terminó sin que nadie lo declarara. La mujer apagó la grabadora y Mauro abrió la puerta, aunque había permanecido abierta todo el tiempo. Antes de salir, miré la carpeta. La segunda fotografía seguía dentro, junto a la hoja con marcas horarias.

—¿Qué había en la imagen? —pregunté.

—Llegaremos a ella.

—¿Cuándo?

—Cuando deje de decidir de antemano lo que está viendo.

La frase me acompañó hasta la sala. El grupo ya estaba reunido. Samuel había colocado su silla lejos de los demás; Teresa escribía; Julia hablaba con Esteban; Darío permanecía junto al escenario, mirando una marca azul sobre la madera. Nora estaba sentada en la primera fila. Al verme, no se levantó ni apartó la mirada, aunque su cuerpo se tensó cuando la mujer entró detrás de mí.

Habían hablado con ella. No necesitaba preguntar. La forma en que mantenía los brazos cruzados y la distancia exacta entre sus pies indicaban que se había preparado para rechazar algo.

—Hoy trabajaremos con una escena —anuncié.

Samuel soltó una risa.

—No hay texto.

—La mayoría de las escenas importantes empiezan antes de que alguien sepa qué decir.

—¿Y cuál es el argumento? —preguntó Teresa.

—Una persona entra en una habitación donde alguien la está esperando. No sabe por qué la han llamado. La otra persona sí.

—¿Eso es todo?

—Es más de lo que habéis sabido al entrar aquí esta mañana.

Mauro se colocó junto a la mesa. Había traído el medidor de pulso y la botella de agua, aunque el ejercicio no incluía ninguna exigencia física. La productora ocupó una silla cerca de la puerta.

Elegí a Esteban y Teresa para la primera prueba. Él esperaría en el escenario; ella entraría desde el corredor, se acercaría y se sentaría sin hablar. Les pedí que no decidieran de antemano la

relación entre ambos. Teresa preguntó si podía imaginar una circunstancia concreta. Le respondí que podía hacerlo, siempre que no la utilizara para controlar el resultado.

La escena comenzó con Esteban de pie junto a una silla. Teresa entró sonriendo, una defensa previsible, y él respondió con una cortesía que eliminó cualquier tensión. Después de treinta segundos, los detuve.

—Los dos habéis decidido proteger al otro.

—No ha pasado nada —dijo Samuel.

—Precisamente.

—Quizá no tenía que pasar.

—En una sala siempre pasa algo. A veces lo que ocurre es el esfuerzo por evitarlo.

Pedí que repitieran. Esta vez, Esteban no debía sonreír y Teresa tendría que esperar antes de sentarse. La modificación produjo un cambio inmediato. Al entrar, ella buscó una señal en el rostro de Esteban y, al no encontrarla, redujo el paso. Él comenzó a incomodarse por el efecto que causaba, pero mantuvo la expresión. Cuando Teresa llegó hasta la silla, no se sentó. Permaneció de pie frente a él durante varios segundos, hasta que la respiración de ambos empezó a sincronizarse.

—Ahora —dije.

Teresa se sentó. Esteban apartó la mirada. La escena había adquirido una intimidad que ninguno parecía haber previsto.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Me daba miedo que fuera a decirme algo malo —respondió Teresa.

—No he dicho nada —se defendió Esteban.

—Por eso.

Él comprendió. Durante un instante, su cortesía habitual desapareció y apareció el hombre que había aprendido a ocultar cualquier problema para no preocupar a los demás. Le pedí que recordara esa sensación sin explicarla. Mauro consultó el reloj, pero no intervino.

Trabajamos con Julia y Darío. Ella entró en la habitación imaginaria; él esperaba sentado. Julia buscó la aprobación de la

productora antes de comenzar, y cuando la mujer no respondió, se acercó al escenario con una fragilidad tan visible que Darío abandonó su propia incomodidad para ayudarla. Le ofreció la silla, preguntó si estaba bien y terminó anulando la incertidumbre de la escena. Los detuve.

—Has intentado salvarla —le dije.

Darío se encogió de hombros.

—Parecía nerviosa.

—Lo estaba.

—Entonces hice bien.

—Como persona, quizá. Como actor, evitaste descubrir qué ocurría si no la protegías.

—No soy actor.

—La frase empieza a parecer contagiosa.

Julia levantó la mano, un gesto escolar que no habría esperado de una mujer adulta.

—Yo prefiero que me ayude.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué tendría que dejar de hacerlo?

—Porque estamos intentando observar qué haces cuando no consigues que otro regule por ti lo que sientes.

Mauro se adelantó.

—Eso no estaba acordado.

—Es lo que ha ocurrido.

—No convierta una escena sencilla en una interpretación clínica.

—No he utilizado ningún diagnóstico.

—No hace falta. Está actuando como si supiera qué necesita.

—Lo mismo haces tú al interrumpir.

Julia miraba de uno a otro, cada vez más incómoda. La productora se levantó.

—Cinco minutos —dijo.

—No necesitamos una pausa —respondí.

—Julia sí.

—Puedo continuar —murmuró ella.

La productora se acercó y se agachó a su lado.

—No tienes que hacerlo.

—Ya lo sé.

—Entonces decide sin pensar en lo que espera nadie.

Julia respiró varias veces. Finalmente negó con la cabeza y salió acompañada por Mauro. La sesión se dispersó alrededor de su ausencia. Samuel caminó hasta la ventana; Teresa empezó a hablar con Esteban; Darío se sentó en el borde del escenario. Nora permaneció en su silla.

—Lo hace siempre —dijo.

No supe si se refería a Mauro, a la productora o a mí.

—¿Qué cosa?

—Empuja hasta que alguien reacciona y luego dice que la reacción demuestra que tenía razón.

Samuel soltó una risa desde la ventana.

—Te lo dije.

Nora no lo miró.

—No he empujado a Julia —respondí—. He descrito lo que estaba haciendo.

—Después de colocarla en una situación donde solo podía darle la razón.

—Podía no entrar.

—Entonces habría dicho que evitaba algo.

—Probablemente.

—Ahí está.

—¿Dónde?

—La puerta siempre lleva al mismo sitio, elija lo que elija.

Miré hacia la entrada. Mauro seguía fuera con Julia. La productora había regresado, pero permanecía junto al corredor, escuchando.

—Sube al escenario —dije.

Nora se quedó inmóvil.

—No.

—Demuéstrame que existe otra puerta.

—No tengo que demostrarle nada.

—Entonces no critiques el recorrido de quienes sí lo intentan.

La frase fue deliberada. Sabía que Nora podía soportar una provocación mejor que una invitación, y la forma en que descruzó

los brazos confirmó que había elegido bien. La productora dio un paso, pero Nora se levantó antes de que pudiera intervenir.

—Un minuto —dijo—. Y no va a tocarme.

—No necesito hacerlo.

—Ni va a hablar de Nadia.

La condición hizo que todos la miraran. Teresa dejó de escribir. Samuel se apartó de la ventana.

—No pensaba hacerlo.

—Entonces no le costará prometerlo.

—No hago promesas dentro de una escena.

—Porque así puede incumplirlas.

La productora intervino.

—Víctor, acepte la condición.

—La acepto.

Nora subió al escenario. Durante el recorrido no miró a nadie. Se colocó junto a la silla y esperó.

—¿Quién entra? —preguntó.

—Yo.

La respuesta la sorprendió. Hasta entonces había dirigido desde fuera, permitiendo que los demás cargaran con la exposición. Subí por el lateral y me situé en la puerta imaginaria, a cuatro metros de ella.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Esperar.

—¿A usted?

—A quien entre.

—Pero va a entrar usted.

—Eso todavía no ha ocurrido.

Nora miró a la productora, no para pedir ayuda, sino para confirmar que seguía allí. Después volvió a observarme.

—Empiece.

Entré en la habitación imaginaria. No preparé una emoción ni una intención concreta; permití que el espacio y la mirada de Nora construyeran la relación. Ella mantuvo los hombros elevados, el peso apoyado sobre la pierna derecha y las manos ocultas en las mangas del jersey. La silla permanecía entre ambos, ligeramente apartada.

Avancé dos pasos. Nora retrocedió uno.

—No te muevas —dije.

—Ha dicho que no hablaríamos.

—No he dicho eso.

—Siempre cambia las reglas después.

—Solo cuando alguien las utiliza para no estar presente.

Nora apretó los labios, pero recuperó la posición inicial. Avancé otra vez. La distancia entre ambos se redujo.

—Mírame.

Ya lo estaba haciendo, aunque utilizaba la mirada como una barrera. Sus ojos permanecían fijos en los míos y el resto del cuerpo se preparaba para retroceder.

—No así —añadí.

—¿Así cómo?

—Como si tuvieras que vigilarme.

—Quizá tenga que hacerlo.

—Entonces no estás esperando a alguien. Estás esperando lo que podría hacerte.

—No sé quién es.

—Eso no importa.

—Para mí sí.

La escena se había convertido en una discusión, pero no la detuve. Los diálogos más útiles aparecen cuando una persona deja de recordar que está representando una situación.

—¿Qué crees que voy a hacer? —pregunté.

—Decirme algo que ya ha decidido sobre mí.

—¿Qué?

—Que tengo miedo.

—Lo tienes.

—Todo el mundo tiene miedo cuando alguien se acerca así.

—No todo el mundo retrocede.

—No todo el mundo ha aprendido a hacerlo a tiempo.

La frase produjo una alteración visible en la sala. La productora levantó la cabeza. Mauro acababa de regresar con Julia y se detuvo en la puerta. Nora percibió las miradas y comprendió que había

revelado algo que no pretendía compartir. Sus manos salieron de las mangas.

—Quiero parar —dijo.

Me detuve.

—La escena o la conversación.

—Las dos.

—De acuerdo.

Nora no se movió. Había pedido detenerse, pero continuaba frente a mí, respirando con mayor rapidez. Si bajaba del escenario de inmediato, la frase quedaría adherida a ella como una confesión accidental. Si permanecía, podía transformarla en otra cosa.

—Puedes sentarte —dije.

—He dicho que quiero parar.

—Y hemos parado.

—Entonces baje.

—La sala también es mía.

Mauro subió al escenario.

—Víctor.

Su presencia rompió la tensión. Nora se apartó y bajó por el lateral opuesto. La productora se acercó a ella, pero Nora negó con la cabeza y salió al corredor sin aceptar compañía.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Mauro.

—Un minuto de trabajo.

—Le ha pedido que parara.

—Y paré.

—Siguió hablando.

—Ella también.

—Porque usted no se apartó.

—No me pidió que me apartara.

—No debería tener que formular cada límite con la precisión de un contrato.

La productora levantó una mano.

—Basta.

Mauro bajó del escenario. Tenía el rostro enrojecido, aunque mantenía las manos abiertas junto al cuerpo.

—La sesión ha terminado —dijo ella.

—Quedan cuarenta minutos.

—Ha terminado.

—Nora aceptó participar.

—Y después retiró su consentimiento.

—Detuve la escena.

—Pero no la presión.

Los demás observaban desde sus lugares. Samuel parecía disfrutar del conflicto; Teresa sostenía la libreta contra el pecho; Julia continuaba cerca de Mauro, aún afectada por el ejercicio anterior. Darío y Esteban evitaban mirarme.

—Podéis marcharos —dijo la productora.

—No —intervine—. Antes quiero que expliquen qué han visto.

La mujer se volvió hacia mí.

—No.

—Han presenciado una escena y ahora les pide que se vayan como si no hubiese ocurrido.

—No vamos a convertir esto en un juicio grupal.

—No he hablado de juzgar.

—Nunca lo hace mientras está juzgando.

Samuel recogió su chaqueta.

—Yo he visto a un hombre que no entiende la palabra parar.

La frase cayó con una eficacia que él no habría conseguido si la hubiese preparado. Mauro lo miró, quizá esperando que continuara, pero Samuel se limitó a salir.

Teresa se levantó después.

—Creo que Nora se asustó.

—Eso ya lo sabemos —dije—. ¿De qué?

—De usted.

Teresa pronunció la respuesta con dificultad, pero no apartó la mirada. Guardó la libreta y siguió a Samuel. Darío salió sin hablar. Esteban fue el último. Al pasar junto a mí, se detuvo.

—No sé si se asustó de usted —dijo—. Creo que se asustó de que usted acertara en algo.

La productora negó con la cabeza.

—Eso no mejora lo ocurrido.

—No pretendía mejorarlo —respondió él.

Cuando se marchó, Julia quedó junto a Mauro. Él le indicó que podía acompañar a los demás y la joven obedeció. La sala se vació hasta que solo permanecimos los tres.

—No vuelva a utilizar a Nora de esa manera —dijo la productora.

—Ella subió voluntariamente.

—Porque sabía cómo provocarla.

—Eso significa que la conozco mejor de lo que usted admite.

—Significa que detecta dónde presionar.

—Es la misma habilidad.

—No.

—Para un director, sí.

Mauro recogió el medidor de la mesa y lo guardó en la carpeta con más fuerza de la necesaria.

—No es director —dijo.

La frase había dejado de ser una corrección funcional. Se había convertido en un intento de quitarme algo.

—¿Qué soy entonces?

—Ahora mismo, un paciente que acaba de poner en riesgo a otra paciente.

La palabra quedó expuesta en el centro de la sala. La mujer cerró los ojos durante un instante, como si Mauro hubiese roto un acuerdo.

—Ya era hora —dije.

—Víctor —intervino ella.

—No. Llevan cuatro días construyendo una producción alrededor de mí, entregándome un grupo, observando detrás de un cristal y corrigiendo cada palabra cuando empieza a parecer demasiado verdadera. Si quieren llamarme paciente, háganlo. Pero no sigan fingiendo que eso elimina lo que ocurre aquí.

—Ser paciente no elimina nada —dijo la mujer—. Solo establece que esta sala no existe para demostrar que usted conserva su autoridad.

—Existe porque yo acepté trabajar.

—Existe desde antes de que llegara.

—Vacía.

—No todo lo que no lo incluye está vacío.

Mauro se dirigió hacia la salida.

—Voy a buscar a Nora.

—Déjala sola —dije.

Se volvió.

—No decide eso.

—Tú tampoco.

—Sé lo que necesita.

—La misma acusación que me haces.

Mauro dio un paso hacia mí. La mujer se interpuso antes de que la distancia pudiera reducirse.

—Ve —le dijo.

Él salió. La puerta permaneció abierta, como siempre, pero su ausencia modificó la sala. La mujer y yo quedamos frente al escenario, separados por las sillas desordenadas.

—Ha repetido exactamente el patrón —dijo.

—No sé a qué se refiere.

—Elige a la persona que más se resiste, convierte esa resistencia en una promesa y después interpreta cada límite como una prueba de que está llegando a algo verdadero.

—Nora no es Nadia.

—Todavía no.

La palabra regresó con un sentido distinto. La miré.

—Eso es lo que teme.

—Eso es lo que está haciendo.

—No se parecen.

—Nunca he hablado del parecido físico.

—Entonces ¿en qué?

—En el lugar que usted necesita que ocupen.

La mujer recogió una de las sillas y la colocó junto a la pared.

—Nadia también dijo que no quería trabajar a solas. También pidió que hubiera alguien más presente.

—Mauro no la conoció.

—No he dicho que fuera Mauro.

La corrección me desconcertó. Debía de referirse a otra persona, a un técnico o ayudante de dirección cuyo nombre mi memoria había sustituido. Había habido muchos durante los años en que

trabajé con Nadia, aunque ninguno permanecía el tiempo suficiente para adquirir importancia.

—No recuerdo eso.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué lo utiliza como argumento?

—Porque está escrito.

—En notas clínicas.

—En mensajes de Nadia.

La mujer no añadió nada más. Dejó la silla, recogió su carpeta y se dirigió hacia la salida.

—¿Dónde están esos mensajes?

—Los veremos cuando corresponda.

—Todo corresponde después.

—Porque cada vez que nos acercamos, convierte la información en material para una escena nueva.

—Tal vez sea la única forma que tengo de entenderla.

—O la forma que utiliza para no hacerlo.

Se marchó. Permanecí solo en la sala durante menos de un minuto, aunque fue la primera vez que nadie vigilaba desde la puerta. La luz roja de la cabina estaba apagada. Podía haber aprovechado para examinar los armarios, buscar la llave o retirar la tira de papel de la placa, pero ninguna de aquellas cosas me interesaba tanto como la frase de Nora.

No todo el mundo ha aprendido a hacerlo a tiempo.

La había pronunciado cuando retrocedí hacia ella. No hablaba de teatro ni de mi método. Procedía de un recuerdo propio, algo relacionado con la crisis que la había llevado a Santa Elvira. La productora tenía razón en una cosa: había detectado el punto donde Nora se protegía y lo había presionado sin conocer todavía aquello que protegía. Sin embargo, detenerse antes de llegar habría convertido toda la sesión en una precaución vacía. El problema no era haberla obligado a responder. El problema era que la respuesta no había encontrado una forma donde permanecer.

Subí al escenario. La silla seguía en el lugar donde Nora la había dejado. Me situé frente a ella e intenté reconstruir la secuencia: su peso sobre la pierna derecha, los brazos ocultos, la vigilancia en la

mirada. Había contenido el aire cada vez que yo avanzaba, no porque temiera una agresión inmediata, sino porque el cuerpo se preparaba para algo que ya había ocurrido. La respiración era memoria antes que pensamiento. Nadia lo había comprendido durante los últimos meses de trabajo; decía que una persona podía olvidar una habitación, un rostro o una frase, pero el cuerpo conservaba el ritmo exacto con que había aprendido a sobrevivir.

No recordaba cuándo había pronunciado esas palabras. Quizá en una entrevista. Quizá durante el ensayo del agua.

Mauro apareció en la puerta.

—Nora no quiere verlo.

—No he pedido verla.

—Ha preguntado si la sesión continuaría mañana.

—¿Y qué le has dicho?

—Que dependería de la doctora.

—No de ella.

—Ella ya ha decidido que no participará si usted vuelve a trabajar de esa manera.

—¿Qué manera?

Mauro entró en la sala y dejó las llaves sobre la mesa.

—Como si todo lo que alguien siente le perteneciera.

—No me pertenece.

—Entonces deje de hablar como si pudiera darle forma mejor que ellos.

—Puedo.

La seguridad de mi respuesta lo detuvo. No porque lo convenciera, sino porque confirmaba algo que temía.

—Eso es lo que no entiende —dijo—. Cree que hacer algo visible le da derecho a decidir lo que significa.

—Alguien tiene que decidirlo.

—No.

—Incluso rechazar un significado es elegir otro.

—No está en un escenario.

—Tú tampoco, y llevas días interpretando a un hombre que no quiere decirme quién es.

Mauro recogió las llaves.

—Soy enfermero.

—Eso ya lo has dicho.

—No. Lo dijo hace unos minutos para provocarlo. Yo se lo estoy diciendo ahora.

La distinción resultaba casi cómica.

—¿Y regidor?

—Nunca.

—Controlas los tiempos, las entradas, las puertas y la iluminación.

—Controlo que nadie se haga daño.

—Una función menos elegante, pero parecida.

Mauro se acercó al escenario.

—Nora se ha hecho daño hoy.

—Se ha asustado.

—No minimice.

—Tampoco dramatices.

—Ha tenido que tomar medicación y está con la doctora.

La información produjo una incomodidad que no esperaba. Imaginé a Nora en el despacho, respirando demasiado rápido, mientras la mujer le explicaba que mi conducta no era responsabilidad suya. La escena se construyó con una facilidad que la volvía sospechosa.

—¿Qué le has dicho sobre mí?

—Nada que no haya visto.

—Ha visto una parte.

—Siempre dice eso cuando la parte no le favorece.

—¿Y ella volverá?

Mauro me observó.

—¿Eso es lo único que le importa?

—Es la pregunta que he hecho.

—No lo sé.

El enfermero se dirigió hacia la mesa. Guardó la botella y las hojas, pero dejó las sillas donde estaban. Antes de marcharse, se volvió.

—Nadia también volvía.

—No la conociste.

—No hacía falta conocerla para leer lo que escribió.

La frase coincidía con la de la mujer. Debían de haber revisado mensajes, diarios o declaraciones incorporadas a mi expediente. Resultaba obsceno que personas extrañas hablaran de Nadia desde documentos parciales, pero no era el momento de discutirlo.

—¿Qué escribió?

—Que usted sabía convertir el regreso en una decisión de ella.

Mauro salió. Esta vez cerró la puerta, aunque no con llave. Permanecí en la sala hasta que la medicación empezó a producirme una somnolencia espesa. Recoloqué las sillas, ordené la mesa y retiré la que había formado parte de la escena con Nora. La llevé al centro del escenario y la observé desde la primera fila. No era una imagen especialmente original, pero contenía algo que todavía no podía nombrar: una ausencia reciente, la forma exacta de un cuerpo que acababa de abandonar un lugar.

Nora no regresó durante el almuerzo. Tampoco apareció en la sala común por la tarde. Pregunté a una de las mujeres de blanco y me respondió que estaba descansando. Cuando intenté subir a su planta, el acceso estaba bloqueado y Mauro apareció antes de que pudiera llamar. No discutí. Volví a mi habitación, tomé la medicación y pasé varias horas leyendo un libro que no conseguí recordar después.

A última hora, alguien deslizó una hoja bajo mi puerta.

No había nombre ni mensaje. Solo una frase escrita con bolígrafo azul:

No vuelva a decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo.

La caligrafía era firme, inclinada ligeramente hacia la derecha. No sabía cómo escribía Nora. Tampoco podía asegurar que la nota procediera de ella, aunque nadie más tenía razones para formular aquella petición.

La frase, sin embargo, no era nueva.

Nadia la había dicho durante su primera semana de ensayos. Yo la había corregido delante del grupo, describiendo el miedo de su personaje antes de que entrara en la escena, y ella se quedó inmóvil, con una mano sobre la puerta del escenario. Después se volvió hacia mí y pronunció casi las mismas palabras. No vuelva a

decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo. Recordaba ahora la risa incómoda de los demás actores, la luz amarilla del teatro y la manera en que Nadia había sostenido mi mirada, esperando que yo decidiera si su desafío la expulsaría del montaje o la convertiría en el centro.

La convertí en el centro.

Leí la nota varias veces. Podía haber compartido la frase durante sesiones anteriores, como Nora y la productora insistían. Quizá figurara en los mensajes de Nadia o en alguna transcripción que el grupo había utilizado. Sin embargo, la coincidencia no me parecía una reproducción. Había algo distinto en la elección de las palabras, una continuidad que no dependía de que Nora conociera la frase original. Dos personas podían construir la misma defensa cuando reconocían la misma amenaza.

Guardé la hoja dentro del libro. Al poco tiempo, escuché pasos en el corredor y la puerta se abrió. Mauro entró con el vaso de la noche.

—¿Has dejado esto? —pregunté.

Le mostré la nota. Él la leyó sin tocarla.

—No.

—¿Nora?

—No puedo hablar de lo que hace otro paciente.

—La has leído como si ya la conocieras.

—Porque no es la primera vez que aparece.

La respuesta me obligó a incorporarme.

—¿Qué significa eso?

Mauro dejó el vaso sobre la mesa.

—Ha escrito frases parecidas en otras sesiones.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No voy a discutirlo ahora.

—Todo lo que os incomoda se aplaza.

—Todo lo que lo altera se trabaja con la doctora.

—Nora ha estado antes en esta habitación.

—No.

—¿Me ha dado notas?

Mauro miró la hoja y después el libro abierto.

—Alguna vez.

—¿Qué decían?

—No lo recuerdo.

Mentía. La forma en que evitó mi mirada era demasiado evidente.

—¿Dónde están?

—En su expediente.

—Mi expediente.

—Sí.

—Entonces me pertenecen.

—No funciona así.

—Es una frase dirigida a mí.

—Y forma parte de un proceso que usted no ha completado.

Me levanté. La somnolencia había desaparecido.

—¿Cuántas veces he trabajado con Nora?

Mauro permaneció junto a la puerta.

—Varias.

—¿Cuántas?

—No lo sé con exactitud.

—Tú controlas todos los horarios.

—No todas fueron sesiones formales.

—¿Qué hicimos?

—Lo mismo que ahora, más o menos.

—Eso no es una respuesta.

—La eligió. Intentó convertirla en otra persona. Ella se asustó, se marchó y después volvió.

Las palabras llegaron sin dramatismo, pero la secuencia resultaba demasiado perfecta. Podía ser una advertencia construida por la mujer para impedir que continuara o una descripción de algo que mi memoria se negaba a ordenar.

—¿Cuándo ocurrió la primera vez?

—Hace meses.

—Yo no estaba aquí hace meses.

Mauro no respondió. El silencio era la respuesta.

—¿Cuánto tiempo llevo en Santa Elvira?

—Hablaremos de eso con la doctora.

—Dímelo tú.

—No.

—¿Por qué?

—Porque mañana dirá que se lo conté de otra manera.

—Graba la conversación.

—No se trata de demostrar que tengo razón.

—Entonces ¿de qué?

Mauro abrió la puerta.

—De que pueda escuchar una respuesta sin convertirla en otra cosa antes de que termine.

La frase repetía la nota. No palabra por palabra, pero sí su estructura. Durante un instante pensé que él mismo la había escrito, quizá siguiendo instrucciones de la mujer para provocar una asociación. Sin embargo, la tinta azul manchaba ligeramente el borde de la hoja y recordé haber visto un bolígrafo del mismo color en manos de Nora durante el desayuno. Podía haber sido cualquier bolígrafo. En Santa Elvira todo empezaba a adquirir una duplicación innecesaria.

—¿Volverá mañana? —pregunté.

Mauro se detuvo en el umbral.

—Ha dicho que sí.

—Entonces no quiere que la deje en paz.

—Ha dicho que volverá al grupo. No a usted.

—La diferencia durará lo que tarde en entrar en la sala.

Mauro me miró con una mezcla de cansancio y desprecio.

—Eso también lo dijo la última vez.

Cerró la puerta.

Dormí mejor de lo esperado. La medicación y el agotamiento empujaron las imágenes hacia un fondo sin sueños, aunque me desperté antes del amanecer con la frase de la nota todavía presente. No vuelva a decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo. La recordaba en la voz de Nadia y en una voz distinta que no sabía si había oído alguna vez. La repetición no demostraba que

Nora fuese una sustituta. Demostraba, en todo caso, que ciertas personas reconocían el mismo peligro con palabras parecidas.

A las diez, el grupo estaba completo.

Nora ocupaba una silla junto a la pared. Había vuelto a recoger el cabello y llevaba una camisa azul que le quedaba grande. Su rostro no mostraba señales de la crisis que Mauro había descrito, salvo una palidez mayor y la manera en que evitaba cualquier conversación. Cuando entré, levantó la vista. No había miedo en ella, aunque tampoco la curiosidad de los días anteriores.

—Gracias por la nota —dije.

La productora se volvió hacia Nora. Mauro cerró la carpeta que estaba revisando.

—No sé de qué habla —respondió ella.

—La frase era tuya.

—No le he escrito nada.

—Mauro dice que ya lo habías hecho antes.

Nora miró al enfermero.

—No he dicho eso —intervino él.

—Dijiste que había escrito frases parecidas durante otras sesiones.

—No dije que la nota fuera suya.

—La diferencia empieza a parecer una afición.

La productora se acercó.

—Guarde la nota y hablaremos después.

—¿La conoce?

—Sí.

—¿Quién la escribió?

—No es el momento.

—Todos parecen reconocerla menos yo.

Nora se levantó.

—Quiero verla.

Saqué la hoja del bolsillo. Ella la leyó sin tocarla. Su expresión cambió al llegar al final, no por reconocimiento, sino por una incomodidad que podía significar cualquier cosa.

—No es mi letra —dijo.

—¿Y la frase?

—La ha dicho usted.

—¿Cuándo?

—En una sesión.

—No tendría sentido que yo escribiera eso.

—No la escribió. La dijo como si se la hubiera dicho Nadia.

El grupo permanecía en silencio. Samuel observaba con una atención que ya no era hostil, sino casi fascinada.

—¿A ti? —pregunté.

Nora asintió.

—Me llamó Nadia y repitió la frase. Después dijo que yo se la había dicho muchos años antes.

—No recuerdo esa sesión.

—Ya lo sé.

Su tono no contenía compasión. Solo cansancio.

—¿Cuántas veces ha ocurrido?

—No voy a hablar de esto delante de todos.

—Ayer querías que no decidiera lo que sentías. Ahora puedes contarme lo que recuerdas.

—No son cosas equivalentes.

—Lo son para mí.

—Ese es el problema.

La productora se colocó entre nosotros, sin llegar a bloquear la mirada.

—La sesión de hoy tendrá otra estructura.

—No —dije—. Hoy trabajaremos con Nora.

—No.

—Ella ha vuelto.

—Al grupo.

—Que decida.

La mujer miró a Nora. Por primera vez, no habló en su nombre.

—¿Quieres participar en un ejercicio individual dentro de la sala, con todos presentes? —preguntó.

Nora observó la nota, después a mí.

—¿Qué ejercicio?

—Quiero que leas una escena —respondí.

—No hay libreto.

—Lo habrá.

Había escrito el texto durante la madrugada, en una hoja que guardaba dentro de la carpeta. No era una escena completa, sino un diálogo breve entre una mujer que esperaba en una habitación y un hombre que llegaba demasiado tarde. Ninguno mencionaba lo ocurrido antes. La tensión residía en aquello que ambos evitaban preguntar.

Entregué la página a Nora. Ella la leyó en silencio. La productora se acercó lo suficiente para ver el contenido. No había agua, respiración ni referencias directas a Nadia. Después de unos minutos, Nora levantó la cabeza.

—No sé hacerlo.

—Eso es útil.

—Para usted todo lo que no sé hacer es útil.

—Lo que ya sabes solo sirve para repetirte.

—¿Quién lee la otra parte?

—Yo.

Mauro negó con la cabeza.

—No.

—Todo el grupo estará presente.

—No se trata de la supervisión.

—¿Entonces de qué?

—De que no distingue cuándo está trabajando con Nora y cuándo está hablando con alguien que no está aquí.

Nora volvió a mirar el texto.

—Lo haré —dijo.

La decisión sorprendió a Mauro y a la productora. Ella pidió cinco minutos para hablar con Nora fuera, pero la joven se negó.

—Prefiero que todos lo vean.

La frase establecía una protección. En público, cualquier intento mío de deformar la escena encontraría testigos. Acepté.

Colocamos dos sillas en el escenario, separadas por una mesa. No había más objetos. Le pedí a Nora que se sentara antes de que yo entrara y que no buscara una emoción concreta. Ella apoyó el texto sobre las piernas, pero sus manos temblaban ligeramente.

—No leas todavía —dije—. Espera.

—¿Cuánto?

—Hasta que llegue.

—Ya está aquí.

—Yo sí. Él no.

Nora respiró por la nariz y miró hacia la puerta imaginaria. Subí al escenario desde el fondo, no desde el lateral donde ella esperaba verme. El cambio produjo una tensión instantánea en sus hombros. Me acerqué a la mesa y permanecí de pie.

La primera frase me correspondía.

—Pensé que te habías marchado.

Nora bajó la vista hacia la hoja.

—También yo.

La lectura fue plana. No porque careciera de talento, sino porque se protegía mediante la literalidad. Cada palabra terminaba antes de adquirir consecuencias.

—Otra vez —dije.

—Acabamos de empezar.

—Por eso.

—¿Qué he hecho mal?

—Has leído la frase como si supieras qué significa.

—Está escrita.

—Las palabras están escritas. El significado ocurre entre nosotros.

Nora dejó la hoja sobre la mesa.

—Entonces no la necesito.

—Exacto.

La productora hizo una anotación. Mauro permanecía junto al escenario, preparado para detener la escena.

Repetí la frase.

—Pensé que te habías marchado.

Nora me observó. Esta vez no respondió de inmediato.

—También yo.

La pausa modificó todo. Ya no hablaba de una decisión pasada, sino de la sorpresa de seguir allí. Me senté.

—No he venido a pedirte que vuelvas.

—Entonces ¿a qué ha venido?

Había cambiado el tratamiento del texto, sustituyendo el «has» por «ha». La distancia formal apareció como una defensa propia, no del personaje.

—A saber por qué sigues esperando.

—No estoy esperando.

—Estás aquí.

—Eso no significa lo mismo.

—Para quien llega, sí.

Nora apartó la mirada. El texto indicaba otra frase, pero ella no la buscó.

—Usted siempre cree que sabe por qué vuelve la gente.

—No. Solo sé que volver es una decisión.

—A veces es no tener otro sitio.

La sala desapareció por un instante. No literalmente; seguía viendo a Mauro, la puerta abierta, el reflejo de la productora sobre el cristal. Sin embargo, la frase de Nora había creado una intimidad que volvía irrelevantes las presencias ajenas.

—Siempre hay otro sitio —dije.

—Eso solo lo dice quien puede marcharse.

La réplica no estaba escrita. Tampoco pertenecía ya al ejercicio. La productora levantó la vista, pero no intervino.

—¿Tú puedes? —pregunté.

Nora tardó en responder.

—No hoy.

—¿Y ayer?

—Tampoco.

—¿Entonces por qué vuelves a la sala?

—Porque aquí, al menos, sé quién está mirando.

La frase era buena. Demasiado buena para alguien que insistía en no ser actriz, aunque quizá la interpretación no dependiera de aprender a inventar respuestas, sino de dejar de evitar las verdaderas.

—No mires a los demás —dije—. Mírame a mí.

—Ya lo hago.

—No. Compruebas dónde estoy.

—¿Cuál es la diferencia?

—La misma que existe entre vigilar y ver.

Nora sostuvo mi mirada. Sus manos continuaban sobre la mesa, abiertas, pero la cicatriz junto al pulgar se había vuelto blanca por la presión.

—¿Qué ve? —preguntó.

El texto no contenía la pregunta. Podía haber respondido como director, describiendo la tensión, el miedo o la necesidad de control. La nota del día anterior apareció en mi memoria: no vuelva a decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo.

—No lo sé —dije.

Nora parpadeó. Era la primera vez que le ofrecía una incertidumbre.

—Miente.

—Probablemente.

—Entonces dígalo.

—Veo a alguien que quiere creer que ha elegido volver.

Su respiración cambió.

—¿Y si lo he elegido?

—Entonces todavía no sabes para qué.

—¿Y usted sí?

La pregunta contenía una abertura peligrosa. Podía decirle que había reconocido en ella una fuerza, una inteligencia, la capacidad de sostener una escena sin esconderse detrás de la técnica. Podía prometerle que, si confiaba, conseguiría mostrar algo que los demás nunca habían visto. Era la clase de promesa que un director debe formular sin convertirla en halago.

—Para que alguien te crea —respondí.

Nora se quedó inmóvil.

—¿Quién?

—Todavía no lo sé.

—Entonces no sabe qué papel quiere que interprete.

—No es un papel.

—Todo es un papel para usted.

—No. A veces es una necesidad.

—¿La suya o la mía?

Mauro subió un escalón, pero la productora levantó la mano. Nora continuaba mirándome.

—Las dos —dije.

Su rostro cambió. No fue una rendición ni una forma de confianza, sino el reconocimiento de que, por primera vez, había admitido que el trabajo no estaba construido únicamente para ayudarla. Yo necesitaba algo de ella. La honestidad podía resultar más seductora que cualquier promesa de protección.

—¿Qué necesita? —preguntó.

La imagen de Nadia apareció sin aviso: sentada frente a mí en una sala más grande, con el cabello mojado y una toalla alrededor de los hombros. No sabía cuándo había ocurrido. Había agua en el suelo, una cámara encendida y dos vasos sobre una mesa. Nadia me preguntaba qué necesitaba de ella, y yo respondía que dejara de actuar como si no supiera.

La escena se deshizo antes de completarse.

—Que permanezcas —dije.

Nora retrocedió en la silla.

—Eso no estaba en el texto.

—Nada de lo importante lo está.

—Terminamos —intervino Mauro.

La productora no lo detuvo. Nora apartó las manos de la mesa y recogió la hoja.

—No —dijo.

Mauro se quedó inmóvil.

—¿Quieres continuar? —preguntó la mujer.

Nora asintió, aunque seguía mirándome.

—Una frase más.

La decisión le pertenecía, pero yo había contribuido a construirla. No era una contradicción. Toda libertad ocurre dentro de una estructura que alguien ha dispuesto antes.

Nora miró el texto. La última frase de su personaje decía: «No he venido para que me salves».

La leyó sin bajar la vista.

—No he venido para que me salve.

Esperé. Mi respuesta escrita era: «Nunca he sabido hacerlo».

Sin embargo, la frase me pareció falsa. Nadia había acusado muchas veces mi necesidad de salvar aquello que antes había llevado hasta el límite. Yo siempre había rechazado la palabra. Salvar implicaba que alguien aceptaba la debilidad del otro; dirigir consistía en impedir que la utilizara.

—No —dije—. Has venido para que te crea.

Nora dejó de respirar durante un instante. Después pronunció una frase que no figuraba en el texto:

—Entonces míreme antes de decidir cómo termino.

La sala quedó en silencio.

No era idéntica a la frase de la primera jornada, pero contenía su misma estructura y la misma exigencia que Nadia había formulado durante aquella audición remota: no me mires como si ya supieras cómo voy a terminar. Nora podía haberla oído antes, en las sesiones que yo no recordaba. Podía incluso estar repitiéndola de forma consciente, siguiendo una indicación de la productora. Sin embargo, la emoción con que la pronunció no parecía prestada.

La productora se levantó.

—Terminamos aquí.

Esta vez no discutí. Nora bajó del escenario con la hoja en la mano. Al pasar junto a mí, se detuvo.

—No vuelva a cambiarme las frases.

—Las has cambiado tú primero.

—Porque las suyas no me servían.

—Eso es actuar.

Nora negó con la cabeza.

—Eso es no dejar que hable por mí.

Se marchó hacia el corredor. El grupo permaneció en silencio hasta que Samuel soltó una risa breve.

—Ya tiene actriz —dijo.

No respondí. Observé la silla vacía frente a mí y la hoja que Nora había olvidado sobre la mesa. En el margen había escrito varias palabras mientras preparábamos la escena. No eran notas sobre el personaje ni correcciones del texto. Había repetido una frase tres veces, con trazos cada vez más intensos:

No soy ella.

Doblé la página y la guardé en la carpeta.
Nora tenía razón. No era Nadia.
Todavía.

Capítulo 5

Respirar

La respiración es la primera mentira del actor. Puede fingir una sonrisa, ensayar un temblor, aprender a llorar sin que nada dentro de él se haya movido, pero tarde o temprano el aire delata la distancia entre lo que muestra y lo que está ocurriendo. Una persona que dice tener miedo mientras respira con la regularidad de quien espera el autobús no interpreta el miedo, sino la idea que conserva de él; otra puede permanecer inmóvil, no pronunciar una palabra y conseguir que toda la sala perciba el peligro porque cada inspiración parece llegar un segundo más tarde de lo necesario. El público quizá no sepa identificar esa diferencia, pero la reconoce. Los cuerpos se entienden entre sí mucho antes de que las palabras intervengan para estropearlo.

Aquella mañana me desperté pensando en la respiración de Nora. No en su frase final, aunque la había repetido varias veces antes de dormirme, ni en las tres palabras que había escrito al margen del texto hasta casi rasgar el papel. Recordaba el instante en que le dije que permaneciera y el aire se detuvo dentro de ella como si una mano hubiese cerrado una puerta. Había sido apenas una interrupción, una pausa demasiado breve para que Mauro la registrara con su aparato y lo bastante precisa para que yo comprendiera que la escena había tocado algo anterior a nuestras palabras. Nora no fingía el miedo. Lo contenía. Esa diferencia podía convertirla en una actriz extraordinaria o destruir cualquier posibilidad de trabajo, dependiendo de quién consiguiera enseñarle a atravesarla.

La hoja seguía dentro de mi carpeta. La saqué durante el desayuno y observé las correcciones que ella había hecho en el margen, palabras sueltas, signos de interrogación y aquellas tres repeticiones de «No soy ella». La primera había sido escrita con cuidado. La segunda presentaba una inclinación irregular. En la tercera, el bolígrafo había hundido tanto el papel que la tinta se

había extendido sobre la fibra. No necesitaba interpretar la secuencia para advertir que algo había cambiado mientras esperaba subir al escenario. La productora habría llamado a aquello activación emocional, respuesta traumática o una de esas expresiones que permiten describir un temblor sin preguntarse qué verdad lo provoca. Para mí era más sencillo: Nora había empezado a luchar contra un papel antes de conocerlo.

Mauro apareció junto a mi mesa con el vaso de agua y los tres comprimidos. Había dejado de fingir que su visita matutina obedecía a una coincidencia, aunque todavía utilizaba un tono cordial, como si compartiéramos una rutina elegida por ambos.

—La doctora quiere verlo antes de la sesión —dijo.

—La doctora quiere verme antes de todo.

—Ayer ocurrió algo que debemos revisar.

—Ayer ocurrió una escena.

—Nora tuvo una crisis después.

—Mencionaste medicación, no una crisis.

—No son cosas incompatibles.

Tomé los comprimidos y los dejé sobre la mesa, junto a la hoja. Mauro la reconoció, pero no intentó acercarse.

—¿Qué ocurrió exactamente? —pregunté.

—No puedo darle detalles.

—Entonces no utilices la palabra crisis para dirigir mi interpretación.

—Tuvo una respuesta de ansiedad intensa, necesitó salir de la sala y tardó bastante en recuperarse.

—Eso no significa que el trabajo fuera perjudicial.

Mauro observó las pastillas. Había aprendido que no necesitaba pedirme que las tomara; bastaba con esperar.

—¿Qué tendría que pasar para que aceptara que algo ha sido perjudicial? —preguntó.

—Que la persona no pueda transformar después lo que le ha ocurrido.

—Siempre añade un después.

—Porque una experiencia no termina cuando deja de ser agradable.

—Tampoco se vuelve útil solo porque haya sucedido dentro de una sala.

—No he dicho eso.

—Lo piensa.

Tomé los comprimidos. Uno se quedó adherido a la lengua y tuve que beber un segundo vaso antes de tragarlo. Mauro comprobó el movimiento de mi garganta con la misma discreción ofensiva de cada mañana.

—Hoy no habrá trabajo individual con Nora —dijo.

—No lo he previsto.

—Ni ejercicios respiratorios.

La precisión me hizo levantar la vista.

—¿Por qué lo mencionas?

—Porque ha pedido unas esterillas.

—Para trabajar en el suelo.

—Y ha preguntado si podían apagar la ventilación.

—El ruido distrae.

—Víctor.

—No pienso pedirle a nadie que deje de respirar.

—Esa no es la única forma de convertir la respiración en un problema.

Había leído mis notas o alguien le había contado el ejercicio que preparaba. La noche anterior solicité seis esterillas, una manta por persona y la posibilidad de reducir la luz general. No había explicado nada más. Quería comenzar con una observación sencilla del aire, sin retenciones ni exigencias físicas, y llevar al grupo hacia el momento en que cada respiración deja de ser automática porque alguien está pendiente de ella. El peligro no residía en el ejercicio, sino en la interpretación que Mauro y la doctora habían decidido imponerle antes de que comenzara.

—¿Has dirigido actores alguna vez? —pregunté.

—No.

—Entonces no comprendes lo difícil que resulta eliminar una respiración aprendida.

—No quiero eliminar la respiración de nadie.

—Precisamente por eso hablas como si observarla fuera una agresión.

Mauro recogió el vaso.

—La doctora lo espera.

La encontré en el despacho con las dos fotografías boca abajo y la grabadora ya encendida. La repetición de los objetos empezaba a convertir nuestras entrevistas en una escenografía deliberada. La jarra permanecía siempre a la derecha, los pañuelos aparecían solo cuando esperaba una reacción emocional y Mauro ocupaba la silla cercana a la puerta, desde donde podía levantarse sin cruzarse conmigo. Tal vez la organización respondiera a protocolos del centro, aunque todo protocolo termina produciendo una puesta en escena, incluso cuando quienes lo aplican se consideran inmunes al teatro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la mujer.

—Observado.

—Eso no es un estado de ánimo.

—Depende de quién observa.

Ella anotó algo.

—¿Cómo se encuentra después de lo ocurrido con Nora?

—Interesado.

Mauro se movió en la silla. La doctora no mostró sorpresa, pero su bolígrafo permaneció detenido sobre el papel.

—¿No preocupado?

—También.

—¿Qué le preocupa?

—Que ustedes conviertan una reacción intensa en una razón para impedir que vuelva a acercarse a ella.

—Le preocupa perder acceso.

—Me preocupa que la protejan hasta volver imposible cualquier transformación.

—Nora no necesita transformarse para satisfacerlo.

—No he dicho que sea para satisfacerme.

—Ayer admitió que necesitaba algo de ella.

—La honestidad no convierte una necesidad en abuso.

—No, pero permite examinarla.

La mujer giró una hoja. Había anotaciones de la sesión anterior, varias de ellas subrayadas. Reconocí fragmentos de mis frases, aunque sin el contexto que les daba sentido: «que permanezcas», «al principio decido yo», «todo es material». Separadas de la conversación, podían construir el retrato de un hombre distinto, alguien incapaz de considerar a los demás fuera de su utilidad.

—Nora ha pedido continuar en el grupo —dijo—. No porque considere que lo ocurrido fue positivo, sino porque marcharse ahora le haría sentir que usted tenía razón al interpretar su regreso como una elección relacionada con el trabajo.

—Entonces vuelve para demostrar que no vuelve por mí.

—Eso parece.

—Sigue siendo una decisión relacionada conmigo.

—No convierta cada intento de alejarse en otra forma de acercamiento.

—No lo convierto. Lo observo.

—Esa es una de las palabras que utiliza para no admitir su participación.

La doctora apoyó el bolígrafo sobre la carpeta.

—Hoy no dirigirá ningún ejercicio respiratorio.

—El trabajo estaba preparado antes de que Nora tuviera la reacción.

—Eso no cambia la prohibición.

—¿En qué consiste exactamente?

—No pedirá que contengan el aire, alteren voluntariamente el ritmo, respiren de forma sincronizada ni permanezcan atentos a sensaciones que puedan desencadenar una crisis.

—Eso último prohíbe cualquier ejercicio corporal.

—Prohíbe uno que usted ya ha utilizado de manera inadecuada.

—No recuerdo haberlo hecho aquí.

—Lo ha hecho varias veces.

—En sesiones que nadie quiere describirme.

—En sesiones que hemos descrito y que usted reorganiza después.

El mismo argumento regresaba siempre que intentaba establecer una cronología. Había trabajado con Nora, había repetido frases de

Nadia, había pedido ejercicios que ahora me prohibían, pero cualquier pregunta sobre esas sesiones terminaba aplazada hasta que yo fuese capaz de recordarlas sin deformación. Era un sistema perfecto: mi memoria se consideraba poco fiable cuando contradecía la suya, mientras la versión del equipo no necesitaba demostración porque ellos habían decidido llamarla registro.

—¿Qué ocurrió la última vez? —pregunté.

—Le pidió a Nora que describiera la sensación de no poder respirar.

—Eso no es un ejercicio respiratorio.

—Después le indicó que redujera el aire para acercarse a esa sensación.

—¿Lo hizo?

—Sí.

—Entonces aceptó.

—También intentó detenerse.

La conversación se acercaba a un territorio conocido. Dos golpes, una señal, una petición que alguien había interpretado demasiado tarde. Sentí que la imagen del agua trataba de formarse, pero la aparté antes de que la doctora pudiera leer algo en mi rostro.

—¿Y yo no la dejé?

—Mauro intervino.

Miré al enfermero. Él no sostuvo mis ojos.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres meses —respondió la doctora.

—No llevo tres meses aquí.

Ninguno contestó. La afirmación había dejado de provocar correcciones inmediatas, lo que empezaba a resultar más inquietante que una contradicción abierta.

—¿Cuánto tiempo llevo? —insistí.

—Hoy no vamos a trabajar sobre la duración del ingreso.

—Nunca trabajamos sobre aquello que pregunto.

—Trabajamos sobre lo que puede sostener sin perder la continuidad.

—Es una forma elegante de decir que ustedes eligen la realidad que estoy preparado para conocer.

—Todos hacemos eso, Víctor. La diferencia es que nosotros intentamos no elegir una que lo ponga en peligro.

—¿Y si su prudencia me mantiene atrapado aquí?

La doctora deslizó hacia mí el documento firmado dos días antes.

—Las condiciones siguen vigentes. Puede utilizar la sala mientras las respete.

—No puede pedirme que trabaje y prohibirme observar el cuerpo.

—Puede observarlo sin manipularlo.

—Todo acto de observación modifica aquello que observa.

—Entonces sea responsable de la modificación.

La frase no era mala. La recordaría después, quizá para utilizarla en otro contexto, aunque no pensé concedérselo en aquel momento.

—El ejercicio de hoy no incluye retenciones —expliqué—. Solo quiero que identifiquen cómo cambia la respiración cuando saben que alguien la escucha.

—Eso puede ser suficiente para desencadenar ansiedad.

—También puede enseñarles a reconocerla antes de que los domine.

—No está cualificado para tratar ansiedad.

—No pretendo tratarla.

—Entonces no utilice sus síntomas como material.

Mauro se inclinó hacia delante.

—Podría hacer otra cosa —dijo—. Volver a la escena de ayer con otros participantes, trabajar el texto sin Nora o limitarse a ejercicios de atención externa.

—La atención externa es una forma de evitar lo que ocurre dentro.

—A veces es necesaria para no desbordarse.

—Y otras se convierte en una vida entera.

La doctora recogió el documento.

—No habrá ejercicio respiratorio.

La reunión había terminado para ella. Podía discutir hasta que suspendieran la sesión o aceptar una definición suficientemente

estrecha de la prohibición. No pediría a nadie que modificara el aire. Les pediría que escucharan. Si al escuchar se producían cambios, no sería una indicación mía, sino una consecuencia de la atención.

—De acuerdo —dije.

Mauro me miró con desconfianza. La doctora sostuvo el silencio unos segundos, esperando quizá que añadiera una condición.

—¿De acuerdo con qué? —preguntó.

—Con que no dirigiré la respiración.

—Ni de forma indirecta.

—No sé qué significa eso.

—Sí lo sabe.

—Entonces debería bastar.

La sala estaba preparada cuando llegamos. Las esterillas se habían colocado en círculo, separadas por una distancia uniforme. No habían apagado la ventilación ni reducido las luces, y el zumbido del sistema llenaba los silencios con una vibración constante. Sobre la mesa de Mauro había dos aparatos para medir el pulso, una botella de agua y varios vasos. La doctora ocuparía la cabina acristalada; vi su figura detrás del cristal cuando la luz roja se encendió.

Los participantes entraron de manera escalonada. Esteban fue el primero y eligió una esterilla cerca del escenario. Teresa se sentó a su lado, con la libreta sobre las rodillas, hasta que Mauro le recordó que no podía escribir durante la actividad. Samuel preguntó si tendría que tumbarse y, al saber que podía permanecer sentado, colocó una silla junto a la pared. Julia llegó acompañada por una mujer de blanco, aunque no parecía especialmente alterada. Darío entró después, con los auriculares alrededor del cuello y una expresión ausente. Nora fue la última.

No llevaba la camisa azul del día anterior, sino una sudadera oscura que ocultaba las manos. Al verme, dirigió la mirada hacia las esterillas y después hacia Mauro. Él le explicó que el ejercicio había sido revisado y que podía detenerse en cualquier momento. Nora asintió, pero no eligió un lugar.

—Puedes observar —dije.

—No necesito su permiso.

—Entonces puedes observar sin él.

Se sentó en la esterilla más cercana a la puerta. Había escogido una posición desde la que podía levantarse sin cruzar el círculo, aunque el gesto era menos marcado que durante la primera sesión. El regreso empezaba a adquirir en ella una forma de desafío. No quería darme la razón, pero necesitaba comprobar que podía permanecer sin quedar atrapada en la lectura que yo hiciera de su miedo.

Me situé en el centro.

—No vamos a hacer ejercicios de respiración —anuncié.

Samuel miró los aparatos de Mauro.

—Eso suena exactamente a que vamos a hacerlos.

—No os pediré que respiréis de ninguna manera concreta. Tampoco que contengáis el aire, lo aceleréis o lo hagáis más profundo. Solo quiero que observéis algo que lleva ocurriendo desde antes de que entrarais.

—¿Nuestra respiración? —preguntó Teresa.

—La palabra ha sido tuya.

Mauro me miró desde la mesa. No había incumplido ninguna condición.

—Podéis cerrar los ojos o mantenerlos abiertos —continué—. La única norma es no corregir nada. Si el aire cambia, dejad que cambie. Si aparece incomodidad, observadla antes de decidir que necesitáis expulsarla.

—Eso es dirigirla de forma indirecta —dijo Mauro.

—He dicho que no la corrijan.

—También que permanezcan con la incomodidad.

—Observar no significa permanecer.

—Para algunos sí.

La intervención había roto el comienzo antes de que el grupo pudiera entrar en el ejercicio. Sentí la irritación habitual, pero no la convertí en una disputa. Si discutía, los participantes aprenderían a esperar la autorización de Mauro antes de sentir cualquier cosa.

—Podéis deteneros cuando queráis —dije—. También podéis continuar.

Samuel soltó una risa.

—Así siempre gana.

—No estamos compitiendo.

—Usted sí.

No respondí. El grupo tardó en acomodarse. Esteban se tumbó con las manos sobre el abdomen; Teresa permaneció sentada, la espalda recta y los ojos cerrados; Julia eligió una postura parecida, aunque mantenía las rodillas elevadas. Darío se apoyó contra la pared. Nora no cerró los ojos.

Durante el primer minuto no dije nada. El zumbido de la ventilación se volvió más visible, igual que los movimientos pequeños que cada persona realizaba para encontrar una posición cómoda. Samuel golpeaba el suelo con el talón. Teresa tragó saliva dos veces. Julia respiraba por la boca, quizá debido a la medicación. Nora mantenía los brazos alrededor de las rodillas y miraba un punto sobre el escenario.

—Escuchad la sala —dije—. No vuestra respiración. La sala.

La indicación era deliberadamente amplia. Al intentar escuchar el espacio, cada uno se volvería consciente de los sonidos que producía dentro de él. Las personas descubren su propio cuerpo con mayor intensidad cuando creen estar atendiendo al mundo.

El silencio se prolongó. Alguien caminó por el corredor; una puerta se cerró en la planta superior y el sistema de ventilación cambió de tono. Esteban dejó escapar el aire con un temblor leve. Teresa enderezó aún más la espalda, intentando impedir que su respiración resultara audible. Julia miró a Mauro. Él asintió de forma tranquilizadora, gesto que modificó de inmediato el ritmo de la joven.

—No busquéis hacerlo bien —dije—. En cuanto intentáis respirar correctamente, empezáis a interpretar a una persona tranquila.

Teresa abrió los ojos.

—¿No acaba de decir que no observáramos la respiración?

—He dicho que escuchéis la sala. Tú has decidido controlar el sonido que haces dentro de ella.

—Porque ha empezado a hablar de respirar.

—La palabra no ha creado lo que ya estabas haciendo.

Ella miró hacia la cabina, quizá esperando que la doctora interviniera. La figura detrás del cristal no se movió.

—Vuelve a cerrar los ojos —le indiqué—, pero no intentes recuperar lo que había antes. Ya no existe.

Teresa obedeció. Samuel continuaba observándome con una sonrisa que convertía su participación en una forma de resistencia. Darío parecía haberse alejado del ejercicio, aunque su pie había dejado de moverse. Nora seguía mirando el escenario.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—Una marca de cinta.

—¿De qué color?

—Azul.

—¿Qué forma tiene?

—Una cruz.

—¿Está bien colocada?

Nora frunció el ceño.

—No sé para qué sirve.

—Entonces no puedes saberlo.

—¿Esto qué tiene que ver con respirar?

—Nada, si consigues seguir mirando la marca.

Comprendió la intención. Al dirigir su atención hacia un objeto exterior, estaba ofreciéndole una salida que no consistía en abandonar la sala. Nora mantuvo la vista sobre la cruz azul.

—Describe el borde —dije.

—Está levantado en una esquina.

—¿Cuál?

—La izquierda.

—¿Se mueve con el aire?

Nora tardó en responder.

—Un poco.

—¿Qué aire?

—El de la ventilación.

—¿Solo ese?

La pregunta fue suficiente. Sus hombros cambiaron de posición, y la respiración que hasta entonces había permanecido oculta bajo la sudadera empezó a hacerse visible. Nora apartó los ojos de la cinta.

—Ha dicho que no iba a dirigirla.
—No te he pedido que respires.
—Está haciendo que piense en ello.
—Pensar no modifica necesariamente el cuerpo.
—Claro que sí.
—Entonces observa cómo.
Mauro se levantó.
—Víctor.
—Puede detenerse cuando quiera.
—No le corresponde decidir si esto cumple la norma.
Nora levantó una mano.
—Estoy bien.
Mauro no volvió a sentarse de inmediato.
—No tienes que continuar para demostrarlo.
—No estoy demostrando nada.
—Entonces podemos parar.
—He dicho que estoy bien.

La insistencia revelaba que ya no hablaba solo con él. Nora necesitaba sostener el ejercicio porque detenerlo después de mi pregunta confirmaría que yo había alcanzado un punto sobre el que podía influir. Su resistencia, como tantas veces, la empujaba hacia el mismo lugar del que pretendía protegerla.

Mauro regresó a la mesa, pero permaneció de pie.

—Vuelve a la cinta —dije.

Nora miró la cruz azul. Su respiración no recuperó la regularidad anterior.

—No la corrijas.
—No lo hago.
—Sí. Estás intentando que parezca que no ha cambiado.
—¿Cómo sabe lo que intento?
—Porque has reducido el movimiento de los hombros.
—Quizá me estoy relajando.
—Quizá.

La incertidumbre la irritó más que una afirmación. Había esperado que interpretara el gesto para poder rechazarlo. Al no

hacerlo, se quedó sola frente a la posibilidad de que su cuerpo estuviera cambiando sin que nadie decidiera el significado.

Continué con los demás. Pedí a Esteban que identificara el sonido más lejano; eligió un carro en el corredor. Teresa debía escuchar el más próximo y tardó varios segundos en admitir que era la respiración de Julia. La joven se tensó al saber que otra persona podía oírla. Samuel protestó porque el ejercicio empezaba a parecer una manera de incomodarlos con algo que normalmente no necesitaban controlar.

—Exacto —respondí—. La respiración funciona mientras no intentamos poseerla.

—Entonces déjela en paz.

—También podrías marcharte.

—Y usted diría que huyo.

—No necesito decirlo para que lo pienses.

Samuel se levantó de la silla, pero no salió. Caminó hasta el fondo y se apoyó contra la pared. Su protesta lo había incorporado al ejercicio con mayor profundidad que cualquier obediencia.

El aire de la sala había cambiado. No en su composición, desde luego, sino en la atención que todos le prestaban. Cada inspiración parecía ocupar más espacio porque existían oídos dispuestos a detectarla. La ventilación continuaba zumbando, aunque ya no conseguía ocultar los sonidos del grupo. Julia respiraba demasiado rápido. Teresa intentaba acompasar el ritmo al de Esteban. Darío había cerrado los ojos y mantenía la boca entreabierta. Nora continuaba mirando la cruz azul, pero sus manos se aferraban a las mangas.

—Ahora escuchad a la persona que tenéis más cerca —dije—. No intentéis imitarla.

—Eso es respiración sincronizada —intervino Mauro.

—He dicho lo contrario.

—La atención puede hacer que se sincronicen.

—La prohibición no puede extenderse a todas las consecuencias posibles.

—Para aquí.

El tono cambió. Ya no era una objeción, sino una orden. Varias personas abrieron los ojos.

—No ha ocurrido nada —respondí.

—Está a punto de ocurrir.

—Eso es lo que todos llevamos esperando desde el primer día.

Nora se movió. Había soltado una de las mangas y apoyaba la palma contra el pecho.

—No puedo escuchar otra cosa —dijo.

Mauro se acercó.

—Abre la atención. Mira la puerta, la luz, lo que tengas delante.

—No le hables como si estuviera teniendo una crisis —dije.

—La está teniendo.

—Todavía puede responder.

Nora me miró. Sus pupilas parecían más grandes, aunque la luz no había cambiado.

—He dicho que no puedo escuchar otra cosa.

—¿Qué escuchas?

—Esto.

Su mano presionó el pecho. El aire entraba en inspiraciones cortas, cada una interrumpida antes de completarse. No había una causa física visible; la atención había convertido un mecanismo automático en un problema que ahora intentaba resolver mediante voluntad.

—No intentes hacerlo más profundo —dije—. Deja que sea pequeño.

Mauro se arrodilló a su lado.

—No sigas sus indicaciones. Mírame.

—No le he pedido que lo haga más profundo.

—Has creado esto.

—La atención lo ha revelado.

—Nora, mírame.

Ella giró hacia él, pero sus ojos regresaron enseguida a mí. No buscaban ayuda. Buscaban una explicación, quizá la confirmación de que aquello era el lugar al que yo había querido conducirla desde el principio.

—¿Esto es lo que quería? —preguntó.

—Quería que vieras lo que haces cuando sientes que no puedes controlar el aire.

—No puedo.

—Puedes hablar.

—No es lo mismo.

—No, pero significa que sigue entrando.

Mauro me lanzó una mirada de advertencia.

—Cállate.

La palabra provocó un silencio inmediato en el grupo. Incluso Samuel se apartó de la pared. Mauro tomó uno de los aparatos, lo colocó en el dedo de Nora y esperó a que la pantalla mostrara una lectura. Ella intentó retirar la mano.

—No quiero eso.

—Solo un momento —dijo él—. Respira como puedas.

—No me diga cómo.

—No te estoy pidiendo que lo cambies.

La doctora salió de la cabina. Había dejado de observar y avanzaba hacia nosotros con una rapidez que destruía la serenidad habitual de sus movimientos.

—Nora, vamos a salir —dijo.

—No.

—No tienes que quedarte.

—Si salgo, él va a decir que tenía razón.

La frase me atravesó con una satisfacción que rechacé de inmediato. No porque fuera falsa, sino porque demostraba hasta qué punto mi lectura se había instalado en ella.

—No importa lo que yo diga —respondí.

—Siempre importa. Hace que parezca que todo lo que hago demuestra algo.

—Entonces no me mires.

—No puedo dejar de saber que está mirando.

La doctora se colocó entre nosotros, bloqueando por primera vez la línea visual de manera deliberada.

—Se acabó la sesión.

—No —dije—. Para ella todavía no.

La mujer se volvió.

—La sesión ha terminado.

—Está intentando marcharse sin levantarse. Si la sacan ahora, el miedo decidirá la escena.

—No hay escena.

—La hay para ella.

—Precisamente por eso tenemos que detenerla.

Nora respiraba cada vez más deprisa. Mauro retiró el aparato, comprobó la pantalla y pidió a Julia, Teresa y los demás que salieran al corredor. Esteban se levantó primero y ayudó a Julia. Darío obedeció sin mirar. Teresa quiso acercarse a Nora, pero la doctora le indicó que no lo hiciera. Samuel fue el último en marcharse.

—Esto es una barbaridad —dijo al pasar junto a mí.

No supe si hablaba del ejercicio o de la intervención. Probablemente de ambos.

La sala quedó reducida a cuatro personas. Nora seguía sentada, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos alrededor del cuerpo. Mauro hablaba en voz baja, señalando objetos concretos: la puerta, una silla, la franja de luz sobre el escenario. La doctora se agachó junto a ella y le preguntó si podía levantarse. Nora negó con la cabeza.

—No quiero salir así.

—¿Así cómo? —pregunté antes de que nadie pudiera impedírmelo.

La doctora se volvió.

—Fuera.

—Nora ha pedido no salir así.

—No le está hablando a usted.

—Me estaba mirando.

—Porque usted se ha convertido en parte de la crisis.

—Entonces también soy parte de la salida.

Mauro se levantó. La expresión de su rostro había perdido toda paciencia.

—Sal de la sala.

El cambio al tuteo fue más violento que un grito. No me moví.

—No la abandonaría ahora.

—No la estás acompañando. La estás observando.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Eso dijiste sobre Nadia.

Las palabras llegaron antes de que la doctora pudiera detenerlo. Nora levantó la cabeza. Su respiración seguía alterada, pero había aparecido algo distinto en su mirada.

—¿Qué dijo? —preguntó.

Mauro comprendió el error. Cerró los ojos durante un instante.

—Nada. Vamos a centrarnos en ti.

—Ha dicho Nadia.

—No importa ahora.

—Para él sí.

Nora volvió a mirarme. La doctora se interpuso de nuevo, pero esta vez ella se inclinó para buscarme por un lado.

—¿También hizo esto con ella?

La pregunta no podía responderse sin convertir la crisis en una prolongación de la investigación. La doctora me ordenó salir, aunque su voz llegaba desde una distancia que parecía mayor que la real. Recordé una habitación distinta, una superficie de agua y la sensación de que Nadia estaba a punto de alcanzar algo que no podría repetir si yo intervenía demasiado pronto. La imagen no se completó. Solo permaneció el aire, o su ausencia.

—No lo recuerdo —dije.

Nora soltó una risa breve que se convirtió en tos.

—Siempre dice eso cuando ya sabe la respuesta.

—Nora —dijo la doctora—, mírame.

Ella obedeció al fin. La mujer empezó a hablarle con frases sencillas, sin exigir que modificara la respiración. Le pidió que apoyara los pies, reconociera el suelo y decidiera cuándo quería levantarse. Mauro permanecía cerca, preparado para sostenerla sin tocarla. Yo seguía junto al centro de la sala, convertido para ellos en un estímulo que debía retirarse.

Nora tardó varios minutos en ponerse de pie. Cuando lo hizo, las piernas le temblaban. No permitió que Mauro la sujetara, pero aceptó caminar junto a la doctora. Al llegar a la puerta, se volvió hacia mí.

—No diga que esto ha servido para algo.

La frase no contenía rabia, sino miedo de que yo pudiera apropiarme incluso de lo que acababa de sufrir.

—Todavía no lo sé —respondí.

La doctora la condujo al corredor. Mauro permaneció unos segundos en la puerta, observándome.

—¿Eso es lo más parecido a una disculpa que puede ofrecer?

—No necesita que me disculpe antes de saber qué piensa.

—Ha dicho que no quiere que lo conviertas en algo útil.

—También ha dicho que no quería salir así.

—Porque la has convencido de que marcharse es fracasar.

—Yo no he utilizado esa palabra.

—No hace falta. Llevas días enseñándoles a escuchar todo lo que no dices.

Mauro recogió los aparatos y los guardó en la carpeta. Sus manos temblaban ligeramente, aunque intentaba ocultarlo mediante movimientos lentos.

—La doctora va a suspender las sesiones —añadió.

—No puede hacerlo por una reacción de ansiedad.

—Puede hacerlo porque has ignorado una prohibición explícita.

—No dirigí la respiración.

—Jugaste con las palabras.

—La precisión no es un juego.

—Le pediste que escuchara el aire, que observara cómo cambiaba, que permaneciera con la incomodidad y que no corrigiera nada. Sabías perfectamente lo que estabas haciendo.

—Sabía lo que podía ocurrir.

—Eso es peor.

La acusación se parecía demasiado a otras que no conseguía recordar por completo. Sabía lo que podía ocurrir. La frase podía haber aparecido en los interrogatorios, en las declaraciones o en alguna conversación con Nadia antes de la prueba. El riesgo nunca había sido un elemento accidental del método. Sin él, los ejercicios se convertían en imitaciones de una entrega que nadie estaba dispuesto a realizar.

—No quería que tuviera una crisis —dije.

—Querías ver hasta dónde llegaba.

—No son cosas incompatibles.

Mauro me miró como si hubiese pronunciado una confesión.

—Sí lo son.

Salió y cerró la puerta. Esta vez escuché el giro de la llave desde el corredor. Permanecí dentro, no porque me hubieran encerrado deliberadamente, sino porque Mauro debía impedir que siguiera al grupo mientras la doctora atendía a Nora. La distinción importaba, aunque el resultado fuese el mismo.

Las esterillas continuaban dispuestas en círculo. En la de Nora había quedado una marca húmeda donde había apoyado la mano. Me acerqué, pero no la toqué. Intenté reconstruir la secuencia sin justificarla: la cinta azul, la ventilación, la pregunta sobre el aire, la atención cerrándose alrededor de su propio cuerpo. Había visto el cambio antes que Mauro. También había comprendido que podía intensificarse si continuaba dirigiéndome a ella. No me había detenido porque aún respondía, porque la mirada permanecía consciente y porque la crisis no había alcanzado el punto en que una persona deja de observar lo que le ocurre para convertirse únicamente en ello.

Quizá había esperado demasiado.

La idea apareció con una sencillez desagradable. No se refería solo a Nora. Durante un instante, los dos golpes de la pared regresaron con una claridad física, acompañados por el sonido del agua desplazándose dentro de un recipiente. Vi los nudillos de Nadia, aunque no su rostro. Después vi un cronómetro. La pantalla marcaba una cifra que desapareció antes de que pudiera leerla.

La puerta se abrió casi una hora más tarde. La doctora entró sola. Había dejado la chaqueta en algún lugar y llevaba las mangas de la blusa dobladas hasta los codos. El aspecto menos formal no la volvía más cercana.

—Nora está estable —dijo.

—¿Qué ha pensado del ejercicio?

—No es el momento de preguntarlo.

—Para ella quizá sí.

—Para usted siempre es el momento de obtener algo.

—No necesito que me lo cuente a mí. Necesito saber si ha conseguido darle una forma.

—Ha conseguido recordar una sensación que llevaba tiempo intentando manejar sin quedar atrapada en ella. Usted la condujo directamente hacia esa sensación y después se negó a detenerse porque todavía podía hablar.

—Eso significa que estaba presente.

—Significa que estaba sufriendo y usted utilizó su capacidad para responder como argumento para continuar.

La doctora caminó hasta la mesa y recogió la carpeta que Mauro había dejado. No se sentó.

—Las sesiones quedan suspendidas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que el equipo evalúe lo ocurrido.

—El grupo no debería pagar por un error de procedimiento.

—¿Reconoce que fue un error?

—Reconozco que Mauro y yo ofrecimos instrucciones contradictorias.

—No le he preguntado por Mauro.

—Su intervención intensificó la crisis al presentarla como una emergencia.

—Nora ya no podía respirar con normalidad.

—Respiraba.

La mujer cerró la carpeta con fuerza.

—Nadia también respiraba cuando decidió esperar.

La frase me dejó inmóvil.

—¿Esperar qué?

—Eso es lo que estamos intentando que recuerde.

—No utilice una afirmación incompleta para acusarme.

—No es incompleta. Usted la vuelve incompleta cada vez que se acerca al final.

—¿Qué decidió Nadia?

La doctora me observó durante varios segundos. Parecía valorar si continuar o retirarse, como si una palabra mal elegida pudiera desencadenar algo que no confiaba en poder contener.

—No he dicho que Nadia decidiera esperar. He dicho que usted decidió hacerlo mientras ella todavía respiraba.

El agua volvió a aparecer. Una superficie agitada, una cámara y el reflejo de una luz sobre el borde metálico. No sabía qué parte pertenecía a un recuerdo y cuál había sido construida por las preguntas de la doctora.

—¿Cuánto? —pregunté.

Ella no respondió.

—¿Cuánto esperé?

—Llegaremos a eso cuando pueda mantener la escena completa.

—Siempre la escena completa y nunca una cifra.

—La cifra no le servirá si la convierte en una medida técnica.

—Todo tiempo es una medida técnica.

—No para quien espera que alguien lo ayude.

La puerta permanecía abierta detrás de ella. Podía haber salido, pero la conversación me retenía con mayor eficacia que cualquier llave.

—¿Nadia pidió ayuda? —pregunté.

La doctora bajó la vista hacia la carpeta.

—Sí.

La respuesta no había sido preparada. Precisamente por eso me resultó imposible rechazarla de inmediato.

—¿Con palabras?

—No.

—Entonces está interpretando.

—Habíais acordado una señal.

Dos golpes. La pared contigua. El silencio de Mauro. La cláusula del documento. Todo se organizó durante un segundo y volvió a dispersarse antes de formar una certeza.

—No recuerdo haber acordado nada.

—Lo sé.

—¿Por qué dos golpes?

—Eso tendrá que decirlo usted.

—No me atribuya una respuesta que ya conoce.

—No intento averiguar qué significaban. Intento que recuerde que los vio.

Sentí frío en las manos, una reacción desproporcionada para la temperatura de la sala. Miré las esterillas, la cinta azul y la marca húmeda donde Nora había apoyado la palma. La doctora esperó, pero no obtuvo ninguna imagen que yo pudiera ofrecerle sin dudar.

—La sesión ha terminado —dije.

—Terminó hace una hora.

—Me refiero a esta conversación.

Caminé hacia la puerta. Ella no intentó detenerme.

—Víctor.

Me volví.

—Nora no es una vía para llegar a Nadia.

—No la he utilizado de esa manera.

—Hoy, cuando dejó de poder respirar, usted miró como si reconociera algo.

—Reconocí una crisis.

—No. Reconoció una escena.

Salí sin responder. El corredor estaba vacío. El grupo había regresado a sus habitaciones o a otras actividades del centro, y Mauro no se encontraba junto a la puerta. Caminé hasta el patio, aunque el acceso exterior permanecía cerrado. Desde el cristal vi a Esteban sentado bajo uno de los árboles, acompañado por Teresa. Samuel fumaba cerca de una verja, pese a que no había advertido antes que se permitiera hacerlo. Nora no estaba con ellos.

Pasé el resto de la mañana en mi habitación. Nadie trajo el almuerzo a la hora habitual, y cuando bajé a buscarlo, una trabajadora me indicó que debía permanecer en la planta hasta nueva orden. La suspensión empezaba a extenderse más allá de la sala, como si cualquier desacuerdo artístico demostrara también mi incapacidad para caminar por un edificio sin supervisión.

Mauro apareció después de las tres. Llevaba una bandeja con comida y evitó mirarme mientras la colocaba sobre la mesa.

—¿Está bien? —pregunté.

—Sí.

—¿Ha dormido?

—Un poco.

—¿Ha hablado del ejercicio?

Mauro suspiró.

—No voy a darte información sobre ella.

El tuteo se mantenía. Quizá ya no consideraba necesario proteger la distancia profesional o tal vez la crisis había agotado la cortesía.

—Solo quiero saber si desea volver.

—Eso es lo que más te importa.

—Es lo único que define si el trabajo puede continuar.

—Las sesiones están suspendidas.

—No he preguntado por las sesiones.

Mauro se dirigió hacia la puerta.

—No vayas a buscarla.

—No puedo salir de la planta.

—Encontrarías la manera.

—Eso parece un elogio.

—No lo es.

Cerró la puerta. La comida estaba fría y apenas probé unas cucharadas. La tarde se volvió lenta, deformada por la medicación y la falta de actividad. Intenté leer, después escribí varias versiones de la escena del día. En la primera, Nora había entrado en crisis porque la atención se cerró sobre su respiración. En la segunda, Mauro convirtió una alteración manejable en una emergencia. En la tercera, yo reconocía el peligro y continuaba porque necesitaba saber si ella podía atravesarlo. Ninguna versión era falsa, pero tampoco conseguían coexistir sin acusarse unas a otras.

Al anochecer, alguien llamó a la puerta.

No fueron dos golpes, sino tres, rápidos y suaves. Esperaba a Mauro con la medicación, por lo que respondí sin levantarme. La puerta se abrió y apareció Nora.

Llevaba una chaqueta sobre la sudadera y el cabello suelto. Su rostro estaba pálido, pero no mostraba la confusión ni el temblor de la mañana. Cerró detrás de sí, aunque la puerta no podía bloquearse.

—No debería estar aquí —dije.

—Eso me han dicho.

—¿Mauro sabe que has venido?

—No.

—Entonces descubrirá que faltas.

—He dicho que iba al baño.

Se quedó junto a la entrada. No había entrado para buscar intimidad, sino para decir algo antes de perder el valor.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—No utilice esa voz.

—¿Cuál?

—La de alguien preocupado.

—Lo estoy.

—También estaba interesado.

La palabra procedía de mi entrevista con la doctora. No sabía si ella se la había contado o si Nora había llegado a la misma conclusión al verme durante la crisis.

—Las dos cosas pueden existir al mismo tiempo.

—Eso me da más miedo que si solo fuera cruel.

No respondí. La crueldad deliberada resulta fácil de rechazar; una persona que cree estar ayudando puede atravesar límites mucho más profundos sin reconocerlos.

Nora caminó hasta la silla junto a la pared y se sentó. Había elegido el lugar donde yo había pasado la noche escuchando los golpes.

—He venido porque no quiero que piense que el ejercicio funcionó —dijo.

—Todavía no sé si lo hizo.

—Sí lo sabe. En cuanto empecé a respirar mal, puso esa cara.

—¿Qué cara?

—La misma que pone cuando alguien dice algo que puede utilizar.

—No quería que tuvieras una crisis.

—Pero cuando empezó no quiso pararla.

—Creí que podías atravesarla.

—No sabía adónde iba.

—Yo tampoco.

Nora se rio sin humor.

—Eso debería haberle hecho detenerse.

—O escuchar.

—No estaba escuchándome. Estaba esperando que ocurriera algo.

La precisión de la frase me obligó a apartar la vista. Sobre la mesa estaba la hoja con las tres versiones del ejercicio. Nora las vio, aunque no intentó leerlas.

—¿Qué sentiste? —pregunté.

—No he venido para darle material.

—Has venido a hablar de lo ocurrido.

—He venido a decirle que no vuelva a hacerlo.

—Eso también exige saber qué hice.

—Hizo que me quedara dentro de una sensación que conozco demasiado bien.

—¿La de no poder respirar?

—La de que alguien me observe mientras decido si lo que me pasa es lo bastante grave para pedir ayuda.

La frase ocupó la habitación. No necesitaba conocer el episodio que había llevado a Nora a Santa Elvira para comprender que el miedo no pertenecía únicamente al aire. Había otra persona en su recuerdo, alguien cuya mirada había convertido la petición de ayuda en una negociación.

—¿Quién te observaba? —pregunté.

—No.

—No tienes que decirme el nombre.

—No significa que pueda preguntar de otra manera.

—Necesito comprender qué activó el ejercicio.

—Yo necesito que acepte una frase sin desmontarla.

Nora se levantó. Había recorrido el pasillo y entrado en mi habitación para establecer un límite, pero yo ya había empezado a buscar la estructura que lo sostenía.

—Tienes razón —dije.

Ella se detuvo.

—No lo diga así.

—¿Así cómo?

—Como si estuviera probando qué efecto produce.

—No sé decirlo de otra manera.

—Puede empezar por no explicar después por qué tengo razón.

Guardé silencio. Nora esperó, desconfiando incluso de esa obediencia.

—Tuve miedo —continuó—. Mucho. En un momento pensé que el aire no iba a volver a entrar y que todos estaban esperando a ver qué hacía. Quería levantarme, pero también quería demostrar que podía quedarme. Después ya no sabía cuál de las dos cosas había elegido.

—Eso fue lo peligroso.

—Usted lo convirtió en peligroso.

—Sí.

La palabra salió antes de que pudiera matizarla. Nora me miró con una atención distinta.

—¿Lo admite?

—Admito que construí una situación donde marcharte empezó a parecerte una derrota.

—Mauro dijo exactamente eso.

—No significa que se equivoque siempre.

—¿Y por qué lo hizo?

Podía responder que necesitaba atravesar su defensa, que el ejercicio debía mostrarle la diferencia entre sentir miedo y obedecerlo o que cualquier persona que sube a un escenario acepta permanecer unos segundos más allá de la comodidad. Todas eran verdades parciales. Ninguna explicaba por qué había continuado después de advertir que la respiración se cerraba.

—Porque quería saber hasta dónde llegabas —dije.

Nora no apartó la mirada.

—Eso también da miedo.

—Lo sé.

—No, no lo sabe. Para usted es una pregunta. Para la persona que está dentro es su cuerpo.

La frase pertenecía a ella y, al mismo tiempo, parecía llegar desde otro lugar. Nadia había dicho algo parecido. O quizá la doctora, Mauro o alguno de los abogados. Mi memoria empezaba a reunir todas las voces alrededor de una misma acusación.

—¿Por qué has venido? —pregunté.

Nora caminó hacia la puerta, pero no la abrió.

—Porque después ocurrió algo peor.

—¿Qué?

—Me gustó.

La confesión fue tan baja que podría haber fingido no escucharla. Nora apoyó una mano sobre el picaporte.

—Cuando pude respirar otra vez —continuó—, sentí que había salido de algo. No estaba pensando en lo que había pasado antes, ni en quién me miraba, ni en si iba a volver a ocurrir. Durante unos segundos no tuve miedo. Estaba agotada, enfadada y avergonzada, pero también… no sé.

—Viva.

Nora cerró los ojos.

—No diga esa palabra.

—¿Por qué?

—Porque hace que suene como si hubiera merecido la pena.

—¿No fue así?

—No lo sé. Ese es el problema.

La incertidumbre la había llevado hasta mi habitación. No buscaba una disculpa, sino una explicación que le permitiera conservar la intensidad sin aceptar el método que la había producido.

—El miedo no desapareció —dije—. Llegaste al otro lado durante unos segundos y comprobaste que no ocupaba todo el espacio.

—También podría haber empeorado.

—Sí.

—Podría haberme hecho daño.

—Sí.

—Y aun así cree que funcionó.

—Creo que ocurrió algo verdadero.

Nora abrió la puerta.

—Siempre encuentra una forma de ganar.

—No es una victoria.

—Para usted sí. Ahora puede decir que tenía razón incluso cuando reconoce que se equivocó.

La observación era justa, pero no completa. El ejercicio había sido peligroso. También había revelado algo que Nora no había encontrado en las sesiones prudentes, los aparatos, las preguntas o las salidas siempre disponibles. Ambas cosas podían ser ciertas sin anularse.

—¿Volverás al grupo? —pregunté.

—Las sesiones están suspendidas.

—No he preguntado eso.

Nora me miró por encima del hombro.

—No lo sé.

—Pero quieres.

—Quiero sentir lo que ocurrió al final sin tener que pasar otra vez por lo anterior.

—Eso no existe.

—Según usted.

—Según cualquier cuerpo.

Nora permaneció en el umbral. Desde el corredor llegaban voces lejanas y el sonido de un carro sobre las baldosas.

—No vuelva a decidir que puedo soportar algo solo porque sigo respondiendo —dijo.

—Lo intentaré.

—No le he pedido que lo intente.

—No puedo prometer una certeza que no tengo.

—Entonces no debería dirigir a nadie.

Se marchó antes de que pudiera responder. La puerta quedó abierta, y unos minutos después Mauro apareció al fondo del corredor. Debió de verla salir, porque aceleró el paso al reconocerla. Nora no se detuvo. Él llegó hasta mi habitación y miró primero la silla, después las hojas sobre la mesa.

—Te dije que no fueras a buscarla.

—Ha venido sola.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—No lo sé.

—¿De qué habéis hablado?

—Pregúntaselo a ella.

Mauro entró y cerró la puerta a su espalda.

—No vuelvas a recibirla a solas.

—No la he convocado.

—Podías haberme llamado.

—Habría interpretado que la estaba denunciando por venir.

—Habría sabido dónde estaba una paciente que acababa de tener una crisis.

—Sabías que estaba en la planta.

—No tiene permiso para entrar aquí.

—Las puertas permanecen abiertas porque todos pueden marcharse, pero de pronto nadie puede atravesarlas en la dirección equivocada.

Mauro apretó los labios. La discusión no le interesaba. Miró la hoja donde había escrito las tres versiones de la sesión.

—¿Qué te ha dicho?

—Que tuvo miedo.

—Eso ya lo sabíamos.

—Y que después sintió alivio.

La reacción fue inmediata. Mauro cerró los ojos un segundo, como si hubiese anticipado esa respuesta.

—No utilices eso.

—No lo estoy utilizando.

—Ya has empezado. Lo has dicho con esa voz.

—¿Qué voz?

—La de cuando encuentras una justificación.

—No justifica el riesgo. Explica por qué volvió a buscarme.

—No volvió porque confíe en ti. Volvió porque la has dejado atrapada entre el miedo y la idea de que atravesarlo la hace especial.

—No he mencionado que sea especial.

—No necesitas decirlo. La eliges, la miras como si los demás desaparecieran y conviertes cada reacción en una señal de que puede llegar a un lugar al que solo tú sabes conducirla.

La descripción era tan exacta que por primera vez comprendí que Mauro no hablaba únicamente de los últimos días. Había visto esta secuencia antes. Quizá con Nora, quizá con Nadia o con otras personas cuyos nombres yo ya no conservaba.

—¿Qué ocurrió la última vez? —pregunté.

—Lo mismo.

—¿Nora vino a buscarme?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que había tenido miedo y que después se sintió libre.

Las palabras coincidían demasiado.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses.

—¿Hicimos el mismo ejercicio?

—No exactamente.

—¿Qué hicimos?

Mauro miró hacia la puerta.

—No voy a reconstruirlo contigo sin la doctora.

—Acabas de hacerlo.

—He dicho lo suficiente para que entiendas que esto no es nuevo.

—¿Y después qué ocurrió?

—La convenciste de continuar.

—¿La convencí o decidió hacerlo?

—Para ti siempre son lo mismo.

Mauro abrió la puerta.

—La medicación de la noche llegará a las diez. No salgas de la habitación.

—No estoy castigado.

—No. Estás en observación.

—Otra palabra que intenta no parecer una cerradura.

Él no respondió. Cuando se marchó, me acerqué a la ventana. El patio estaba casi oscuro y las luces interiores se reflejaban sobre el cristal, impidiendo ver los árboles. Mi propio rostro apareció superpuesto a la habitación. Durante un instante, detrás de mí, creí distinguir a Nadia sentada en la silla junto a la pared, con el cabello mojado y una toalla sobre los hombros. Me volví.

No había nadie.

La imagen podía haber sido un reflejo de Nora, una superposición nacida de la conversación o el efecto de la

medicación. No sentí miedo. Lo que me inquietó fue la naturalidad con que había aceptado su presencia durante aquel segundo, como si Nadia hubiese estado ocupando la habitación desde antes de que yo mirara.

A las diez, Mauro trajo los comprimidos. No hablamos. Esperó a que los tomara y recogió el vaso. Después comprobó la ventana, aunque no podía abrirse más de diez centímetros, y dejó la puerta entornada.

Dormí poco. El edificio había recuperado sus crujidos, pero no volví a escuchar los dos golpes. Cerca de las tres de la mañana me levanté para beber agua. Al abrir la puerta, percibí un olor tenue que no pertenecía a los productos de limpieza de la planta. Era húmedo, químico y reconocible, aunque tardé varios segundos en nombrarlo.

Cloro.

El olor procedía del extremo del corredor, más allá del almacén que Mauro se negaba a abrir. Caminé descalzo hasta allí. La puerta continuaba cerrada, pero el olor se intensificaba alrededor del marco. Apoyé la mano sobre la madera. Estaba fría.

No escuché movimientos, agua ni respiración. Solo el zumbido distante de la ventilación y mi propio pulso, demasiado visible dentro del silencio. Acerqué el rostro a la junta de la puerta y aspiré otra vez.

No había duda.

En algún lugar de Santa Elvira había una piscina.

Capítulo 6

Dos golpes

El olor había desaparecido por la mañana.

Mauro abrió el almacén poco después de las ocho, sin que yo tuviera que exigírselo por tercera vez, y me permitió observar desde el corredor mientras apartaba varias cajas para demostrar que detrás no se escondía ningún acceso. La estancia era exactamente la que aparecía en la fotografía: estrecha, sin ventanas, con estanterías metálicas cargadas de mantas, paquetes de pañales, productos de limpieza y material sanitario. No había tuberías visibles, desagües ni una segunda puerta. Tampoco se percibía humedad. El aire olía a detergente y a plástico, con esa neutralidad agresiva de los lugares que han sido limpiados antes de que alguien pueda examinarlos.

—¿Satisfecho? —preguntó Mauro.

No había ironía en su voz, pero la pregunta pretendía reducir la noche anterior a una equivocación que yo debía reconocer para que ambos pudiéramos continuar.

—No.

—No hay una piscina.

—No he dicho que estuviera dentro del almacén.

—El olor procedía de aquí, según tú.

El tuteo había quedado instalado entre nosotros después de la crisis de Nora. Yo continuaba tratándolo como si aquella familiaridad hubiese sido una concesión suya, aunque empezaba a comprender que podía ser también una forma de recordarme cuánto tiempo llevaba cuidándome.

—Procedía de este extremo del pasillo —corregí—. La puerta estaba fría y el olor era más intenso junto al marco.

Mauro apoyó una mano sobre la madera.

—Está igual que las demás.

—Ahora.

—No se ha limpiado esta mañana.

—No he preguntado si se ha limpiado. He dicho que el olor ha desaparecido.

—Los olores desaparecen.

—También las pruebas.

Mauro soltó la puerta y me miró con una fatiga que no pertenecía únicamente a aquella conversación. Había pasado la noche de guardia, o eso afirmaba, y las ojeras le daban un aspecto menos paciente que de costumbre. En el bolsillo de la camisa llevaba un bolígrafo azul, igual al que había podido utilizarse para escribir la nota deslizada bajo mi puerta. La coincidencia no demostraba nada; en Santa Elvira todos parecían usar los mismos bolígrafos, las mismas carpetas y un vocabulario construido para que ninguna palabra pudiera atribuirse por completo a una sola persona.

—No hay nada detrás del muro —dijo—. La zona exterior da al patio pequeño y está cerrada desde hace años.

—¿Qué había antes?

—No lo sé.

—Conoces cada puerta del edificio.

—Conocer una puerta no significa conocer la historia del edificio.

—Para un regidor, sí.

—No soy regidor.

La corrección se había convertido en un reflejo, aunque esta vez no discutí. Entré en el almacén antes de que pudiera impedírmelo y recorrí con la vista las baldas. Había cajas fechadas, algunas recientes y otras cubiertas por una capa de polvo que contradecía la limpieza del lugar. En la parte inferior encontré un paquete de toallas azules. El color no tenía importancia, salvo porque la imagen nocturna de Nadia había incluido una toalla parecida alrededor de sus hombros.

Me agaché.

—No toques nada —dijo Mauro.

—Son toallas.

—Material de la unidad.

—¿Se utilizan en la piscina?

—No hay piscina.

—Entonces ¿para qué son?

—Para duchas, baños, accidentes. Es un hospital.

La palabra apareció sin el cuidado de los primeros días. Ya no necesitaba proteger la ficción teatral porque consideraba que yo había acumulado suficientes pruebas para abandonarla, aunque seguía sin comprender que una institución psiquiátrica podía contener un escenario del mismo modo que un escenario podía funcionar como una institución. Las categorías solo parecían excluyentes para quienes necesitaban que cada persona desempeñara una función estable.

—¿Hubo alguna vez una zona de hidroterapia? —pregunté.

Mauro tardó en responder.

—No mientras yo he trabajado aquí.

—¿Cuánto tiempo es eso?

—Siete años.

—¿Y antes?

—No lo sé.

—Podrías averiguarlo.

—No voy a investigar la arquitectura de Santa Elvira porque hayas olido cloro durante la noche.

—No te he pedido que investigues nada. Te he preguntado qué había al otro lado.

Mauro se apartó para dejarme salir. Cerró la puerta y giró la llave.

—La doctora quiere hablar contigo después del desayuno.

—La doctora siempre quiere hablar conmigo cuando hay algo que preferiríais que dejara de preguntar.

—Quiere hablar de Nora.

—¿Volverán las sesiones?

—Eso dependerá de lo que ocurra en la reunión.

—Entonces no quiere hablar de Nora. Quiere negociar.

Mauro guardó las llaves y emprendió el camino hacia el comedor. Lo seguí. El olor a cloro no había regresado, pero durante unos segundos creí percibirlo en su ropa, como si se hubiese impregnado en él durante la noche. Podía proceder de algún desinfectante utilizado en la planta, de las toallas o de mi propia memoria olfativa,

que continuaba buscando una confirmación después de haber sido puesta en duda.

Nora no estaba en el desayuno. Teresa y Esteban ocupaban la mesa junto a la ventana, pero dejaron de hablar cuando entré, y Samuel ni siquiera se molestó en disimular que me observaba. Julia había sido trasladada a otra actividad después de la sesión anterior, según explicó una de las trabajadoras. Darío comía solo, con los auriculares puestos aunque no parecía escuchar música.

Mauro dejó los comprimidos junto a mi taza.

—¿Dónde está Nora? —pregunté.

—Descansando.

—Ayer también descansaba.

—Ayer tuvo una crisis.

—Y después vino a verme.

Mauro miró alrededor. Teresa bajó la vista hacia su café.

—No deberías hablar de eso aquí.

—No he dicho nada que los demás no sepan.

—No saben que estuvo en tu habitación.

Samuel se rio desde la mesa contigua.

—Ahora sí.

Mauro cerró los ojos durante un instante. La reacción confirmó que la visita de Nora había tenido consecuencias que ninguno de los dos me había explicado.

—¿La han sancionado? —pregunté.

—No se sanciona a los pacientes por pedir ayuda.

—No vino a pedir ayuda.

—Eso no lo decides tú.

—Vino a decirme que el ejercicio la había asustado y que después había sentido algo que no sabía cómo interpretar.

Teresa levantó la cabeza. Esteban le apoyó una mano sobre la muñeca para impedir que interviniera. Samuel dejó de sonreír.

—No tienes derecho a contar eso —dijo Mauro.

—No he revelado ninguna historia personal.

—Has utilizado una conversación privada para justificar el ejercicio.

—No lo he justificado.

—Acabas de hacerlo delante del grupo.

La acusación era cierta en parte. Había compartido la visita porque necesitaba impedir que la versión de Mauro redujera lo ocurrido a una crisis sin consecuencias, pero al hacerlo había convertido la incertidumbre de Nora en un argumento dentro de una disputa que ella no podía controlar.

—No volverá a ocurrir —dije.

Mauro me observó con desconfianza.

—¿Qué no volverá a ocurrir?

—Que cuente algo que me haya dicho a solas.

—No deberías volver a hablar con ella a solas.

—Eso no puedo prometerlo si es ella quien viene.

—Puedes llamar a alguien.

—Entonces dejará de venir.

—Quizá sea lo mejor.

Tomé los comprimidos antes de que me lo pidiera. La medicación empezaba a producir una lentitud acumulativa; las mañanas se volvían menos nítidas y, a media tarde, me costaba recordar algunas conversaciones en el orden en que habían ocurrido. La doctora afirmaba que la confusión no procedía de las pastillas, sino de aquello que intentaban estabilizar. Una explicación impecable, porque convertía cualquier efecto secundario en otra prueba de la enfermedad.

La reunión comenzó media hora más tarde. La doctora había retirado las fotografías y los pañuelos. Sobre la mesa solo estaban la grabadora, mi expediente y una bandeja con varios objetos: una hoja de papel, un lápiz, una campanilla metálica y dos bloques pequeños de madera. La disposición parecía diseñada para una evaluación infantil.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Material para la sesión.

—Creía que las sesiones estaban suspendidas.

—La actividad grupal lo está. Hoy trabajaremos nosotros tres.

Mauro ocupó la silla junto a la puerta. La doctora activó la grabadora.

—Quiero revisar lo ocurrido durante el ejercicio de respiración —dijo.

—Ya lo hemos hecho.

—Lo discutimos inmediatamente después. No es lo mismo que revisarlo.

—La repetición no vuelve más verdadero un relato.

—Puede mostrar qué partes cambian.

—Ese parece ser el único resultado que esperan de mí.

La doctora no respondió. Colocó los dos bloques de madera frente a mí. Eran rectangulares, de un tamaño semejante al de una caja de cerillas, y presentaban marcas de uso en los bordes.

—Vamos a acordar una señal —dijo.

Mauro levantó la vista. Su reacción fue mínima, pero suficiente para confirmar que no se trataba de una decisión improvisada.

—¿Para qué?

—Si en algún momento necesita detener la sesión y no puede expresarlo con claridad, golpeará dos veces la mesa con uno de estos bloques.

Sentí que la habitación se estrechaba alrededor del sonido que todavía no se había producido.

—Puedo decir que quiero detenerme.

—A veces no lo hace.

—Porque no quiero.

—Otras veces continúa hablando sin responder a lo que se le pregunta, cambia de tema o entra en una reconstrucción que después no recuerda.

—Eso no significa que necesite una señal física.

—Nos permitirá distinguir una interrupción deliberada de una evasión.

Tomé uno de los bloques. La madera era ligera, pero suficientemente compacta para producir un golpe nítido. Lo dejé sobre la mesa.

—¿Por qué dos?

—Es una señal sencilla.

—Una sería más sencilla.

—Dos se distinguen mejor de un ruido accidental.

—Esa no es la razón.

La doctora cruzó las manos.

—¿Cuál cree que es?

—Me lo está preguntando usted.

—Quiero saber qué aparece cuando escucha la propuesta.

Aparecía agua, aunque no se lo dije. También una mano golpeando una superficie que podía ser de metal, vidrio o plástico. La imagen no permanecía el tiempo suficiente para revelar la escena completa. Cada vez que intentaba acercarme, el recuerdo se detenía en el movimiento de los nudillos y en una espera posterior que aún no tenía duración.

—Aparece que ya hemos utilizado esta señal —respondí.

—Sí.

Mauro se movió en la silla.

—¿Cuándo?

—En sesiones anteriores.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Quién la eligió?

La doctora miró el bloque.

—Usted.

—¿Por qué?

—Dijo que era imposible confundir dos golpes con una duda.

La frase parecía mía. Contenía esa clase de precisión que habría utilizado al diseñar un ejercicio: una señal debía ser inequívoca, ajena a la interpretación, algo que no permitiera al director decidir después que el actor había querido decir otra cosa.

—¿La utilizó Nora? —pregunté.

—En una sesión.

—¿Y me detuve?

La doctora no contestó de inmediato. Mauro apoyó los antebrazos sobre las piernas y miró el suelo.

—Mauro intervino —dijo ella.

—Eso no responde.

—Usted no detuvo el ejercicio inmediatamente.

—¿Cuánto tardé?

—No estamos trabajando con una medida temporal.

—Todas sus acusaciones dependen del tiempo y después se niegan a darme cifras.

—Porque convierte las cifras en una defensa técnica.

—Una demora de un segundo no significa lo mismo que una de diez.

La doctora sostuvo mi mirada. Había una cifra concreta detrás de su silencio, pero todavía no pensaba entregármela.

—¿Cuánto? —repetí.

—La sesión de hoy no trata sobre el intervalo.

—Entonces ¿sobre qué trata?

—Sobre su capacidad para reconocer una señal sin decidir que necesita comprobar si es auténtica.

Las palabras produjeron una imagen más nítida que las anteriores. Nadia bajo el agua. Dos golpes. Yo inclinado hacia delante, no paralizado, sino atento. La escena desapareció antes de que pudiera distinguir el lugar.

—No recuerdo eso —dije.

—Lo sabemos.

—No utilice el plural como si la memoria pudiera votarse.

La doctora acercó uno de los bloques.

—Golpee dos veces.

—No necesito practicar.

—Hágalo.

—¿Es una orden médica o una indicación escénica?

—Es una forma de establecer una señal que todos reconozcamos.

Cogí el bloque y golpeé la mesa dos veces. El primer sonido fue seco; el segundo, ligeramente más fuerte porque mi mano ya había calculado la distancia. Mauro se tensó. La doctora no apartó los ojos de mí.

Durante unos segundos, nadie habló. El silencio posterior convirtió los golpes en algo distinto de una demostración. Había una espera implícita, una responsabilidad que comenzaba justo después del segundo sonido.

—¿Qué debería ocurrir ahora? —preguntó la doctora.

—La sesión se detiene.

—¿Inmediatamente?

—Sí.

—¿Sin preguntar por qué?

—Si la señal está acordada, el motivo puede explicarse después.

La respuesta salió con una seguridad que no procedía de la reflexión. Ya conocía aquella regla. No porque la doctora acabara de enunciarla, sino porque alguna vez la había formulado yo mismo.

—Eso mismo dijo Nadia —respondió ella.

Mauro levantó la cabeza.

—No era necesario —murmuró.

—Sí lo era.

La doctora abrió el expediente y extrajo una hoja protegida por una funda transparente. No me la entregó, pero la colocó de forma que pudiera ver parte de la escritura. Eran anotaciones hechas a mano, con una caligrafía inclinada que reconocí antes de leer una sola palabra.

Nadia escribía como si siempre tuviera prisa por alcanzar una idea antes de que alguien la interrumpiera. Las letras se unían entre sí, los márgenes se estrechaban al final de cada párrafo y las correcciones aparecían encima de la frase anterior en lugar de sustituirla. Había visto aquella letra en cuadernos, libretos, notas que dejaba sobre mi mesa y mensajes escritos en servilletas cuando discutíamos fuera del teatro.

Intenté coger la hoja. La doctora la retiró unos centímetros.

—No la toque.

—Es de Nadia.

—Sí.

—¿De dónde la han sacado?

—Formaba parte del material que entregó su familia.

—Su familia no tenía derecho a darles sus cuadernos.

—Se incorporaron al procedimiento y después a su tratamiento.

—¿Qué procedimiento?

—El posterior a la muerte.

La palabra procedimiento cubría demasiadas cosas: investigación, declaración, proceso judicial, evaluación psiquiátrica.

La doctora no especificó cuál.

—Déjeme leerla.

—Primero quiero que observe una línea.

Señaló un párrafo subrayado. La frase estaba escrita con tinta negra y una corrección en azul:

«Dos golpes. Sin interpretación. Sin comprobar si "aguanto un poco más". Si doy dos golpes, se detiene».

Leí varias veces. Las comillas alrededor de «aguanto un poco más» pertenecían a Nadia; podía ser una frase mía, una objeción suya o una forma de ridiculizar la lógica del ejercicio. Debajo había añadido una última línea:

«Que Víctor lo repita».

—¿Cuándo escribió esto? —pregunté.

—Antes de la prueba.

—¿Qué prueba?

—La del agua.

El olor a cloro regresó, aunque no procedía del despacho. Lo sentí detrás de la nariz, unido a un recuerdo corporal que todavía no mostraba una imagen completa.

—¿Dónde fue?

—Usted lo sabe.

—No.

—Ha descrito el lugar en otras ocasiones.

—¿Aquí?

—No.

—¿Entonces por qué olía a cloro anoche?

Mauro negó con la cabeza.

—No vuelvas a mezclarlo.

—No estoy mezclando nada. Ustedes introducen una prueba acuática, esconden un almacén y después esperan que trate el olor como una alucinación independiente.

—No hay relación entre Santa Elvira y el lugar donde murió Nadia —dijo la doctora.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque el ejercicio ocurrió en una propiedad privada a más de cien kilómetros de aquí.

La precisión me dejó sin una respuesta inmediata. Una propiedad privada. Intenté recordar un lugar fuera del teatro: una casa alquilada para preparar el montaje, un espacio de rehabilitación, una residencia junto a un embalse. Apareció una habitación revestida de azulejos, demasiado pequeña para ser una piscina convencional. Después una cámara montada sobre un trípode y el brillo de una superficie metálica.

—¿Qué propiedad?

—Llegaremos a eso.

—No. Lo ha mencionado usted.

—Porque necesitaba separar el olor de anoche del recuerdo que está apareciendo.

—Quizá el olor lo haya provocado.

—O quizá su memoria haya producido el olor después de que habláramos del agua.

—Eso exigiría que estuviera dormido.

—No.

—¿Puedo alucinar un olor estando despierto?

—Sí.

—¿Y golpear dos veces una pared sin recordar por qué?

Mauro me miró.

—Tú golpeaste después de oírlos.

—Porque esperaba una respuesta.

—O porque estabas repitiendo una señal que ya conocías.

La posibilidad no anulaba que hubiese escuchado primero. Podía haber despertado con la señal en la memoria, atribuirla a la habitación contigua y después reproducirla. Sin embargo, el sonido había sido exterior. Mi cuerpo aún conservaba la orientación exacta con que lo había localizado detrás del armario.

—¿Nadia utilizó los dos golpes? —pregunté.

La doctora no respondió.

—Ha dicho que pidió ayuda.

—Sí.

—¿Golpeó dos veces?

—Sí.

La confirmación llegó con una sencillez insoportable. Miré la nota dentro de la funda. «Sin interpretación». Nadia había previsto precisamente el peligro que la doctora me atribuía: que yo decidiera observar unos segundos más para comprobar si la señal pertenecía al miedo real o al ejercicio.

—¿Y yo la vi?

—Hoy no continuaremos.

—¿La vi?

La doctora cerró el expediente.

—La sesión se detiene aquí.

—No he utilizado la señal.

—No hace falta.

—Entonces las normas solo son válidas cuando les permiten terminar a ustedes.

Me levanté. Mauro hizo lo mismo, aunque no se acercó.

—Víctor —dijo la doctora—, acaba de aparecer una parte que otras veces lo ha llevado a perder la continuidad. Necesito que salga, coma y descanse antes de volver a trabajar.

—No estamos trabajando. Me está enseñando una frase de Nadia y retirándola cuando empiezo a comprenderla.

—No está empezando a comprender. Está empezando a construir una explicación.

—Toda comprensión construye una.

—La suya siempre le reserva un lugar desde el que no pudo hacer otra cosa.

La acusación me acompañó hasta la puerta. Antes de salir, miré los bloques de madera.

—Si golpeo dos veces ahora, ¿qué ocurrirá?

—Nos detendremos.

—¿Y si creen que no estoy realmente al límite?

—Nos detendremos igualmente.

—¿Aunque el ejercicio esté a punto de producir algo útil?

La doctora me observó con atención.

—Especialmente entonces.

Salí. Mauro permaneció dentro unos minutos. Mientras esperaba en el corredor, vi a Nora al fondo, acompañada por una trabajadora.

Llevaba una carpeta contra el pecho y caminaba con lentitud. Al reconocerme, se detuvo. La mujer que la acompañaba le preguntó algo, pero Nora negó con la cabeza y se acercó sola.

—¿Han levantado la suspensión? —pregunté.

—Esta tarde habrá grupo.

—¿Conmigo?

—Eso dicen.

—¿Tú quieres?

Nora miró hacia el despacho. La puerta estaba cerrada y, detrás, las voces de Mauro y la doctora resultaban indistinguibles.

—No lo sé.

—La última vez dijiste que querías sentir el final sin repetir el miedo.

—Y usted dijo que no existía.

—No de la manera que querías.

—Siempre consigue que cualquier respuesta signifique que debo volver.

—Has vuelto antes de verme.

—Vivo aquí.

La frase eliminó el dramatismo que yo había intentado introducir. Nora miró la carpeta que sostenía.

—Me han pedido que escriba lo que necesito para sentirme segura durante una sesión —dijo—. Palabra, gesto, señal. Lo que sea.

—¿Qué has elegido?

—Todavía nada.

—Dos golpes.

Nora levantó la cabeza. No pareció sorprendida.

—Eso ya lo eligió usted.

—¿Cuándo?

—La otra vez.

—¿En las sesiones que no recuerdo?

—Sí.

—¿Por qué?

Nora se apoyó contra la pared. La trabajadora permanecía a varios metros, vigilando sin fingir que no lo hacía.

—Porque dijo que una palabra podía discutirse —respondió—. Que yo podía pedir parar y después decir que no lo había dicho en serio, o usted podía pensar que formaba parte del ejercicio. Dos golpes no dejaban espacio para eso.

La explicación coincidía con la nota de Nadia. Quizá yo había aplicado a Nora la misma señal porque era eficaz, no porque pretendiera convertirla en una sustituta. Sin embargo, la repetición empezaba a formar una estructura difícil de ignorar.

—¿La utilizaste?

Nora bajó la vista.

—Sí.

—¿Y me detuve?

—Mauro terminó la sesión.

—Eso no responde.

—Ya sabe la respuesta.

—Quiero oírla de ti.

—No.

La negativa no fue hostil. Era una forma de impedir que la obligara a revivir algo solo para completar mi relato.

—¿Qué ejercicio era? —pregunté.

—No voy a reconstruirlo en un pasillo.

—La doctora dice que te pedí que redujeras la respiración.

—Entonces ya se lo ha contado.

—Ha contado una versión.

—La que está grabada.

—Las grabaciones no contienen lo que una persona cree que está ocurriendo.

—A veces contienen exactamente lo que ocurre.

La frase podía haber sido aprendida en terapia, aunque Nora la pronunció con una convicción propia. Abrió la carpeta. En la primera hoja había escrito varias palabras separadas por círculos: salir, parar, mirar a Mauro, dos golpes. Esta última estaba tachada.

—¿Por qué la has descartado? —pregunté.

—Porque cuando pienso en ella veo su cara.

—¿Qué cara?

—La que puso antes de que Mauro entrara.

—No la recuerdo.

—Yo sí.

Nora cerró la carpeta.

—La señal no sirve si la persona que debe obedecerla está más interesada en lo que ocurre después.

La frase de Mauro, la nota de Nadia y el recuerdo del ejercicio anterior se superpusieron. Había algo que todos compartían y que yo continuaba tratando como una acusación exterior, aunque quizá procediera de una conducta tan constante que quienes me rodeaban habían aprendido a reconocerla antes que yo.

—Esta tarde utilizaremos otra señal —dije.

Nora negó con la cabeza.

—No quiero trabajar con usted.

—Entonces no lo hagas.

La respuesta la sorprendió.

—¿Así de fácil?

—No voy a convertir tu negativa en un ejercicio.

—Eso ya es convertirla en algo.

—No puedo dejar de escuchar el significado de una frase.

—Puede dejar de decírmelo.

Tenía razón. Guardé silencio.

Nora esperó unos segundos, como si desconfiara de que fuera capaz de mantenerlo. Después regresó junto a la trabajadora. Antes de alejarse, se volvió.

—Lo de esta tarde no es un ensayo.

—No pensaba llamarlo así.

—Lo pensaba.

Se marchó. La puerta del despacho se abrió y Mauro salió con los bloques de madera dentro de una bolsa transparente.

—¿Qué has hablado con ella? —preguntó.

—Nada que vaya a contarte sin su permiso.

Mauro se detuvo. La respuesta pareció desarmarlo más que cualquier provocación.

—Bien —dijo.

—No utilices esa palabra como si estuvieras evaluándome.

—Solo he dicho bien.

—Aquí nadie dice solo una palabra.

Mauro miró la bolsa.

—La actividad de la tarde seguirá adelante. La doctora estará presente y no habrá ejercicios físicos.

—¿Qué haremos?

—Hablar.

—Eso también puede ser físico.

—No compliques.

—Las complicaciones existen antes de que yo las nombre.

Caminamos hacia el comedor. Al pasar junto al almacén, no percibí cloro. La puerta permanecía cerrada y el marco estaba seco. Pensé en preguntarle si la propiedad privada donde había muerto Nadia tenía piscina, bañera o algún dispositivo construido para el ejercicio, pero la información llegaría cuando ellos decidieran y cualquier insistencia podía suspender la actividad. Necesitaba volver a la sala, no por el grupo, sino porque empezaba a sospechar que el espacio contenía materiales de sesiones anteriores que Mauro no había retirado.

La actividad comenzó a las cuatro. Las sillas estaban dispuestas en círculo, como el primer día, y las esterillas habían desaparecido. En el centro había una mesa baja con papel, lápices y los dos bloques de madera. La doctora no se ocultó en la cabina; ocupó una silla junto a Mauro. Nora se sentó entre Teresa y Esteban. Samuel permaneció cerca de la puerta, mientras Darío observaba la mesa con una concentración poco habitual. Julia no asistió.

—Hoy estableceremos condiciones de participación —anunció la doctora—. Cada uno decidirá qué necesita para poder detener una actividad, pedir ayuda o salir de la sala sin que esa decisión sea interpretada por los demás.

La última frase estaba dirigida a mí, aunque nadie giró la cabeza.

—¿También podemos decidir no participar? —preguntó Samuel.

—Sí.

—Entonces no participo.

—Puedes permanecer y observar.

—Eso es participar.

—En parte.

Samuel sonrió.

—Ya empieza a hablar como él.

La doctora aceptó la observación sin responder. Entregó una hoja a cada persona y pidió que escribieran una palabra, gesto o señal. Teresa eligió levantar la mano. Esteban prefirió decir «necesito salir». Darío dejó el papel en blanco. Samuel dibujó una puerta y escribió debajo «abrirla». Nora no tomó el lápiz.

—No tienes que elegir ahora —dijo Mauro.

—Ya elegí antes.

—Puedes cambiarlo.

—Eso no cambia lo que pasó.

La doctora miró hacia mí. No intervine.

—¿Qué habías elegido? —preguntó Teresa.

Nora observó los bloques del centro.

—Dos golpes.

Teresa siguió la dirección de su mirada.

—Parece bastante claro.

—Lo era.

Samuel se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasó?

Nora no respondió. La doctora recordó que nadie estaba obligado a contar el origen de su señal. Samuel se recostó en la silla, pero continuó mirándome.

—Yo también utilizaré dos golpes —dije.

Mauro frunció el ceño.

—No es necesario.

—Formo parte de la sesión.

—No diriges la actividad.

—Precisamente por eso necesito una forma de detenerla.

La doctora asintió.

—De acuerdo. Dos golpes significarán interrupción inmediata para cualquiera que decida utilizarlos.

—¿En cualquier superficie? —pregunté.

—Sí.

—¿Y todos detendrán lo que estén haciendo?

—Sí.

—Sin preguntar.

—Hasta que la persona pueda explicar si quiere hacerlo.

La repetición de la regla parecía destinada a fijarla en mí. Miré a Nora. Ella no devolvió la mirada.

La primera parte de la actividad consistió en describir situaciones donde cada participante había intentado pedir ayuda sin conseguir que lo entendieran. Teresa habló de una crisis de ansiedad durante una reunión familiar; había sonreído y dicho que estaba cansada, y después culpó a los demás por no reconocer algo que se había esforzado en esconder. Esteban recordó una tarde en que llamó a su hermana para despedirse sin pronunciar ninguna frase que pudiera interpretarse como despedida. Darío no quiso hablar. Samuel afirmó que pedir ayuda era ofrecerle a otro una información que utilizaría después para controlarlo.

Nora permaneció en silencio hasta que la doctora le preguntó si deseaba añadir algo. Ella miró el papel vacío.

—Una vez pedí que alguien se fuera y se quedó porque pensó que en realidad no quería estar sola —dijo.

La frase podía referirse a una pareja, a un familiar o a mí. No pregunté. El esfuerzo de no apropiarme de la ambigüedad resultó más difícil de lo que esperaba.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Teresa.

—Empecé a dudar de si lo había dicho bien.

—¿Cómo se puede decir mal que alguien se vaya? —intervino Samuel.

—Cuando la otra persona te explica lo que querías decir.

Nora levantó la vista hacia mí. No había acusación directa, pero el lugar que me asignaba en su respuesta era evidente.

—¿Quieres que alguien responda? —preguntó la doctora.

—No.

Continuamos. La actividad era menos inofensiva de lo que Mauro había prometido. Hablar podía llevar a una persona hacia un límite con la misma eficacia que cualquier ejercicio corporal, pero la doctora controlaba el ritmo mediante preguntas que ofrecían siempre una salida. Nadie permanecía demasiado tiempo en una respuesta; no porque careciera de profundidad, sino porque ella

parecía considerar que el objetivo era volver al presente antes de que una experiencia pudiera apoderarse de la sala.

Yo habría trabajado de otra manera. La diferencia no significaba que la suya fuese inútil, aunque su prudencia convertía cada aparición de verdad en algo que debía cerrarse cuanto antes.

Después de una hora, la doctora pidió un descanso. Mauro llevó agua y los participantes se dispersaron sin abandonar la sala. Me acerqué al escenario, donde varias hojas antiguas sobresalían bajo una carpeta. Podían pertenecer a actividades anteriores. La tapa estaba marcada con mi nombre.

—No la abras —dijo Mauro desde la mesa.

—Es mía.

—Es material de archivo.

—Con mi nombre.

—No significa que puedas revisarlo sin supervisión.

La prohibición confirmó que había algo relevante. Esperé a que Mauro se inclinara para ayudar a Darío con un vaso y abrí la carpeta. Dentro había páginas impresas, dibujos, fragmentos de diálogos y anotaciones manuscritas. Algunas pertenecían a Nora; reconocí la inclinación de su letra. Otras parecían mías. Entre ellas encontré varias hojas de un libreto desconocido, cubiertas por correcciones de Nadia.

El título había sido arrancado. En el margen de una escena, ella había escrito: «No convertir la señal en parte del personaje». Más abajo: «Víctor dice que si golpeo dos veces, para. Que lo diga delante de la cámara».

La cámara. El recuerdo volvió con una intensidad mayor. Nadia sentada junto a una estructura llena de agua, ajustándose un dispositivo alrededor de la cintura. Yo comprobaba el encuadre y ella insistía en repetir el acuerdo antes de entrar. Había una discusión previa que no conseguía escuchar. Solo veía el movimiento de sus labios y mi propia mano levantándose para indicar que la grabación ya había empezado.

Mauro cerró la carpeta.

—Te he dicho que no la abras.

—Estas notas no pertenecen a Santa Elvira.

—Forman parte del material de reconstrucción.

—¿Por qué están en la sala?

—Porque las hemos utilizado en sesiones anteriores.

—¿Con Nora?

Él guardó la carpeta bajo el brazo.

—Con el grupo.

—Le habéis dado frases de Nadia.

—Se leyeron algunos fragmentos.

—Entonces las coincidencias no eran espontáneas.

La doctora se acercó.

—Nunca dijimos que lo fueran todas.

—Cuando pregunté cómo conocía Nora la frase de la audición, me dijeron que yo la había repetido.

—También la leyó en materiales de una sesión anterior.

—Eso es manipulación.

—Es reconstrucción.

—Han colocado palabras de Nadia en boca de otra mujer y después me acusan de confundirlas.

La voz se me había elevado. Los participantes dejaron de hablar. Nora permanecía junto a la pared, sosteniendo un vaso.

—No se pidió a Nora que interpretara a Nadia —dijo la doctora —. Los fragmentos se utilizaron para observar qué recordaba usted al escucharlos.

—La utilizaron como estímulo.

—Ella aceptó leerlos.

—¿Sabía para qué?

La doctora no respondió con la rapidez necesaria.

—¿Lo sabías? —pregunté a Nora.

Mauro se interpuso.

—No la metas en esto.

—Ya estaba dentro antes de que yo llegara.

Nora dejó el vaso.

—Sabía que eran frases de Nadia —dijo—. No sabía que algunas eran privadas.

—¿Te pidieron que las repitieras como si fueran tuyas?

—No.

—¿Entonces cómo ocurrió?

—Usted me daba escenas. A veces reconocía una frase y me preguntaba dónde la había oído. Otras me corregía hasta que terminaba diciendo algo parecido.

—¿La frase de la primera audición?

Nora negó con la cabeza.

—Esa la había leído.

La revelación debería haberme aliviado. La coincidencia que había iniciado mi interés en ella no era una señal misteriosa ni una continuidad entre ambas mujeres, sino el resultado de un material compartido durante sesiones que no recordaba. Sin embargo, el alivio no llegó. Había reconocido algo en Nora antes de que pronunciara la frase, una manera de sostener la mirada y resistirse a la interpretación. El hecho de que las palabras fueran prestadas no anulaba todo lo demás.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—Porque cada vez que intentaba explicárselo decía que me habían obligado a mentir.

—¿Y ahora?

—Ahora están todos delante.

La necesidad de testigos había estado presente desde el principio. Nora no confiaba en que una conversación privada conservara después la misma forma. No porque mintiera, sino porque sabía que yo podía reorganizarla hasta volver irreconocible su intención.

—La actividad ha terminado —dijo la doctora.

—No —respondí—. Ahora empieza a tener sentido.

—Precisamente por eso se detiene.

—Necesito leer esa carpeta.

—Lo hará de forma gradual.

—Llevan meses utilizando mis recuerdos sin decirme qué son.

—Se lo hemos explicado muchas veces.

—Entonces explíquenlo otra vez.

La doctora sostuvo la carpeta contra el pecho.

—No mientras esté acusando a Nora de haber participado en una manipulación.

—No la he acusado.

—Le ha preguntado por qué no se lo dijo, como si fuera responsable de que usted no recuerde.

Nora se había apartado hacia la puerta. Mauro la observaba, preparado para acompañarla si decidía salir.

—No eres responsable —dije.

Ella soltó una risa breve.

—Ahora lo dice porque se lo han señalado.

—Lo digo porque es cierto.

—Hace cinco minutos quería saber por qué no se lo conté.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

—Siempre.

La palabra contenía todo el cansancio de nuestras conversaciones. Para mí, la coexistencia de significados era una forma de precisión; para Nora, una manera de no abandonar nunca una posición por completo.

—Podemos continuar otro día —dijo Mauro.

—No quiero continuar —respondió Nora.

—¿La sesión o el programa? —pregunté.

El error fue inmediato. Al formular la distinción, había vuelto a convertir su negativa en una respuesta incompleta.

Nora me miró.

—Esto.

Señaló la sala, la carpeta, la mesa y quizá también la relación que yo intentaba construir alrededor de ella.

—No quiero seguir haciendo esto.

—De acuerdo —dijo la doctora.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Nora se volvió hacia mí.

—¿Qué esperaba? ¿Que golpeara dos veces?

—No.

—Entonces escúchelo sin una señal especial.

La sala quedó inmóvil. Nora había pronunciado la petición con claridad, sin ambigüedad ni una crisis que pudiera utilizarse para explicar después que no sabía lo que decía. La doctora asintió y le ofreció salir acompañada. Ella negó con la cabeza.

—Puedo ir sola.

Caminó hacia la puerta. Antes de cruzarla, Samuel dejó caer los nudillos sobre la mesa.

Dos golpes.

El sonido fue rápido, casi burlón. Nora se detuvo. Mauro giró hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó.

Samuel se encogió de hombros.

—Comprobar si funciona.

La doctora le pidió que no utilizara la señal como una broma. Samuel respondió que, si dos golpes bastaban para detenerlo todo, quería saber quién obedecía realmente.

—No era tu señal —dijo Mauro.

—Habéis dicho que podía usarla cualquiera.

—Para pedir una interrupción.

—La he pedido.

—¿Qué necesitas detener?

Samuel sonrió.

—Esto.

La repetición podía haber parecido una imitación cruel de Nora, pero su mirada estaba dirigida a mí.

—Quiero saber cuánto tarda —añadió.

—¿Quién? —preguntó Teresa.

Samuel no respondió. Volvió a golpear dos veces, esta vez más despacio.

Yo había oído los primeros golpes. También los segundos. Sin embargo, durante unos instantes me quedé mirando su mano sobre la mesa, esperando algo que no sabía nombrar. Quizá una tercera repetición, una reacción distinta o la confirmación de que Samuel estaba actuando para provocar. La doctora dijo mi nombre. Mauro se movió hacia el centro. Nora permanecía junto a la puerta.

—¿Por qué no dice nada? —preguntó ella.

La pregunta me devolvió a la sala.

—La actividad se ha detenido —respondí.

—Ahora.

—Se detuvo cuando él golpeó.

—No. Todos nos detuvimos. Usted se quedó mirando.

—Estaba intentando comprender qué pretendía.

Nora cerró los ojos. La respuesta era exactamente la que había temido.

—Eso es lo que hace —dijo—. La señal nunca es suficiente. Necesita saber si lo que viene después merece más su atención.

Samuel retiró la mano de la mesa. Ya no sonreía. La broma había producido algo que quizá él tampoco esperaba.

La doctora pidió a todos que abandonaran la sala. Nadie discutió. Teresa salió junto a Esteban; Darío los siguió. Samuel pasó a mi lado y murmuró que nueve segundos podían resultar muy largos, aunque no supe si la cifra procedía de una sesión anterior, de un comentario escuchado o de su deseo de provocarme. Antes de que pudiera preguntarle, Mauro lo acompañó al corredor.

Nora fue la última. Se detuvo frente a mí.

—¿Cuánto ha tardado? —preguntó.

—No estaba contando.

—Yo sí.

—¿Cuánto?

Ella negó con la cabeza.

—No importa. El problema es que usted necesitó saber por qué antes de responder.

—Samuel estaba jugando.

—Nadia no.

La frase fue tan baja que la doctora, situada al otro lado de la sala, quizá no llegó a oírla. Nora salió.

Me quedé junto a la mesa. Los bloques de madera continuaban en el centro. Tomé uno y lo sostuve entre los dedos. Samuel no lo había utilizado; había golpeado con los nudillos, como Nadia en la imagen incompleta y como el sonido que yo había oído detrás de la pared.

La doctora cerró la puerta, aunque no con llave.

—Ha vuelto a ocurrir —dijo.

—Samuel intentaba provocarme.

—La intención de quien da la señal no modifica su obligación de responder.

—No era un ejercicio.

—Precisamente. No tenía nada que perder deteniéndose.

—La actividad ya se había interrumpido cuando Nora decidió marcharse.

—Y aun así se quedó observando su mano.

—Quería comprender qué estaba haciendo.

—Eso viene después.

—Sin contexto, cualquier señal puede utilizarse para manipular.

—Esa es la frase que lleva meses repitiendo.

—Porque es cierta.

La doctora caminó hasta la mesa y colocó el bloque dentro de la bolsa.

—Nadia temía exactamente eso. Que, llegado el momento, decidiera que sus dos golpes podían formar parte del ejercicio, que quizá estuviera comprobando si usted respetaría el acuerdo o que todavía podía resistir un poco más.

—¿Formaban parte del ejercicio?

—No.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque lo había dejado escrito, lo repitió ante la cámara y usted aceptó.

La cámara. Otra vez. La grabación existía. No una transcripción, una interpretación o el recuerdo de un testigo, sino una imagen que podía establecer la secuencia.

—Quiero verla.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no ha conseguido responder a dos golpes dentro de una sala segura sin detenerse a evaluar si eran auténticos.

—Samuel no estaba en peligro.

—La señal no exigía peligro. Exigía una interrupción.

—Eso es absurdo.

—Solo le parece absurdo porque no era usted quien necesitaba que lo obedecieran.

La doctora recogió la carpeta con las notas de Nadia.

—¿Nora sabía lo de los nueve segundos? —pregunté.

La mujer se detuvo.

—¿Quién le ha dicho esa cifra?

—Samuel.

—No debería conocerla.

—Entonces es correcta.

Ella no respondió, pero la forma en que apretó la carpeta confirmó que había alcanzado algo que todavía pretendían reservar para más adelante.

—¿Esperé nueve segundos? —pregunté.

—Hoy no.

—No puede volver a guardar la cifra después de que alguien la haya pronunciado.

—No estamos preparados para trabajarla ahora.

—Ustedes quizá no.

—Tú tampoco.

La segunda persona en su voz cambió la conversación. La doctora había abandonado por un instante la distancia clínica, quizá porque la filtración de Samuel alteraba un proceso cuidadosamente escalonado.

—¿Qué ocurrió durante esos nueve segundos?

—No voy a reconstruirlos aquí.

—¿Miré el cronómetro?

La pregunta apareció sin que supiera de dónde procedía. La doctora no consiguió ocultar la reacción.

—¿Lo hice?

—Descansa.

—Eso significa que sí.

—Significa que estás entrando en una cadena de asociaciones.

—¿Me incliné hacia ella?

El agua, la cámara y el borde metálico regresaron. Nadia golpeaba dos veces. Yo miraba el cronómetro o la pantalla de la cámara. No sabía si comprobaba el tiempo de inmersión, la duración del ejercicio o el intervalo desde la señal.

—Víctor.

—¿Qué ocurrió en el segundo cuarenta y uno?

La cifra surgió con la misma naturalidad que la pregunta anterior. La doctora dejó la carpeta sobre la mesa.

—¿Quién te ha hablado del segundo cuarenta y uno?

—Nadie.

—Mauro.

—No.

—¿Samuel?

—Ha dicho nueve segundos.

La mujer me observó como si ya no estuviera segura de que la información procediera únicamente de otros.

—¿Qué ocurrió? —insistí.

—Empezaste a sacarla del agua.

La frase terminó de construir la escena sin mostrarla entera. Dos golpes. Nueve segundos. El segundo cuarenta y uno. Mi cuerpo inclinándose, las manos entrando por fin en el agua y el peso de Nadia cuando dejó de colaborar con el movimiento.

Me apoyé en la mesa. No perdí el equilibrio, pero la habitación había adquirido una profundidad extraña, como si la distancia hasta la puerta se hubiese duplicado.

—¿Estaba consciente?

—No vamos a seguir.

—¿Respiraba?

—Víctor.

—Ha dicho que yo la saqué. ¿Respiraba?

La doctora se acercó sin tocarme.

—Siéntate.

—No.

—Estás empezando a desconectarte.

—Estoy aquí.

—Dime cinco cosas que ves.

—No convierta esto en un ejercicio.

—La mesa, las sillas, la puerta. Continúa.

—Veo la carpeta de Nadia.

—Bien. Otra cosa.

—Veo que ha escondido la hoja.

—No la he escondido.

—La ha guardado para controlar cuándo puedo recordarla.

—Mira la ventana.

La obedecí, no porque aceptara el procedimiento, sino porque el reflejo mostraba parte de la sala detrás de mí. Durante un instante vi a Nadia sentada en el lugar que había ocupado Nora, con el cabello mojado y las manos sobre las rodillas. Al volverme, la silla estaba vacía.

—¿Qué has visto? —preguntó la doctora.

—Nada.

—No te creo.

—Ese es su problema.

La puerta se abrió. Mauro entró, probablemente alertado por la cámara de la cabina o por algún aviso. La doctora le pidió agua y el estuche de medicación. Me negué a tomar nada.

—No estoy teniendo una crisis.

—No hace falta esperar a que empeore —dijo Mauro.

—Esa regla solo se aplica cuando el cuerpo es el mío.

La frase lo detuvo.

—Con Nora también intentamos intervenir antes.

—Y yo dije que todavía podía responder.

—Exacto.

Mauro dejó el vaso sobre la mesa. La doctora permanecía cerca, pero no bloqueaba la salida.

—No voy a sedarme cada vez que recuerde algo —dije.

—No es un sedante —respondió ella—. Es la medicación pautada para cuando empiezas a perder continuidad.

—Recuerdo perfectamente esta conversación.

—Entonces dime qué ocurrió después de que Nora saliera.

—Samuel golpeó dos veces la mesa.

—Después.

—Todos se marcharon.

—Después.

—Usted cerró la puerta.

—Antes has dicho que no la cerré con llave.

—Lo sé.

—¿Y antes de eso?

La secuencia empezaba a fragmentarse, no porque la hubiese olvidado, sino porque cada pregunta obligaba a elegir un punto distinto de la escena. La doctora utilizaba esa dificultad como prueba de desconexión.

—No voy a jugar.

—Toma la medicación.

Miré el comprimido que Mauro había colocado junto al vaso. Podía negarme, discutir o abandonar el despacho, pero cualquiera de esas decisiones sería interpretada como otra señal de que no estaba preparado para acceder a la grabación. Lo tomé.

Mauro esperó a que bebiera. Después recogió la bolsa con los bloques.

—Nora no participará en las próximas sesiones —dijo.

—¿Lo ha decidido ella?

—Sí.

—¿O la doctora?

—Ella.

—Quiero oírselo decir.

—Acaba de hacerlo.

—Ha dicho que no quería continuar con esto. Podía referirse a la actividad.

La doctora negó con la cabeza.

—No vuelvas a desarmar una negativa para encontrar una excepción.

—Necesito precisión.

—Necesitas una salida.

La medicación empezó a dejarme un sabor metálico en la lengua. Me senté, no porque la doctora lo hubiera pedido, sino porque las piernas habían empezado a perder firmeza.

—¿Qué ocurrirá ahora? —pregunté.

—Descansarás. Mañana decidiremos cómo continuar la reconstrucción.

—Sin Nora.

—Sí.

La ausencia futura de Nora produjo una incomodidad distinta del miedo. Durante los últimos días, su resistencia había dado forma a la

sala; sin ella, el grupo volvería a ser una actividad terapéutica donde nadie aceptaba ocupar el centro. Comprendí entonces que la había elegido no porque se pareciera a Nadia, sino porque me permitía repetir la relación esencial de todo mi trabajo: una persona que desconfiaba de mí lo suficiente para volver significativa cada forma de entrega.

—Quiero hablar con ella una vez —dije.

—No.

—Para despedirme.

—No hay ningún vínculo que necesite un cierre privado.

—Eso no lo decide usted.

—Nora lo ha decidido.

Mauro se acercó.

—Vamos.

Me acompañó hasta la habitación. El pasillo parecía más largo de lo habitual y la luz demasiado blanca. Al pasar junto al almacén, no olí cloro, pero escuché agua en algún lugar detrás de las paredes. Podían ser tuberías. En Santa Elvira, cualquier sonido tenía una explicación disponible antes de que yo pudiera formular la pregunta.

Mauro abrió la puerta de mi habitación y esperó a que entrara.

—¿Samuel conoce la cifra porque participó en otras sesiones? —pregunté.

—Probablemente la oyó.

—¿De quién?

—No lo sé.

—Tú sabes todo lo que ocurre en la planta.

—No.

—Sabes cuándo salgo, qué tomo, quién entra en mi habitación y cuánto tiempo permanece.

—Eso no significa que escuche todas las conversaciones.

—¿Nueve segundos es correcto?

Mauro apoyó una mano sobre el picaporte. Su rostro no mostraba enfado, sino una tristeza que no le había visto antes.

—Sí.

La confirmación, pronunciada sin el control de la doctora, resultó más dolorosa.

—¿Por qué esperé?

—Eso es lo que llevamos meses intentando que digas.

—¿Qué dije otras veces?

—Que pensabas que Nadia podía continuar. Que la señal era ambigua. Que necesitabas comprobar si se trataba de miedo o de una decisión. También dijiste que te quedaste paralizado.

—Son explicaciones distintas.

—Sí.

—¿Cuál era cierta?

Mauro me miró.

—La que todavía no has querido contar.

Cerró la puerta. No la bloqueó, pero escuché sus pasos detenerse al otro lado durante varios minutos.

Dormí casi toda la tarde. Al despertar, la luz había cambiado y el sabor metálico seguía en la boca. Sobre la mesa había una bandeja con comida y una nota escrita por Mauro: «Nora ha pedido que no intentes contactar con ella». La frase no dejaba demasiado espacio a la interpretación, aunque la palabra intentes sugería que esperaban de mí precisamente lo contrario.

No salí de la habitación. Leí varias veces la anotación de Nadia que recordaba de la carpeta y traté de reproducirla en una hoja: dos golpes, sin interpretación, se detiene. La caligrafía que dibujé no se parecía a la suya. Añadí nueve segundos y, debajo, segundo cuarenta y uno. Las cifras formaban una ecuación simple. Si empecé a sacarla en el segundo cuarenta y uno y había esperado nueve segundos, Nadia golpeó en el treinta y dos.

Treinta y dos segundos bajo el agua. No parecía una duración extrema. Muchas personas podían contener la respiración más tiempo. El pensamiento apareció con tanta rapidez que comprendí por qué la doctora se negaba a darme cifras. Ya estaba utilizándolas para reducir la gravedad. Treinta y dos segundos podían parecer poco desde fuera y ser insoportables para alguien que había decidido detenerse antes.

Cerca de las nueve, escuché voces en el corredor. Nora hablaba con una trabajadora. No distinguía las palabras, pero reconocí su tono. Me levanté y me acerqué a la puerta, sin abrirla. Podía

respetar su petición sin dejar de escuchar. La conversación se aproximó. La trabajadora dijo que necesitaba recoger algo de la sala común; Nora respondió que podía esperar.

Después hubo silencio.

Pensé que se habían alejado, hasta que sonaron dos golpes suaves en mi puerta.

No utilicé el picaporte de inmediato. Permanecí frente a la madera, intentando decidir si la señal estaba dirigida a mí, si Nora había golpeado o si el sonido procedía de otra habitación. La espera duró apenas unos segundos, aunque fui consciente de cada uno. Podía abrir y descubrir que nadie estaba allí. Podía llamar a Mauro. Podía interpretar que Nora necesitaba hablar o que alguien quería comprobar si respondería.

Cuando abrí, Nora estaba al otro lado.

No parecía enfadada. Tampoco asustada. Sostenía una bolsa con ropa y miraba mi mano sobre el picaporte.

—Ha tardado —dijo.

—No sabía si eras tú.

—Me ha visto pasar.

—No sabía si querías entrar.

—He golpeado.

—Eso no siempre significa lo mismo.

Nora cerró los ojos. Durante un instante, la decepción de su rostro se pareció demasiado a la de la doctora.

—Ese es exactamente el problema.

—Has pedido que no intente contactar contigo.

—No he venido a hablar.

Levantó una hoja doblada que llevaba en la mano y la dejó en el suelo, sin cruzar el umbral.

—¿Qué es?

—Una copia de la señal que escribí en la primera sesión. Para que no pueda decir después que no sabía.

La frase repetía la exigencia de Nadia ante la cámara. Me agaché para recoger la hoja. Nora había escrito:

«Dos golpes significa parar. No preguntar, no esperar, no decidir si puedo aguantar. Parar».

Debajo aparecían su firma y una fecha de tres meses atrás.

—¿Por qué me das esto ahora? —pregunté.

—Porque no voy a volver.

—Eso ya me lo han dicho.

—Quería que lo oyera de mí.

—¿Al grupo?

—A sus sesiones.

—No son mías.

Nora me miró con cansancio.

—Todo termina siendo suyo.

Se volvió para marcharse. La trabajadora la esperaba al fondo del pasillo.

—Nora.

Ella se detuvo, aunque no regresó.

—No quería hacerte daño.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué te vas?

—Porque saberlo no me protege.

Continuó caminando. La trabajadora abrió una puerta y ambas desaparecieron detrás de ella. Me quedé en el umbral, sosteniendo la hoja. Dos golpes significa parar. La regla no podía ser más clara. Aun así, cuando había llamado a mi puerta, yo había esperado para decidir qué significaba.

Cerré y apoyé la espalda contra la madera. No sabía cuántos segundos habían pasado. Tres, quizá cuatro. Menos de nueve, sin duda.

La diferencia no me tranquilizó.

Capítulo 7

La productora

Durante los dos días siguientes no hubo sesiones.

La sala permaneció cerrada y el grupo dejó de reunirse a la hora habitual. Teresa me saludó una mañana en el comedor, aunque evitó acercarse; Esteban levantó la mano desde el patio y Samuel desapareció de las zonas comunes, quizá porque lo habían trasladado a otra planta o porque había comprendido que su provocación con los dos golpes había revelado algo que ya no podía convertir en una broma. Darío continuaba recorriendo los corredores con los auriculares alrededor del cuello, ajeno a la suspensión o fingiendo estarlo. De Nora no vi nada. Su ausencia era tan completa que empecé a sospechar que la habían cambiado de habitación para impedir cualquier encuentro accidental, aunque Mauro insistió en que seguía en Santa Elvira y que había pedido expresamente no coincidir conmigo.

La hoja que había dejado frente a mi puerta permanecía sobre la mesa. La leía cada mañana antes de tomar la medicación y cada noche, cuando los ruidos del edificio empezaban a confundirse con recuerdos que todavía no conseguía ordenar. La frase no contenía ambigüedad alguna. Dos golpes significaba parar. No preguntar, no esperar, no decidir si podía aguantar. Parar. La fecha demostraba que Nora la había escrito tres meses antes, durante una sesión cuya existencia yo no recordaba, y su firma se parecía a la que había visto en algunos documentos del grupo. Podía tratarse de una copia preparada por la doctora para reforzar una asociación, aunque Nora había acudido personalmente a entregármela y su decepción cuando tardé en abrir no parecía una reacción ensayada.

Había esperado menos de nueve segundos. Esa certeza se convirtió en una defensa involuntaria. Cada vez que recordaba su mano dejando la hoja en el suelo, calculaba la demora entre los golpes y el movimiento del picaporte, como si reducir la cifra pudiera demostrar que había aprendido algo. Tres segundos, quizá cuatro.

Nunca nueve. Sin embargo, el problema no residía en la duración, sino en aquello que había hecho durante ella: interpretar. Había considerado si el sonido procedía de Nora, si pedía entrar, si la señal mantenía su significado fuera de una sesión y si abrir la puerta podía contradecir su petición de no verme. Todas las preguntas eran razonables. Juntas formaban el mecanismo que ella intentaba impedir.

El tercer día, Mauro entró en mi habitación antes del desayuno. No traía los comprimidos ni el vaso de agua, sino una camisa planchada y un pantalón oscuro doblado sobre el brazo.

—La doctora quiere verte a las once —dijo.

—Me ve todos los días.

—Hoy será una entrevista formal.

—Todas las entrevistas se vuelven formales cuando necesitan que una mentira parezca un documento.

Mauro dejó la ropa sobre la cama. La camisa era mía, aunque no recordaba haberla llevado a Santa Elvira. Tenía las iniciales bordadas en el interior del cuello y un botón reemplazado con hilo de un color ligeramente más oscuro. Al tocarla, apareció una imagen breve de mi casa, una mujer guardando prendas dentro de una maleta y la voz de alguien que me pedía que no llevara nada que pudiera utilizar para hacerme daño. La escena se deshizo antes de identificar a la mujer.

—¿Por qué debo cambiarme? —pregunté.

—No debes. Pensé que preferirías no acudir en pijama.

Miré el pantalón que llevaba. No era un pijama, sino la ropa con la que había dormido después de quedarme leyendo hasta tarde, pero la observación consiguió que me sintiera vestido de forma inapropiada.

—¿Habrá alguien más?

—La doctora, tú y yo.

—Entonces no es formal. Es la misma conversación con una camisa distinta.

Mauro no sonrió. Se acercó a la ventana, comprobó el cierre y después miró la hoja de Nora sobre la mesa.

—¿La has leído suficiente?

—No sabía que las frases tuvieran una cantidad máxima de lecturas.

—La estás utilizando para castigarte o para demostrar que no necesitas hacerlo. Todavía no sé cuál de las dos cosas.

—No es asunto tuyo.

—Casi todo termina siéndolo cuando dejas de dormir.

La noche anterior había recorrido el corredor dos veces. En la primera creí escuchar agua detrás del almacén; en la segunda, una voz que pronunciaba mi nombre desde el hueco de la escalera. No encontré a nadie y volví a la habitación antes de que Mauro apareciera. Si sabía que había salido, la planta debía de contar con cámaras o sensores que yo aún no había localizado.

—¿Nora se ha marchado? —pregunté.

—No.

—¿La han trasladado?

—No puedo hablar de ella.

—La respuesta anterior también era hablar de ella.

—Preguntaste si seguía aquí y te he dicho que sí.

—¿Volverá al grupo?

Mauro recogió el vaso de la noche, que continuaba sobre la mesilla.

—No habrá grupo mientras la doctora no decida cómo continuar contigo.

—Entonces los demás tampoco pueden trabajar por algo que ocurrió entre Nora y yo.

—Lo que ocurrió no fue entre Nora y tú. Ocurrió delante de todos.

—Su visita a mi habitación no.

—Eso no fue una sesión.

—Todo lo que sucede aquí termina en una carpeta. La diferencia empieza a parecer decorativa.

Mauro se dirigió hacia la puerta.

—Vístete. Traeré la medicación después del desayuno.

—¿Qué van a preguntarme?

—Lo mismo que otras veces.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte.

Antes de salir, miró la camisa sobre la cama.

—No necesitas demostrar nada hoy.

—Si no necesitara demostrar nada, no habría una grabadora.

—La grabadora no está para juzgarte.

—Ningún observador admite que observa para juzgar.

Mauro cerró la puerta. Me vestí con la ropa que había traído y, mientras abrochaba la camisa, intenté recordar cuándo la había utilizado por última vez. Apareció un teatro pequeño, periodistas junto a la entrada y una mujer con un paraguas rojo que me preguntaba si me arrepentía. Quizá la llevaba el día de mi declaración. También podía ser la camisa de una cena, una rueda de prensa o uno de los homenajes a Nadia a los que decidí no asistir. Las prendas conservan menos memoria de la que les atribuimos; somos nosotros quienes necesitamos que los objetos certifiquen una continuidad cuando el tiempo empieza a fallar.

A las once, Mauro me condujo a un despacho distinto. Estaba en la planta baja, al final de un corredor que no había recorrido antes, detrás de una puerta que requería dos llaves y una tarjeta magnética. La habitación era más amplia que la utilizada en nuestras entrevistas y carecía de ventanas. Habían colocado tres sillas alrededor de una mesa ovalada, una cámara en una esquina y un reloj digital sobre la pared. No había pañuelos, fotografías ni bloques de madera. La doctora esperaba de pie, con varias carpetas abiertas y un termo de café.

—Víctor —dijo—. Siéntate donde prefieras.

El tuteo permanecía desde la sesión anterior. No se trataba de cercanía, sino de la aceptación de que nuestra relación había perdido la máscara administrativa.

Elegí la silla desde la que podía ver la puerta y el reloj. Mauro se sentó a mi derecha. La doctora ocupó el lugar opuesto y activó una grabadora colocada junto a las carpetas.

—Hoy quiero que hablemos de la noche en que murió Nadia —dijo.

—Llevamos hablando de ella desde que llegué.

—No de principio a fin.

—Porque cada vez que aparece una parte concreta, ustedes terminan la sesión.

—La terminamos cuando empiezas a perder continuidad.

—Esa expresión sirve para no admitir que una versión los incomoda.

La doctora apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—No vamos a mostrarte imágenes ni transcripciones. Tampoco voy a corregir cada diferencia en el momento. Quiero que cuentes lo que recuerdas, desde que decidiste realizar el ejercicio hasta que pediste ayuda.

—¿Y después comparará mi versión con la que ya ha decidido que es cierta?

—La compararemos con los registros.

—¿Qué registros?

—La grabación, las llamadas, el informe forense, tu declaración inicial y los mensajes de Nadia.

La enumeración estaba diseñada para convertir mi memoria en la fuente menos fiable antes de que empezara a hablar. Cada elemento poseía una apariencia objetiva, aunque ninguno podía explicar por sí mismo la intención de quienes aparecían dentro de él.

—¿Tengo derecho a verlos?

—Gradualmente.

—Después de ofrecer una versión que puedan utilizar para demostrar que miento.

—No estamos investigando un delito.

—Entonces ¿por qué hablan como si recogieran una declaración?

—Porque necesitamos distinguir lo que recuerdas de lo que has construido.

—Toda memoria se construye.

—No toda construcción cambia quién estaba presente.

La frase anticipaba el punto hacia el que quería conducirme. Había afirmado en entrevistas anteriores que existía un equipo, técnicos o al menos otra persona cerca. La doctora no pensaba discutir el método ni la señal; quería fijar el número de testigos.

—¿Cuánto durará esto? —pregunté.

—Lo que puedas sostener.

—Una respuesta clínica que significa que terminará cuando a usted le convenga.

—Puedes utilizar los dos golpes.

Miré la superficie de la mesa. Era de madera clara, suficientemente dura para producir un sonido nítido. No habían colocado bloques, pero podía golpear con los nudillos como Samuel y Nora.

—No los necesito.

—Eso lo decidirás durante la entrevista.

—Si decido detenerme verbalmente, ¿será suficiente?

—Sí.

—¿Y no interpretará que intento evitar una parte?

—Puedo interpretarlo y, aun así, detenerme.

La respuesta reconocía por fin la diferencia que yo llevaba días intentando explicar. Una señal podía obedecerse sin renunciar después a comprenderla. Nadia lo había escrito: el motivo se explica más tarde.

—Empieza por la obra —dijo la doctora—. ¿Qué estabais preparando?

Miré el reloj. Marcaba las once y siete. Los números rojos resultaban demasiado visibles, como si esperaran entrar en la historia.

—No era una obra cerrada. Trabajábamos sobre un texto que había cambiado varias veces y sobre una serie de imágenes relacionadas con la inmersión, la obediencia y el deseo de desaparecer sin dejar de ser observado. El personaje de Nadia entraba en un espacio doméstico que poco a poco se convertía en un lugar de castigo. Había una bañera, aunque en las primeras versiones solo se mencionaba y después decidimos incorporarla físicamente.

—¿Quién lo decidió?

—Los dos.

—¿Nadia quería utilizar agua real?

—Al principio sí.

—¿Después?

—Empezó a dudar cuando comprendió que la escena no consistiría en fingir la inmersión.

La doctora no anotaba. La grabadora recogía cada palabra y ella permanecía inmóvil, procurando no ofrecerme pistas sobre qué partes coincidían con los registros.

—¿Por qué necesitabais ensayar fuera del teatro?

—La producción no autorizaba llenar el escenario hasta comprobar el dispositivo. Había problemas de peso, seguros y responsabilidad. Conseguimos una propiedad donde podía montarse la estructura sin interferencias.

—¿Quién la consiguió?

—El productor ejecutivo.

—¿Nombre?

La pregunta me sorprendió. Veía un hombre alto, de cabello canoso, revisando unos planos y hablando por teléfono, pero no conseguía encontrar su nombre. Podía ser un productor, un técnico o el propietario del lugar.

—No lo recuerdo.

—¿Estuvo allí esa noche?

—Sí.

Mauro bajó la vista hacia la mesa. La doctora mantuvo el rostro inmóvil.

—¿Qué hacía?

—Comprobaba el equipo.

—¿Qué equipo?

—La estructura, la cámara, la iluminación.

—¿Era técnico?

—Acabo de decir que era productor.

—Has dicho que comprobaba el equipo.

—Un productor puede supervisar.

—¿Cómo se llamaba?

La insistencia pretendía transformar una dificultad nominal en la inexistencia de la persona. Busqué en la memoria. Apareció un apellido parecido a Ruiz, Ríos o Rivas, demasiado común para confiar en él.

—Rivas.

—¿Nombre?
—No lo sé.
—¿Lo habías mencionado antes?
—Probablemente.
—No figura en ninguna de tus declaraciones.
—Entonces quizá utilizaba otro apellido.
—¿Estaba cuando llegó Nadia?
—Sí.
—¿Habló con ella?
—Debió de hacerlo.
—¿Lo recuerdas?
—Recuerdo que había gente.
—¿Cuánta?

La habitación de azulejos apareció con mayor claridad. Una estructura rectangular ocupaba el centro. Había cables protegidos por fundas negras, un trípode y una mesa con toallas. Las puertas se abrían y cerraban. Podía oír voces, aunque ninguna formaba palabras completas.

—Cuatro o cinco personas.
—¿Quiénes?
—Un técnico de cámara, alguien de producción, el propietario de la casa, Nadia y yo.
—Hace un momento hablabas de un productor ejecutivo que comprobaba el equipo.
—Podía ser la persona de producción.
—¿Y el propietario?
—No tenía por qué permanecer todo el tiempo.
—¿Lo viste?
—Recuerdo a alguien entrando.
—¿Hombre o mujer?
—Hombre.
—¿Edad?
—No lo sé.
—¿Ropa?
—Oscura.
—¿Te habló?

—No recuerdo cada conversación de una noche ocurrida hace años.

—No han pasado años.

La corrección llegó con una firmeza que me obligó a detenerme.

—¿Cuánto?

—Diecisiete meses.

La cifra no coincidía con la extensión emocional del recuerdo. Nadia parecía pertenecer a una época más lejana, quizá porque todo lo ocurrido después había sido denso y repetitivo. Diecisiete meses. Menos de dos años. El tiempo suficiente para que una carrera se derrumbara, una investigación terminara y varias instituciones decidieran cómo debía contarse la historia.

—Parece más —dije.

—¿Qué ocurrió durante esos diecisiete meses?

—Ya lo sabe.

—Quiero saber qué recuerdas.

—Entrevistas, abogados, periodistas, hoteles, tratamientos para dormir. Después Santa Elvira.

—¿Cuánto tiempo después?

—Unos meses.

La doctora miró a Mauro.

—Ingresaste aquí siete semanas después de la muerte de Nadia.

La afirmación resultaba imposible. Recordaba haber vivido en mi casa, pasar una temporada fuera de la ciudad y trabajar en una propuesta que terminó cancelándose. Siete semanas no podían contener todo aquello.

—Eso no es cierto.

—Lo es.

—Estuve en un hotel durante meses.

—Estuviste once días.

—Había cambiado de estación.

—El tiempo no cambió de estación mientras estabas allí.

—Recuerdo lluvia y después calor.

—La habitación tenía climatización y apenas salías.

La doctora había prometido no corregir cada diferencia, pero la cronología empezaba a imponerse antes de que llegáramos a la

noche de Nadia.

—No hemos venido a hablar de mi ingreso —dije.

—Tienes razón. Volvamos a la propiedad. ¿Dónde estaba?

—A las afueras.

—¿De qué ciudad?

—No lo recuerdo.

—¿Era una casa, un estudio o una instalación deportiva?

—Una casa grande, reformada para rodajes.

—¿Había piscina?

—No una convencional.

—¿Qué había?

—Una sala de hidroterapia antigua. O un depósito. Habían construido una estructura.

La imagen se volvió más precisa. No se trataba de una bañera doméstica. Era un tanque rectangular, elevado, con una pared transparente para que la cámara pudiera registrar el cuerpo de Nadia bajo el agua. El borde metálico llegaba aproximadamente a su cintura cuando estaba de pie fuera. Una escalera permitía entrar. Las luces se reflejaban sobre la superficie y producían destellos que dificultaban mirar desde ciertos ángulos.

—¿Quién construyó el tanque? —preguntó la doctora.

—El equipo técnico.

—¿Qué equipo?

—El de la producción.

—¿Cuántas personas hicieron falta para llenarlo?

—No lo sé. Cuando llegamos ya estaba preparado.

—¿Llegasteis juntos?

—No.

—¿Quién llegó primero?

—Yo.

—¿Había alguien allí?

—Sí.

—¿Quién?

Otra vez el hombre de ropa oscura, la silueta que caminaba junto al tanque y comprobaba un cable. Cuanto más intentaba verle el rostro, más se parecía a Mauro. No al Mauro de Santa Elvira, sino

a una versión más delgada, con el cabello corto y una camiseta negra. La sustitución era imposible; él había afirmado no conocer a Nadia y la doctora había mencionado «otro Mauro» al hablar de un técnico anterior. Quizá mi memoria utilizaba el rostro disponible para completar una figura incompleta.

—Rivas —dije.

—No existe ningún Rivas relacionado con la producción.

—Eso no significa que no estuviera.

—¿Quién abrió la propiedad?

—Él.

—La puerta se abría con un código.

—Alguien tuvo que darme el código.

—Te lo envió el propietario por mensaje.

—Entonces el propietario existía.

—Existía, pero no estaba allí.

La doctora había empezado a corregir cada detalle. Su promesa inicial se deshacía a medida que mi versión introducía personas.

—¿Por qué necesita que estuviera solo? —pregunté.

—No necesito nada. Los registros de acceso muestran quién entró.

—Un código no registra a cada persona.

—Había cámaras exteriores.

—Podían existir entradas secundarias.

—No las había.

—Eso dice el plano.

—Eso muestra la grabación.

La mujer abrió una carpeta, aunque no extrajo ningún documento. Solo necesitaba recordarme que las pruebas estaban allí.

—Nadia llegó a las ocho y diecisiete —continuó—. Tú habías entrado a las siete y cuarenta y nueve. No hay más accesos hasta que llega la ambulancia.

—Las cámaras podían tener ángulos muertos.

—¿Por qué necesitas que hubiera alguien más?

—Porque lo recuerdo.

—No recuerdas su nombre, su rostro, su voz ni una acción que pueda situarlo allí.

—Recuerdo movimiento.

—Una cámara automática, una bomba de agua, las luces y dos personas pueden producir bastante movimiento.

La reducción del espacio resultaba deliberada. La doctora retiraba figuras una por una hasta dejarnos a Nadia y a mí en la sala. El productor, el técnico, el propietario. Todos se convertían en sombras creadas por maquinaria o recuerdos de otros ensayos.

—Había alguien detrás de la cámara —dije.

—La cámara estaba fija.

—Alguien debía controlarla.

—La activaste con un mando.

—No recuerdo ningún mando.

—Aparece en la grabación.

El recuerdo respondió antes que yo. Vi mi mano levantando un dispositivo pequeño, una luz roja encendiéndose sobre el trípode y a Nadia preguntando si ya estaba grabando. No había una persona detrás de la cámara. La imagen había permanecido incompleta porque yo necesitaba colocar a alguien allí.

—Podía haber un técnico fuera del encuadre —insistí.

—No.

—¿Cómo puede saberlo si la cámara apuntaba al tanque?

—Porque hay otra grabación.

La revelación modificó el equilibrio de la entrevista.

—¿Otra cámara?

—La de seguridad de la sala.

—Nunca me la mostraron.

—La has visto varias veces.

—No lo recuerdo.

—Lo sé.

La doctora había utilizado la frase tantas veces que empezaba a sonar menos compasiva que victoriosa.

—¿Qué muestra? —pregunté.

—A Nadia y a ti. Nadie más.

—¿Durante toda la noche?

—Desde que ella entra hasta que llegan los servicios de emergencia.

Mauro permanecía inmóvil. Ya no parecía el enfermero encargado de observar una entrevista, sino un testigo que conocía la grabación y esperaba que yo dejara de intentar introducir personas dentro de ella.

—Entonces el equipo se había marchado antes —dije.

—No hubo equipo.

—Alguien construyó el tanque.

—Días antes.

—Alguien lo llenó.

—Tú.

La bomba. Recordé una manguera gruesa, un interruptor y el tiempo que había tardado el agua en alcanzar la marca. Había llegado antes para prepararlo. La figura oscura no era un hombre; podía ser mi reflejo sobre la pared transparente del tanque.

—Nadia no habría aceptado trabajar sin supervisión —dije.

—Eso es cierto.

La respuesta me sorprendió.

—Entonces había alguien.

—Había pedido que asistiera una ayudante de dirección.

—¿Nombre?

—Marina Soler.

El nombre abrió una imagen. Una mujer pequeña, con gafas, revisando horarios y discutiendo conmigo porque los ensayos privados no figuraban en el calendario. Sí. Marina existía.

—Estuvo allí.

—No.

—La recuerdo.

—La avisaste esa mañana de que la prueba se aplazaba.

—¿Por qué haría eso?

—Dijiste que el tanque tenía una fuga.

—Quizá la tenía.

—No.

—Entonces la reprogramamos.

—No. Le mentiste para que no acudiera.

La afirmación transformaba la ausencia de Marina en una decisión mía. Podía tratarse de un mensaje sacado de contexto. Quizá la prueba oficial se hubiese pospuesto y Nadia decidiera realizar una aproximación previa conmigo.

—¿Nadia sabía que Marina no iría?

—Lo descubrió al llegar.

—¿Y se quedó?

—Sí.

La doctora no añadió ninguna explicación. Esperó a que yo construyera la pregunta siguiente.

—Entonces aceptó trabajar a solas.

—Aceptó realizar una prueba después de discutir contigo durante veintitrés minutos.

—¿La grabación tiene sonido?

—Las dos.

—¿Qué discutimos?

—Nadia quería marcharse. Tú insististe en que el ejercicio era seguro, que la ausencia de equipo permitiría trabajar sin interferencias y que la cámara constituía un testigo suficiente.

La frase tenía mi estructura. Un testigo suficiente. Siempre había considerado que la presencia de técnicos alteraba la entrega de un actor, sobre todo en ejercicios donde la vergüenza formaba parte del obstáculo. La cámara permitía observar después sin introducir miradas adicionales durante el proceso.

—Ella se quedó —dije.

—Sí.

—Nadie la obligó.

Mauro levantó la vista. La doctora no reaccionó de inmediato.

—No —respondió—. Nadia podía marcharse.

La concesión parecía importante, pero contenía algo detrás.

—Entonces aceptó las condiciones.

—Aceptó con una condición propia.

—Los dos golpes.

—Sí.

El reloj marcaba las once y treinta y nueve. Habíamos avanzado treinta y dos minutos desde el comienzo de la entrevista. La cifra

coincidía con el momento en que, según mis cálculos, Nadia había utilizado la señal. No podía tratarse de una coincidencia significativa, pero mi atención quedó fijada en los números rojos.

—¿Quién propuso el ejercicio? —preguntó la doctora.

—Formaba parte del montaje.

—¿Quién decidió hacerlo esa noche?

—Los dos.

—Los mensajes muestran que tú insististe.

—Insistir no elimina el consentimiento.

—No he dicho que lo eliminara.

—Entonces ¿qué intenta establecer?

—Que cada vez que contamos la historia, distribuyes la decisión entre más personas. Primero el equipo, después la producción y, finalmente, Nadia. Quiero saber qué parte fue tuya.

—La dirección era mía.

—¿Qué significa eso?

—Que diseñé el ejercicio, preparé el espacio y establecí las indicaciones.

—¿También decidiste continuar después de que Nadia mostrara dudas?

—Ella decidió entrar.

—No te he preguntado eso.

La doctora había empezado a utilizar mis propios procedimientos: separar la acción de la defensa, impedir que una respuesta se refugiara dentro de otra. Resultaba estimulante y desagradable reconocer la técnica.

—Decidí ofrecerle la posibilidad de continuar —dije.

—¿Cómo?

—Explicándole que el miedo previo no demostraba que el ejercicio fuese peligroso.

—¿Le dijiste que abandonar confirmaría que llevaba semanas protegiéndose?

La frase podía haber salido de cualquiera de mis sesiones con Nora.

—Quizá.

—¿Le dijiste que no volverías a ofrecerle el papel si se marchaba?

—No.

—Está grabado.

—Una frase puede significar muchas cosas según el tono.

—¿Qué significaba?

—Que el personaje exigía una entrega que ella ya no estaba segura de poder ofrecer.

—¿Y quién decidía si esa entrega era necesaria?

—Yo era el director.

La respuesta se instaló en la sala. Mauro apretó las manos. La doctora permaneció inmóvil, como si hubiera alcanzado una formulación que llevaba meses esperando.

—¿Crees que Nadia podía negarse y conservar el papel? —preguntó.

—Podía negarse al ejercicio.

—No he preguntado eso.

—El montaje no podía construirse alrededor de los límites cambiantes de una sola actriz.

—¿Entonces perdería el papel?

—Probablemente habría tenido que replantearse.

—Por ti.

—Por la obra.

—La obra no toma decisiones.

—Las exige.

—Tú las interpretas.

El duelo verbal empezaba a parecerse demasiado a una sesión que yo mismo habría dirigido. La doctora no necesitaba elevar la voz; bastaba con devolver cada abstracción a la persona que la utilizaba.

—Nadia conocía el método —dije—. Había trabajado conmigo durante años.

—Por eso pidió una señal que no pudieras interpretar.

—Acepté.

—¿Ante la cámara?

—Sí.

—¿Recuerdas qué dijiste?

La imagen regresó. Nadia estaba sentada en el borde del tanque, con los pies dentro del agua y una toalla azul sobre los hombros. La cámara grababa. Ella miraba directamente al objetivo, no a mí.

—Dijo que dos golpes significaban terminar —respondí.

—¿Y tú?

—Lo repetí.

—¿Con qué palabras?

No las recordaba, pero la estructura aparecía cerca. Dos golpes y saco. Sin preguntas. Sin otra oportunidad. La última parte podía pertenecer a otra conversación.

—Dije que me detendría.

—Dijiste: «Dos golpes y te saco. Aunque crea que puedes seguir».

El añadido era fundamental. Aunque crea que puedes seguir. Nadia había previsto no solo una emergencia, sino mi interpretación.

—Entonces lo entendí —dije.

—Sí.

—¿Por qué necesitaría meses de terapia para comprender una regla que formulé con claridad?

—Porque la comprendiste antes del ejercicio y la cambiaste cuando empezó a interferir con lo que querías obtener.

—Eso es una conclusión.

—Es lo que muestra la grabación.

—Una cámara muestra movimientos, no decisiones.

—Por eso estamos hablando.

La doctora abrió otra carpeta y extrajo una transcripción. No la acercó, pero reconocí las líneas numeradas y las marcas temporales.

—¿Qué ocurrió después de que Nadia entrara en el agua? —preguntó.

—Comenzó el ejercicio.

—Descríbelo.

—Debía permanecer sumergida mientras reproducía mentalmente una secuencia. No se trataba solo de contener la respiración. Habíamos trabajado sobre la idea de que el cuerpo

intentaría salir antes de que el personaje estuviera preparado para hacerlo. Nadia debía reconocer ese impulso sin obedecerlo de inmediato.

—¿Cuánto debía durar?

—No había una duración cerrada.

—Había un límite máximo.

—La capacidad de cada persona es distinta.

—Habíais acordado cuarenta segundos.

La cifra resultaba razonable. Si empecé a sacarla en el segundo cuarenta y uno, el límite se había excedido apenas un segundo, aunque la señal había ocurrido nueve antes.

—Cuarenta segundos no es una duración peligrosa para una persona entrenada.

—Nadia no estaba realizando una prueba deportiva.

—Había practicado.

—También había sufrido un episodio de pánico durante el ensayo anterior.

—No lo recuerdo.

—Por eso pidió la señal.

La doctora acercó la transcripción unos centímetros.

—Nadia entró en el agua. Tú activaste el cronómetro. A los veintisiete segundos, levantó una mano. ¿Qué significaba?

—Nada acordado.

—¿La miraste?

—Supongo.

—Te inclinaste.

La imagen apareció. Los dedos de Nadia se movían junto a la superficie, no como una señal clara, sino buscando el borde. Yo me acerqué para observar. Podía haber intervenido entonces, pero los dos golpes todavía no se habían producido.

—No era la señal —dije.

—No.

La doctora aceptó la precisión sin convertirla en acusación.

—En el segundo treinta y dos, Nadia golpeó dos veces el lateral del tanque.

El reloj digital de la pared cambió de once cuarenta y cuatro a once cuarenta y cinco. Un minuto completo desapareció mientras yo intentaba imaginar la distancia entre el primer golpe y el segundo.

—¿Los oí? —pregunté.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Levantaste la cabeza después del primero y miraste directamente su mano después del segundo.

—Podía no haber entendido.

—Habías repetido la señal ante la cámara.

—Comprender una regla y reconocerla dentro de una situación intensa no es lo mismo.

—¿Qué creíste que significaban?

La pregunta era el centro de toda la entrevista. Podía responder que pensé que Nadia estaba actuando, que el sonido había sido accidental, que necesitaba confirmar si la señal era consciente o que me paralicé. Todas aquellas versiones habían aparecido antes, según Mauro. Ninguna se mantenía junto a las demás.

—No lo sé —dije.

—¿Qué hiciste?

—Esperé.

La palabra salió sin resistencia. Mauro respiró despacio, pero no levantó la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó la doctora.

—No lo sé.

—¿Te quedaste paralizado?

El recuerdo no contenía parálisis. Me veía inclinado hacia el tanque, atento, con una mano sobre el borde. Había movimiento en mis ojos, quizá también en mis labios. No era la inmovilidad de alguien incapaz de actuar, sino la concentración de quien espera un resultado.

—Puede ser.

—La grabación muestra que miraste el cronómetro.

—Eso no significa que pudiera moverme con normalidad.

—Después acercaste el rostro al tanque.

—Para comprobar cómo estaba.

—¿Por qué no la sacaste?

—Quizá pensé que aún tenía aire.

—Había dado la señal.

—Podía haberla dado antes de llegar a un límite real.

La frase se produjo con una naturalidad que me hizo comprender que ya la había pronunciado muchas veces.

—¿Qué es un límite real? —preguntó la doctora.

—El punto en que continuar causa daño.

—Para Nadia, el límite era la señal.

—Eso era un acuerdo de seguridad, no necesariamente su capacidad.

—Precisamente. No necesitaba demostrarte que estaba a punto de sufrir daño.

—No he dicho que lo necesitara.

—Acabas de distinguir la señal de un límite real.

La doctora se inclinó hacia delante.

—¿Qué estabas esperando ver?

No respondí. La pregunta abrió una imagen completa por primera vez. Nadia bajo el agua, los ojos abiertos y el cuerpo todavía controlado. Después de los golpes, una contracción atravesó su abdomen. Su mano buscó el borde. Yo observé el instante en que la interpretación desaparecía y aparecía algo involuntario. No sabía si quería comprobar que había llegado a una emoción auténtica o si todavía esperaba que recuperara el control y continuara unos segundos más.

—Víctor.

—No lo sé.

—Mírame.

Levanté la vista.

—¿Esperabas que volviera a golpear?

—Quizá.

—La señal eran dos golpes, no dos series.

—Lo sé.

—¿Esperabas que intentara salir?

—No lo sé.

—¿Esperabas que el miedo se transformara en algo útil para la escena?

La formulación era tan exacta que sentí la tentación de rechazarla solo para no concedérsela.

—Todo lo que ocurre en un ensayo puede ser útil.

Mauro cerró los ojos.

La doctora permaneció inmóvil.

—¿Incluso una petición de auxilio? —preguntó.

—No sabía que fuera auxilio.

—Sabías que era la señal.

—No es exactamente lo mismo.

—Para Nadia sí.

—No puedo entrar en su cabeza.

—No hacía falta. Había acordado una acción exterior para que no tuvieras que interpretar su interior.

La lógica no dejaba espacio. Nadia había creado la señal precisamente porque desconfiaba de mi capacidad para aceptar un límite sin convertirlo en otra cosa. Yo había prometido obedecerlo aunque creyera que podía continuar. Después, al aparecer los golpes, volví a hacer aquello que el acuerdo intentaba impedir.

—Nueve segundos —dije.

La doctora no confirmó de inmediato.

—Sí.

—¿Qué hice durante ellos?

—Lo que acabas de recordar.

—No he dicho que recuerde nada.

—Tu respiración ha cambiado cuando pregunté qué esperabas ver.

—Eso no es una confesión.

—No estamos buscando una.

—Entonces deje de hablar como si hubiese obtenido una.

La tensión empezó a subir desde el pecho hacia la garganta. No era una crisis, aunque el cuerpo comenzaba a alejarse de la mesa, como si la habitación se hubiese vuelto demasiado pequeña para contener la escena.

—En el segundo treinta y siete —continuó la doctora—, Nadia volvió a mover la mano.

—¿Golpeó?

—No.

—Entonces quizá ya no quería detenerse.

Mauro levantó la cabeza.

—¿De verdad escuchas lo que acabas de decir?

—Estoy intentando reconstruir.

—Acabas de convertir la incapacidad de repetir la señal en una retirada del consentimiento.

—No sabemos por qué movió la mano.

—Sabemos que llevaba cinco segundos pidiendo salir.

—Había dado dos golpes una vez.

—Una vez era el acuerdo.

La voz de Mauro contenía una rabia que la doctora no intentó frenar. Él conocía la grabación, pero su reacción parecía proceder de algo más personal: meses de escucharme introducir excepciones dentro de una señal inequívoca.

—En el segundo cuarenta —dijo la doctora—, te levantaste.

La escena regresó. Mis piernas moviéndose, las manos buscando el borde del tanque.

—Entonces reaccioné antes del límite.

—El límite acordado era la señal.

—Me refiero a los cuarenta segundos.

—Sigues utilizando la cifra que te protege.

—¿Cuándo la saqué?

—En el cuarenta y uno.

—Un segundo después del máximo.

—Nueve después de que te pidiera detenerte.

Ambas afirmaciones podían ser ciertas. Mi mente elegía una u otra según necesitara describir el acontecimiento como una demora mínima o como una espera deliberada.

—¿Estaba inconsciente? —pregunté.

—Sí.

—¿Respiraba?

—No.

El aire del despacho cambió de densidad. Miré la puerta. Permanecía cerrada, aunque no había oído que Mauro girara ninguna llave.

—¿Cuánto tardó la ambulancia?

—Once minutos.

—Intenté reanimarla.

—Sí.

—Pedí ayuda.

—Sí.

—No quería que muriera.

—No.

La doctora aceptó cada frase. No pretendía convertir la noche en un asesinato planificado ni mi reacción posterior en una ficción. Esa falta de exageración volvía más difícil utilizar la defensa contra una acusación que ella no estaba formulando.

—Entonces fue un accidente —dije.

—¿Qué parte?

—La muerte.

—Nadia no entró en el agua para morir.

—Yo tampoco quería que muriera.

—Eso no responde.

—Un accidente es un resultado que nadie pretendía.

—También puede contener decisiones.

La doctora apagó la grabadora. El gesto parecía anunciar el final, pero ella no recogió las carpetas.

—Necesito un descanso —dije.

—De acuerdo.

La obediencia inmediata me desconcertó. Esperaba una pregunta, una evaluación o la exigencia de utilizar los golpes. Me levanté y caminé hasta la puerta. Mauro no se movió para impedirlo.

—¿Puedo salir? —pregunté.

—Sí —respondió la doctora—. Mauro irá contigo.

—No necesito compañía.

—No es negociable.

—Todo lo es cuando empieza a producir resultados.

La frase pertenecía a una conversación anterior. Al pronunciarla, tuve la impresión de haber repetido un diálogo ensayado demasiadas veces. La doctora me observó con cansancio.

—Ese es el problema, Víctor. Incluso ahora sigues llamando resultado a lo que acabamos de hacer.

Salimos al corredor. Mauro caminó a mi lado sin hablar. Atravesamos dos puertas, una zona común y el pasillo que conducía al patio. El acceso exterior estaba abierto y una trabajadora nos permitió pasar. Hacía frío. No un frío intenso, sino el suficiente para que el cuerpo recordara que llevaba horas dentro de un edificio con temperatura constante.

Me senté en un banco bajo los árboles. Mauro permaneció de pie a varios metros, procurando ofrecerme una intimidad que no incluía estar solo. En el patio había otras personas, aunque ninguna se acercó. Miré las ramas, las ventanas de la planta superior y una cámara situada bajo el alero. Santa Elvira observaba incluso los espacios abiertos.

—¿Has visto la grabación completa? —pregunté.

Mauro asintió.

—¿Cuántas veces?

—Muchas.

—¿Por qué?

—Porque forma parte del trabajo.

—Tu trabajo.

—Sí.

—¿Y qué ves?

Mauro se sentó en el extremo opuesto del banco.

—A una mujer que confía en una señal y a un hombre que cree que todavía puede decidir si debe obedecerla.

—Eso es una interpretación.

—También veo dos golpes, nueve segundos y el momento en que la sacas.

—La cámara no muestra lo que pensé.

—Por eso te lo preguntamos.

—No lo sé.

—A veces sí.

Miré hacia las ventanas. En una de ellas había una figura inmóvil. Durante un instante pensé que era Nora, aunque la distancia impedía reconocer el rostro.

—¿Qué he dicho otras veces?

Mauro apoyó los codos sobre las rodillas.

—Que querías comprobar si los golpes eran conscientes. Que Nadia había tenido miedo en otros ejercicios y después te había agradecido que no los detuvieras. Que pensaste que podía llegar hasta cuarenta segundos. Que no querías destruir el momento justo cuando aparecía algo verdadero.

—¿Cuál dije primero?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Al principio dijiste que te quedaste paralizado.

—¿Y después?

—Cuando vimos la grabación y observaste que te movías, dijiste que la parálisis podía ser mental.

—Es posible.

—Después recordaste que miraste el cronómetro.

—¿Eso lo invalida?

—No. Lo que lo invalida es que cada versión aparece cuando la anterior deja de protegerte.

La figura de la ventana se movió. No era Nora, sino un hombre mayor que levantó una mano hacia alguien del patio.

—¿Tú crees que la maté? —pregunté.

Mauro tardó en responder.

—Creo que Nadia murió porque esperaste.

—No es lo mismo.

—Para ella no hubo diferencia.

La frase pertenecía a la doctora o quizá a todos. En Santa Elvira las palabras circulaban hasta perder su propietario.

—¿Por qué aceptaste participar en esto? —pregunté.

—Porque cuando llegaste no dormías, no comías y hablabas con Nadia como si estuviera en la habitación.

—Eso no responde por qué sigues.

Mauro miró sus manos.

—Porque algunas veces recuerdas algo y parece que estás a punto de dejar de esconderte. Después te asustas, reorganizas la escena y volvemos al principio. Supongo que sigo porque quiero saber si alguna vez conseguirás llegar sin convertir también la verdad en una obra.

—La verdad necesita una forma.

—No siempre la que te deja en el centro.

Permanecimos en silencio. El aire olía a tierra húmeda, no a cloro. Pensé en Nadia bajo el agua y en la forma en que la había sacado. La grabación debía de mostrar mis intentos de reanimación, las llamadas y la ambulancia. Si quería un resultado artístico, lo había abandonado en el instante en que comprendí el daño. La pregunta era por qué aquel instante había tardado nueve segundos en llegar.

—La doctora ha dicho que Nadia quería marcharse —dije.

—Sí.

—Pero se quedó.

—Sí.

—Eso importa.

—Claro que importa.

La concesión me sorprendió.

—Entonces aceptó.

—Aceptó después de que le dijeras que marcharse podía costarle el papel.

—No la obligué.

—Nadie está diciendo que lo hicieras físicamente.

—¿Y qué dicen?

Mauro levantó la vista.

—Que sabías qué necesitaba de ti y lo utilizaste para que permaneciera.

La frase podía aplicarse a Nora. También a todos los actores que habían trabajado conmigo. Un director siempre utiliza el deseo de ser visto, la ambición, el miedo a decepcionar y la necesidad de pertenecer. La diferencia entre dirección y manipulación nunca había estado en la herramienta, sino en el resultado. O eso había creído.

—¿Nadia quería dejar el montaje? —pregunté.

—Llevaba semanas pensándolo.

—¿Quién lo dice?

—Ella.

—¿En los mensajes?

—Sí.

—¿A quién?

Mauro dudó.

—A Marina.

La ayudante que yo había apartado de la prueba. Si Nadia quería abandonar, la noche del agua podía haber sido mi último intento de demostrar que el método aún funcionaba, de devolverla al lugar donde nuestra relación había producido algo extraordinario.

—Quiero leerlos.

—Lo harás.

—¿Cuándo?

—No lo decido yo.

—Siempre hay alguien por encima de la persona que tengo delante.

—Eso te molesta porque estás acostumbrado a ser quien está arriba.

La puerta del patio se abrió. La doctora apareció y se quedó junto al marco, sin llamarnos. Mauro se levantó.

—¿Quieres continuar? —preguntó ella.

—¿Qué ocurre si digo que no?

—Volveremos otro día.

—¿Y la sala?

—Seguirá suspendida.

—Entonces sí hay una consecuencia.

—No un castigo.

—La diferencia depende de quien lo impone.

La doctora aceptó la observación con un gesto.

—Podemos terminar la entrevista sin trabajar sobre la grabación. Quiero hacerte unas preguntas sobre las semanas anteriores.

Volvimos al despacho. La grabadora seguía apagada. La doctora preguntó si quería que la encendiera y respondí que sí; una

conversación sin registro les permitiría atribuirme después cualquier frase. Ella pulsó el botón y esperó a que la luz roja quedara fija.

—¿Cómo era tu relación con Nadia durante el último mes? —preguntó.

—Compleja.

—Descríbela sin utilizar esa palabra.

—Trabajábamos con intensidad. Discutíamos, como siempre. Ella empezaba a desconfiar de algunas decisiones y yo consideraba que estaba permitiendo que el miedo contaminara el personaje.

—¿Teníais una relación sentimental?

—No.

—¿La habíais tenido?

—No de la forma que intenta sugerir.

—¿Qué forma hubo?

La pregunta podía abrir un terreno que la prensa había explotado durante meses. Nadia y yo habíamos compartido hoteles, viajes, noches de ensayo y una intimidad que no se ajustaba a las categorías fáciles. Hubo besos, quizá más, aunque reducir la relación a eso habría eliminado la dependencia artística, mucho más profunda y peligrosa.

—Nos deseábamos en algunos momentos —dije—. En otros nos detestábamos. Ninguna de las dos cosas explica el trabajo.

—¿Ella dependía de tu aprobación?

—Todos los actores dependen de la mirada del director mientras trabajan.

—No te he preguntado por todos.

—Sí.

—¿Y tú dependías de ella?

La pregunta produjo una incomodidad mayor.

—Nadia era importante para el montaje.

—¿Para ti?

—También.

—¿Temías que se marchara?

—Temía que destruyera algo antes de comprender lo que habíamos conseguido.

—¿Qué?

—Una forma de confianza.

La doctora miró las notas.

—Nadia escribió que ya no confiaba en ti.

—Podía no confiar en algunas decisiones.

—Escribió: «Víctor ya no distingue entre lo que me pide el personaje y lo que necesita demostrar él».

La frase no parecía una acusación improvisada. Contenía la precisión de Nadia cuando había dejado de intentar agradarme.

—No todo lo que alguien escribe durante una crisis representa su pensamiento definitivo —dije.

—¿Ves lo que acabas de hacer?

—He introducido contexto.

—Has convertido una frase clara en un estado transitorio para poder decidir después qué parte era auténtica.

—Una persona puede escribir desde el enfado.

—También puede decir que quiere detenerse desde el miedo.

No respondí. La doctora había unido los mensajes con los dos golpes. En ambos casos, yo reclamaba el derecho a interpretar una petición explícita mediante una verdad más profunda que la persona todavía no comprendía.

—¿Nadia estaba enfadada aquella noche? —preguntó.

—Sí.

—¿Contigo?

—Con la situación.

—¿Qué diferencia había?

—La situación incluía meses de presión, la producción amenazando con cancelar y su propio miedo a no estar a la altura.

—También te incluía a ti.

—Claro.

—¿Se lo dijiste?

—¿Qué?

—Que temía no estar a la altura.

—Probablemente.

—¿Era cierto?

—Nadia era ambiciosa.

—¿Usaste esa ambición para que entrara en el agua?

—Utilicé lo que sabía de ella para ayudarla a superar una resistencia.

La frase quedó suspendida. Ni la doctora ni Mauro necesitaban señalar su similitud con lo ocurrido con Nora.

—¿Y si la resistencia intentaba protegerla? —preguntó la doctora.

—No toda protección es útil.

—¿Quién lo decide?

—La persona, con ayuda de quien puede observar desde fuera.

—Tú.

—En aquel contexto, sí.

La doctora cerró la carpeta.

—Eso es lo que necesitaba escuchar hoy.

—No he confesado nada.

—No te he pedido que lo hicieras.

—Entonces ¿qué ha obtenido?

—Que reconoces haber utilizado aquello que Nadia necesitaba de ti para conducirla hasta un ejercicio que quería abandonar, que aceptaste una señal inequívoca y que, cuando la utilizó, decidiste observar antes de intervenir.

—No he dicho que decidiera observar.

—Has dicho que no estabas paralizado, que miraste el cronómetro y que quizá querías comprobar si podía continuar.

—He considerado posibilidades.

—Llevamos diecisiete meses considerando las mismas.

La cifra volvió a sorprenderme. Diecisiete meses desde la muerte. Quince o dieciséis dentro de Santa Elvira, si había ingresado siete semanas después. Todo el tiempo que yo había interpretado como preparación, entrevistas y una espera antes de regresar al teatro podía haber ocurrido entre aquellas paredes.

—¿Cuántas veces hemos mantenido esta conversación? —pregunté.

—Siete entrevistas completas. Muchas sesiones parciales.

—¿Y siempre digo lo mismo?

—No.

—Entonces ninguna versión puede considerarse definitiva.

—Los hechos no cambian. Cambia el lugar donde te colocas respecto a ellos.

—Eso también es parte de los hechos.

La doctora apagó la grabadora.

—Hemos terminado.

—Quiero una última respuesta.

—¿Cuál?

—Cuando Nadia murió, ¿había alguien más en la propiedad?

La mujer no consultó las carpetas.

—No.

—¿Nadie en otra habitación, el jardín o la entrada?

—Nadie.

—¿La ambulancia encontró la puerta abierta?

—Sí.

—¿Quién la abrió?

—Tú.

—Entonces pude haber dejado salir a alguien.

—Las cámaras exteriores no muestran ninguna salida.

—Podía existir un acceso sin cámara.

—No.

—¿Está completamente segura?

—Sí.

La certeza era insoportable porque eliminaba cualquier posibilidad de responsabilidad compartida. No había técnico que pudiera haber intervenido, productor que hubiese tolerado el riesgo ni ayudante de dirección que tardara en comprender. La prueba, la señal, la espera y la reacción posterior pertenecían únicamente a Nadia y a mí.

—¿Por qué seguía grabando la cámara? —pregunté.

—Porque no pensaste en detenerla.

—Después.

—La grabación termina cuando llegan los sanitarios.

—¿Quién la entregó?

—Tú.

Recordé una tarjeta de memoria dentro de una bolsa transparente, un policía o abogado preguntando si había más copias

y mi insistencia en que la imagen demostraría que había sido un accidente. Yo mismo había conservado la prueba que ahora destruía cada versión alternativa.

—Entonces siempre supieron que estábamos solos.

—Sí.

—¿Y aun así me permitieron hablar durante meses de un equipo?

—No te lo permitimos. Te mostramos los accesos, las grabaciones y los mensajes. Cada vez encontraste una función distinta para alguien que no aparecía.

—Porque recuerdo voces.

—Las tuyas y las de Nadia.

—Había más.

—No.

La doctora recogió las carpetas. La entrevista había terminado y, sin embargo, sentí que la sala continuaba exigiendo una última resistencia.

—Nadia no murió sobre un escenario —dijo.

No era una pregunta. Había pronunciado la frase para cerrar la estructura que yo llevaba meses utilizando.

—Había una cámara —respondí—, un dispositivo construido para una escena, un texto, un director y una actriz.

—Era una sala privada.

—Eso no cambia nada.

—Cambia que no había público, equipo ni función. Solo una mujer intentando cumplir las exigencias de un hombre cuya aprobación necesitaba.

—Nadia no hacía nada únicamente por aprobación.

—No he dicho únicamente.

—Entonces no la reduzca.

—Estoy intentando que dejes de reducirla tú a actriz en el momento en que necesitaba que la vieras como persona.

La doctora se levantó. Mauro abrió la puerta.

Permanecí sentado unos segundos más, mirando el reloj digital. Marcaba las doce y veintiséis. Habíamos pasado casi una hora y media reconstruyendo una escena que, según la grabación, duró

cuarenta y un segundos. Todo aquel lenguaje, las hipótesis, los recuerdos y las defensas habían crecido alrededor de un intervalo más breve que el tiempo necesario para cruzar el edificio.

Me levanté. Al llegar a la puerta, la doctora repitió:

—Nadia no murió sobre un escenario.

La miré. No había crueldad en su expresión, sino la esperanza cansada de que aquella vez dejara la frase sin corregirla.

No pude.

—Cualquier lugar donde alguien es observado se convierte en uno.

Capítulo 8

El ensayo cerrado

La prohibición produce dos clases de obediencia. La primera pertenece a quienes aceptan que otra persona comprende mejor el peligro y, por tanto, le entregan la responsabilidad de establecer hasta dónde pueden llegar. La segunda es más compleja: consiste en respetar el límite únicamente mientras uno averigua por qué fue colocado allí. Desde fuera, ambas conductas parecen idénticas. La persona espera, asiente, toma la medicación, abandona la sala cuando se lo ordenan y evita acercarse a quien ha pedido distancia. Sin embargo, la obediencia verdadera termina en el cumplimiento; la otra continúa trabajando en silencio hasta encontrar el punto donde la norma revela su debilidad.

Durante cuatro días hice todo lo que esperaban de mí. Acudí a las entrevistas, tomé los comprimidos sin obligar a Mauro a vigilarme y no pregunté por Nora más de una vez cada mañana. La doctora había sustituido las sesiones grupales por conversaciones individuales en las que me pedía ordenar hechos sencillos: a qué hora me levantaba, qué había comido, con quién había hablado y qué parte de la entrevista anterior recordaba sin consultar notas. Pretendía demostrar que la continuidad se construía mediante acciones pequeñas, como si una vida pudiera recuperarse enumerando desayunos y puertas atravesadas. Yo respondía. A veces incluso admitía una duda sin convertirla en una discusión sobre la memoria. Ella anotaba aquellos avances con la satisfacción cautelosa de quien observa a un animal acercarse a una mano extendida.

La sala permanecía cerrada, aunque no vacía. La utilizaban para otras actividades cuando creían que yo estaba en la planta superior. Una tarde escuché música detrás de la puerta y, al mirar por el cristal de la cabina, vi a Teresa, Esteban y varias personas desconocidas moviéndose alrededor de unas telas. No había escenario, dirección ni ejercicios de riesgo. Solo cuerpos que

agitaban los brazos siguiendo indicaciones sencillas de una mujer con ropa deportiva. Mauro apareció antes de que pudiera entrar y me explicó que el espacio pertenecía al centro, no a mi reconstrucción.

—Lo sé —respondí.

La ausencia de discusión lo desconcertó. Había empezado a desconfiar más de mi docilidad que de mis enfrentamientos, como si cualquier aceptación ocultara un cálculo. No se equivocaba, aunque interpretaba mal su objetivo. Yo no buscaba recuperar la sala por capricho ni demostrar que las normas carecían de autoridad. Necesitaba saber qué parte de lo ocurrido con Nora pertenecía al ejercicio y cuál a la intervención de quienes lo habían detenido. La crisis respiratoria había sido demasiado confusa: Mauro habló mientras yo hablaba, la doctora bloqueó la mirada y el grupo abandonó el espacio antes de que Nora pudiera comprender qué había atravesado. Todos habían decidido después que mi interés resultaba peligroso, pero nadie había permitido comprobar si ella podía permanecer dentro de una experiencia intensa sin que la atención de los demás la convirtiera en una emergencia.

No pensaba repetir el ejercicio de respiración. Incluso yo comprendía que hacerlo habría demostrado únicamente mi incapacidad para distinguir una investigación de una provocación. El nuevo trabajo sería más sencillo. Oscuridad, inmovilidad y una voz. Nada que modificara el cuerpo de manera directa, aunque la ausencia de estímulos obligaría a Nora a escuchar todo aquello que normalmente mantenía fuera mediante vigilancia. No habría agua, retenciones ni contacto. Tampoco un grupo ante el que necesitara demostrar que podía soportarlo.

La idea había aparecido antes de que decidiera invitarla.

Nora volvió al comedor el quinto día. Se sentó junto a Esteban y mantuvo la espalda orientada hacia mí, aunque utilizó el reflejo de la ventana para observar dónde estaba. Había dejado de llevar ropa demasiado grande y vestía una camiseta blanca bajo una chaqueta oscura. El cambio podía ser casual o formar parte de su trabajo con la doctora: ocupar el cuerpo sin esconder sus límites dentro de varias capas. No me acerqué. Terminé el café, tomé la medicación y

salí acompañado por Mauro. Cuando llegamos al pasillo, él miró atrás.

—Lo has hecho bien —dijo.

—¿Qué cosa?

—No acercarte.

—Tal vez no tuviera nada que decirle.

—Siempre tienes algo que decirle.

—Eso no significa que deba hacerlo.

Mauro me observó, intentando decidir si la respuesta contenía una ironía.

—Nora ha pedido volver a algunas actividades —explicó—. No a las sesiones contigo.

—No hay sesiones conmigo.

—Precisamente.

—¿Y qué actividades?

—No te corresponde saberlo.

—Entonces no me ofrezcas información incompleta y esperes que no pregunte.

Continuamos caminando. Mauro llevaba una carpeta bajo el brazo y el manojo de llaves sujeto a la cintura, aunque hacía días que ya no parecía un regidor ni siquiera desde mi perspectiva. La palabra enfermero había reorganizado sus gestos: las comprobaciones, los horarios, la forma de acercarse cuando alguien respiraba demasiado deprisa. Sin embargo, seguía controlando entradas, tiempos y espacios, de modo que la función anterior no había desaparecido por completo. Solo había cambiado el motivo.

—¿Puede entrar en la sala? —pregunté.

—En algunas actividades, sí.

—Entonces la prohibición no es el espacio.

—Eres tú.

La claridad de la respuesta habría resultado cruel en otra persona. Mauro la pronunció sin intención de herir, como quien señala un riesgo físico que conviene reconocer antes de atravesar un pasillo.

—¿Eso lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Con esas palabras?

—Ha dicho que no quiere trabajar contigo.

—No es lo mismo que no querer compartir una sala.

—Víctor.

—Solo estoy precisando.

—Precisar es lo que haces justo antes de encontrar una excepción.

No respondí. Había aprendido que, en Santa Elvira, el silencio voluntario producía más inquietud que cualquier defensa.

Aquella tarde, durante la entrevista, la doctora me preguntó qué había sentido al ver a Nora. Respondí que alivio, porque su presencia demostraba que la crisis no había destruido su capacidad para regresar a los espacios comunes. Ella quiso saber si también había sentido deseo de recuperar el vínculo. La palabra era excesiva.

—No había un vínculo —dije—. Eso lo estableció usted cuando afirmó que necesitaba un cierre.

—Fuiste tú quien pidió despedirse.

—Porque me prohibían hablar con ella.

—La prohibición no crea intimidad.

—A veces la exagera.

La doctora apoyó el bolígrafo.

—¿Qué harías si Nora quisiera volver a trabajar contigo?

—Dependería de las condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Las suyas.

—No las tuyas.

—Eso he dicho.

—No. Has dicho que dependería de las condiciones, dejando abierto quién las establecería y cómo las interpretarías después.

Sonreí. Había aprendido bien mi método, aunque lo utilizaba con la rigidez de quien todavía necesita mostrar la herramienta.

—No la presionaría —respondí.

—¿Qué significa presionar para ti?

—Hacerle creer que una negativa tendrá consecuencias que no está en condiciones de aceptar.

—¿Como perder un papel?

La conversación regresaba siempre a Nadia. Podíamos empezar hablando del desayuno, de Nora o del clima, y la doctora encontraba una ruta hacia el tanque.

—Nora no tiene ningún papel que perder.

—Le ofreciste uno desde el primer día.

—Le ofrecí un lugar en la sala.

—Y le hiciste sentir que solo ella podía ocuparlo.

La afirmación no era completamente falsa. La diferencia estaba en que Nora había demostrado una capacidad que los demás no poseían, una resistencia inteligente que convertía el trabajo en algo imprevisible. Negarlo habría sido otra forma de reducirla.

—¿Por qué me pregunta qué haría si ya ha decidido que no debe ocurrir? —dije.

—Porque quiero saber si puedes imaginar una relación con ella donde no seas quien determina el significado de todo.

—Puedo imaginarla.

—¿Cómo sería?

—Menos interesante.

La doctora no sonrió.

—Eso es lo más honesto que has dicho hoy.

La entrevista terminó poco después. Mauro me acompañó a la planta y me dejó entrar en la sala común, donde varias personas miraban una película en un televisor sujeto a la pared. Nora estaba sentada cerca de la ventana, sin prestar atención a la pantalla. Cuando Mauro se alejó, ella levantó la vista. No había nadie entre nosotros, aunque las demás personas convertían el espacio en un lugar suficientemente público.

Me senté a dos sillones de distancia.

—No voy a acercarme más —dije.

—Ya se ha acercado.

—Podía haber elegido otro sitio.

—También usted.

La película mostraba a dos personas discutiendo bajo la lluvia. El volumen era demasiado bajo para comprender las palabras, pero los subtítulos permitían seguir la escena. Nora miró la pantalla unos segundos.

—¿Por qué está aquí? —preguntó.

—Mauro me ha permitido utilizar la sala común.

—Sabe a qué me refiero.

—Quería comprobar si estabas bien.

—Ya me ha visto en el desayuno.

—Verte comer no respondía.

—¿Y esto sí?

—Todavía no.

Nora suspiró. No parecía asustada, solo cansada de una conversación que reconocía antes de que comenzara.

—Estoy bien.

—No es verdad.

—Ha preguntado y le he respondido.

—Una respuesta no se vuelve cierta porque yo haya prometido obedecerla.

—Entonces no estaba preguntando.

—Estaba ofreciéndote la oportunidad de decirlo.

Nora apartó la vista hacia la película. La mujer de la pantalla había dejado de discutir y caminaba sola por una estación.

—La doctora dice que usted confunde escuchar con esperar la respuesta que confirma lo que ya piensa —dijo.

—La doctora habla demasiado de mí contigo.

—No habla más de lo necesario.

—Esa frase siempre significa que alguien ha compartido más de lo que quiere admitir.

—No importa. Tiene razón.

—A veces.

—Ahora.

Permanecimos en silencio. La escena de la película cambió y una música demasiado enfática llenó la sala. Nora se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—No estoy bien —dijo finalmente—. Pero no es por el ejercicio, al menos no solo. Antes podía pensar que lo que me pasaba era una cosa mía, algo que aparecía y desaparecía sin que nadie lo viera. Ahora sé que usted puede provocarlo.

—Cualquiera puede provocar algo en otra persona.

—Usted sabe cómo.

—Eso no significa que vaya a hacerlo.

Nora me miró.

—Sí significa que podría.

No había una respuesta capaz de negar la posibilidad sin mentir. Yo había aprendido a leer ciertas defensas y sabía cómo desplazar la atención hasta que empezaran a fallar. La habilidad no desaparecía porque prometiera utilizarla con cuidado.

—¿Qué necesitarías para sentir que conservas el control? —pregunté.

—No entrar en una sala con usted.

—Eso es evitar la situación, no conservar el control dentro de ella.

Nora soltó una risa breve.

—Ya está otra vez.

—¿Qué?

—Convirtiendo mi respuesta en una versión inferior de la que quiere.

La acusación era exacta. Bajé la vista hacia mis manos.

—Tienes razón.

—Deje de decirlo como si fuera una técnica.

—No sé cómo hacerlo.

—Puede callarse.

Obedecí. La película continuó sin nosotros. Al cabo de unos minutos, Nora habló de nuevo.

—¿Qué haría distinto?

La pregunta podía referirse al ejercicio anterior, a las sesiones olvidadas o a Nadia. No pedí que precisara.

—No permitiría que Mauro y la doctora intervinieran al mismo tiempo.

Nora se volvió hacia mí, indignada.

—Eso es lo que cambiaría.

—Fue lo primero que pensé.

—Por eso no quiero trabajar con usted.

—No he terminado.

—No hace falta.

Se levantó. Podía dejarla marcharse o intentar corregir una respuesta que había sido honesta, aunque incompleta. Elegí lo segundo.

—Esperaría a que establecieras una señal antes de comenzar —dije.

Nora permaneció de pie, sin volver a sentarse.

—Ya había una.

—No en ese ejercicio. Los dos golpes pertenecían a sesiones anteriores y tú los habías descartado.

—Dije que no podía escuchar otra cosa.

—Lo sé.

—Y siguió.

—Sí.

La admisión la hizo mirarme.

—¿Por qué?

La pregunta había aparecido en todas las entrevistas, aplicada a Nadia, a Nora y a cualquier persona que hubiese pedido detener un ejercicio. No podía responder con la complejidad del método sin volver a protegerme dentro de él.

—Porque seguías mirándome —dije.

—Eso no significa que quisiera continuar.

—Ahora lo sé.

—Ya lo sabía entonces.

—No con la misma certeza.

Nora negó con la cabeza.

—Ese es el problema. Nunca hay suficiente certeza para usted hasta que ocurre algo que ya no puede corregir.

Se marchó de la sala común. No la seguí. La frase permaneció conmigo durante la noche, no como una acusación, sino como una descripción del punto exacto donde nuestros lenguajes dejaban de coincidir. Para Nora, el límite debía obedecerse cuando aparecía. Para mí, todo límite existía dentro de una situación y exigía ser comprendido. Nadia había intentado eliminar esa diferencia mediante los dos golpes.

A la mañana siguiente encontré una nota dentro del libro que había dejado en la sala común. No sabía quién la había colocado allí.

La letra era de Nora.

«No quiero que la última vez que estuve en una sala con usted terminara conmigo sin poder respirar».

Debajo había añadido:

«Eso no significa que quiera volver».

La contradicción no era mía. Nora deseaba modificar el recuerdo sin aceptar que ese deseo se convirtiera en una invitación. Podía comprenderlo y respetarlo, o podía ofrecerle una estructura donde fuera ella quien eligiera cada paso. La diferencia dependía de no presionarla. Por primera vez, decidí no responder.

Pasaron dos días. La nota permaneció dentro del libro y yo no mencioné su existencia. La doctora observó una mejoría en mi capacidad para tolerar la incertidumbre; Mauro empezó a dejarme solo algunos minutos en el patio. Ninguno comprendía que el silencio no era una renuncia, sino una forma de permitir que la decisión de Nora adquiriera peso propio.

Fue ella quien se acercó.

Yo estaba en la biblioteca, una habitación pequeña con estanterías bajas y mesas fijadas al suelo, leyendo un texto que ya había olvidado cuando su sombra cayó sobre la página. Nora llevaba la carpeta contra el pecho.

—No ha contestado —dijo.

—Pediste que no interpretara la nota como una invitación.

—Podía haber dicho que la había leído.

—Eso habría iniciado una conversación.

—Y ahora la ha iniciado mi silencio.

—No. La has iniciado tú.

Nora apretó la carpeta. Había esperado esa respuesta y, aun así, parecía irritada por escucharla.

—Quiero hacer una cosa —dijo—. Una vez.

Cerré el libro.

—¿Qué?

—Entrar en la sala, terminar un ejercicio y salir sin que nadie tenga que sacarme.

—Eso puede hacerse con la doctora.

—Con ella no ocurrió.

—Precisamente por eso sería más seguro.

—No quiero demostrar que puedo estar en una habitación. Quiero demostrar que puedo estar con usted sin terminar convertida en Nadia.

El nombre produjo una alteración en la biblioteca. Dos personas levantaron la vista desde otra mesa, aunque no parecían haber oído la frase completa.

—Nunca has sido Nadia —respondí.

—No es lo que dice cuando deja de mirarme.

—¿Qué digo?

—Su nombre.

No recordaba haberlo hecho durante las sesiones recientes, salvo lo que Nora y Mauro habían descrito de encuentros anteriores. Podía ocurrir en momentos de desconexión, cuando una postura o una frase abrían un recuerdo antes de que yo distinguiera el presente.

—Podría volver a pasar —dije.

Nora pareció sorprendida por la advertencia.

—Entonces lo detendremos.

—¿Cómo?

Abrió la carpeta y me mostró una hoja. Había escrito varias condiciones: puerta abierta, Mauro presente, luz encendida, duración máxima de diez minutos, ninguna indicación respiratoria. Eran las normas de Santa Elvira reducidas a una escena individual.

—Esto no es trabajar conmigo —dije—. Es trabajar mientras todos impiden que ocurra algo.

—Eso es lo que necesito.

—Entonces no necesitas demostrar nada sobre mí. Solo sobre la protección que te ofrecen.

Nora cerró la carpeta.

—Sabía que no lo aceptaría.

—Puedo aceptarlo.

—Acaba de decir que no sirve.

—He dicho que no demuestra lo que crees.

—Siempre encuentra una forma de restarle valor.

Se volvió. Antes de que se alejara, comprendí que la había llevado otra vez hacia una decisión más extrema al presentar sus condiciones como insuficientes. Podía dejarla marcharse y confirmar la idea de que solo me interesaba si aceptaba mis reglas, o corregir la presión antes de que ella necesitara demostrarme lo contrario.

—Lo haremos así —dije.

Nora se detuvo.

—¿Con Mauro?

—Sí.

—¿Y la doctora?

—Si quiere observar.

—No va a cambiar nada.

—No.

—¿Lo promete?

—Sí.

La palabra salió con dificultad. Las promesas dentro de una escena siempre me habían parecido peligrosas porque intentan fijar una conducta antes de que exista la situación que podría modificarla. Sin embargo, Nora necesitaba precisamente eso: una regla exterior a mi interpretación.

—Se lo diré a la doctora —dijo.

La reunión se celebró esa misma tarde. La mujer escuchó la propuesta, leyó las condiciones y se negó. No porque el ejercicio pareciera arriesgado, sino porque consideraba que la motivación de Nora seguía ligada a mi mirada y que permitirlo reforzaría la idea de que necesitaba regresar conmigo para corregir lo ocurrido.

—Es lo que quiere —dije.

—También quería continuar durante la crisis para que no pensaras que tenía miedo.

—Ahora ha redactado condiciones.

—Condiciones diseñadas alrededor de lo que tú puedes hacerle.

Nora estaba sentada a mi derecha. Mauro permanecía junto a la puerta.

—Eso significa que sabe protegerse —intervino ella.

—Significa que todavía está organizando la experiencia en función de él —respondió la doctora—. Podemos trabajar lo que

ocurrió sin repetirlo.

—No quiero hablar más.

—Eso no significa que debamos actuar.

Nora apretó las manos sobre la carpeta. La conversación empezaba a producir en ella la misma sensación de pérdida de control que las sesiones conmigo: otras personas decidían qué significaba su deseo antes de que pudiera ejecutarlo.

—La sala estará abierta, Mauro estará presente y el ejercicio durará diez minutos —dije—. No veo el riesgo.

—El riesgo eres tú.

—Eso ya lo hemos establecido. Precisamente por eso las condiciones lo limitan.

La doctora me miró.

—¿Aceptarías que Mauro interrumpiera en cualquier momento?

—Sí.

—¿Aunque Nora no lo pidiera?

—Si existe un riesgo objetivo.

—¿Quién decide que lo hay?

—Mauro.

—¿Y si consideras que se equivoca?

—Lo discutiremos después.

—¿Detendrás el ejercicio primero?

—Sí.

La promesa volvió a salir. Nora me observó con atención, quizá buscando la vacilación que yo mismo percibía.

—¿Y si doy dos golpes? —preguntó.

—Nos detendremos.

—Inmediatamente.

—Sí.

La doctora cerró la carpeta.

—No lo autorizo.

Nora se levantó.

—Entonces no era mi decisión.

—Tu decisión importa, pero no es el único elemento.

—Eso es lo que él dice.

La comparación afectó a la mujer. Durante un instante, la doctora pareció verse colocada dentro de mi misma lógica: ambas afirmábamos comprender un riesgo que Nora todavía no evaluaba correctamente.

—La diferencia —respondió— es que yo no obtengo nada de que continúes.

—Obtiene que haga el tratamiento como usted quiere.

—No quiero que obedezcas. Quiero que puedas elegir sin necesitar demostrarle nada.

—Ya he elegido.

—Has elegido dentro de una relación que te está haciendo daño.

—Entonces déjeme terminarla.

Nora salió. Mauro hizo ademán de seguirla, pero la doctora negó con la cabeza.

—Necesita espacio.

—Eso también lo decides tú —dije.

La mujer me miró con una dureza inmediata.

—No utilices esto.

—No lo estoy utilizando.

—Estás observando una grieta y pensando cómo entrar.

La acusación habría sido más eficaz si no describiera exactamente lo que ella estaba haciendo conmigo durante cada entrevista.

—Quizá su negativa la empuje a hacerlo sin supervisión —dije.

—No puede acceder a la sala.

Mauro tocó las llaves de su cintura por reflejo.

—Entonces no hay riesgo.

La reunión terminó. Me acompañaron a la planta y retiraron el acceso a la biblioteca, al patio y a cualquier zona donde pudiera encontrar a Nora sin vigilancia. La medida pretendía impedir que habláramos, pero produjo el efecto contrario: convirtió el contacto en algo que exigía planificación.

No fui yo quien consiguió la llave.

Tres noches después, Nora apareció en mi puerta poco antes de las once. Llevaba ropa oscura y sostenía una tarjeta magnética.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté.

—No importa.

—Sí importa si alguien puede acusarte de robarla.

—La devolveré.

—¿Es de Mauro?

—No.

La tarjeta llevaba una franja azul y el nombre de una trabajadora. Nora debió de recogerla durante una actividad o pedirla prestada sin explicar para qué. La idea de que hubiese preparado el encuentro a espaldas de la doctora demostraba una decisión más firme que cualquier consentimiento firmado bajo supervisión, aunque también podía ser una forma de impulsividad nacida de aquello que intentaba corregir.

—No deberíamos hacerlo —dije.

Nora sonrió con cansancio.

—Ahora resulta que usted respeta las normas.

—Respeto tu capacidad para arrepentirte mañana.

—No voy a arrepentirme.

—Eso no puedes saberlo.

—Usted tampoco puede decidirlo por mí.

La frase cerró todas las salidas. Negarme habría significado repetir aquello que llevaba días reprochando a la doctora: interpretar el deseo de Nora como un estado transitorio que otra persona debía corregir.

—¿Qué ejercicio? —pregunté.

—El de la habitación.

—¿Cuál?

—Entrar, permanecer y salir.

—Eso no es un ejercicio.

—Entonces no tendrá que dirigir nada.

La propuesta era demasiado sencilla. Nora no quería una escena, sino ocupar el mismo espacio conmigo sin que yo consiguiera transformarla en otra persona. Precisamente por eso, cualquier indicación podía convertir la prueba en algo distinto.

—Cinco minutos —dije.

—Diez.

—Sin Mauro no habrá nadie que controle el tiempo.

Nora mostró un reloj digital pequeño.

—Lo haré yo.

—La puerta permanecerá abierta.

—Si está abierta, cualquiera puede entrar.

—Era tu condición.

—Cuando Mauro iba a estar presente.

Comprendí adónde se dirigía.

—No vamos a cerrarla.

—Entonces no lo hacemos.

—Nora.

—Quiero decidir cuándo se abre.

La frase no hablaba solo de la puerta. Había alguien en su pasado que se había quedado cuando ella pidió que se marchara, alguien que había interpretado su deseo de estar sola como una señal de que necesitaba compañía. Cerrar por voluntad propia podía ser su manera de recuperar aquel gesto.

—La llave se queda contigo —dije.

—No hay llave interior. Solo la tarjeta.

—Entonces la puerta no puede bloquearse desde dentro.

—Puede colocarse una silla.

La norma más repetida de Santa Elvira: no bloquear accesos. La infracción no era accidental. Nora necesitaba que nadie pudiera entrar sin que ella lo permitiera; yo necesitaba un espacio donde la intervención de Mauro no reorganizara el ejercicio antes de que terminara. Nuestras razones eran distintas y conducían al mismo gesto.

—Una silla puede retirarse desde fuera —dije.

—Pero hará ruido.

Acepté.

Caminamos por los corredores sin hablar. Nora conocía los horarios y sabía qué cámaras no cubrían ciertos ángulos, aprendizaje que no procedía de mí. Descendimos por una escalera secundaria y atravesamos la zona de talleres. La tarjeta abrió la primera puerta, aunque tuvimos que esperar a que una trabajadora pasara al otro lado antes de cruzar hacia la sala. El edificio nocturno resultaba más

grande, despojado de voces y actividades que permitieran distinguir cada función. Las luces de emergencia teñían los pasillos de verde.

La puerta principal de la sala se abrió con la tarjeta. Dentro, las sillas estaban apiladas y el escenario permanecía a oscuras. Nora entró primero. Yo encendí solo la luz lateral, suficiente para reconocer el espacio sin eliminar las sombras.

—Todas las luces —dijo.

—Habías pedido oscuridad.

—No. Usted lo pensó.

Tenía razón. Había confundido mi ejercicio imaginado con el que ella proponía.

Encendí los fluorescentes. La sala perdió cualquier misterio y volvió a parecer un espacio polivalente, con marcas de cinta, una mesa plegada y biombos junto a la pared. Nora dejó el reloj sobre el suelo, cerca del escenario.

—La puerta —dijo.

Coloqué una silla bajo el picaporte. No quedaba completamente bloqueada, pero cualquier intento de abrir la desplazaría con ruido.

—Tú tienes la tarjeta —recordé.

—Sí.

—Puedes marcharte cuando quieras.

—No me lo repita.

—Era una condición.

—La conozco.

Nora programó diez minutos. La alarma no empezó todavía.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Nada.

—Diez minutos de nada no existen.

—Entonces intente no llenarlos.

Se situó en el centro de la sala. No sobre el escenario, sino en el suelo donde habíamos realizado el ejercicio respiratorio. Yo permanecí cerca de la puerta.

—¿Dónde quieres que esté?

—Ahí.

—¿Debo mirarte?

Nora dudó.

—Sí.

—¿Hablar?

—No.

—¿Y si necesitas detenerte?

Levantó la mano y golpeó dos veces el reloj con los nudillos. El sonido fue pequeño, pero claro.

—Eso —dijo.

—¿También puedes hablar?

—Sí.

—Entonces ¿por qué los golpes?

—Porque quiero ver si esta vez responde.

No había fingimiento en su objetivo. Todo el ejercicio estaba construido alrededor de mi reacción, no de su capacidad para permanecer. Ella quería reproducir la señal dentro de una situación segura y comprobar si yo podía obedecerla sin interpretarla.

—Eso no requiere diez minutos —dije.

—Requiere que no sepa cuándo ocurrirá.

La lógica era impecable. Nora activó el reloj.

Durante el primer minuto no sucedió nada. Ella permanecía de pie, con los brazos junto al cuerpo, mirándome. Yo sostenía su mirada sin intentar leer el movimiento de los hombros, la tensión de la boca o la forma en que distribuía el peso. La observación sin interpretación era imposible, pero podía reservar las conclusiones.

El zumbido de las luces llenaba la sala. Desde el corredor llegaba el sonido distante de una puerta y el rodar de un carro. La silla apoyada contra el picaporte permanecía inmóvil.

Nora respiraba con normalidad. Había elegido una situación tan despojada que el cuerpo se convertía en el único acontecimiento posible. Al segundo minuto, empezó a cambiar el peso de una pierna a otra. No era miedo, necesariamente. La inmovilidad prolongada produce incomodidad incluso cuando no existe ninguna amenaza.

Yo no hablé.

En el tercer minuto, Nora apartó los ojos. Miró la salida, después el escenario y finalmente la luz roja apagada de la cabina. No había cámaras activas, al menos ninguna visible. La ausencia de testigos empezaba a transformar el ejercicio. Había querido demostrar que

podía estar conmigo sin convertirse en Nadia, pero para hacerlo había reproducido la situación esencial de la prueba: una sala cerrada, una cámara posible, un acuerdo y nadie más cerca.

—¿Quieres continuar? —pregunté.

Nora volvió a mirarme.

—Ha hablado.

—No estaba prohibido.

—Le pedí que no llenara el tiempo.

—Te he hecho una pregunta.

—Eso es llenarlo.

Asentí y recuperé el silencio.

Al cuarto minuto, Nora se sentó en el suelo. No había establecido que debiera permanecer de pie. Cruzó las piernas y apoyó las manos sobre las rodillas. La postura se parecía a la que había adoptado antes de la crisis respiratoria, aunque ahora no había ninguna indicación dirigida al aire. Aun así, su respiración empezó a hacerse más profunda. Quizá la memoria corporal asociaba la sala, mi mirada y la inmovilidad con el ejercicio anterior.

No intervine.

El quinto minuto transcurrió con una lentitud física. Cada segundo del reloj producía un clic casi inaudible. Nora cerró los ojos. El gesto podía ser una forma de recuperar control o de intensificar la prueba. Había dicho que quería estar conmigo sin que yo decidiera qué significaba, pero al cerrar los ojos renunciaba a vigilarme y convertía la confianza en una acción visible.

La miré.

No a Nora, durante un instante, sino a Nadia sentada junto al tanque, con los ojos cerrados mientras yo ajustaba la cámara. La superposición fue breve. El cabello, la postura y la ropa no coincidían. Solo la decisión de permanecer mientras sabía que alguien observaba.

—Nora —dije.

Abrió los ojos.

—¿Qué?

—Nada.

—Entonces no diga mi nombre.

El tono era firme. Seguía presente.

Al sexto minuto, alguien intentó abrir la puerta.

La silla se desplazó unos centímetros y raspó el suelo. Nora se levantó de inmediato. Yo llevé un dedo a los labios. Del otro lado, el picaporte volvió a moverse.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz.

Era una trabajadora, no Mauro. Nora miró la tarjeta y después a mí. Podíamos retirar la silla, explicar la situación y aceptar las consecuencias, o esperar hasta que la mujer supusiera que la sala estaba cerrada por error.

El picaporte se movió una tercera vez.

—Está ocupada —dije.

Nora abrió los ojos con sorpresa.

—¿Víctor?

La trabajadora reconoció mi voz. Golpeó la puerta con la palma.

—Abre inmediatamente.

Nora miró el reloj. Quedaban casi cuatro minutos.

—Tenemos que salir —murmuró.

—Puedes abrir.

—Usted está junto a la puerta.

La silla bloqueaba el acceso desde mi lado. Para retirarla, debía hacerlo yo. La estructura del ejercicio había cambiado: Nora conservaba la tarjeta, pero yo controlaba físicamente la salida.

—¿Quieres que abra? —pregunté.

—Sí.

Me incliné hacia la silla. Antes de tocarla, Nora miró el reloj y volvió a hablar.

—Espera.

Me detuve.

—¿Qué quieres?

—Terminar.

La trabajadora seguía golpeando. Alguien más se acercó en el corredor.

—No podemos continuar ahora —dije.

—Quedan tres minutos.

—Ya no estamos solos.

—Eso lo hace más fácil para usted.

Nora había percibido la oportunidad de recuperar la supervisión sin abrir la puerta. Había personas al otro lado, preparadas para intervenir, pero no podían entrar mientras la silla permaneciera colocada.

—La alarma sonará —dije.

—Entonces sabrán que estamos aquí.

—Ya lo saben.

La voz del corredor pidió que nos apartáramos. Otra persona habló por teléfono o por radio. Mauro llegaría pronto.

—Continúa —dijo Nora.

Regresó al centro de la sala y se sentó. El gesto era una provocación dirigida tanto a mí como a quienes estaban fuera. Quería terminar porque detenerse ahora permitiría que todos atribuyeran el resultado a su incapacidad para estar conmigo, no a la interrupción.

—No cierres los ojos —dije.

—No me dé indicaciones.

Los cerró.

El séptimo minuto comenzó. Los golpes de la puerta se volvieron más fuertes y regulares. Nora intentaba ignorarlos, pero sus hombros se elevaron. El aire entraba de forma visible. No era todavía una crisis; el cuerpo respondía al ruido, a la posibilidad de ser descubierta y a la decisión de permanecer.

—Puedes detenerlo —dije.

—Usted también.

—No es mi ejercicio.

—Por una vez.

Comprendí que aquella era la verdadera prueba. Nora no quería únicamente comprobar si obedecería dos golpes. Quería obligarme a decidir detener una escena antes de que ella me lo pidiera, renunciar voluntariamente al resultado y demostrar que podía verla como alguien a quien proteger sin esperar una señal inequívoca.

Me acerqué al reloj.

—No lo toque —dijo sin abrir los ojos.

—Ya es suficiente.

—Para usted.

—La situación ha cambiado.

—Siempre cambia cuando está a punto de tener que demostrar algo.

Los golpes del corredor cesaron durante unos segundos. Escuché la voz de Mauro. Preguntó si Nora estaba dentro. La trabajadora respondió que sí, o que creía haberla oído. Después él pronunció mi nombre.

—Abre la puerta —ordenó.

Nora mantuvo los ojos cerrados.

—Dos minutos —murmuró.

—Esto no formaba parte del acuerdo.

—La puerta cerrada sí.

—No con personas intentando entrar.

—No había prometido que nadie lo intentaría.

La frase podría haber sido mía. Nora había aprendido a utilizar la literalidad de las normas para impedir que una circunstancia evidente modificara el ejercicio.

—Voy a abrir —dije.

Ella abrió los ojos.

—Entonces no puede soportar no dirigir el final.

No había una respuesta que no entrara en su trampa. Si abría, confirmaba que necesitaba decidir cuándo terminaba; si continuaba, permitía que la situación avanzara porque ella había convertido detenerla en una derrota.

Mauro golpeó la puerta.

Dos veces.

El sonido fue más fuerte que el de Nora sobre el reloj. No era la señal acordada con él, pero la repetición resultaba imposible de ignorar.

—Abre —dijo.

Nora me miró.

—¿Va a responder?

—No es tu señal.

—Son dos golpes.

—Mauro no está dentro del ejercicio.

—Eso dijo la otra vez sobre Samuel.

El recuerdo me alcanzó con una precisión incómoda. Samuel había golpeado para comprobar cuánto tardaba, y yo había esperado porque necesitaba entender la intención. Ahora sabía perfectamente qué pretendía Mauro: terminar.

Me acerqué a la silla.

Nora extendió una mano.

—No.

—Él ha dado la señal.

—La señal es mía.

—Dijimos que podía utilizarla cualquiera.

—En la actividad de la doctora. Aquí no.

Otra excepción. Otro contexto. Comprendí entonces que Nora no estaba buscando una norma universal, sino una situación donde yo obedeciera su voluntad y solo la suya. Los golpes de Mauro no contaban porque ella no quería detenerse.

—Un minuto —dijo, mirando el reloj.

La puerta se estremeció. Mauro debía de haber introducido una llave o una herramienta, pero la silla impedía que el picaporte bajara por completo.

Nora cerró los ojos otra vez.

El aire empezó a fallarle.

No de forma brusca. Primero apareció una inspiración más corta, después otra que se detuvo a mitad. Sus manos se cerraron sobre las rodillas. El ruido de la puerta, mi presencia y la memoria de la crisis habían empezado a formar la misma estructura.

—Mírame —dije.

—No.

—Nora.

—No hable.

—Estás entrando otra vez.

—Lo sé.

—Entonces detén el reloj.

—No.

—No tienes que terminar.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si no, todos tendrán razón.

La frase era casi idéntica a la de la sesión respiratoria. Nora permanecía no porque quisiera continuar, sino porque marcharse se había convertido en una confesión de debilidad. Yo había ayudado a construir esa lógica, aunque ahora intentara retirarla.

—Ya has demostrado que podías entrar —dije—. No necesitas demostrar que puedes quedarte.

—Eso lo decide ahora porque tiene miedo.

—Sí.

La admisión abrió sus ojos.

—¿De qué?

—De repetirlo.

Nora me observó. La respiración continuaba quebrándose, pero la atención se desplazó hacia mis palabras.

—¿A Nadia?

No respondí.

La puerta volvió a moverse. Mauro estaba forzando el mecanismo.

Quedaban cuarenta segundos.

—Detén el reloj —dije.

—No.

—Nora.

—No me convierta en ella.

—Precisamente por eso.

—Entonces míreme a mí.

Lo hice. Intenté eliminar la postura, la sala, la señal y cualquier gesto que pudiera superponerla con Nadia. Nora tenía los ojos más oscuros, una cicatriz junto al pulgar y una manera distinta de sostener la mandíbula cuando luchaba por no mostrar miedo. Estaba allí, consciente, pidiéndome que no interpretara su cuerpo mediante otra persona.

Quedaban treinta segundos.

Nora levantó la mano.

Durante un instante pensé que detendría el reloj. En cambio, apoyó los nudillos contra el suelo.

Golpeó dos veces.

El primer golpe fue débil; el segundo sonó con claridad.

La señal.

La vi. La reconocí antes de que terminara el segundo sonido. Nora mantuvo la mano sobre el suelo y me miró, esperando.

Podía detener el reloj, retirar la silla y abrir la puerta. No había ninguna duda sobre lo que debía hacer.

Sin embargo, no me moví.

No fue parálisis. Tampoco confusión. Observé su rostro para comprobar qué ocurría después de la señal. Quería saber si el miedo disminuiría al haber recuperado el control, si repetiría los golpes o si comprendería que el final dependía realmente de mí. El pensamiento no se formuló con palabras, pero existió dentro de la espera.

Uno.

Nora frunció el ceño.

Dos.

Su mano volvió a levantarse.

Tres.

No llegó a golpear otra vez. La puerta se abrió con violencia, la silla cayó de lado y Mauro entró acompañado por dos trabajadores. Me apartaron antes de que pudiera acercarme al reloj. Uno de ellos lo apagó. La alarma todavía no había sonado.

Mauro se arrodilló junto a Nora. Ella respiraba deprisa, pero no había perdido el control. Apartó su mano cuando intentó colocarle el medidor.

—Estoy bien —dijo.

—Vamos a salir.

—He dicho que estoy bien.

—La puerta estaba bloqueada.

—Yo lo pedí.

Mauro levantó la vista hacia mí. Su expresión no contenía sorpresa. Había visto la escena desde el punto exacto donde siempre terminaba: una persona estableciendo un límite y yo observando durante unos segundos antes de obedecerlo.

—¿Cuánto? —preguntó.

No supe si se dirigía a Nora, a mí o al trabajador que había apagado el reloj.

—Tres segundos —dijo Nora.

Los había contado.

La cifra parecía pequeña. Menos de la mitad de nueve. Suficiente para demostrar que la había escuchado y que, aun así, no reaccioné de inmediato.

—No sabía si la señal seguía formando parte del ejercicio —dije.

Mauro se puso de pie.

—Acababas de acordarla.

—Ella quería comprobar mi reacción.

—Y la comprobó.

—Podía estar esperando que no me moviera para observar qué hacía.

—¿Te oyes?

Nora permanecía sentada. No lloraba ni temblaba, pero había aparecido en su rostro una decepción más profunda que durante la crisis.

—¿Por qué esperó? —preguntó.

—Quería saber si habías recuperado el control después de dar la señal.

—Los golpes eran el control.

—Podías haberlos utilizado para ponerme a prueba.

—Ese era el ejercicio.

La simplicidad de la respuesta eliminó mi defensa. Sí, quería ponerme a prueba. Precisamente por eso debía haber obedecido. No importaba que la señal formara parte de la escena; su función era demostrar si yo podía detenerme incluso cuando sospechaba que estaba siendo observado.

—Tres segundos —repitió Nora—. Me miró durante tres segundos.

—No quería hacerte daño.

—No parecía preocupado.

—Lo estaba.

—No.

Se levantó sin aceptar ayuda. Mauro se situó entre nosotros, aunque ella lo apartó con un gesto.

—¿Qué parecía? —pregunté.

La pregunta no era prudente, pero necesitaba saber cómo había visto mi rostro durante la espera.

Nora sostuvo mi mirada.

—Parecía curioso.

La palabra abrió un espacio que ninguna explicación podía cerrar. Curioso. No paralizado, confundido ni asustado. Interesado en aquello que ocurriría después.

La doctora apareció en la puerta. Llevaba la chaqueta sobre la ropa de dormir y el cabello recogido de manera apresurada. Alguien debía de haberla llamado cuando descubrieron la tarjeta desaparecida. Miró la silla caída, el reloj sobre el suelo y a Nora en el centro.

—¿Estás herida? —preguntó.

—No.

—¿Necesitas salir?

—Sí.

La doctora le ofreció acompañarla. Nora asintió. Antes de marcharse, recogió la tarjeta del suelo y la entregó a una de las trabajadoras.

—La cogí yo —dijo—. Víctor no me obligó a venir.

La afirmación parecía destinada a impedir que toda la responsabilidad recayera sobre mí. Incluso después de la espera, Nora necesitaba conservar la parte de la decisión que le pertenecía.

—¿Quién bloqueó la puerta? —preguntó la doctora.

—Yo lo pedí.

—¿Y quién colocó la silla?

Nora me miró.

—Él.

Ambas cosas eran ciertas. La idea había sido suya y la acción, mía.

—Vamos —dijo la doctora.

Nora cruzó la puerta. Al llegar al corredor, se volvió una última vez.

—No me miró como si no supiera qué hacer —dijo—. Me miró como si quisiera descubrir cuánto tardaría en volver a golpear.

Se marchó con la doctora.

Mauro pidió a los trabajadores que salieran. Uno de ellos recogió la silla y comprobó el mecanismo de la puerta. El otro guardó el reloj dentro de una bolsa. Cuando quedamos solos, Mauro cerró sin bloquear.

—Tres segundos —dijo.

—Lo sé.

—¿También vas a decir que fueron menos de nueve?

La comparación ya había aparecido en mi pensamiento y me avergonzó que él pudiera verla.

—No.

—Lo has pensado.

—Sí.

Mauro se apoyó contra la puerta.

—Entraste en esta sala sabiendo exactamente qué significaban los dos golpes. Llevas días leyendo la nota de Nora. Has hablado de la señal, de Nadia y de lo que hiciste. Aun así, cuando la oíste, esperaste.

—No era la misma situación.

—Nunca lo es para ti. Siempre hay una diferencia suficiente para empezar a interpretar.

—Nora había diseñado el ejercicio para observar mi respuesta.

—Y respondiste.

—Tres segundos no son una decisión completa.

—Claro que lo son. No tenías que pensar. Habíais acordado parar.

Caminé hasta el centro de la sala. Los golpes de Nora parecían haber quedado adheridos al suelo. Podía ver el lugar exacto donde sus nudillos tocaron la madera.

—Quería saber si después de dar la señal se calmaba —dije.

—¿Por qué?

—Porque entonces habría demostrado que confiaba en que yo la obedecería.

Mauro me miró con incredulidad.

—¿Y cómo iba a confiar si te quedaste quieto?

—La espera fue demasiado breve.

—Para ti.

La frase regresaba siempre. Para quien observa, tres segundos son una unidad mínima. Para quien ha entregado el control mediante una señal, contienen la posibilidad de que el acuerdo no signifique nada.

—¿Qué viste? —preguntó Mauro.

—A Nora.

—No te he preguntado a quién. ¿Qué estabas buscando en su cara?

No lo sabía con certeza. Quizá esperaba que el miedo se transformara al comprender que había dado la señal. Quizá quería ver si repetía el gesto, como si la segunda serie pudiera confirmar la primera. O quizá la curiosidad había aparecido antes que cualquier pensamiento, la misma atracción por el instante en que una persona deja de interpretar y el cuerpo decide por ella.

—No lo sé.

—Sí.

—No conviertas una falta de respuesta en una confesión.

—No necesito una confesión. Acabo de verlo.

Mauro caminó hacia la mesa y recogió mi carpeta. Había permanecido allí desde las sesiones anteriores, aunque no recordaba haberla dejado. La abrió y sacó una hoja con anotaciones mías. En el margen aparecía una frase subrayada: «La verdad empieza cuando el actor pide detenerse y todavía no sabe si lo desea».

—¿Cuándo escribí eso? —pregunté.

—Hace meses.

—Puede referirse a una escena.

—Todo se refiere a una escena hasta que alguien termina en el suelo.

Le arrebaté la hoja. La letra era mía. No había fecha, pero el papel llevaba el sello de Santa Elvira. Debajo de la frase aparecían varias observaciones sobre Nora: vigila la salida, contiene el aire, necesita que otro confirme el límite. En la última línea había escrito: «Dos golpes. Esperar».

La palabra me produjo una sensación física.

—Esto está manipulado.

—No.

—Yo no habría anotado eso después de Nadia.

—Lo hiciste.

—¿En qué contexto?

—Preparabas la sesión que Nora te describió. La de hace tres meses.

—Puede significar esperar antes de comenzar.

—Está junto a los dos golpes.

—Eso no demuestra el orden.

Mauro no discutió. Me dejó conservar la hoja, quizá porque sabía que cualquier intento de retirarla reforzaría mi sospecha.

—La doctora suspenderá todo acceso a la sala —dijo—. También las actividades libres y las visitas de Nora a esta planta.

—Ella tomó la tarjeta.

—Y tú aceptaste acompañarla, bloquear la puerta y continuar después de que empezaran a pedirte que abrieras.

—Nora quería terminar.

—Hasta que golpeó.

—Entonces Mauro entró.

—Entonces tú esperaste.

La repetición eliminaba todo lo anterior. La tarjeta, la decisión de Nora, la puerta y el ejercicio clandestino podían discutirse. Los tres segundos no.

—¿Qué va a ocurrir? —pregunté.

—La doctora decidirá si puedes seguir con la reconstrucción.

—¿Y si no?

—Trabajaremos de otra manera.

—Sin la sala.

—Sí.

—Entonces nunca llegarán a la verdad que buscan.

Mauro abrió la puerta.

—Quizá la verdad sea que no necesitas una sala para repetirlo.

Me acompañó a la habitación. No habló durante el trayecto. El edificio estaba despierto pese a la hora: trabajadores cruzaban los

pasillos, una puerta se abría en la planta inferior y alguien hablaba por teléfono cerca del despacho. El incidente había movilizado a más personas que la crisis respiratoria, no porque Nora hubiese corrido un riesgo mayor, sino porque habíamos quebrado una norma física que ellos podían documentar con facilidad.

La doctora llegó una hora después. Entró sin llamar, seguida por Mauro. Yo estaba sentado junto a la mesa, con la hoja delante.

—Nora está bien —dijo—. Ha tomado medicación y permanecerá acompañada durante la noche.

—No necesitaba medicación cuando salió.

—No vas a evaluar eso.

—¿Ha dicho algo?

—Ha pedido que no reciba información sobre ella.

—Antes de entrar en la sala sabía que podía cambiar de opinión después.

—Por eso tú debías mantener el límite que ella no podía sostener sola.

—Eso no fue lo acordado.

—No había ningún acuerdo autorizado.

La doctora tomó la hoja y leyó la anotación.

—¿La reconoces?

—Es mi letra.

—¿Recuerdas haberla escrito?

—No.

—La escribiste antes de la sesión anterior con Nora. La que terminó cuando Mauro intervino después de que ella diera los dos golpes.

—¿Esperé?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco segundos.

Las cifras empezaban a formar una progresión: cinco, tres, nueve. La reducción podía parecer una mejora si se ignoraba que la conducta seguía siendo la misma.

—Hoy fueron tres —dije.

La doctora cerró los ojos durante un instante.

—No estamos entrenando tu tiempo de respuesta.

—No he dicho eso.

—Lo has pensado desde que ocurrió.

—Una diferencia temporal existe aunque no me proteja.

—¿Qué habría demostrado un segundo? ¿Que has aprendido a poner a una persona en menos peligro?

—Que la repetición puede corregirse.

—La corrección era detenerte inmediatamente.

Mauro permanecía junto a la puerta. La doctora se sentó frente a mí.

—¿Por qué aceptaste la sesión?

—Nora quería terminar algo.

—Ella quería demostrar que podía estar contigo sin convertirse en Nadia.

—Lo sé.

—¿Y tú qué querías demostrar?

—Que podía respetar sus límites.

—Fallaste.

La palabra fue pronunciada sin énfasis. No necesitaba adornos.

—Sí —dije.

Ambos me miraron. La admisión no produjo alivio, quizá porque esperaban una defensa posterior.

—¿Por qué? —preguntó la doctora.

—No lo sé.

—Inténtalo.

Miré la hoja. «Dos golpes. Esperar». La anotación no podía pertenecer a una indicación de seguridad; estaba escrita como una pauta de observación. Alguna versión anterior de mí había decidido que, después de la señal, existía un instante valioso. No recordaba haberlo escrito, pero comprendía la lógica.

—Porque después de los golpes cambia algo —dije.

La doctora no se movió.

—¿Qué?

—La persona deja de estar dentro del ejercicio y empieza a esperar que otro cumpla el acuerdo. Durante ese intervalo ya no

interpreta. No controla cómo se la ve. Toda la atención se dirige hacia quien debe responder.

—¿Y eso te interesa?

—Sí.

La sinceridad volvió la habitación más fría.

—¿Más que detenerte? —preguntó Mauro.

—No debería.

—No te he preguntado qué debería.

La respuesta estaba en la repetición. Durante tres segundos, sí. Mi interés había pesado más que la obligación de obedecer.

—Por un instante —dije.

La doctora apoyó las manos sobre la mesa.

—Eso es lo que ocurrió con Nadia.

—No lo sé.

—Acabas de describirlo.

—He descrito lo de Nora.

—La misma señal, la misma mirada, la misma espera.

—No había agua. Nora estaba consciente y podía levantarse.

—Las circunstancias cambian. Tu decisión no.

El razonamiento era demasiado limpio. Aun así, no conseguí rechazarlo por completo.

—Nadia era una actriz dentro de una prueba —dije.

—Nora también lo era para ti esta noche.

—Ella negó ser actriz.

—Y tú convertiste esa negativa en la razón por la que resultaba perfecta.

La doctora se levantó.

—No volverás a entrar en la sala sin autorización. No tendrás acceso a actividades grupales ni contacto con Nora. Las entrevistas continuarán, pero Mauro estará presente en todo momento y las puertas de esta planta permanecerán bloqueadas por la noche.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que podamos garantizar que no volverás a organizar una situación como esta.

—Entonces será indefinido.

—Depende de ti.

—No. Depende de su interpretación de lo que hago.

—Esta noche no ha hecho falta interpretar demasiado.

Mauro salió primero. La doctora permaneció en la puerta.

—Nora te dio exactamente lo que llevabas pidiendo —dijo—. Una señal clara, un contexto acordado y la oportunidad de demostrar que podías obedecer sin decidir por ella.

—Lo sé.

—Y esperaste.

—Tres segundos.

La cifra volvió a escapar antes de que pudiera detenerla.

La doctora negó con la cabeza.

—Nueve segundos también debieron de parecerte pocos.

Cerró la puerta.

Permanecí sentado hasta que el edificio recuperó el silencio. La hoja seguía sobre la mesa porque la doctora había decidido no retirarla. Leí varias veces la anotación. Dos golpes. Esperar. La palabra estaba subrayada con una línea doble.

No recordaba haberla escrito, pero reconocía la mano que la había guiado.

Cerca del amanecer, golpearon mi puerta. Dos veces.

No me levanté de inmediato. El sonido podía proceder de Mauro, de una trabajadora o de Nora, aunque ella no tenía acceso a la planta. También podía ser una tubería, un recuerdo o una prueba.

Esperé.

Cuando abrí, el corredor estaba vacío.

Capítulo 9

La noche del agua

Los recuerdos no regresan cuando se los llama. Se acercan cuando uno ha dejado de vigilarlos, ocupan primero una sensación secundaria y esperan a que el cuerpo la reconozca antes de ofrecer una imagen. Por eso resulta inútil sentarse frente a una hoja y ordenar a la memoria que hable. La memoria no obedece; negocia. Puede entregar el olor de una habitación y conservar durante meses el rostro de quien estaba dentro, permitir que una frase aparezca con una claridad perfecta mientras elimina la voz que la pronunció o devolver la forma exacta de una mano sin explicar todavía qué estaba pidiendo. Los médicos llaman fragmentación a esa conducta, como si el recuerdo fuese un objeto roto que pudiera reconstruirse colocando cada pieza en el lugar correcto. Yo siempre había pensado que se parecía más a una actriz que conoce el texto completo y decide qué parte está dispuesta a representar delante de uno.

Después de los dos golpes en la puerta y del corredor vacío, no volví a dormir. Permanecí sentado junto a la mesa, observando la hoja donde había escrito las cifras de Nadia y las anotaciones de la sesión clandestina. Cinco segundos, tres segundos, nueve segundos. Había intentado ordenar la progresión como si la reducción demostrara un aprendizaje, aunque cada cifra contenía el mismo gesto: alguien establecía una señal y yo permanecía quieto el tiempo suficiente para preguntarme qué ocurriría después. Podía discutir la duración, la naturaleza del ejercicio o la intención de quien golpeaba, pero la pregunta permanecía. No aparecía después de la demora, como una explicación elaborada para defenderla. La pregunta era la demora.

A las seis y media, Mauro abrió la puerta. Llevaba la ropa de la noche anterior y un vaso de café en lugar del estuche blanco. No se sorprendió al verme despierto ni preguntó por qué la silla estaba colocada frente a la entrada. Miró la hoja sobre la mesa, después el corredor, y cerró con suavidad.

—Has salido —dijo.

—No.

—La puerta estaba abierta cuando hice la ronda.

—La abrí.

—¿Por qué?

—Alguien golpeó.

Mauro dejó el café sobre la mesilla. Su expresión no cambió, aunque la forma en que apoyó el vaso reveló que conocía el sonido o, al menos, la posibilidad de que yo lo hubiera oído.

—No había nadie —añadí.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Porque la planta estuvo controlada toda la noche.

—Entonces viste quién golpeó.

—Nadie golpeó tu puerta.

La certeza con que lo dijo habría resultado convincente si no se hubiese apresurado a negar algo que todavía no le había pedido que verificara. Me levanté y abrí. El corredor estaba vacío; la luz de la mañana empezaba a sustituir la iluminación nocturna, y las puertas de las otras habitaciones permanecían cerradas.

—¿Hay cámaras? —pregunté.

—En los accesos.

—No en este tramo.

—No.

—Entonces no puedes saberlo.

Mauro tomó aire. Había llegado dispuesto a comprobar mi estado y acababa otra vez dentro de una discusión sobre la naturaleza de una prueba.

—La trabajadora estuvo sentada al fondo del pasillo desde las doce hasta las seis —explicó—. Nadie se acercó a tu puerta.

—Podía haberse dormido.

—No se durmió.

—Podía apartar la mirada.

—Víctor.

—Una vigilancia humana no elimina una posibilidad solo porque no la haya observado.

—Tampoco la crea porque tú la hayas oído.

Las dos afirmaciones podían coexistir, aunque Mauro necesitaba que una anulara la otra. Entró de nuevo y recogió la hoja. No intenté impedírselo. La leyó en silencio, deteniéndose en la palabra esperar, que yo había rodeado varias veces durante la noche.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó.

—Intentando comprender por qué no abrí de inmediato.

—No había nadie.

—Eso lo sé ahora.

—Lo sabías cuando abriste y viste el corredor vacío.

—Pero no antes.

—¿Y durante esos segundos qué pensaste?

La pregunta era idéntica a la de la doctora después de los golpes de Nora. Mauro no necesitaba recordar la conversación; ambos habían aprendido a dirigirme hacia el mismo punto.

—Que podía ser una prueba —respondí—. Que quizá alguien quería comprobar cuánto tardaba. Que podía tratarse de Nora, aunque no tenía acceso a la planta, o de ti, porque sabías lo ocurrido en la sala. También pensé que el sonido podía proceder de otra puerta.

—Todo eso en unos segundos.

—El pensamiento no utiliza la misma unidad de tiempo que el reloj.

—La decisión sí.

Mauro volvió a dejar la hoja sobre la mesa. Después sacó el estuche del bolsillo y colocó los comprimidos junto al café.

—Hoy no habrá entrevista.

—¿Por qué?

—La doctora quiere que descanses.

—Estoy descansando desde que suspendió la sala.

—No. Estás reconstruyendo solo, sin poder distinguir qué partes recuerdas y cuáles completas.

—Eso no mejora cuando ella introduce preguntas.

—Por eso hoy no las habrá.

Tomé uno de los comprimidos y lo sostuve entre los dedos. Era el azul, el que producía una somnolencia más profunda y dejaba las

horas siguientes cubiertas por una capa difícil de atravesar.

—No voy a tomar esto ahora.

Mauro miró la pastilla.

—Está pautada.

—También estaba pautado que durmiera, y no lo he hecho.

—Precisamente.

—Si duermo, no recordaré lo que ha empezado a aparecer.

—¿Qué ha aparecido?

La imagen no era todavía una escena, solo una acumulación de elementos: la toalla azul, una pared de azulejos, el tanque, la cámara y la mano de Nadia. También había un sonido anterior a los golpes, quizá mi propia voz explicando algo.

—La sala —dije.

Mauro no pidió que precisara. Debía de conocer la respuesta.

—No trabajes sobre eso solo.

—No pienso hacerlo solo. Ella estará allí.

—Nadia no está aquí.

—No he dicho eso.

—Lo has pensado.

La facilidad con que interpretaba mi respuesta empezaba a parecerse demasiado a aquello que todos me reprochaban. Dejé el comprimido sobre la mesa.

—Trae la grabación.

—No.

—Entonces la transcripción.

—No.

—Los mensajes de Nadia.

—No depende de mí.

—Nada depende de ti hasta que quieres impedirlo.

Mauro recogió el estuche, pero dejó las pastillas. Sabía que podía negarme en aquel momento y que la doctora decidiría después si convertía la medicación en una condición para salir de la habitación.

—Escribe lo que recuerdes —dijo—, pero no intentes completar los huecos.

—Es una instrucción imposible.

—Describe solo imágenes, sonidos o frases concretas.

—Eso es lo que hago siempre.

—No. Siempre explicas lo que significan antes de terminar de verlas.

La observación se parecía a la frase de Nora. No vuelva a decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo. Quizá todos habían aprendido a utilizar el mismo procedimiento porque yo ofrecía siempre la misma resistencia.

—Necesito papel —dije.

Mauro señaló el cajón.

—Hay un cuaderno.

—Ese tiene las hojas numeradas.

—Precisamente.

—Quiero escribir, no entregar una declaración.

—No puedes arrancar páginas.

—Eso no convierte el cuaderno en una ayuda.

—Lo convierte en algo que mañana seguirá teniendo el mismo orden.

Abrió el cajón y dejó un cuaderno gris sobre la mesa. Cada página llevaba un número impreso en la esquina inferior y una línea para anotar la fecha. En la portada aparecían mi nombre, el de la doctora y la palabra reconstrucción.

—No escribas durante más de media hora seguida —añadió—. Después come algo y duerme.

—¿También controlarás eso?

—Sí.

—Por lo menos ya no finges que soy libre de decidirlo.

Mauro se detuvo en la puerta.

—Ser libre no significa que todas tus decisiones dejen de afectarte.

—Tampoco que otro deba sustituirlas.

—Cuando puedas abrir después de dos golpes sin preguntarte qué significan, quizá podamos discutirlo.

Se marchó. No cerró con llave, aunque una trabajadora ocupó una silla al fondo del corredor pocos minutos después. Podía verla desde la puerta. Llevaba una revista, una botella de agua y la

paciencia de quien había sido advertido de que no debía reaccionar a mis intentos de conversación.

Me senté frente al cuaderno y escribí la fecha. La mano se mantuvo inmóvil durante varios minutos. No quería empezar por la noche de Nadia, porque cualquier reconstrucción deliberada obligaría a elegir una primera imagen y convertirla después en causa de las siguientes. Escribí, en cambio, el olor a cloro. Debajo anoté la toalla azul, la cámara, los azulejos y el borde metálico. Al añadir la palabra borde, recordé que no era de acero pulido, como había imaginado durante las entrevistas, sino de aluminio mate, cubierto en algunos puntos por una goma negra para evitar que Nadia se golpeara al entrar o salir. El detalle produjo otro: yo mismo había pegado una sección que empezaba a desprenderse. Había utilizado cinta aislante, no porque el tanque estuviera mal construido, sino porque el agua había ablandado el adhesivo original.

Escribí cinta negra.

La sala apareció después.

No llegó completa. Primero vi la luz. Habían instalado dos paneles rectangulares, uno a cada lado del tanque, cubiertos por difusores para evitar reflejos sobre la pared transparente. La cámara principal estaba montada frente al lateral, lo bastante baja para registrar el rostro de Nadia durante la inmersión. Había otra cámara en una esquina alta. No recordaba haberla visto aquella noche, aunque la doctora aseguraba que se trataba del sistema de seguridad. El suelo era de baldosas grises y las paredes conservaban azulejos blancos hasta media altura, restos de una antigua instalación médica o deportiva que la propiedad había mantenido por su valor para los rodajes.

La palabra médica me llevó a Santa Elvira. Durante un instante, la sala de la prueba se superpuso al almacén del corredor: las toallas, el olor a desinfectante, la puerta fría. Tuve que cerrar los ojos y volver a la imagen inicial. No era Santa Elvira. La propiedad estaba lejos, en una zona de carreteras estrechas y casas separadas por terrenos sin cultivar. Había llovido durante el trayecto, aunque al llegar el cielo empezaba a despejarse. Aparqué junto a una verja y utilicé un código enviado por el propietario. Entré solo.

Escribí: llegué primero.

La frase produjo una resistencia inmediata. Mi memoria intentó colocar al hombre de ropa oscura junto al tanque, pero ahora podía observar con mayor atención. No era un técnico. Era mi reflejo sobre la pared transparente, alargado por la luz lateral. Cada vez que me movía alrededor de la estructura, la silueta parecía adelantarse o permanecer detrás. La cámara de seguridad habría registrado a un solo hombre preparando la sala y, sin embargo, desde mis ojos había siempre alguien al otro lado.

Llegué a las siete y cuarenta y nueve, según la doctora. No recordaba mirar el reloj al entrar, pero sí un mensaje enviado desde el vestíbulo. Abrí el teléfono, escribí a Marina y le dije que la prueba se aplazaba porque el tanque perdía agua. La mentira aparecía ahora con una claridad simple, sin la voz del productor ni una decisión compartida que pudiera distribuirla. Yo había apartado a la ayudante de dirección.

¿Por qué?

Escribí la pregunta y la taché. Mauro había pedido imágenes y hechos, no explicaciones. Aun así, la respuesta empezó a formarse. Marina interrumpía. No porque fuese incompetente, sino porque conocía las normas de la producción y se negaba a aceptar cualquier variación que no estuviera aprobada. Había detenido dos ensayos anteriores cuando Nadia manifestó que no podía continuar y después redactó informes que llegaron a los abogados. Yo la consideraba una presencia contaminante: cada vez que entraba en la sala, Nadia dejaba de escucharme y empezaba a preguntarse qué debía aceptar para que el ejercicio fuese considerado seguro. La prudencia de Marina transformaba cualquier duda en un argumento para detenerse.

También había otra razón. Nadia confiaba en ella.

La frase no necesitaba ser escrita para permanecer. Durante las últimas semanas, las dos habían hablado a mis espaldas, o eso había pensado. Marina conocía el deseo de Nadia de abandonar el montaje y quizá la habría ayudado a marcharse aquella noche. Sin ella, la conversación tendría que ocurrir entre nosotros, sin una tercera

persona capaz de ofrecer una salida antes de que yo terminara de explicar lo que podíamos conseguir.

Volví a escribir: mentí a Marina.

La mano tembló ligeramente. No era culpa, al menos no todavía, sino el esfuerzo de mantener una frase sin añadir que Nadia podía haber llamado a quien quisiera, que la propiedad no estaba cerrada y que nadie le quitó el teléfono. Todas esas cosas eran ciertas y, sin embargo, aparecían con demasiada rapidez, como actores que entran antes de su señal porque temen que la escena continúe sin ellos.

Preparé el tanque. Comprobé el agua, la temperatura y la cámara. Coloqué dos toallas sobre una mesa, un albornoz, una botella y el cronómetro. El aparato no era el teléfono, como había imaginado durante algunas entrevistas, sino un cronómetro digital negro con botones rojos en un lateral. Lo había utilizado en otros ejercicios porque podía activarse sin apartar la vista del actor. La pantalla mostraba centésimas, aunque yo solía ignorarlas. El tiempo teatral no se mide igual que el deportivo; una pausa puede durar medio segundo y parecer insoportable, mientras que un minuto de verdad desaparece antes de que uno comprenda qué ha visto.

El tanque estaba lleno hasta una marca blanca. La profundidad permitía a Nadia sumergirse sentada o arrodillada sin que el cuerpo flotara por completo. Habíamos colocado unas pesas pequeñas alrededor de la base para mantener estable la estructura. No llevaba ningún dispositivo en la cintura. Esa imagen pertenecía a otro montaje. Nadia entraría con ropa ligera, una camiseta y pantalones cortos oscuros, porque el tejido mojado debía ofrecer una resistencia mínima al salir.

La memoria avanzó hasta el sonido de un coche.

No la vi llegar desde la sala. Escuché la verja, después la puerta principal y sus pasos por el corredor. Nadia no llamó mi nombre. Entró con un bolso grande colgado del hombro y el cabello recogido, todavía húmedo por la lluvia. Llevaba un abrigo claro que dejó sobre una silla antes de mirar el tanque.

—¿Dónde está Marina? —preguntó.

Su voz apareció con una nitidez que me obligó a dejar el bolígrafo. No era la voz fantasmal que había escuchado algunas noches en Santa Elvira, construida por frases sueltas y recuerdos de ensayos. Era Nadia cansada, molesta y perfectamente viva, pronunciando una pregunta cuya respuesta yo ya había preparado.

—No viene —dije.

—¿Por qué?

—Ha surgido un problema con producción.

Nadia miró la cámara, las luces y el agua. Después se volvió hacia mí.

—Me ha escrito diciendo que la prueba se ha aplazado.

No esperaba que hubiese contactado con ella. Había supuesto que Marina aceptaría mi mensaje y no tendría tiempo de avisarla antes de que llegara.

—La prueba oficial —respondí—. Esto será una aproximación.

—¿Una aproximación con el tanque lleno, la cámara preparada y nadie más en la casa?

No había gritado. Nadia casi nunca levantaba la voz al principio de una discusión; utilizaba una calma minuciosa que obligaba al otro a escuchar las contradicciones sin poder refugiarse en su temperamento.

—No necesitamos a nadie más para comprobar la secuencia.

—Habíamos acordado que Marina estaría.

—Marina no actúa.

—Precisamente.

Recuerdo que sonreí. No porque la frase fuera divertida, sino porque había empezado a utilizar la presencia de la ayudante como una protección y yo interpretaba cualquier protección nueva como una señal de que el trabajo se acercaba a algo importante.

—Si quieres que la llamemos, la llamamos —dije.

Era una oferta falsa. Sabía que Nadia no quería parecer incapaz de realizar la prueba sin testigos y que convertiría la llamada en una admisión que yo podría utilizar después. No le prohibía nada. Le ofrecía una elección organizada alrededor de su orgullo.

—No quiero que la llamemos —respondió—. Quiero que no le mientas.

—No le he mentido. La prueba aprobada se ha aplazado.

—¿Y esto qué es?

—Trabajo nuestro.

—No existe trabajo nuestro cuando tienes que ocultárselo a todos los demás.

La frase abría una discusión más antigua. Durante años habíamos construido escenas en habitaciones privadas, después de que los técnicos se marcharan y antes de que la producción supiera qué forma estaba adquiriendo el montaje. Aquella intimidad había sido una fuente de libertad. Ahora Nadia la describía como ocultamiento.

—Antes no te preocupaba —dije.

—Antes no hacías que cada límite pareciera una traición.

—Antes confiabas.

—Antes tú parabas.

No supe entonces a qué se refería exactamente. Había habido ejercicios donde ella pidió detenerse y yo lo hice; otros donde continuamos después de una pausa; también discusiones en las que Nadia había agradecido que no aceptara su primera resistencia. Esa historia compartida me permitía encontrar un precedente para cualquier conducta.

—Si has venido a explicar por qué no vas a hacerlo, no necesitamos el tanque —respondí.

La frase estaba construida para que marcharse pareciera una escena preparada antes de llegar. Nadia dejó el bolso sobre la mesa y se quitó la bufanda. Sus movimientos eran lentos, no porque dudara todavía, sino porque intentaba controlar la rabia.

—He venido porque dijiste que, si no probábamos hoy, buscarías a otra actriz.

El recuerdo se detuvo. Esa amenaza no había aparecido durante la entrevista formal. Yo había dicho que el papel tendría que replantearse si Nadia no podía ofrecer lo que exigía, pero la frase era más directa: buscaré a otra actriz. Podía haberla pronunciado en un mensaje, durante una llamada o en una discusión previa. No conseguía escucharla en mi propia voz, aunque recordaba la respuesta de Nadia: «Entonces búscala».

Quizá eso había ocurrido el día anterior. Quizá el ejercicio acuático era el último intento de demostrar que todavía podía ocupar un lugar que yo había empezado a retirar.

Escribí: amenacé con sustituirla.

El bolígrafo quedó inmóvil sobre el punto final. La frase era factual y, al mismo tiempo, necesitaba una explicación que la volviera menos simple. Un director debe considerar sustituciones. Una producción no puede depender indefinidamente de la duda de una actriz. Nadia conocía el contrato, los plazos y el dinero comprometido. Sin embargo, nada de eso modificaba el hecho de que yo había utilizado la posibilidad de perder el papel para que acudiera.

Alguien llamó a mi puerta. No dos veces, sino una secuencia breve de nudillos. Cerré el cuaderno. La trabajadora del corredor entró con una bandeja de desayuno y comprobó que las pastillas continuaban sobre la mesa.

—Mauro ha dicho que debe tomarlas —explicó.

—Mauro dice muchas cosas que prefiere no decir él mismo.

La mujer no respondió. Dejó la bandeja y señaló el cuaderno.

—También ha dicho que pare de escribir.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Miró el reloj de la pared.

—Casi una hora.

Había perdido la medida. El cuaderno contenía cuatro páginas, aunque recordaba haber escrito apenas unas líneas. El café estaba frío y la mano derecha me dolía por la presión del bolígrafo.

—Necesito terminar una escena.

—No hay ninguna escena.

La frase parecía aprendida de la doctora, pero la mujer la pronunció con una indiferencia que revelaba no conocer el contexto.

—Siempre la hay —respondí.

—Tome la medicación.

No pensaba discutir con alguien cuya única función era informar si obedecía. Tragué los comprimidos, comí parte de la tostada y esperé a que se marchara. Después volví al cuaderno.

Nadia continuaba junto al tanque.

Había ido al baño a cambiarse. Cuando regresó, llevaba una camiseta negra y pantalones cortos. El cabello seguía recogido, pero se había quitado los pendientes y el reloj. Dejó ambos objetos dentro del bolso y colocó el teléfono sobre la mesa.

—Marina tiene la dirección —dijo.

—Siempre la ha tenido.

—Le he enviado un mensaje.

Recordaba mi irritación. No porque la presencia futura de Marina impidiera la prueba, sino porque Nadia había establecido una garantía fuera de mí. Si algo no salía bien, alguien sabría dónde estábamos. Desde la perspectiva actual, la precaución parecía elemental. Aquella noche la interpreté como desconfianza.

—¿Esperamos a que llegue? —pregunté.

Otra oferta falsa. Sabía que Marina tardaría al menos una hora y que Nadia no quería prolongar la discusión.

—No va a venir —respondió—. Está fuera de la ciudad.

—Entonces el mensaje solo sirve para dramatizar.

—Sirve para que alguien sepa dónde estoy.

—Yo sé dónde estás.

Nadia me miró durante varios segundos. La frase había revelado algo que yo no percibí entonces: no le preocupaba desaparecer físicamente, sino quedar encerrada dentro de mi versión de lo que ocurriera.

—Eso no me tranquiliza —dijo.

Podía haber detenido la prueba en aquel momento. Ella había expresado desconfianza, la ayudante no estaba y la actividad oficial se había aplazado. Cualquier protocolo razonable habría exigido esperar. Sin embargo, yo no estaba buscando una situación razonable. Necesitaba comprobar si Nadia todavía podía entregar algo fuera de la vigilancia de Marina y de la producción, si nuestra relación conservaba la intimidad que había hecho posibles los trabajos anteriores o si ya se había convertido en una actriz que necesitaba abogados dentro de la sala.

—No tienes que hacerlo —dije.

La frase parecía liberarla, pero estaba construida para lo contrario. Nadia conocía mi tono. Sabía que «no tienes que hacerlo»

significaba que yo ya había empezado a imaginar otra persona ocupando su lugar.

—Deja de hablarme como si marcharme fuera una elección neutral —respondió.

—Lo es.

—Si me voy, pierdo el papel.

—Si no puedes hacer el trabajo, tendremos que hablar del papel.

—No es lo mismo.

—Depende de por qué te vayas.

La discusión había alcanzado el mecanismo central de nuestro vínculo. Yo no imponía una conducta; interpretaba la negativa. Si se marchaba por miedo, el miedo demostraba que aún no comprendía el personaje. Si se quedaba para no perder el papel, la decisión confirmaba su entrega. No había una salida que no pudiera incorporarse al método.

Nadia caminó hasta el tanque y apoyó una mano sobre el borde. El agua estaba templada. Había comprobado la temperatura varias veces porque el frío podía provocar una reacción respiratoria involuntaria y alterar el ejercicio. Ella introdujo los dedos, después los retiró.

—Cuarenta segundos —dijo.

—Como máximo.

—No. Cuarenta y se termina, aunque yo no dé la señal.

—Si todo está bien, podemos evaluar—

—Cuarenta.

La firmeza de su voz me obligó a aceptar. Cogí el cronómetro y lo dejé sobre la mesa, dentro de su campo visual.

—Cuarenta —repetí.

—Y dos golpes.

La señal apareció antes de que encendiéramos la cámara. Nadia no confiaba en poder hablar bajo el agua ni en que un movimiento ambiguo fuese suficiente. Necesitaba una acción que no admitiera discusión.

—Dos golpes en el lateral —dije.

—Y me sacas.

—Sí.

—No me preguntas si quiero seguir. No esperas a que vuelva a hacerlo. No decides que estoy cerca de algo.

Cada frase anticipaba una defensa que yo habría podido utilizar. Nadia no inventaba temores abstractos. Conocía mi manera de observar, la tendencia a considerar que el momento posterior a una petición de detenerse podía revelar precisamente aquello que el ejercicio buscaba.

—Si das dos golpes, te saco —dije.

—Aunque creas que puedo seguir.

—Aunque crea que puedes seguir.

—A cámara.

La petición me molestó. No porque pensara incumplir el acuerdo, sino porque convertía mi palabra en algo que necesitaba una prueba exterior. Aun así, activé la cámara principal. La luz roja se encendió. Me situé junto a Nadia, frente al objetivo.

Ella miró directamente al lente.

—Dos golpes significa que termina la prueba —dijo—. No que tengo miedo, no que estoy cerca, no que necesito una indicación. Termina.

Después me miró. Esperaba que repitiera el acuerdo sin añadir una interpretación.

—Dos golpes y te saco del agua —respondí—. Aunque piense que puedes continuar.

—Sin esperar.

—Sin esperar.

Nadia mantuvo los ojos sobre mí unos segundos más. No parecía satisfecha. Quizá sabía que una promesa podía registrarse y seguir sin modificar el impulso que la incumpliría.

—Otra cosa —añadió—. Si levanto una mano, no significa nada. Puede ser parte de la secuencia. Solo los golpes.

—De acuerdo.

—Y si no golpeo, cuarenta segundos.

—Sí.

La claridad del acuerdo había sido diseñada para protegerla de mi interpretación. Todo lo que ocurrió después debía medirse contra

aquellas palabras, no contra su capacidad pulmonar, la intención artística o el límite físico que yo creyera observar.

Apagué la cámara o pensé hacerlo. El recuerdo mostraba mi mano sobre el mando, pero la luz continuaba encendida. Quizá solo había comprobado el encuadre. La grabación no se interrumpió.

Nadia subió la pequeña escalera. Al apoyar un pie en el agua, respiró con fuerza y miró la temperatura en el termómetro adherido al lateral.

—Está bien —dijo.

No era una pregunta. Se sentó en el borde con las piernas sumergidas y permaneció así durante un minuto, regulando la respiración. Yo ajusté la cámara, comprobé el cronómetro y le recordé la secuencia mental que debía recorrer. Habíamos trabajado sobre un personaje que intentaba conservar una imagen mientras el cuerpo la expulsaba. Nadia debía pensar en una habitación de infancia, sostenerla durante la inmersión y observar el instante en que la necesidad de aire destruía los detalles. Después, al salir, describiría qué había desaparecido primero. No se trataba de comprobar cuánto aguantaba, sino de estudiar cómo el cuerpo reordena la memoria bajo presión.

La idea seguía pareciéndome poderosa.

Ese reconocimiento fue lo que más me perturbó mientras escribía. Podía comprender la belleza conceptual del ejercicio incluso sabiendo cómo terminó. La tragedia no había destruido la lógica que lo sostenía. La volvía peligrosa, quizá imperdonable, pero no absurda. Parte de mí todavía veía la escena que habríamos obtenido si Nadia hubiese salido a los cuarenta segundos, respirado y descrito cómo la habitación imaginada se deshacía bajo el agua. Esa parte no celebraba su muerte. Solo se negaba a fingir que todo el trabajo anterior había carecido de sentido.

Nadia me pidió que repitiera las indicaciones.

—Entras, tomas aire y te sumerges cuando estés preparada —dije—. Yo activo el cronómetro cuando la cabeza queda bajo la superficie. No busques resistir. Mantén la habitación mientras puedas y deja que se deshaga cuando el cuerpo empiece a reclamarte.

—No quiero que me hables mientras estoy dentro.

—No podrás oírme con claridad.

—Te oigo igual.

Habíamos realizado pruebas menores en recipientes distintos. Yo hablaba durante los ejercicios, no para dirigir acciones concretas, sino porque la voz ofrecía al actor una referencia exterior. Nadia había empezado a considerar que mi voz se introducía incluso cuando intentaba escuchar el cuerpo.

—No hablaré —acepté.

—Ni golpearás tú el tanque.

—No pensaba hacerlo.

—La última vez lo hiciste para que aguantara.

La imagen apareció: mi mano marcando un ritmo sobre una bañera durante un ensayo anterior. Nadia había interpretado los golpes como una indicación para continuar, aunque yo pretendía comprobar si podía oír desde dentro. Otra ambigüedad que ella intentaba eliminar.

—No tocaré el tanque —dije.

Nadia cerró los ojos y respiró varias veces. No eran inspiraciones profundas, sino un ritmo controlado que había aprendido con un preparador físico. La producción conocía esas pruebas anteriores. El ejercicio no surgía de la nada, aunque la sesión de aquella noche no estuviera autorizada.

—Si me levanto antes —dijo—, no me impidas salir.

—No voy a tocarte.

—No físicamente.

Comprendí la acusación, pero decidí no responder. Cualquier frase podía convertirse en otra discusión y, si la prueba se aplazaba, la fractura entre nosotros quizá ya no tendría arreglo.

—Cuando quieras —dije.

Nadia abrió los ojos. Miró la cámara, el cronómetro y después a mí. Había miedo en su rostro, aunque no el pánico desorganizado de Nora. Era un miedo consciente, acompañado por la decisión de realizar el ejercicio pese a todo. Durante años yo había considerado que esa combinación era el origen de cualquier interpretación verdadera. El valor no consiste en no sentir miedo, sino en elegir una acción que lo atraviese.

Ahora comprendía que también podía ser el resultado de una presión bien administrada.

Nadia tomó aire. Bajó del borde y se arrodilló dentro del tanque. El agua le llegaba al pecho. Apoyó las manos sobre el fondo, ajustó la posición de las piernas y me indicó con una mirada que estaba preparada.

—Cuando quieras —repetí.

Inhaló una última vez y sumergió la cabeza.

Activé el cronómetro.

El agua alteró su rostro de inmediato. El cabello se desprendió parcialmente del recogido y flotó alrededor de la nuca. Las luces laterales dibujaban reflejos sobre la pared transparente, aunque la cámara mantenía un encuadre limpio. Nadia tenía los ojos cerrados. Sus manos permanecían abiertas sobre el fondo, los brazos ligeramente flexionados para estabilizar el cuerpo.

Los primeros diez segundos transcurrieron sin cambios visibles. Yo observaba la pantalla del cronómetro y el rostro, alternando entre ambos. Había prometido no hablar, pero recuerdo mover los labios, quizá repitiendo mentalmente la secuencia. Habitación, ventana, cama, puerta. No sé si esas eran las palabras exactas del ejercicio o si las he añadido después.

A los doce segundos, Nadia abrió los ojos.

No miró la cámara. Me miró a mí a través del agua y de la pared transparente. El contacto no contenía miedo todavía. Era una comprobación: seguía allí, veía el cronómetro y recordaba el acuerdo.

A los diecisiete segundos, una burbuja escapó de su nariz. El cuerpo se ajustó. La mano derecha se cerró y volvió a abrirse.

A los veinte, la imagen mental debía de haber empezado a deteriorarse. Ese era el punto que buscábamos: cuando el organismo considera el aire más importante que cualquier ficción, incluso una habitación cargada de memoria empieza a perder paredes, colores y objetos. Nadia frunció el ceño. Podía estar siguiendo la secuencia o soportando la primera incomodidad.

No hablé.

A los veinticuatro segundos, levantó ligeramente la cabeza, aunque permaneció sumergida. La posición acortaba la distancia hasta la superficie. No era una señal pactada. Había advertido que podía mover una mano o cambiar de postura sin que yo interviniera.

A los veintisiete, su mano izquierda se elevó.

Recordaba la transcripción de la doctora: en el segundo veintisiete, Nadia levantó una mano. Desde el presente, el gesto parecía una petición previa, una forma de anunciar que algo empezaba a ir mal. Aquella noche lo interpreté según el acuerdo: no significaba nada. Ella misma había establecido que solo los golpes terminarían la prueba.

La mano descendió.

El cronómetro alcanzó los treinta segundos.

Nadia soltó más aire. El movimiento de su abdomen se volvió visible. Una pierna cambió de posición y la rodilla chocó contra el fondo con un sonido que la cámara pudo registrar, aunque yo apenas lo oí. El cuerpo empezaba a abandonar la quietud del ejercicio. Aquello no significaba todavía peligro. Cualquier persona sumergida experimenta impulsos involuntarios cuando aumenta el dióxido de carbono. El entrenamiento consiste precisamente en no confundir la urgencia con la ausencia real de oxígeno.

Treinta y uno.

Nadia giró el rostro hacia el lateral.

Treinta y dos.

La mano derecha buscó la pared transparente. Los dedos se extendieron, resbalaron una vez y encontraron el borde interior. Durante una fracción de segundo pensé que iba a impulsarse hacia arriba. En lugar de hacerlo, cerró los nudillos y golpeó.

El primer impacto fue claro. No fuerte, pero distinto de los movimientos anteriores. Levanté la cabeza.

Nadia golpeó una segunda vez.

El sonido llegó a través del agua, el acrílico y el aire de la sala. No se parecía al de una rodilla contra el fondo ni al roce accidental de una mano. Eran dos golpes separados por el intervalo exacto que habíamos acordado.

La memoria intentó avanzar. Apareció el cronómetro, mi cuerpo inclinándose y la mirada de Nadia detrás de la pared. Después todo se cubrió de una blancura intensa, no una ausencia de imagen, sino el reflejo de los paneles sobre el agua. Cerré el cuaderno y descubrí que estaba de pie.

No recordaba haberme levantado.

La silla había caído detrás de mí. El café se había derramado sobre la mesa y parte del líquido alcanzaba las páginas, aunque la tinta todavía no se había extendido. En el corredor, la trabajadora llamaba a Mauro. Yo podía oírla, pero su voz parecía atravesar una pared de agua.

Miré mis manos. Estaban secas. Aun así, sentía en los dedos el frío del borde del tanque y el peso de un cuerpo que todavía no había sacado.

Mauro llegó con la doctora. Entraron sin esperar permiso. Él retiró la taza y levantó la silla mientras ella se acercaba despacio, evitando bloquear la puerta.

—Víctor —dijo—. Mírame.

—No he terminado.

—¿Qué estabas escribiendo?

Señalé el cuaderno. La doctora no lo tocó.

—Cuéntamelo sin leer.

—La casa. El tanque. Marina no estaba.

—Bien. Continúa.

—Le mentí.

Mauro dejó de limpiar el café.

—¿A quién?

—A Marina. Le dije que había una fuga para que no viniera.

La doctora asintió, pero no mostró la satisfacción que habría esperado al escuchar una admisión nueva.

—¿Nadia lo sabía?

—Lo descubrió al llegar.

—¿Y después?

La pregunta abrió otra vez la sala. Vi a Nadia frente a la cámara, obligándome a repetir el acuerdo. Dos golpes y te saco. Aunque crea que puedes continuar.

—Estableció una señal —dije.

—¿Cuál?

—Dos golpes.

—¿Qué significaban?

—Que la sacaba del agua.

—¿Sin hacer qué?

—Sin preguntar, sin esperar y sin decidir si podía aguantar.

La doctora se acercó un paso.

—¿Nadia utilizó la señal?

El sonido regresó. Primer golpe. Mi cabeza levantándose. Segundo golpe. Mi mirada siguiendo la mano.

No había confusión. No estaba de espaldas, no consultaba una nota ni me había distraído con la cámara. La promesa seguía presente porque Nadia me había obligado a pronunciarla pocos minutos antes. La reconocí en cuanto el primer impacto alteró el ritmo de la sala y la comprendí por completo cuando llegó el segundo.

Durante meses había dicho que quizá no los oyera, que el sonido podía confundirse con un movimiento accidental o que solo comprendí su significado después. Ninguna de esas versiones sobrevivía a la imagen que acababa de regresar.

La doctora repitió la pregunta.

—¿Viste la señal?

Me apoyé en la mesa. El agua del recuerdo seguía entre nosotros, pero esta vez no había ocultado la mano.

Yo vi la señal.

Capítulo 10

El reparto invisible

Reconocer un hecho no significa comprenderlo. A veces ocurre lo contrario: una certeza ocupa el lugar donde antes convivían varias posibilidades y obliga a construir alrededor de ella una defensa más compleja. Mientras pude pensar que no había oído los golpes, que los confundí con un movimiento accidental o que la cámara había transformado una vacilación en una señal inequívoca, la muerte de Nadia pertenecía todavía al territorio de la percepción. Después de recordar su mano contra la pared transparente y el modo en que levanté la cabeza tras el primer impacto, ya no podía discutir lo que había visto. Quedaba, sin embargo, todo lo demás: por qué esperé, qué creí que estaba ocurriendo y quién había convertido una prueba aislada en el último acto de una historia que otros llevaban diecisiete meses escribiendo por mí.

No recuerdo con precisión cuánto tiempo permanecimos en la habitación después de mi respuesta. La doctora formuló preguntas sencillas, Mauro recogió el cuaderno antes de que el café terminara de extenderse sobre las páginas y alguien colocó un comprimido bajo mi lengua cuando empecé a insistir en que necesitaba volver a la sala del tanque. No me sujetaron, aunque varias manos permanecieron cerca, preparadas para hacerlo si la memoria se convertía otra vez en una puerta que yo intentara atravesar físicamente. Conservé algunas frases, el sonido del vaso sobre la mesa y la impresión de que la doctora había dicho que aquello era suficiente para ese día. Después, el tiempo se volvió blando.

Al despertar, la habitación estaba en penumbra. Habían bajado la persiana y retirado la silla que yo mantenía junto a la pared. El cuaderno tampoco estaba. Sobre la mesa quedaban la bandeja del almuerzo, una jarra de agua y una hoja donde alguien había escrito la fecha, la hora y la frase que yo debía repetir si no sabía cuánto tiempo había pasado: «Estoy en Santa Elvira. Hoy es jueves. He recordado que vi la señal de Nadia».

La escritura pertenecía a Mauro. Lo supe por la forma en que cerraba las aes y por una ligera inclinación hacia la izquierda que intentaba corregir cuando redactaba informes. Leí la frase varias veces. No había un signo de interrogación, ninguna reserva ni una indicación de que el recuerdo pudiera ser revisado después. Yo vi la señal. El hecho ya había sido incorporado al presente antes de que pudiera decidir qué hacer con él.

La puerta se abrió poco después. Entró una trabajadora a la que había visto en el comedor, una mujer de unos cincuenta años que llevaba siempre el cabello recogido y una tarjeta con su nombre demasiado pequeño para leerlo desde lejos. Comprobó la jarra, levantó la persiana unos centímetros y me preguntó si sabía dónde estaba.

—En mi habitación.

—¿Dónde?

—Santa Elvira.

—¿Qué día es hoy?

Miré la hoja.

—Jueves.

—¿Lo sabías o lo has leído?

—La diferencia no modifica la fecha.

La mujer anotó algo en una tabla.

—¿Quieres desayunar?

La luz que entraba por la persiana no parecía la de primera hora. Miré el reloj de pared. Marcaba las cinco y veinte, aunque no sabía si de la mañana o de la tarde.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi ocho horas.

—Entonces no es jueves por la mañana.

—Son las cinco de la tarde.

Había perdido el resto del día y parte del anterior, o quizá la entrevista había ocurrido aquella misma mañana. La medicación convertía la cronología en un material que dependía de otros.

—Quiero hablar con la doctora.

—Vendrá más tarde.

—¿Y Mauro?

—Está trabajando.

—¿Dónde?

La mujer volvió a mirar la tabla.

—En la planta.

—Eso no responde.

—Está ocupado.

—¿Qué ha ocurrido con el grupo?

No pareció comprender de inmediato.

—¿Qué grupo?

—Teresa, Esteban, Samuel, Darío, Julia y Nora.

Los nombres produjeron un cambio en su expresión. No sorpresa, exactamente, sino la cautela de quien descubre que una conversación está entrando en un terreno para el que ha recibido instrucciones.

—No puedo darte información sobre otros pacientes.

—No he pedido información clínica. He preguntado si las sesiones continuarán.

—Eso tendrás que hablarlo con la doctora.

—¿Han utilizado la sala hoy?

La mujer cerró la tabla.

—No lo sé.

Mentía. Las personas que trabajan en una planta conocen el horario de cada actividad, incluso cuando no participan. Su desconocimiento era una forma de no decir que la sala había seguido funcionando sin mí.

—¿Nora está aquí? —pregunté.

—No puedo—

—No te he preguntado por su tratamiento. Solo si se ha marchado.

—Habla con la doctora.

La frase cerraba cualquier pregunta del mismo modo que las puertas de Santa Elvira se cerraban sin llave: no impedía físicamente avanzar, pero convertía cada intento en una conducta que podía registrarse. La mujer dejó la bandeja, me pidió que llamara si necesitaba algo y salió. Desde la puerta vi a un trabajador sentado al fondo del corredor.

No tenía prohibido abandonar la habitación de forma expresa, aunque la vigilancia sugería que cualquier movimiento sería acompañado. Me duché, me puse la camisa que Mauro había traído para la entrevista y esperé. Nadie apareció durante casi una hora. La demora podía formar parte de una indicación clínica, una forma de comprobar si toleraba la incertidumbre sin recorrer la planta, pero también podía deberse a que el centro continuaba con su actividad y yo había dejado de ocupar el lugar principal dentro de ella.

A las seis y cuarto salí.

El trabajador del corredor se levantó.

—¿Adónde vas?

—A la sala común.

—Puedo acompañarte.

—No te lo he pedido.

—Tengo que hacerlo.

—Entonces no es acompañar.

Caminó a mi lado sin responder. La sala común estaba casi vacía. Dos mujeres jugaban a las cartas junto a una ventana y un hombre dormía frente al televisor. No había rastro de Teresa, Esteban ni de ninguno de los demás. Pregunté por la actividad de la tarde. Una de las mujeres dijo que algunas personas habían bajado a un taller, pero no sabía cuál. El trabajador permaneció junto a la puerta, escuchando.

—¿Dónde están los talleres? —pregunté.

—Hoy no tienes autorizado bajar —respondió él.

—Entonces sabes que hay una actividad.

—Sé que no puedes ir.

—¿Por qué?

—Son indicaciones.

—¿De la doctora?

—Sí.

—¿Y la sala?

No contestó.

Regresé al corredor. La planta parecía más silenciosa que otros días. Las puertas de varias habitaciones estaban abiertas y dentro había camas sin ocupar. Nora no se encontraba en la suya, aunque

yo nunca había sabido con certeza cuál era. Teresa tampoco apareció durante la cena. Mauro trajo los comprimidos a las ocho y evitó responder cuando le pregunté por el grupo.

—La doctora te verá mañana —dijo.

—No pienso esperar hasta mañana para saber si han continuado la reconstrucción sin mí.

—No ha continuado.

—¿Y el grupo?

—Cada uno sigue con su tratamiento.

—¿Dónde?

—En las actividades que les correspondan.

—¿Han vuelto a la sala?

Mauro colocó las pastillas sobre la mesa.

—No importa.

—A ti no.

—Tampoco a ti.

La respuesta modificaba por completo las semanas anteriores. Habían reunido a seis personas para participar en una reconstrucción centrada en mi memoria y ahora afirmaba que su continuidad no me concernía.

—Eran mi reparto —dije.

Mauro no mostró irritación. Pareció más cansado que otras veces.

—Nunca lo fueron.

—Me pediste que dirigiera las sesiones.

—Te acompañé mientras utilizabas una estructura que aceptabas.

—Había ejercicios, textos y una sala preparada.

—Sí.

—Eso es un ensayo.

—Para ti.

—¿Y para ellos?

—Una actividad terapéutica.

La frase no era nueva, pero aquella noche sonó menos como una corrección que como una declaración definitiva.

—¿Sabían que participaban en mi reconstrucción?

—Sí.

—¿Sabían que utilizarían textos de Nadia?

—Algunos.

—¿Y que yo los dirigiría?

Mauro dudó.

—Sabían que trabajarías con el grupo.

—No es lo mismo.

—No.

—Entonces les ocultaron parte de la verdad.

—Se les explicó lo necesario.

—La expresión favorita de cualquiera que quiere conservar la autoridad.

Mauro señaló los comprimidos. No pensaba continuar mientras yo no los tomara. Los tragué sin dejar de mirarlo.

—¿Dónde está Nora?

—No puedo decírtelo.

—Eso significa que no está en su habitación.

—Significa que ha pedido privacidad.

—¿Se ha marchado de Santa Elvira?

—No.

La respuesta llegó antes de que pudiera protegerla con el protocolo. Nora seguía allí. Si no aparecía, la estaban manteniendo en otra zona o habían modificado sus horarios para impedir que coincidiera conmigo.

—Quiero hablar con ella.

—No.

—No he dicho a solas.

—Ha pedido no verte.

—Después de la sala.

—Sí.

—¿La doctora estaba presente cuando lo pidió?

Mauro entrecerró los ojos.

—¿Qué intentas insinuar?

—Nada. Pregunto si expresó la decisión sin que otra persona la ayudara a interpretarla.

—La expresó con claridad.

—Quiero oírla.

—No.

La negativa no procedía solo de una norma. Mauro estaba protegiendo algo que consideraba frágil, quizá a Nora, quizá el progreso que la doctora creía haber conseguido separándola de mí.

—¿Qué ocurrirá con la obra? —pregunté.

—No hay una obra.

—Con la reconstrucción.

—Continuará de otra manera.

—Sin el grupo.

—Sí.

La respuesta me dejó una sensación más cercana al despojo que al fracaso. Habían permitido que construyera un espacio, eligiera una actriz y comenzara a encontrar una forma para aquello que no recordaba. En cuanto la reconstrucción produjo una verdad que ellos consideraban suficiente, retiraron a las personas y cerraron la sala. No era terapia. Era una producción que había obtenido su material y ya no necesitaba al director.

—¿Quién decide la nueva forma? —pregunté.

—La doctora.

—Una productora al final.

Mauro recogió el vaso.

—Duerme.

—Quiero mis notas.

—No.

—El cuaderno es mío.

—Forma parte del registro.

—Lo escribí yo.

—Precisamente.

—¿Y la carpeta de la sala?

Mauro se detuvo.

—¿Qué carpeta?

—La que llevaba mi nombre. Los textos, las notas de Nora, los fragmentos de Nadia.

—Está archivada.

—¿Dónde?

—No vas a acceder a ella.

—Entonces admites que existe un archivo.

—Claro que existe.

—¿Con expedientes del grupo?

La palabra produjo una reacción mínima. Mauro dejó el vaso sobre la bandeja antes de responder.

—Todos los pacientes tienen uno.

—No he dicho pacientes.

—No hace falta que sigamos fingiendo que no sabes dónde estás.

—Sé dónde estoy. No sé qué han hecho con el material.

—Se ha guardado.

—¿En la sala?

—No.

—¿En tu despacho?

—No tengo despacho.

—Todos tienen un lugar donde convierten una conversación en un informe.

Mauro recogió la bandeja.

—La medicación empezará a hacer efecto pronto.

—Eso no responde.

—No pretendo responder.

Salió y cerró. La puerta no quedó bloqueada, pero dos trabajadores permanecieron en el corredor durante toda la noche. No intenté salir. La medicación hizo que la habitación perdiera bordes y, antes de dormir, pensé en un teatro después del último ensayo, cuando los actores se marchan con los textos y el director descubre que el espacio no conserva nada de lo ocurrido salvo marcas de cinta y una silla mal colocada.

A la mañana siguiente, la doctora llegó después del desayuno. No traía carpetas ni grabadora. Vestía ropa de calle y llevaba el cabello suelto, como si la entrevista formal hubiera terminado también con la necesidad de representar su función ante mí. Se sentó junto a la ventana.

—Mauro dice que preguntas por el grupo —comenzó.

—Mauro informa de todo.

—Es su trabajo.

—Eso ya no significa nada. Cada vez que utilizáis la frase, su trabajo cambia.

—No ha cambiado. Tú lo has interpretado de formas distintas.

—Quiero saber qué ocurrirá con ellos.

—Continuarán con sus tratamientos. Algunos seguirán en Santa Elvira, otros pasarán a dispositivos externos cuando corresponda.

—¿Quién se marcha?

—No puedo hablarte de eso.

—Nora.

La doctora sostuvo mi mirada.

—Nora seguirá aquí por ahora.

—¿Por qué no aparece?

—Porque se han modificado sus horarios y espacios para evitar encuentros.

—Eso se parece a un castigo.

—Es una medida de protección.

—Para ella o para su versión de lo ocurrido.

La mujer no respondió a la provocación.

—La reconstrucción continuará sin participantes —dijo—. Trabajaremos con registros, objetos y grabaciones. El grupo cumplió su función.

—Una forma elegante de decir que ya no los necesitáis.

—No existían para servirte.

—Los introdujeron en una sala conmigo, utilizaron sus historias, sus cuerpos y sus reacciones para provocar recuerdos. No finja que protegían una autonomía que el programa había convertido en material desde el principio.

—La diferencia es que nosotros establecíamos límites.

—Y yo los cruzaba.

—Sí.

La rapidez de la respuesta eliminó la discusión que había preparado.

—¿Qué ocurrirá con la sala? —pregunté.

—No volverás a utilizarla por ahora.

—¿Y si me niego a continuar de otra manera?

—No puedo obligarte a participar.

—¿Puedo marcharme?

—No hoy.

—Entonces sí podéis obligarme.

—Podemos mantener el ingreso mientras exista riesgo para ti o para otros.

—No he hecho daño a Nora.

—Bloqueaste una puerta con una silla, organizaste una sesión clandestina y no respondiste a la señal que habíais establecido.

—Durante tres segundos.

—No vuelvas a usar la cifra como una reducción.

—Las cifras no reducen. Miden.

—Solo cuando aceptas qué están midiendo.

La doctora se levantó.

—Hoy tendrás una sesión de orientación con Mauro. Después podrás bajar a la biblioteca acompañado.

—Quiero mis notas.

—Se revisarán contigo cuando estés preparado.

—¿Preparado para qué?

—Para leerlas sin utilizarlas como instrucciones.

La frase recordó la anotación de la carpeta: dos golpes, esperar. Si yo había escrito aquello antes de una sesión con Nora, las notas podían contener una secuencia de intentos anteriores, versiones de la reconstrucción y nombres que habían cambiado de función cada vez que mi memoria se reorganizaba.

—¿Dónde están guardadas? —pregunté.

—En archivo clínico.

—¿En qué planta?

—No vas a ir.

—No he dicho que fuera.

—Lo has decidido antes de preguntar.

La acusación era injusta porque describía exactamente lo que acababa de ocurrir. No pensaba aceptar que el material permaneciera inaccesible mientras ellos lo utilizaban para explicar cada comportamiento. Necesitaba leerlo sin la selección de la doctora, comprobar qué había escrito yo, qué habían dicho los

participantes y cuántas veces había comenzado aquella supuesta primera sesión.

—¿Los expedientes del grupo están allí? —pregunté.

—Sus historiales no te conciernen.

—No he pedido historiales. Quiero saber qué información se utilizó para seleccionarlos.

—No hubo un casting.

—Hubo una selección.

—Sí.

—¿Basada en qué?

—En quién podía beneficiarse del programa y quién podía participar sin un riesgo excesivo.

—Nora no cumplía la segunda condición.

—La evaluamos mal.

La admisión sorprendió por su claridad.

—¿Por qué?

—Porque subestimamos la rapidez con la que detectarías su necesidad de aprobación y la utilizarías para convertirla en el centro.

—No la elegí por eso.

—La elegiste porque se resistía y, al mismo tiempo, quería que la vieras.

—Eso es más que una necesidad de aprobación.

—Para ti siempre es más, porque necesitas que la vulnerabilidad parezca talento antes de utilizarla.

La doctora se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde está el archivo? —pregunté.

No se volvió.

—No importa.

Después de que se marchara, Mauro apareció con una carpeta de ejercicios de orientación. La sesión consistía en reconocer espacios del edificio, identificar sus funciones reales y corregir las denominaciones que yo había utilizado. El supuesto camerino era una sala de descanso. La cabina técnica servía para observar y registrar actividades. La productora era psiquiatra. El regidor, enfermero. El reparto, pacientes. Mauro pronunciaba cada palabra y esperaba que yo la repitiera.

—Esto es infantil —dije.

—Funciona mejor cuando no discutes cada término.

—Funciona mejor para quien necesita una única descripción.

—No hay una producción teatral.

—Hay una reconstrucción representada ante una cámara.

—Eso no la convierte en teatro.

—Ya hemos discutido esto.

—Muchas veces.

—Entonces ¿por qué seguimos?

—Porque cada vez consigues utilizar la coincidencia entre ambas cosas para negar la diferencia.

La hoja siguiente mostraba un plano parcial de Santa Elvira. Aparecían la planta de habitaciones, el comedor, la sala común, los despachos y una zona administrativa en el ala norte. El archivo clínico no estaba señalado, aunque una puerta sombreada junto a los despachos indicaba «acceso restringido».

—¿Qué hay aquí? —pregunté.

Mauro siguió la dirección de mi dedo.

—Administración.

—¿El archivo?

—No.

Mintió sin habilidad. Su mirada se desplazó antes de responder y una mano cubrió parcialmente el plano.

—¿Dónde guardáis las carpetas? —insistí.

—No importa.

—La doctora utiliza el mismo argumento.

—Porque no vas a acceder.

—Eso no elimina que exista.

Mauro retiró el plano y pasó a la siguiente hoja.

—Vamos a reconocer a las personas.

Había fotografías pequeñas de trabajadores del centro con nombres y funciones. La doctora aparecía identificada como psiquiatra responsable. Mauro, enfermero especialista en salud mental. La mujer que llevaba la medicación figuraba como auxiliar. Reconocí a varios trabajadores de los corredores. No había pacientes.

—¿Dónde está el grupo? —pregunté.
—No necesitas fotografías para reconocerlos.
—Quiero ver qué función les asignáis.
—Paciente.
—Eso no es una función.
—Aquí sí.
—¿Y en la reconstrucción?
Mauro cerró la carpeta.
—La sesión termina.
—Porque he preguntado algo que no está en la hoja.
—Porque has dejado de trabajar con lo que hay delante.
—Lo que hay delante siempre es una selección.

Se levantó y guardó el plano bajo el brazo. Durante un instante pensé que se había dado cuenta de que acababa de mostrarme el acceso administrativo. Sin embargo, la medicación y la vigilancia convertían cualquier intento de llegar hasta allí en algo fácilmente detectable.

No necesitaba hacerlo durante el día.

Pasé la tarde en la biblioteca acompañado por un trabajador joven que leía junto a la puerta. Me permitieron elegir cualquier libro, pero no acceder a los ordenadores. Desde la ventana se veía el ala norte, una construcción más baja unida al edificio principal por un pasillo acristalado. Dos personas cruzaron con carpetas; una utilizó una tarjeta para abrir la puerta del extremo. El archivo podía estar allí o en una sala interior próxima al despacho de la doctora.

No pensaba robar información clínica. Quería recuperar mis notas, los textos de Nadia y los documentos utilizados para construir la falsa primera sesión. La distinción era importante, aunque sabía que nadie en Santa Elvira la aceptaría después de encontrarme dentro.

La oportunidad apareció durante la cena. Una alarma sonó en la planta inferior y varios trabajadores salieron del comedor. No parecía una emergencia grave; nadie corrió, pero la atención se desplazó hacia un corredor donde alguien gritaba y golpeaba una puerta. Mauro dejó la bandeja de medicación y pidió a la auxiliar que permaneciera con nosotros. Ella se acercó a un hombre que había

empezado a inquietarse por el ruido. Durante menos de un minuto, nadie me observó.

Salí por la puerta lateral.

No avancé hacia el ala norte de inmediato. Hacerlo habría permitido que cualquiera me localizara antes de cruzar la primera puerta. Bajé por la escalera que conducía a la sala, atravesé el pasillo de talleres y utilicé una salida de emergencia que había visto abrir durante una actividad. No estaba bloqueada desde dentro. El recorrido me llevó al patio pequeño, desde donde podía entrar en el pasillo acristalado si alguien abría desde el otro lado.

Esperé junto a una columna. El aire exterior estaba frío y empezaba a oscurecer. A través del cristal vi pasar a dos trabajadores; ninguno miró hacia el patio. Unos minutos después, la doctora salió del ala norte con una carpeta roja y mantuvo la puerta abierta para una auxiliar que empujaba un carro. Antes de que se cerrara, entré detrás.

La auxiliar se volvió.

—¿Qué haces aquí?

—La doctora me ha pedido que la espere.

La mentira funcionó porque ella acababa de verla. Miró hacia el extremo del corredor, donde la mujer ya desaparecía detrás de otra puerta.

—No puedes estar solo en esta zona.

—No estoy solo.

Continué caminando antes de que decidiera comprobarlo. Había cuatro puertas: administración, archivo, sala de reuniones y un despacho sin rótulo. La palabra archivo aparecía impresa sobre una placa pequeña, tan directa que por un momento sospeché que se trataba de material administrativo sin relación con los historiales.

Probé el picaporte. Cerrado.

La tarjeta seguía siendo necesaria, pero la auxiliar había dejado el carro junto a una pared. De uno de los cajones colgaba un cordón con varias llaves y una tarjeta blanca. La mujer estaba al fondo, hablando con alguien. Cogí la tarjeta y la acerqué al lector. La luz cambió de rojo a verde.

Entré.

El archivo no se parecía a la habitación que había imaginado. No había estanterías interminables ni cajas cubiertas de polvo, sino armarios metálicos, dos mesas, un ordenador y archivadores móviles sobre raíles. El aire estaba más frío que en el corredor. Una cámara ocupaba una esquina, pero la luz indicadora permanecía apagada o era demasiado pequeña para verla.

Cerré sin bloquear. La tarjeta podía abrir desde fuera, de modo que cualquier trabajador entraría sin aviso. Tenía poco tiempo.

Los armarios estaban organizados por códigos, no por nombres. Sobre una mesa había varias carpetas devueltas aquella tarde. Una llevaba una etiqueta con mis iniciales: V.A.M. Debajo aparecía el número de ingreso y una fecha. Reconocí los dígitos antes de comprenderlos. Algo más de quince meses atrás. Siete semanas después de la muerte de Nadia.

Abrí.

La primera página mostraba una fotografía tomada al ingresar. Mi rostro parecía más delgado, con barba irregular y una expresión que no recordaba haber visto nunca en un espejo. Llevaba la misma pulsera blanca que continuaba en mi muñeca. Debajo figuraban mi nombre completo, fecha de nacimiento, diagnóstico provisional, medicación inicial y motivo de ingreso. «Desorganización del pensamiento, insomnio grave, episodios disociativos, ideación delirante centrada en reconstrucción teatral de suceso traumático». Había más palabras, pero la frase absorbió el resto.

Ideación delirante.

La expresión convertía la producción en síntoma antes de que pudiera explicar qué había ocurrido. Pasé varias páginas. Informes de entrevistas, registros nocturnos, incidencias, cambios de medicación. En algunos márgenes se repetía una anotación: «Reformula funciones clínicas como estructura de montaje». La doctora era productora. Mauro, regidor. Los talleres se convertían en ensayos. La estancia, residencia artística.

No había inventado a las personas ni los espacios. Había modificado sus funciones para construir un relato donde mi presencia tuviera sentido.

Cerré la carpeta. Podía tratarse de la interpretación del equipo, una hipótesis impuesta sobre una experiencia más compleja. El hecho de que estuviera escrita no la volvía objetiva. Necesitaba encontrar el material de la reconstrucción.

En la mesa había un listado de movimientos recientes. Mi código aparecía junto a otros seis. Los reconocí por las fechas y las sesiones registradas. Nora, Teresa, Esteban, Samuel, Darío y Julia. Sus carpetas podían estar en el mismo armario móvil.

Introduje el código de Nora en el pequeño teclado lateral. Un indicador se encendió sobre una de las secciones. Desplacé el archivador y encontré la carpeta.

No debía abrirla. La promesa de no utilizar información privada había aparecido varias veces en nuestras conversaciones, y Nora había dejado claro que su historia no me pertenecía. Sin embargo, el documento no contenía solo su tratamiento. Contenía la razón por la que había sido colocada frente a mí, los criterios que utilizaron para elegirla y las sesiones anteriores que ambos recordábamos de manera distinta.

Abrí por la sección marcada como «Programa de reconstrucción escénica».

El título no era mío. Figuraba impreso con el logotipo de Santa Elvira y una descripción clínica: uso controlado de dramatización, exposición narrativa y psicodrama para facilitar el acceso a recuerdos traumáticos. Debajo aparecía una lista de objetivos para cada participante. Teresa trabajaría la necesidad de aprobación y el miedo al juicio. Esteban, el aislamiento y la dificultad para pedir ayuda. Samuel, la oposición a figuras de autoridad. Darío, la desconexión y la atención sostenida. Julia, la dependencia y la regulación de ansiedad. Nora tenía varias líneas subrayadas:

«Exposición a mirada externa sin pérdida de agencia».

«Reconocimiento y comunicación de límites».

«Riesgo elevado de vinculación ambivalente con Víctor A. por dinámica previa de idealización, desafío y búsqueda de validación».

Dinámica previa.

La selección no había precedido a nuestro encuentro. Nora ya había trabajado conmigo antes de la supuesta primera sesión. El

equipo conocía el patrón y, aun así, la devolvió a la sala, convencido de que la supervisión podría controlar algo que llevaba meses repitiéndose.

Pasé la página. Encontré registros de siete sesiones anteriores con Nora. En la primera, yo había pedido que se sentara frente al escenario y leyera frases de Nadia. En la segunda, la llamé por su nombre correctamente durante veinte minutos y después empecé a corregir su postura hasta acercarla a una fotografía. En la tercera, organicé un ejercicio respiratorio que Mauro interrumpió. En la cuarta, Nora entregó la hoja de los dos golpes. En la quinta, yo esperé cinco segundos después de la señal. En la sexta, ella abandonó el programa. Regresó semanas después porque, según el informe, «deseaba concluir la experiencia sin sentirse expulsada por su propia reacción». La séptima terminó cuando la llamé Nadia y le pedí que recordara una habitación que nunca había visto.

La secuencia reciente no era una repetición casual. Había sido una nueva versión de algo que todos conocían salvo yo.

En otra sección aparecían transcripciones de frases pronunciadas por Nora. Reconocí algunas: «No vuelva a decirme lo que siento antes de que pueda sentirlo». «No soy ella». «Siempre consigue que marcharme parezca una forma de volver». Debajo, una observación de la doctora señalaba que Nora había empezado a utilizar el lenguaje de Nadia porque los fragmentos se habían repetido en el programa y porque yo reforzaba cualquier coincidencia.

Las frases no habían aparecido espontáneamente. Habían sido introducidas, corregidas y devueltas hasta que ya no resultaba posible distinguir cuáles pertenecían a Nadia, cuáles a Nora y cuáles a mi recuerdo.

Sentí una mezcla de alivio y traición. La primera frase de la sala, aquella que me hizo creer que había encontrado a mi actriz, estaba escrita en el material previo. Nora la conocía. El equipo sabía que podía pronunciarla. No era una señal surgida de un lugar misterioso ni la prueba de que algo de Nadia persistía en ella. Habían construido la coincidencia y después observado cómo yo la interpretaba.

Aun así, Nora no había sido informada de todo. En varios registros constaba que desconocía el carácter privado de ciertas frases y que había pedido dejar de utilizarlas. La doctora autorizó continuar con versiones modificadas porque mi reacción permitía acceder a recuerdos que de otro modo se interrumpían.

La habían utilizado.

El reconocimiento no me absolvía. Yo había hecho algo semejante, quizá peor: detectar la vulnerabilidad, ofrecerle un lugar especial y convertir cada límite en material. Sin embargo, ellos lo habían hecho en nombre del tratamiento y con informes que distribuían la responsabilidad entre un equipo.

Guardé las páginas dentro de la carpeta y busqué el expediente de Teresa. No leí su historia completa. Fui directamente al apartado del programa. También ella había participado en sesiones anteriores. Lo mismo Esteban, Samuel y Darío. Julia era la única incorporada recientemente, aunque había asistido a talleres donde se hablaba de mi reconstrucción antes de conocerme. Ninguno había sido seleccionado como actor. Sus dificultades, sus diagnósticos y los objetivos terapéuticos eran el verdadero reparto.

Cada persona ocupaba una función porque el equipo había previsto cómo reaccionaría frente a mí.

Teresa ofrecería aprobación y luego aprendería a retirarla. Samuel actuaría como resistencia. Esteban mostraría una vulnerabilidad madura que yo no pudiera confundir con fragilidad. Julia permitiría observar mi respuesta ante una persona dependiente. Nora era la figura central, elegida por la similitud de la dinámica, no por un parecido físico.

Habían diseñado una obra mientras insistían en que no existía.

Escuché un ruido en el corredor. Cerré el archivador y guardé las carpetas, aunque dejé la mía sobre la mesa. La puerta se abrió.

Nora entró.

Llevaba ropa de calle, una mochila colgada de un hombro y la tarjeta de identificación en la mano. Se detuvo al verme junto a los armarios. No pareció sorprendida de encontrarme allí; parecía cansada de que cualquier intento de alejarse terminara colocándonos otra vez dentro del mismo espacio.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Buscando mis notas.

Miró la carpeta abierta sobre la mesa, después el armario donde acababa de guardar la suya.

—Ha leído mi expediente.

No era una pregunta.

—La parte del programa.

—Es mi expediente.

—Necesitaba saber por qué te eligieron.

—No me eligieron para usted.

—Eso dicen los informes.

Nora dejó la mochila en el suelo. Su presencia en el archivo podía significar que se marchaba de Santa Elvira o que había acudido a recoger documentación antes de un traslado. La ropa, la mochila y la ausencia de acompañante sugerían una salida próxima.

—¿Te vas? —pregunté.

—No le importa.

—Sí.

—No de la manera que cree.

—¿Qué manera?

—La de un director al que le retiran una actriz antes de terminar.

La precisión de la frase indicaba que había hablado con la doctora o que ya conocía demasiado bien la estructura de mis preguntas.

—No eres actriz —dije.

Nora soltó una risa breve.

—Ha tardado.

—Nunca lo fuiste dentro del programa.

—Tampoco fuera.

—Has actuado.

—Todos actuamos, según usted. Eso no me convierte en parte de una obra.

—Te dieron textos, escenas y objetivos.

—Eran actividades.

—Te seleccionaron por la relación que podían construir entre nosotros.

—Me preguntaron si quería participar.

—Sin explicarte todo.

—Eso lo sé ahora.

La respuesta contenía una herida que no había visto en la sala. Nora también se sentía utilizada por el equipo, pero se negaba a convertir esa traición compartida en una alianza conmigo.

—La frase del primer día estaba en los materiales —dije.

—Sí.

—Sabías lo que produciría.

—No.

—Sabías que era de Nadia.

—Sabía que la había dicho en una audición. No sabía que usted iba a mirarme como si acabara de aparecer un fantasma.

Nora recogió la mochila y caminó hacia la mesa. Cerró mi carpeta.

—No tienes derecho a tocar eso.

—Usted tampoco tenía derecho a leer lo mío.

—Es mi expediente.

—Y esa es mi vida.

La distinción era justa. Un documento podía llevar mi nombre y contener, aun así, las observaciones, temores y decisiones de otras personas. Yo había reclamado durante meses que las notas de Nadia me pertenecían porque estaban dirigidas a mí, sin reconocer que precisamente por eso podían necesitar protección.

—¿Te explicaron que ya habíamos trabajado juntos? —pregunté.

—Sí.

—¿Y aceptaste volver a fingir que era la primera vez?

—No fingí.

—No me dijiste nada.

—Se lo dije varias veces. Usted respondía que me habían obligado a repetir una versión.

—Podías haber insistido.

Nora me miró con incredulidad.

—¿Más?

La pregunta detuvo la defensa antes de que pudiera formularla. Nora había insistido. En el corredor, en la sala, durante la lectura y

después de la crisis. Cada vez que explicó que aquello ya había ocurrido, yo convertí su recuerdo en una prueba de manipulación.

—¿Por qué volviste? —pregunté.

—Porque la doctora pensó que podía ayudarme a terminar algo.

—¿Y tú?

—Pensé que esta vez iba a reconocerme.

—Te reconocí.

—No. Reconoció lo que necesitaba ver.

Nora abrió el cajón de la mesa y sacó un sobre grande con su nombre. Debía de haber acudido al archivo para recoger copias de informes, una autorización de salida o documentos de traslado.

—¿Te marchas hoy? —insistí.

—Me trasladan a una residencia supervisada.

—¿Fuera de Santa Elvira?

—Sí.

—¿Por lo ocurrido en la sala?

—No. Estaba previsto desde antes.

—No me lo dijiste.

—No tenía que hacerlo.

La posibilidad de que Nora desapareciera del edificio resultaba más definitiva que la prohibición de verla. Hasta entonces había interpretado su ausencia como una medida temporal, una separación dentro de un espacio donde todo terminaba regresando. Fuera de Santa Elvira, ya no habría corredor, taller ni sesión donde nuestras trayectorias pudieran cruzarse.

—Quiero hablar contigo antes de que te vayas —dije.

—Estamos hablando.

—No aquí.

—Aquí hay cámaras.

Miré hacia la esquina. Una pequeña luz verde parpadeaba bajo el dispositivo. Había estado encendida. El equipo sabía que yo estaba dentro desde que abrí la puerta, o al menos podía verlo ahora. Quizá esperaban a que Mauro llegara. Quizá la presencia de Nora no era casual.

—¿Te han enviado? —pregunté.

Su rostro se endureció.

—He venido a recoger mis documentos.

—Sabían que estaba aquí.

—Yo no.

—La cámara—

—No todo gira alrededor de usted.

La frase resonó con la voz de la doctora. Nora guardó el sobre en la mochila.

—He leído que te utilizaron —dije.

—También he leído lo que hizo usted.

—No es lo mismo.

—Claro.

—Ellos diseñaron las sesiones sabiendo qué podía ocurrir.

—Usted también.

—Yo no conocía tu diagnóstico.

—No necesitaba conocerlo. Le bastó verme.

La capacidad que había considerado una virtud se convertía otra vez en acusación. Leer a alguien con rapidez no permitía comprenderlo; permitía encontrar el lugar desde donde podía ser movido.

—¿Qué querías que ocurriera cuando volviste al programa? —pregunté.

Nora tardó en responder.

—Que me mirara y supiera que ya habíamos estado allí.

—Lo intenté.

—No. Me preguntó mi nombre.

—No lo recordaba.

—Después lo convirtió en una audición.

—¿Qué debía hacer?

—Decir que no se acordaba.

La respuesta parecía sencilla, pero admitirse incapaz de reconocerla habría destruido la autoridad necesaria para dirigir el grupo. Comprendí al pensarlo que esa era precisamente la razón por la que no lo hice.

—¿Y después? —pregunté.

—Después quería que no me llamara Nadia.

—No lo hice durante las últimas sesiones.

—Lo hizo cuando creyó que nadie lo oía. En la sala, en su habitación, en el corredor.

—No lo recuerdo.

—Ya lo sé.

Nora pronunció la frase sin compasión. No me reprochaba la falta de memoria, sino aquello que hacía con ella: convertirla en permiso para repetir.

—Los textos me confundieron —dije.

—Los textos no me cambiaron la cara.

—No he dicho eso.

—Cuando leía una frase de Nadia, usted dejaba de verme. No importaba cómo la dijera. Corregía mi postura, mi respiración y hasta la forma de colocar las manos porque buscaba algo que ya había decidido que estaba allí.

—No quería convertirte en ella.

—Quería que una parte se pareciera lo suficiente para recordar.

—Eso era el objetivo del programa.

—Entonces no diga que solo ellos me utilizaron.

La puerta del archivo se abrió. Mauro entró acompañado por la doctora y dos trabajadores. No había prisa en sus movimientos; la cámara les había permitido observar que ninguno estaba en peligro inmediato. Mauro miró la tarjeta sobre la mesa, los armarios y mi carpeta abierta.

—Apártate de Nora —dijo.

Estábamos separados por más de un metro.

—No la estoy tocando.

—He dicho que te apartes.

Retrocedí. Nora no necesitaba que él interviniera, pero tampoco protestó. Había elegido terminar la conversación con testigos.

La doctora se acercó a la mesa.

—¿Qué has leído?

—Mi expediente y los apartados del programa.

—¿También historiales personales?

—No.

Nora la miró.

—Leyó el mío.

—La parte relacionada con las sesiones —aclaré.

—Sigue siendo mío.

La doctora cerró su carpeta y la guardó en el armario. No intentó justificar la selección del grupo.

—Vamos a salir —dijo.

—No hasta que me devuelvan mis notas.

—Las revisarás en sesión.

—Ahora sé cuántas veces hemos empezado. Sé que Nora conocía los textos, que todos habían participado antes y que diseñaron un reparto alrededor de sus diagnósticos.

—No era un reparto.

—Cada uno tenía una función prevista.

—Un objetivo terapéutico.

—La diferencia depende del nombre.

—No. Depende de para quién existía la actividad.

—Para ustedes, para mí, para ellos. Nada existe para una sola persona dentro de una sala.

La doctora mantuvo la voz baja.

—Teresa no estaba allí para interpretar a una mujer que necesitaba agradar. Estaba allí para aprender a reconocer esa conducta. Samuel no era tu antagonista. Estaba trabajando su relación con la autoridad. Nora no era una sustituta de Nadia. Estaba intentando defender sus límites frente a alguien que ya había demostrado no respetarlos.

—Y todos esos objetivos producían exactamente la dinámica que necesitaban observar en mí.

—Sí.

La admisión dejó un silencio incómodo.

—Entonces me tendieron una trampa.

—Construimos una situación controlada para que pudieras reconocer un patrón.

—Utilizando personas reales.

—Con su consentimiento.

Nora soltó una risa sin humor.

—No con todo —dijo.

La doctora la miró. Durante unos segundos, la alianza clínica se quebró.

—Tienes razón —respondió—. Hubo información que no compartimos y decisiones que revisaremos contigo.

—Después de que me vaya.

—También fuera de Santa Elvira.

Nora no parecía convencida.

—¿Sabías que algunas frases eran privadas? —pregunté a la doctora.

—Sabía que procedían de materiales entregados por la familia.

—No le pregunté eso.

La mujer no respondió. Habían utilizado palabras de Nadia sin explicar a Nora el contexto, del mismo modo que yo había utilizado sus reacciones sin conocer la historia que las producía. La diferencia moral que todos intentaban trazar empezaba a volverse menos limpia, aunque eso no eliminaba lo que había hecho.

—Quiero la carpeta de la reconstrucción —dije.

—No.

—Contiene textos míos.

—También información de otros pacientes.

—Retiren esa parte.

—No ahora.

—Siempre después.

Mauro se acercó.

—Tenemos que volver a la planta.

—No.

Los dos trabajadores modificaron la postura. No avanzaron, pero la posibilidad de que lo hicieran se volvió visible.

—No pienso resistirme —dije—. Quiero una respuesta.

—La tendrás con la doctora —contestó Mauro.

—Tú también sabías que el grupo ya había trabajado conmigo.

—Sí.

—Y te presentaste como si fuera la primera vez.

—No me presenté. Tú dijiste que era tu regidor.

—Podías haberme corregido.

—Lo hicimos.

—No al principio.

—Porque la primera vez que intentamos corregirte, abandonaste la sala y no volviste durante semanas.

Nora observaba la conversación, aunque la mochila indicaba que ya estaba fuera de ella. Mauro continuó:

—La doctora decidió trabajar dentro de la estructura que aceptabas. Yo debía mantenerte seguro y detener las sesiones cuando cruzaras un límite.

—No lo conseguiste.

La acusación le dolió. Apareció en la forma en que apretó las manos, no en su rostro.

—No —respondió—. No siempre.

—Entonces el programa fracasó.

—Tú no eres un espectáculo que deba terminar bien.

—Todo proceso necesita un criterio de resultado.

—El resultado era que recordaras.

—He recordado.

—Una parte.

—La esencial.

La doctora negó con la cabeza.

—Has recordado que viste la señal. Todavía no has aceptado qué hiciste después.

—Esperé.

—Sabes la duración. No la decisión.

—No puede separar ambas cosas.

—Llevas diecisiete meses haciéndolo.

La conversación había llegado otra vez a los nueve segundos. El archivo, el grupo y las frases prestadas podían ofrecer una conspiración suficientemente compleja para distraerme, pero ellos no permitirían que sustituyera el núcleo.

Nora se colocó la mochila.

—Tengo que irme.

La doctora asintió y pidió a uno de los trabajadores que la acompañara. Ella negó con la cabeza.

—Puedo salir sola.

—No después de esto.

—No ha pasado nada.

—Víctor ha accedido a tu expediente.

—Eso ya ha pasado. Que alguien camine conmigo no lo cambia.

Nora se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a mí, no se detuvo.

—No eres ella —dije.

La frase salió demasiado tarde y sonó menos como un reconocimiento que como una concesión final.

Nora giró la cabeza.

—Eso ya lo sabía.

—Yo también.

—No.

La respuesta no fue cruel. Simplemente rechazaba que pudiera apropiarme incluso del momento en que por fin la separaba de Nadia.

—¿Qué necesitas que diga? —pregunté.

—Nada.

—Quiero que te marches sabiendo que comprendo—

—No quiero marcharme dentro de una frase suya.

Nora cruzó la puerta acompañada por el trabajador. La vi alejarse por el pasillo acristalado hasta que la mochila y la chaqueta oscura desaparecieron detrás de una esquina. No volvió la cabeza.

La doctora pidió a los demás que nos dejaran unos minutos. Mauro se negó al principio, pero ella insistió. Los dos trabajadores salieron; él permaneció junto a la puerta abierta.

—No debiste leer los expedientes —dijo la mujer.

—No debieron esconder que llevábamos meses trabajando.

—No lo escondimos. No podías mantener la información sin reorganizarla.

—Ese argumento permite decidir cualquier cosa por mí.

—El ingreso permite limitar el acceso a información clínica cuando puede aumentar el riesgo.

—Mi propia historia.

—También la de los demás.

Miré mi carpeta sobre la mesa. La fotografía del ingreso seguía visible en la primera página. El hombre de la imagen parecía un

actor al que hubieran pedido interpretar mi derrumbe sin explicarle cómo sostener la dignidad.

—¿Quién decidió que la producción era un delirio? —pregunté.

—No existe una producción.

—Existe el programa.

—No como tú lo describes.

—Me dieron una sala, un grupo, textos y una cámara.

—Porque era la única estructura dentro de la que aceptabas reconstruir la muerte de Nadia.

—Entonces construyeron una obra para demostrar que la obra no existía.

—Construimos un dispositivo terapéutico.

—Otra palabra.

La doctora cerró mi expediente, pero antes de hacerlo vi una hoja donde se repetía la misma frase varias veces: «Paciente insiste en que Santa Elvira es un centro de creación y que el alta dependerá del estreno». No recordaba haber hablado de un estreno. Quizá pertenecía a una fase anterior, cuando la ficción estaba más completa y la sala todavía tenía público imaginado.

—¿Cuántas versiones hubo? —pregunté.

—¿De qué?

—De la obra.

La mujer comprendió.

—Muchas.

—¿Siempre Nadia era el centro?

—Sí.

—¿Siempre había un reparto?

—No. Al principio hablabas de una actriz que debía encontrar. Después empezaste a asignar papeles a otros pacientes.

—¿Nora fue la primera?

—No.

La respuesta abrió una zona nueva.

—¿Quién?

—No vamos a hablar de otras personas ahora.

—¿También las llamé Nadia?

—A algunas.

—¿Y qué ocurrió?

—La mayoría dejó el programa. Una tuvo que ser trasladada después de una sesión.

Mauro bajó la vista. Había más heridas en la historia de Santa Elvira que las relacionadas con Nora.

—¿Por qué continuaron? —pregunté.

—Porque durante los periodos en que trabajabas dentro de una estructura escénica conseguías acceder a recuerdos que negabas en entrevistas convencionales.

—Entonces funcionaba.

—Y hacía daño.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

—Sí.

La concesión me sorprendió porque era la frase que yo había utilizado con Nora para justificar el ejercicio respiratorio. La doctora no negó la eficacia. Negaba que un resultado pudiera justificar cualquier método.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora trabajaremos sin grupo y sin improvisaciones. Verás registros, leerás mensajes y reconstruirás la cronología con Mauro y conmigo.

—Una producción con menos actores.

—No.

—¿Cuándo dejará de importarle cómo lo llamo?

—Cuando el nombre no determine qué crees que puedes hacer con las personas.

Mauro se acercó.

—Tenemos que irnos.

Cogí mi expediente. Él extendió la mano.

—Déjalo.

—Es mío.

—No puedes sacarlo.

—Quiero la fotografía.

—No.

La palabra provocó una reacción desproporcionada. Sujeté la carpeta con más fuerza. Mauro no tiró; esperó, sabiendo que los

trabajadores podían regresar si la discusión se convertía en forcejeo.

—No voy a huir con un expediente —dije.

—No se trata de eso.

—Quiero ver quién era cuando llegué.

—Lo veremos juntos.

—No necesito supervisión para mirar mi propia cara.

—Ahora sí.

La doctora se acercó y retiró la fotografía de la funda. La sostuvo frente a mí unos segundos. El hombre llevaba una pulsera blanca con letras negras. Acerqué la imagen. En la pulsera aparecía el nombre completo de Santa Elvira y un número.

Miré mi muñeca.

La pulsera seguía allí.

La había visto cada día, pero la llamaba acreditación. Había aceptado su presencia como parte del programa, del acceso a las salas y de las normas de seguridad. Nunca me había detenido a leer toda la inscripción porque la parte interior quedaba girada contra la piel.

La roté.

SANTA ELVIRA — UNIDAD DE HOSPITALIZACIÓN.

Debajo aparecían mi nombre y el mismo número del expediente.

Durante unos segundos, el archivo perdió profundidad. No era una revelación completa. Nora ya me había mostrado la placa, la doctora había hablado de ingreso y Mauro se había definido como enfermero. Sin embargo, la pulsera había acompañado cada versión sin cambiar. No era un cartel que pudiera cubrirse, una función que otro corrigiera ni un documento guardado en un armario. Estaba unida a mi cuerpo desde antes de la primera sala, la primera reunión y el supuesto regreso al trabajo.

Introduje un dedo bajo el plástico.

—No —dijo Mauro.

Tiré.

La pulsera resistió. Estaba diseñada para no romperse con facilidad. Mauro intentó acercarse, pero levanté la mano y él se detuvo. Volví a tirar hasta que el borde cortó la piel y el cierre cedió con un sonido seco.

La dejé sobre la fotografía.

Una línea roja rodeaba mi muñeca. No era profunda, aunque la doctora pidió a Mauro que la revisara. Aparté el brazo.

—No la necesito —dije.

—No cambia dónde estás —respondió ella.

—Cambia lo que acepto llevar.

—La pulsera no creó el ingreso.

—Tampoco lo demuestra.

La doctora miró el plástico roto sobre la mesa.

—No. Lo demuestra todo lo demás.

Mauro me acompañó fuera del archivo. Esta vez no discutí la dirección. Atravesamos el pasillo acristalado, el patio y las puertas que separaban cada zona. Los trabajadores nos observaban al pasar, ya alertados por la alarma del comedor y por mi acceso al archivo. Nadie parecía parte de una compañía. No había técnicos, asistentes, actores ni productores desplazándose entre ensayos. Había enfermeros, auxiliares, médicos y pacientes que conocían sus recorridos dentro de una institución.

Aun así, cuando llegamos a la sala cerrada, vi a través del cristal las sillas apiladas, el escenario y la cabina. El espacio existía. Las frases se habían pronunciado. Nora había subido, leído, respirado, golpeado y esperado mi reacción. Ningún diagnóstico podía borrar lo que habíamos hecho allí.

Mauro siguió caminando, pero yo permanecí frente a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El reparto se ha marchado.

—Nunca hubo un reparto.

Miré las sillas vacías.

—Eso no significa que no les dierais papeles.

Mauro no respondió. Esperó a que reanudara la marcha y me acompañó hasta la habitación. Cuando cerró la puerta, la muñeca empezó a escocer donde la pulsera había cortado la piel.

Por primera vez desde que había llegado —o desde que creía haber llegado—, no llevaba ninguna palabra que explicara quién era dentro de Santa Elvira.

La ausencia pesaba más que el plástico.

Capítulo 11

Mauro

Una función puede soportar que falle un actor, que una luz se apague antes de tiempo e incluso que una parte del decorado se derrumbe delante del público. Lo que no puede permitirse es que alguien abandone la función que le ha sido asignada y continúe ocupando el mismo espacio con otro nombre. El error técnico se corrige; la deserción de un papel modifica retrospectivamente todo lo que ha ocurrido. Si el hombre que controlaba las puertas no era el regidor, entonces las puertas nunca habían pertenecido a un teatro. Si la persona que distribuía los comprimidos no cumplía una rutina provisional para mantenerme en condiciones de trabajar, la medicación no era una concesión entre ensayos. Y si Mauro llevaba meses entrando en mi habitación, acompañándome por los pasillos y deteniendo las sesiones, su presencia debía de haber empezado mucho antes de aquella mañana en que fingió abrir por primera vez la sala vacía.

No dormí después de regresar del archivo. La muñeca continuaba marcada por la pulsera, y el corte superficial producía un escozor que aumentaba cada vez que doblaba la mano. Mauro había limpiado la herida en silencio, utilizando una gasa y un líquido transparente que guardaba en el carro de la planta, mientras yo observaba la destreza con que retiraba la sangre sin hacer preguntas. No era la forma en que un regidor trata un accidente menor. Tampoco era la primera vez que me curaba. Reconocí el orden de los objetos, la presión exacta de sus dedos y la manera de advertirme que el antiséptico estaría frío antes de tocar la piel. El cuerpo recordó la rutina antes que yo.

Después dejó una pulsera nueva sobre la mesa.

—No voy a ponérmela —dije.

—Lo sé.

—Entonces retírala.

—Tiene que permanecer aquí.

—¿Como amenaza?

—Como opción.

—No necesito una opción para volver a llevar algo que me he quitado.

Mauro cerró el envase de las gasas y guardó el material. No insistió, aunque escribió la hora en una hoja sujeta a la carpeta. Había dejado de ocultar que cada encuentro terminaba convertido en un registro. Durante los primeros días, o durante la versión de esos días que yo recordaba, tomaba notas como si controlara tiempos, entradas y reacciones de los participantes. Ahora veía que había anotado el estado de la herida, la medicación, mi orientación y cualquier conducta que pudiera modificar el plan de la noche.

—La doctora quiere que descanses —dijo.

—La doctora quiere que deje de preguntar hasta que sus respuestas vuelvan a parecer revelaciones.

—Has entrado en un archivo restringido, leído información privada y te has hecho daño al arrancarte una identificación.

—La identificación no me hizo daño hasta que intentó impedir que la retirara.

—Eso no cambia lo ocurrido.

—Nunca cambia nada cuando la frase anterior les sirve.

Mauro colocó el estuche blanco junto al vaso. Había cuatro comprimidos, uno más que en las noches anteriores.

—No pienso tomar el azul.

—La pauta ha cambiado.

—La pauta cambia cada vez que recuerdo algo que no podéis controlar.

—La pauta cambia cuando llevas dos noches sin dormir, oyes golpes que nadie más oye y organizas una fuga aprovechando una emergencia de otro paciente.

—No fue una fuga. Fui al archivo y regresé acompañado.

—Porque te encontramos.

—No estaba intentando salir del edificio.

—No todas las fugas conducen fuera.

La frase podía pertenecer a la doctora. Mauro la pronunció con demasiada precisión para que surgiera en aquel momento, aunque

quizá llevaba meses escuchando las mismas explicaciones y había terminado por construir un vocabulario propio. Cogí el comprimido azul y lo dejé aparte.

—Los otros tres —dije.

—No voy a negociar la medicación.

—Lo haces cada vez que esperas a que la tome.

—Eso no es una negociación.

—Podrías obligarme.

Mauro permaneció inmóvil. La posibilidad no era abstracta; Santa Elvira disponía de medios para administrar medicación contra la voluntad de una persona si consideraba que existía un riesgo. Yo no recordaba que lo hubieran hecho, aunque la rapidez con que apareció una imagen —varias manos, una inyección, el techo desplazándose mientras me llevaban por un corredor— sugería que quizá ya había ocurrido.

—No quiero obligarte —respondió.

—Pero puedes.

—Sí.

La honestidad eliminó el desafío que yo había preparado. Tomé los cuatro comprimidos y bebí el agua. Mauro no observó mi garganta. Esperó a que dejara el vaso y recogió el estuche.

—La puerta permanecerá abierta —dijo—. Habrá alguien en el corredor.

—Para protegerme.

—Sí.

—¿De qué?

—Ahora mismo, de ti.

No había crueldad en la respuesta, solo una fatiga que volvía inútil cualquier provocación. Mauro salió. La pulsera nueva quedó sobre la mesa, cerrada sobre sí misma como un pequeño aro blanco. No la toqué.

La medicación no consiguió dormirme de inmediato. Me tumbé vestido, observando la franja de luz del corredor, mientras los ruidos de la planta se organizaban alrededor de la vigilancia. Cada cierto tiempo pasaba una trabajadora, se detenía lo suficiente para comprobar que continuara en la cama y seguía caminando. No fingía

que la ronda obedeciera a otra cosa. El edificio había abandonado su interpretación y empezaba a mostrarme el mecanismo desnudo.

Intenté reconstruir a Mauro fuera de la función que le había atribuido. La primera imagen no era la puerta de la sala, sino una habitación distinta, quizá aquella misma antes de que yo decidiera llamarla camerino. Él estaba sentado junto a la cama, leyendo un libro pequeño mientras yo hablaba con alguien situado cerca de la ventana. No veía a esa persona, pero recordaba haber exigido a Mauro que saliera porque Nadia no quería hablar delante de extraños. Él respondió que no había nadie junto a la ventana. La discusión terminó cuando lancé un vaso contra la pared.

Otra escena apareció después. Mauro me acompañaba al comedor y yo insistía en que debíamos llegar antes que los actores para observar cómo entraban. Él me explicaba que no habría ensayo, que era domingo y que la sala estaba cerrada. Debí de interpretar su negativa como una disputa de horarios. Durante semanas, quizá meses, había convertido cada límite hospitalario en un problema de producción porque esa era la única estructura dentro de la que aceptaba obedecerlo.

La siguiente imagen resultó más antigua. Mauro sujetaba una bolsa con mi ropa en el vestíbulo de Santa Elvira. Yo llevaba el abrigo abierto y preguntaba dónde estaba la salida de artistas. Había dos hombres detrás, uno de ellos quizá un familiar, aunque el rostro no permaneció. Mauro se presentó con su nombre y dijo que sería uno de los enfermeros de referencia durante el ingreso. Recordaba haberle preguntado si tenía experiencia en teatro. Él respondió que no.

No era la primera vez que me lo decía.

La memoria avanzaba sin orden, ofreciendo escenas cuya fecha no podía establecer. En una, Mauro retiraba unas sábanas mojadas porque yo había derramado una jarra sobre la cama y después permanecido observando el agua mientras repetía el nombre de Nadia. En otra, me encontraba en la sala polivalente, rodeado por sillas vacías, y lo llamaba regidor por primera vez. Mauro intentó corregirme. Yo le expliqué que alguien debía controlar las entradas y que su incapacidad para comprender su función no eliminaba la

necesidad de desempeñarla. La doctora, situada cerca de la cabina, le pidió que no discutiera el término mientras yo aceptara continuar.

Habían cedido una palabra y yo había construido un mundo alrededor de ella.

Me levanté. La trabajadora del corredor se acercó de inmediato.

—¿Necesitas algo?

—Hablar con Mauro.

—Ha terminado su turno.

—Acaba de estar aquí.

—Se marchó hace veinte minutos.

El tiempo se había comprimido. Creía que apenas habían transcurrido unos segundos desde que cerró el estuche.

—¿Cuándo vuelve?

—Mañana.

—Quiero verlo ahora.

—Puedo avisar a la enfermera de guardia.

—No es lo mismo.

La mujer observó la habitación, la pulsera sobre la mesa y la ventana cerrada.

—¿Te encuentras mal?

—No.

—Entonces intenta dormir.

—No necesito que cada pregunta se convierta en un síntoma.

—No he dicho eso.

—Lo has pensado.

La frase salió con una facilidad desagradable. Era exactamente lo que Nora me había reprochado: decidir el pensamiento de otro antes de que pudiera expresarlo. La trabajadora no respondió. Esperó hasta que regresé a la cama y se sentó otra vez al fondo del corredor.

Dormí poco antes del amanecer. Cuando abrí los ojos, Mauro estaba dentro, colocando una bandeja sobre la mesa. Llevaba una camisa azul oscura, pantalón sanitario y una tarjeta donde su nombre aparecía seguido por la palabra enfermero. No había intentado vestirse de manera distinta los días anteriores. Yo había ignorado lo que tenía delante.

—Quiero hablar contigo —dije.

—Primero desayuna.

—Ahora.

Mauro miró la bandeja. Había café, tostadas, fruta y la medicación de la mañana.

—La doctora te verá a las diez.

—No quiero hablar con ella.

—Aun así, te verá.

—No voy a entrar en otra entrevista donde cada respuesta termina archivada.

—Esta conversación también quedará registrada.

La claridad me irritó.

—Entonces siéntate y toma notas.

Mauro acercó una silla. No sacó la carpeta, aunque la dejó sobre la mesa, visible. Se sentó frente a mí.

—¿Qué quieres saber?

—Cuándo nos conocimos.

—El día de tu ingreso.

—Fecha.

La dijo. Coincidía con el expediente: siete semanas después de la muerte de Nadia.

—¿Me presentaste la sala ese día?

—No. La viste unas dos semanas después.

—¿Por qué?

—Habías empezado a negarte a salir de la habitación. La doctora buscaba actividades que pudieras tolerar sin sentir que estabas abandonando a Nadia. Durante una conversación mencionaste que necesitabas una sala para terminar el trabajo.

—¿Y me la disteis?

—Te enseñamos el espacio polivalente.

—Con escenario.

—Una tarima.

—Focos.

—Se utiliza para talleres.

—Cabina.

—Observación.

Cada palabra retiraba una capa sin modificar el objeto. La tarima seguía siendo un escenario si alguien actuaba sobre ella. Los focos podían iluminar una representación aunque hubiesen sido instalados para otras actividades. La diferencia no estaba en el espacio, sino en aquello que yo había necesitado creer al entrar.

—¿Cuándo te llamé regidor?

Mauro pensó unos segundos.

—La primera vez que accediste a trabajar con la doctora dentro de la sala. Yo tenía las llaves y controlaba el tiempo. Dijiste que cualquier hombre que dominara ambas cosas era un regidor, aunque no lo supiera.

La frase parecía mía. Incluso recordaba la satisfacción con que la había pronunciado.

—¿Me corregiste?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Muchas.

—¿Y después dejaste de hacerlo?

—Durante un tiempo.

—¿Por qué?

—Porque cuando te decía que era enfermero, dejabas de hablar conmigo, intentabas salir o asegurabas que la producción había enviado a alguien para vigilarte. Cuando aceptaba la palabra regidor, tomabas la medicación, entrabas en la sala y permitías que interrumpiera algunas actividades.

—Algunas.

—Sí.

—No todas.

Mauro sostuvo mi mirada.

—No.

El reconocimiento de su fracaso aparecía otra vez sin defensa. No intentaba presentar el programa como un sistema impecable ni atribuir cada daño a mi resistencia.

—¿La doctora te pidió que interpretaras ese papel? —pregunté.

—No exactamente.

—No vuelvas a utilizar esa respuesta.

—Me pidió que no discutiera una denominación si hacerlo aumentaba el riesgo y que mantuviera claras mis funciones reales. Yo debía controlar la seguridad, la medicación, los tiempos y las salidas. Tú llamabas a eso regiduría.

—Porque lo es.

—No.

La negativa llegó sin cansancio. Era la primera vez que Mauro parecía decidido a no permitir una zona intermedia.

—Un regidor protege una función —continuó—. Yo te protegía a ti y a las personas que entraban contigo.

—¿Incluso cuando eso destruía el trabajo?

—No existía un trabajo que valiera más que ellos.

—Esa es una valoración.

—Sí.

La respuesta impedía esconder la diferencia dentro del vocabulario. Mauro no afirmaba una neutralidad superior. Había elegido qué debía proteger y aceptaba que aquella elección chocara con la mía.

—¿Cuántas veces organizamos sesiones? —pregunté.

—No lo sé con exactitud.

—Tienes registros.

—Muchas no llegaron a registrarse como sesiones porque empezabas a dirigir durante una actividad común, en el comedor o incluso en el pasillo. Las estructuradas fueron más de veinte.

—¿Con grupos distintos?

—Sí.

—¿Y Nora?

—Participó en siete antes de esta última etapa.

—Ya lo leí.

—Entonces no necesitabas preguntarlo.

—Necesitaba oírtelo decir.

Mauro se inclinó hacia atrás. Su expresión mostraba una paciencia menos profesional, como si empezara a comprender que yo no buscaba solo información, sino la posibilidad de detectar una diferencia entre lo escrito y su voz.

—¿Por qué permitió la doctora que Nora regresara? —pregunté.

—Porque ella lo pidió y porque pensamos que, con límites más claros, ambos podíais cerrar algo.

—Pensamos.

—Sí. Yo estuve de acuerdo.

—¿Aunque ya había esperado cinco segundos después de su señal?

Mauro miró la carpeta.

—Creí que aquella vez lo habías entendido.

—¿Por qué?

—Porque después de la sesión te quedaste conmigo durante horas. No intentaste justificarlo al principio. Dijiste que la habías visto y que algo en su cara te había recordado a Nadia. También dijiste que no querías volver a hacerlo.

—¿Y después?

—Al día siguiente empezaste a afirmar que Nora había golpeado para comprobarte, que cinco segundos no podían considerarse una demora real y que la doctora había exagerado el incidente para apartarte del grupo.

La progresión coincidía con lo ocurrido ahora. Primero aparecía una certeza, después el descanso y, finalmente, una estructura que permitía discutirla.

—¿Por qué no me recordaste aquella promesa antes de las nuevas sesiones?

—Lo hice.

—No lo recuerdo.

—Precisamente.

—Podías haberme mostrado la grabación.

—La viste.

La respuesta me detuvo.

—¿La sesión con Nora está grabada?

—Sí.

—¿La he visto?

—Tres veces.

—¿Y qué dije?

—La primera, que no reconocías al hombre de la pantalla. La segunda, que el ángulo hacía parecer más larga la espera. La

tercera, que observar después de la señal podía formar parte del ejercicio porque Nora quería comprobar tu reacción.

—Entonces la grabación no cambió nada.

—Cambió algo durante unas horas.

—Eso no es suficiente.

—No.

Mauro miró el café. No había desayunado conmigo, aunque parecía necesitar una pausa antes de continuar.

—¿Qué esperabais conseguir al repetirlo? —pregunté.

—No queríamos repetir la conducta. Queríamos repetir el contexto con más protección para que pudieras responder de otra manera.

—Una representación correctiva.

—Llámalo como quieras.

—Ya no te importa.

—Me importa menos que antes.

—¿Por qué?

Mauro levantó la vista.

—Porque ayer entraste en el archivo, viste tu fotografía, leíste que llevas más de un año aquí y aun así sigues intentando demostrar que, si la estructura se parece a una obra, entonces quizá también seas director. No puedo seguir discutiendo todos los nombres como si el nombre fuese el problema.

—Lo es.

—No. El problema es lo que te autorizas a hacer después de pronunciarlo.

La frase pertenecía a la doctora, pero en Mauro no sonaba aprendida. Había llegado a ella por desgaste.

—¿Qué me autoricé a hacer contigo? —pregunté.

Él tardó en responder.

—A tratarme como si existiera únicamente para mantener tu función en marcha.

—Ese era el papel que aceptaste.

—No.

—Dejaste de corregirme.

—Dejé de discutir una palabra. No acepté que pudieras humillarme, ignorar mis indicaciones o utilizarme para presionar a otros pacientes.

—Nunca te he humillado.

Mauro sonrió, no por humor, sino por incredulidad.

—Me llamaste portero con aspiraciones el primer día que recuerdas. Antes me llamaste carcelero, tramoyista, criado y perro de la productora. Una vez dijiste que mi única virtud era saber cuándo una persona necesitaba ir al baño.

No recordaba aquellas frases. Podía reconocer la crueldad en su estructura, la manera de detectar una inseguridad y convertirla en observación elegante. En mi voz, quizá habían parecido ingeniosas. Repetidas por Mauro, solo mostraban el trabajo de degradar a alguien hasta que su autoridad pudiera ignorarse.

—No sabía quién eras —dije.

—Lo sabías algunas veces.

—¿Y aun así?

—Sí.

La ausencia de absolución me obligó a mirar la bandeja. El café se enfriaba. Mauro no pretendía que la falta de memoria eliminara lo que había sufrido durante los momentos de lucidez.

—¿Por qué seguiste? —pregunté.

—Era mi trabajo.

—Esa respuesta no basta.

—Lo sé.

Mauro cruzó los brazos, no para cerrarse, sino para impedir que las manos empezaran a expresar algo que no quería mostrar.

—Al principio seguí porque eras un paciente grave y porque creía que podíamos ayudarte. Después, cuando empezaste a utilizar la sala, vi que había momentos en que dejabas de hablar con Nadia y hablabas de ella. Parecía una diferencia pequeña, pero no lo era. Empezabas a reconocer que había muerto, que existía una grabación y que tú estabas allí. Después volvías a perderlo. Supongo que me quedé esperando que alguna vez la diferencia durara.

—¿También estabas interesado?

La palabra de Nora entró en la conversación.

—Sí.

Mauro no intentó protegerse.

—¿Curioso?

—A veces.

—Entonces no somos tan distintos.

—Claro que lo somos.

—Observabas para ver qué ocurriría después.

—Y te detenía cuando alguien pedía ayuda.

La distinción fue inmediata. La curiosidad no era el problema por sí sola, sino aquello que una persona estaba dispuesta a sacrificar para satisfacerla.

—No siempre me detuviste —dije.

—No.

—Nora dio la señal y esperaste cinco segundos.

—Tardé cinco segundos en llegar desde la puerta. Tú estabas a menos de un metro.

La cifra adquirió otra forma. En mis reconstrucciones, Mauro y yo compartíamos la demora. Él también había observado, también había permitido que el ejercicio continuara. Sin embargo, la distancia física y la necesidad de cruzar la sala explicaban su tiempo. El mío no contenía movimiento.

—¿Y Nadia? —pregunté—. ¿La conocías antes de mi ingreso?

—No.

—Has visto sus mensajes, las grabaciones y los informes.

—Sí.

—Entonces la conoces a través de una selección.

—Como todo el mundo que no fue tú.

—Yo tampoco la conocía completa.

—No.

La respuesta carecía de acusación. Nadia había conservado una parte fuera de mi mirada, y durante los últimos meses esa parte aparecía en mensajes dirigidos a Marina, notas privadas y decisiones que yo había interpretado como resistencias pasajeras.

—¿Qué opinas de ella? —pregunté.

Mauro miró la puerta abierta, quizá para comprobar que nadie necesitara intervenir.

—No me corresponde opinar.

—Eso nunca os impide hacerlo en los informes.

—Los informes describen lo que afecta al tratamiento.

—Te he preguntado a ti.

Mauro pensó unos segundos.

—Creo que durante mucho tiempo fue capaz de enfrentarse a ti y que eso te hizo respetarla. Después necesitó marcharse, y tú convertiste esa necesidad en una prueba de que había dejado de ser la actriz que admirabas.

—No sabes por qué quería marcharse.

—Lo dejó escrito.

—Una persona puede escribir desde el cansancio.

—Y también puede cansarse porque lleva años intentando que alguien acepte una frase sin corregirla.

La idea regresaba a Nora, a la doctora y a todos los que habían terminado utilizando el mismo lenguaje frente a mí. Quizá no lo habían aprendido unos de otros. Quizá yo les había enseñado la necesidad de formularse así.

—¿Qué dijo Nadia sobre ti? —preguntó Mauro.

—No te conoció.

—Entonces no podía decir nada.

—Exacto.

—Y aun así llevas semanas colocándome dentro de aquella noche. Un técnico, otro Mauro, alguien detrás de la cámara. Necesitas que yo estuviera allí porque, si cumplo la función de regidor, entonces también comparto la responsabilidad de no haber detenido el ejercicio.

La observación me obligó a recordar la figura oscura junto al tanque. Mi reflejo había adoptado su rostro porque Mauro era la persona que, en Santa Elvira, detenía aquello que yo no sabía detener.

—No lo hice conscientemente.

—No importa.

—Para ti siempre importa la intención.

—No cuando el resultado es que utilizas mi cara para no verte solo.

Mauro señaló el desayuno.

—Come. La medicación te sentará mal con el estómago vacío.

—No cambies de tema.

—No lo cambio. La conversación seguirá cuando hayas comido.

—¿Eso es una orden?

—Sí.

No una indicación técnica, una sugerencia ni una norma atribuida al equipo. Una orden de enfermero dirigida a un paciente. La claridad resultaba humillante, pero también extrañamente estable. Comí parte de la tostada mientras Mauro permanecía sentado. No me observaba como un regidor que espera el comienzo del siguiente acto, sino como un hombre que llevaba más de un año comprobando que yo no convirtiera el hambre, el insomnio o la medicación en otra forma de desaparecer.

—¿Cuántas veces me has encontrado hablando con Nadia? —pregunté después.

—No sabría contarlas.

—¿La veía?

—A veces decías que sí. Otras asegurabas que estaba detrás de una puerta, en la cabina o en la habitación contigua. También hablabas con ella sin afirmar que pudieras verla.

—¿Respondía?

—Tú respondías por ambos.

La frase produjo un recuerdo. Yo estaba de pie en la sala vacía, de espaldas a Mauro, y mantenía una conversación con Nadia sobre la posición de una silla. Ella quería colocarla cerca del escenario; yo sostenía que la distancia debía permitir al público juzgar. Alternaba ambas voces sin cambiar el tono, aunque creía escuchar sus respuestas desde el fondo. Mauro permanecía junto a la puerta y esperaba a que terminara.

—¿Por qué no intervenías? —pregunté.

—Al principio lo hacía. Te enfadabas, lanzabas cosas o dejabas de tomar la medicación. Después aprendí a esperar hasta que pudieras escucharme sin sentir que intentaba expulsarla.

Otra espera. La palabra empezaba a cubrirlo todo, pero no todas las demoras eran iguales. Mauro esperaba para acercarse sin

aumentar el riesgo. Yo había esperado mientras alguien necesitaba que actuara.

—¿Alguna vez te pidió ayuda? —pregunté.

Mauro comprendió que no hablaba de Nadia.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muchas veces. A veces decías que querías salir, dormir o dejar de oírla. Otras utilizabas los dos golpes.

—¿Yo?

—La señal se introdujo primero para ti.

La información contradecía el orden que había aceptado.

—La eligió Nadia.

—Con ella, sí. Aquí la doctora la recuperó porque era una acción que recordabas incluso cuando no podías explicar su origen. Durante las primeras semanas golpeabas las paredes dos veces cuando te sentías atrapado.

—¿Y respondíais?

—Siempre.

—¿Inmediatamente?

—En cuanto lo oíamos.

—Entonces los golpes de la habitación contigua podían ser de otro paciente.

—No había nadie allí.

—Podían proceder de otra pared.

—Podían. También podías estar recordando la señal.

La diferencia respecto a sus respuestas anteriores era pequeña, pero importante. Ya no intentaba imponer una causa única. Admitía una posibilidad sin convertirla en certeza.

—¿Por qué me negaste abrir el almacén? —pregunté.

—Porque habíamos pasado una semana abriendo puertas cada vez que oías a Nadia detrás. El resultado era que encontrabas otra explicación: había salido antes, existía un pasadizo o alguien la escondía. Abrir no detenía la idea. La desplazaba.

—Pero finalmente lo hiciste.

—Porque la doctora pensó que, esta vez, podrías mantener lo que vieras.

—Y estaba vacío.

—Sí.

—Eso no demuestra que no oliera a cloro.

—No.

Mauro había dejado de discutir mis percepciones como si negarlas pudiera devolverme a una realidad común. La madurez de la respuesta me enfureció menos que su paciencia anterior.

—¿Hay una piscina en Santa Elvira? —pregunté.

—No.

—¿Hubo una zona de hidroterapia?

—Hace décadas, antes de que el edificio tuviera esta función. El ala se demolió durante una reforma.

La información existía. Mauro la había negado o dicho que no sabía.

—Me mentiste.

—No conocía la historia exacta. Lo pregunté después de que insistieras.

—Y no me lo dijiste.

—Porque encontraste cloro en un lugar donde no hay agua y empezabas a creer que la prueba de Nadia había ocurrido aquí.

—Podía haber sido importante.

—Lo importante era que separaras ambas salas.

—Eso lo decidiste tú.

—Sí.

La conversación había dejado de buscar una inocencia perfecta para Mauro. Admitía decisiones, errores y omisiones sin permitir que se confundieran con aquello que yo había hecho.

—¿Qué más me habéis ocultado? —pregunté.

—Muchas cosas.

La respuesta fue tan directa que dejé la taza.

—¿Qué?

—Información de otros pacientes, partes de la grabación para las que no estabas preparado, mensajes que utilizabas para construir acusaciones nuevas, fechas que te desorganizaban y objetos que intentabas incorporar a las sesiones.

—Eso es manipulación.

—Sí.

Mauro no se defendió.

—Un tratamiento también manipula condiciones: la luz, el acceso, el lenguaje, la información, la medicación. La cuestión es para qué y con qué límites.

—Exactamente mi argumento sobre el teatro.

—Con una diferencia.

—Siempre una diferencia.

—Nosotros respondemos ante un equipo, protocolos, familias, jueces y los propios pacientes. Tú respondías ante la obra.

—La producción también tenía reglas.

—Mentiste a Marina para trabajar sin ellas.

La frase cerró la equivalencia. Yo había retirado los controles porque consideraba que interferían con el resultado; Santa Elvira podía fallar, ocultar o manipular, pero sus decisiones permanecían expuestas a otras miradas. Al menos en teoría.

—¿Por qué no me dijiste desde el principio que llevábamos meses trabajando? —pregunté.

—Lo hice.

—¿El primer día que recuerdo?

—La mañana anterior a entrar en la sala. Dijiste que ya conocías el centro, que aquella vez era distinta porque por fin te habían devuelto un teatro y que no tolerarías que confundiera el proceso con los intentos anteriores.

Mi regreso no había empezado con una llegada, sino con una decisión de olvidar todo lo que la precedía. Mauro abrió la puerta de la sala porque yo había exigido comenzar desde cero. Él no fingió conocerme por primera vez; yo interpreté su familiaridad como competencia profesional.

—¿La doctora dijo que era mi última oportunidad? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué significaba?

—Que no repetiríamos otro programa grupal si volvías a poner en peligro a alguien.

—Yo pensé que hablaba de mi carrera.

—Lo sé.

—¿Me corregiste?

—Ella lo intentó. Dijiste que toda productora amenaza con cancelar antes de comprometer dinero.

Recordaba aquella frase o una parecida. La conversación había ocurrido, pero sus términos pertenecían a mundos distintos. La doctora hablaba de tratamiento y yo de una producción. Cada respuesta podía funcionar dentro de ambos mientras nadie exigiera una definición absoluta.

—¿Por qué aceptó continuar sabiendo que interpretaba otra cosa? —pregunté.

—Porque eras capaz de cumplir algunas normas dentro de esa interpretación y porque los intentos directos habían fracasado.

—¿Y tú estabas de acuerdo?

Mauro negó con la cabeza.

—No del todo.

—Pero participaste.

—Sí.

—Entonces también utilizaste la ambigüedad.

—Sí.

La sucesión de admisiones empezaba a resultar insoportable. No había una autoridad pura contra la que pudiera defenderme ni una conspiración impecable que desmantelar. Había personas que habían tomado decisiones discutibles mientras intentaban impedir que yo repitiera una conducta que, pese a todas sus precauciones, volví a repetir.

—¿Le dijiste que no debía traer a Nora? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué no te escuchó?

—Porque Nora quería volver y la doctora pensó que negárselo reforzaría la idea de que no podía enfrentar lo ocurrido. También creyó que tu acceso reciente al recuerdo de los golpes podía modificar la respuesta.

—Y se equivocó.

—Sí.

—¿Tú no?

—Yo acepté estar presente. También me equivoqué.

Mauro bebió parte del agua que quedaba en la jarra. Era la primera vez que tomaba algo durante una conversación conmigo, un gesto pequeño que lo devolvía a un cuerpo fuera de su función.

—¿Qué ocurrió después de la primera sesión con Nora? —pregunté.

—¿Cuál consideras la primera?

—La verdadera.

—No hay una.

—La primera vez que entró en la sala conmigo.

Mauro buscó la fecha en la carpeta.

—Fue nueve meses después de tu ingreso. La actividad incluía lectura de textos. Nora participaba en un taller de exposición narrativa y aceptó leer un fragmento de Nadia. Tú la corregiste, dijiste que la frase no debía pronunciarse con miedo, sino con la rabia de alguien que sabe que el director ya ha decidido su final. Después le pediste que repitiera.

—¿Y ella?

—Lo hizo.

—¿Por qué?

—Porque en aquel momento te admiraba.

—¿Me conocía?

—Había estudiado interpretación durante un año antes de su crisis. Había visto obras tuyas.

La información explicaba su fascinación inicial y su resistencia a llamarse actriz. Nora no carecía por completo de experiencia; había abandonado ese camino y quizá consideraba que reconocerlo permitiría que yo lo utilizara.

—¿Por qué lo ocultasteis? —pregunté.

—Ella no quería que lo supieras.

—¿Por qué?

—Porque temía que convirtieras ese año en una prueba de que su verdadero lugar estaba en el escenario.

—Podía haber tenido talento.

—Eso no significaba que quisiera volver.

Otra vez la diferencia entre capacidad y deseo. Yo siempre había considerado que descubrir una capacidad creaba una

responsabilidad hacia ella, como si renunciar a un talento fuese una forma de cobardía que el director debía corregir.

—¿La tenía? —pregunté.

Mauro suspiró.

—No importa.

—Para ti.

—Para ella.

—¿Era buena?

—Sí.

La respuesta produjo una satisfacción inmediata, seguida por la conciencia de que acababa de demostrar la precisión del temor de Nora.

—¿Ves? —dijo Mauro.

—¿Qué?

—Has olvidado todo lo demás. Solo querías saber si habías elegido bien.

No podía negarlo. El talento de Nora parecía justificar retrospectivamente mi interés, aunque no modificaba el daño ni su deseo de no actuar.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

—La convertiste en el centro. Durante algunas sesiones parecía ayudarte. Recordaste frases, describiste el tanque y aceptaste por primera vez que Nadia había dado una señal. Después empezaste a llamarla por su nombre, corregir su postura y pedir que leyera mensajes que no formaban parte del material autorizado. Cuando Nora se negó, dijiste que su resistencia demostraba que estaba cerca de comprender el personaje.

—El mismo patrón.

—Sí.

—¿Y nunca pensaste que la repetición podía formar parte de la reconstrucción?

—Claro que sí. El problema era que ella no era una representación.

La frase permaneció entre nosotros. Una reconstrucción puede necesitar repetir condiciones, pero las personas utilizadas para hacerlo continúan sufriendo las consecuencias fuera de la escena.

—¿Qué papel te di a ti? —pregunté.

—El de quien interrumpe.

—Eso no es un personaje.

—Para ti sí. Me convertiste en el hombre sin sensibilidad artística que destruye cada momento verdadero antes de que llegue a completarse. Si intervenía, demostraba que no entendía el método. Si esperaba, compartía la responsabilidad de lo que ocurriera. No había una forma correcta de estar dentro de tu obra.

La estructura era la misma que Nora había descrito: todas las puertas conducían al lugar que yo ya había decidido.

—Podías marcharte —dije.

Mauro soltó una risa breve.

—Era mi trabajo.

—Podías pedir un traslado.

—Lo hice una vez.

—¿Por qué no te fuiste?

—Porque la semana anterior habías conseguido recordar el rostro de Nadia después de los golpes. Dijiste que necesitabas que yo estuviera cuando volvieras a intentarlo, porque era la única persona capaz de detenerte si confundías la reconstrucción con un ensayo.

No recordaba haber formulado esa petición, pero la frase contenía una lucidez que quería reconocer como propia.

—Entonces confiaba en ti.

—Algunas veces.

—¿Y ahora?

Mauro miró la marca de mi muñeca.

—Ahora no.

La respuesta no pretendía castigarme. Describía un hecho. Había bloqueado una puerta, accedido a expedientes, ignorado la señal de Nora y organizado una sesión clandestina mientras aseguraba que podía respetar sus límites.

—¿Qué tendría que hacer para que volvieras a confiar? —pregunté.

—No soy yo quien tiene que decidir tu alta.

—No he preguntado eso.

Mauro guardó la hoja de medicación dentro de la carpeta.

—Tendrías que dejar de utilizar cada admisión para preparar una defensa nueva. Reconocer algo sin convertir el reconocimiento en otro resultado. Aceptar que Nadia pidió salir y que tú esperaste porque querías ver qué ocurría después.

—Eso no está demostrado.

—Lo acabas de describir con Nora.

—No era la misma situación.

—No. Cuando ocurrió lo de Nora, llevabas más de quince meses de tratamiento, dos grabaciones anteriores, una señal escrita y a varias personas golpeando la puerta. Aun así, esperaste.

La diferencia hacía la repetición más grave, no menos. En la noche de Nadia podía alegar que nunca había enfrentado una consecuencia semejante. Con Nora ya sabía qué conducta intentaban corregir.

—¿Crees que soy peligroso? —pregunté.

Mauro no respondió de inmediato.

—Sí.

La palabra no necesitó un párrafo aislado para golpear. Quedó dentro de la conversación, sostenida por todo lo anterior.

—¿Para quién?

—Para las personas que necesitan que tu mirada las convierta en alguien especial. Para quienes confunden que las comprendas con que tengas derecho a decidir por ellas. Y para ti cuando dejas de saber dónde termina una reconstrucción y empieza el presente.

—No he intentado hacerme daño.

—Arrancaste una pulsera hasta cortarte, golpeaste una puerta con una silla en otro episodio y pasaste noches enteras siguiendo una voz por los pasillos.

—Eso no es querer morir.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces el riesgo para mí es otra forma de justificar el ingreso.

—El riesgo no necesita que quieras morir. Basta con que dejes de reconocer qué puede dañarte.

Mauro se levantó y recogió la bandeja. La entrevista con la doctora empezaría pronto, aunque ya habíamos atravesado más verdad en aquella habitación que durante muchas sesiones formales.

—No he terminado —dije.

—Yo sí, por ahora.

—No puedes decidirlo después de pedirme que acepte que no eres regidor.

Mauro se detuvo.

—Precisamente porque no lo soy, puedo terminar una conversación cuando deja de ser segura o útil.

—¿Para quién?

—Para los dos.

—No estoy alterado.

—Todavía no. Pero llevas una hora utilizando mis respuestas para intentar devolverme una función dentro de tu relato. Primero testigo, después responsable compartido y ahora hombre cuya confianza debes recuperar. No quiero ser otro papel.

La frase de Nora volvió con una forma distinta: no quiero marcharme dentro de una frase suya.

—¿Qué quieres ser? —pregunté.

—Mauro.

La respuesta habría resultado sentimental si hubiese sido pronunciada con solemnidad. Él la dijo mientras recogía una cucharilla de la bandeja, cansado de cualquier definición que no fuera su nombre.

—Eso no basta para establecer una relación.

—Basta para que dejes de decidirla tú solo.

Se dirigió hacia la puerta. Antes de cruzarla, miró la pulsera nueva sobre la mesa.

—La doctora pedirá que te la pongas.

—No lo haré.

—Entonces lo discutiremos.

—¿La necesitas para saber quién soy?

Mauro apoyó una mano en el marco.

—No. La necesitamos para que cualquier persona que te encuentre desorientado sepa dónde acompañarte.

La explicación no convertía el objeto en símbolo de encierro, aunque tampoco eliminaba esa función. La pulsera podía proteger y clasificar al mismo tiempo. Ambas cosas eran ciertas.

—¿Me acompañarías fuera si me dieran el alta? —pregunté.

Mauro pareció sorprendido.

—No soy parte de tu vida fuera.

—Has sido parte de ella durante más de quince meses.

—De tu ingreso.

—La diferencia vuelve a depender del nombre.

—No. Depende de que yo pueda marcharme al terminar el turno y tú tengas que aprender a vivir sin convertir a quien te cuida en alguien que debe quedarse.

Cerró la puerta sin bloquearla.

La doctora llegó a las diez, pero me negué a acudir al despacho. No estaba alterado, desorientado ni incapaz de responder. Simplemente no quería participar en otra entrevista antes de ordenar lo que Mauro había dicho. Ella aceptó hablar en la habitación, acompañada por una enfermera distinta, porque él había terminado la parte principal de su turno y debía descansar. La ausencia confirmó que Mauro no existía únicamente cuando yo necesitaba algo.

—¿Qué habéis hablado? —preguntó la doctora.

—Pregúnteselo a él.

—Quiero saber qué conservas tú.

—Que nunca fue mi regidor.

—Eso lo sabías.

—Lo sabía como información. No como estructura.

La doctora ocupó la silla que Mauro había dejado.

—¿Qué cambia?

—Las llaves, la medicación, las puertas, los informes. Todo tenía una función distinta.

—¿Y las sesiones?

—Ocurrieron.

—Sí.

—Las personas actuaron.

—A veces.

—Yo dirigí.

—Intentaste dirigir.

—No puede retirarme cada verbo.

—No intento retirarlo. Quiero que distingas una acción de una identidad. Pudiste dirigir partes de una actividad sin estar aquí como director, igual que Nora pudo actuar sin convertirse en tu actriz.

La formulación permitía conservar los hechos sin que estos demostraran el mundo completo que yo había construido.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Nunca fue productora?

—No.

—Produjo el dispositivo, eligió participantes, administró recursos y decidió cuándo podía continuar.

—Eso no me convierte en productora teatral.

—Pero explica por qué la vi así.

—Sí.

La concesión resultaba distinta de la corrección constante de los primeros días. No me exigía admitir que todo había sido absurdo, sino reconocer cómo elementos reales se habían organizado dentro de otra estructura.

—¿Por qué permitió que la llamara así? —pregunté.

—Porque cuando te decía que era psiquiatra, pensabas que intentaba incapacitarte para robarte la obra. Cuando aceptaba que me hablaras como a una productora, podíamos discutir reglas, revisar escenas y acercarnos a Nadia. Creí que, si manteníamos suficientes anclajes, llegarías a reconocer el lugar sin que la estructura se derrumbara de golpe.

—¿Y ocurrió?

—Durante periodos breves.

—¿Cuánto duró el más largo?

—Tres semanas.

—¿Sabía que estaba ingresado?

—Sí.

—¿Y recordaba a Nadia?

—Sabías que había muerto y que estabas trabajando sobre la noche del agua. También aceptabas que Mauro era enfermero y que

yo era tu psiquiatra. Seguías llamando ensayos a las sesiones, pero la palabra ya no alteraba lo que creías poder hacer.

—¿Qué pasó?

—Encontramos el punto de los nueve segundos.

La habitación pareció perder temperatura.

—¿Y después?

—Viste la grabación hasta el segundo treinta y seis. Pediste detenerla. Durante la noche tuviste una crisis, intentaste entrar en el archivo de audiovisuales y al día siguiente dijiste que preparábamos un montaje para culparte. La sala volvió a convertirse en teatro, yo en productora y Mauro en regidor.

—¿Nora estaba entonces?

—No. La incorporamos meses después.

La ficción no se había originado para convertirla en Nadia. Ya existía y buscaba cuerpos donde sostenerse.

—¿He visto la grabación completa? —pregunté.

La doctora dudó.

—No de principio a fin en una sola sesión.

—¿Pero he visto el momento en que la saco?

—Sí.

—¿Y los nueve segundos?

—En fragmentos, varias veces.

—Entonces conozco la verdad.

—Conoces imágenes.

—¿Qué falta?

—Aceptar qué estabas haciendo durante la espera.

—Observar.

—Sí.

La palabra apareció sin resistencia, pero todavía podía contener muchas intenciones.

—Eso no significa que quisiera que muriera.

—Nadie ha dicho que lo quisieras.

—Ni que comprendiera el peligro.

—Comprendiste la señal.

—No es lo mismo.

—Para Nadia sí.

La respuesta compartida volvió a cerrar la salida.

—Mauro cree que soy peligroso —dije.

—Lo eres en determinadas condiciones.

—¿Usted también?

—Sí.

—¿Y aun así me entregaron un grupo?

La doctora recibió la acusación sin apartarse.

—Fue una decisión equivocada.

—Eso no basta.

—No. Tendremos que responder ante quienes participaron, revisar el programa y asumir que utilizamos a personas vulnerables dentro de una estructura que no controlábamos tanto como creíamos.

—¿Incluida Nora?

—Especialmente Nora.

—Entonces el equipo también creyó que el resultado justificaba el riesgo.

La mujer tardó en contestar.

—Sí.

La semejanza no eliminaba la diferencia, pero por primera vez ella la admitía sin ocultarla detrás del término clínico.

—¿Por qué su decisión es un error y la mía algo más? —pregunté.

—Porque cuando vimos el daño detuvimos el programa.

—Después de repetirlo varias veces.

—Sí.

—Yo saqué a Nadia del agua.

—Después de nueve segundos.

La medida seguía separando las dos responsabilidades. Santa Elvira había tardado demasiado en reconocer el peligro de su programa, pero al hacerlo no había esperado que alguien repitiera una señal dentro de la misma sesión para comprobar qué ocurría.

—¿Qué pasará con Mauro? —pregunté.

—Nada que necesites dirigir.

—Participó en las decisiones.

—Y las revisará con el equipo.

—¿Seguirá siendo mi enfermero?

—Si ambos podéis continuar trabajando juntos.

—Él ya ha dicho que no confía en mí.

—Un enfermero no necesita confiar en que nunca harás algo peligroso. Necesita poder reconocer el riesgo, establecer límites y saber que el equipo los sostendrá.

—¿Y yo?

—Tú necesitas dejar de convertir su cuidado en lealtad personal.

La doctora se levantó y tomó la pulsera de la mesa.

—Quiero que vuelvas a ponértela.

—No.

—Puedes negarte, pero la alternativa será permanecer acompañado fuera de la habitación y limitar el acceso a varias zonas. La pulsera permite identificarte si te desorientas.

—También anuncia a todos que soy un paciente.

—Lo eres.

—No es toda mi identidad.

—No. Pero es relevante dentro de un hospital.

Me ofreció la pulsera sin acercarse demasiado. La sostuve. El plástico era ligero, incapaz de contener físicamente a nadie, y sin embargo había necesitado romperlo para sentir que conservaba alguna decisión sobre mi cuerpo.

—¿Puedo quitármela cuando salga? —pregunté.

—Sí.

—¿Quién decide cuándo salgo?

—El equipo, contigo, cuando el riesgo pueda manejarse fuera.

—Entonces no depende realmente de mí.

—Depende también de ti, que no es lo mismo.

Cerré la pulsera alrededor de la muñeca. La doctora comprobó que no quedara demasiado ajustada, pero no escribió nada hasta que terminé de hacerlo.

—¿Esto es progreso? —pregunté.

—Es una pulsera.

La respuesta evitaba convertir cada gesto en una victoria terapéutica, aunque los dos sabíamos que aparecería en el informe.

—¿Qué ocurrirá hoy? —pregunté.

—Descansarás. No habrá entrevistas formales ni acceso a la sala. Esta tarde podrás caminar por el patio con acompañamiento.

—¿Y la reconstrucción?

—Mañana decidiremos si continúas con material audiovisual.

—Quiero que Mauro esté presente.

—Hablaré con él.

—No como regidor.

—Como enfermero.

La palabra ya no destruyó la escena. Permaneció junto a los objetos y las acciones que le correspondían.

La doctora salió. Durante el resto de la mañana no vi a Mauro. Otros trabajadores trajeron la comida, comprobaron la medicación y me acompañaron hasta el patio. La ausencia no parecía un castigo, pero la interpreté así varias veces antes de reconocer que él había trabajado durante la noche y tenía derecho a dormir sin que su descanso formara parte de mi tratamiento.

Regresó al anochecer. No entró de inmediato. Permaneció en el umbral, vestido con ropa de calle y sin la tarjeta de identificación.

—La doctora dice que quieres que esté mañana —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque conoces la grabación.

—Ella también.

—Porque has visto todas mis versiones.

—Eso no garantiza que no me conviertas en otra.

—No puedo garantizarlo.

Mauro observó la pulsera nueva.

—Te la has puesto.

—No significa que acepte todo lo que representa.

—No hace falta.

—La doctora dijo que era una pulsera.

—A veces acierta.

Se apoyó en el marco, pero no entró.

—Estaré mañana —añadió—. Si empiezas a llamarme regidor, a decir que formo parte de la escena o a utilizarme para discutir lo que muestra la grabación, terminaré la sesión.

—¿Aunque yo quiera continuar?

—Sí.

—¿Aunque esté a punto de recordar algo?

—Sí.

—¿Y si considero que te equivocas?

—Lo discutiremos después.

Las palabras reproducían las condiciones que yo había prometido aceptar antes de la sesión clandestina con Nora. Ahora Mauro las formulaba para protegerse él mismo.

—De acuerdo —dije.

Esperó, quizá anticipando una excepción.

—De acuerdo —repetí—. Sin condiciones añadidas.

Mauro asintió.

—La sesión será a las diez.

—¿En la sala?

—No. Detrás del cristal.

El nombre del siguiente espacio apareció sin metáfora. Comprendí que se refería a la habitación de observación donde me mostrarían las grabaciones, no a una cabina técnica desde la que evaluar el trabajo de otros.

—Mauro —dije antes de que se marchara.

Se volvió.

—Siento haberte tratado como si solo existieras cuando te necesitaba.

La disculpa podía convertirse con facilidad en una escena construida para obtener perdón. Mauro pareció advertirlo. No se acercó, no agradeció ni alivió el peso de la frase.

—No sé si lo sientes o si acabas de comprender que deberías sentirlo —respondió—. Mañana veremos cuánto dura.

La falta de absolución era justa. Se marchó por el corredor con ropa de calle, sin llaves visibles ni una carpeta bajo el brazo. Durante unos segundos resultó difícil reconocerlo sin los objetos que yo había utilizado para definirlo.

Antes de doblar la esquina, se detuvo.

—Esta noche no habrá ninguna función —dijo.

Después continuó caminando, y por primera vez comprendí que la frase no pretendía cancelar algo que debía haber ocurrido.

Solo nombraba la realidad.

Capítulo 12

Detrás del cristal

El cristal no vuelve objetiva una mirada. Solo permite que quien observa se convenza de que su presencia no modifica aquello que sucede al otro lado. Durante años había utilizado cabinas, monitores y cámaras para estudiar ensayos sin interrumpirlos, y nunca creí que la distancia me convirtiera en un testigo neutral. Elegir dónde se coloca el objetivo, qué parte del cuerpo queda dentro del encuadre y cuánto tiempo se sostiene una imagen ya constituye una forma de dirección. Incluso el espectador que permanece inmóvil interviene mediante la posibilidad de su juicio. Lo único que ofrece el cristal es una coartada: uno puede mirar sin que lo miren y llamar después verdad a lo que ha conseguido ver.

Mauro llegó a mi habitación a las nueve y cuarto. Llevaba el uniforme azul oscuro, la tarjeta de identificación y el manojo de llaves que ya no conseguía interpretar por completo como utilería, aunque su sonido continuaba produciendo en mí la sensación de que algo estaba a punto de comenzar. No mencionó nuestra conversación de la tarde anterior ni la disculpa que había dejado sin resolver. Comprobó la pulsera, me entregó la medicación y esperó a que desayunara antes de preguntarme si recordaba las condiciones.

—No te llamaré regidor —dije—. No afirmaré que formas parte de la escena y, si detienes la sesión, discutiremos después.

—Falta una.

—No utilizaré tu presencia para contradecir lo que vea.

Mauro asintió.

—Y tú puedes detenerte cuando quieras.

—Con dos golpes.

—También hablando.

La precisión no era innecesaria. Los dos golpes habían empezado a adquirir una autoridad superior a las palabras, cuando su propósito original era precisamente impedir que una palabra clara pudiera discutirse. Podía decir basta, necesito parar o no quiero continuar. La

señal solo debía existir para los momentos en que hablar resultara imposible.

Salimos de la planta por un recorrido distinto del utilizado durante las entrevistas. Atravesamos el comedor, bajamos una escalera y entramos en la zona administrativa mediante una tarjeta. El pasillo terminaba en una puerta sin rótulo. Detrás había una habitación estrecha, con dos sillas orientadas hacia un cristal oscuro y un monitor colocado sobre una mesa lateral. Desde allí se veía la sala polivalente completa: la tarima, las sillas apiladas, las marcas de cinta y la mesa donde Mauro había colocado tantas veces el medidor de pulso. No había nadie dentro. La luz general estaba encendida y la puerta principal permanecía abierta.

—¿Esta es la cabina? —pregunté.

—La sala de observación.

—Es lo mismo con otra función.

Mauro dejó una carpeta sobre la mesa.

—Recuerda lo que acordamos.

—He descrito un objeto.

—Has empezado a discutir el nombre.

—La habitación tiene un cristal unidireccional y permite observar la sala sin ser visto. Llamarla cabina no modifica eso.

—Tampoco la convierte en un espacio técnico desde el que dirigías una producción.

La diferencia ya no parecía una disputa terminológica. Podía aceptar que dos descripciones coexistieran sin que una autorizara todo lo que yo había deducido de ella. La habitación se parecía a una cabina teatral, pero había sido construida para supervisar actividades clínicas y garantizar la seguridad. El cristal no era falso. Mi interpretación de su función sí podía serlo.

—¿Cuántas veces he estado aquí? —pregunté.

—Muchas.

—No lo recuerdo.

—A veces la llamabas sala de montaje. Otras decías que era el lugar desde donde la productora espiaba los ensayos.

Miré mi reflejo sobre el cristal. La iluminación de nuestra habitación era baja, de modo que apenas podía distinguirse el

rostro. Al otro lado, la sala aparecía limpia, casi plana, como un decorado fotografiado antes de que entraran los actores.

—¿La doctora vendrá?

—Sí.

—¿Y qué veremos?

—Sesiones recientes y anteriores. Primero, material del programa. Después, si puedes continuar, parte del registro de Nadia.

La palabra parte establecía ya una selección.

—Quiero ver la grabación completa.

—Hoy no.

—Entonces seguirán decidiendo qué significa mediante el montaje.

—No hemos editado las sesiones.

—Elegir un fragmento es editar.

—Por eso la doctora explicará qué se ha seleccionado y qué queda fuera.

—La transparencia de una selección no elimina su efecto.

Mauro ocupó la silla más cercana a la puerta.

—No. Pero permite que sepas que existe.

La doctora entró poco después con un ordenador portátil y varias carpetas. No llevaba bata, chaqueta ni ningún objeto que pudiera confundirse con la función de una productora. Se presentó con su nombre completo y añadió «psiquiatra responsable de tu tratamiento», como si necesitara fijar la denominación antes de empezar. Yo conocía el nombre, aunque llevaba semanas evitándolo porque «la doctora» y «la productora» permitían mantenerla dentro de funciones, no como una persona independiente de ellas.

—Adriana —dije.

Ella dejó el portátil sobre la mesa.

—Sí.

Pronunciar su nombre produjo un cambio menor y, precisamente por eso, significativo. Adriana ya no era solo la mujer que controlaba recursos, escenas y permisos. Tenía una identidad que continuaba fuera de mi reconstrucción, del mismo modo que Mauro podía abandonar la planta y existir sin llaves.

—Hoy no intentaremos recordar la noche del agua —explicó—. Quiero que observes cómo se construyó la versión de Santa Elvira que has estado utilizando.

—¿La llamará delirio?

—Podemos utilizar esa palabra si nos ayuda, pero no quiero que se convierta en una etiqueta que borre la parte real. La sala existe. Los participantes existen. Las conversaciones ocurrieron. Tú no inventaste a Mauro ni me imaginaste a mí. El problema está en las funciones que asignaste y en lo que esas funciones te permitieron hacer.

—Eso ya lo sé.

—Lo sabes como formulación. Quiero que lo veas.

Encendió el monitor. Apareció la sala desde un ángulo elevado, registrada por la cámara de la cabina. La fecha se encontraba en la esquina inferior. Era de seis meses atrás, mucho antes de la supuesta llegada con la que había empezado mi regreso. Había ocho personas sentadas en círculo. Reconocí a Teresa, Esteban y Nora, aunque esta llevaba el cabello más corto. También estaban dos mujeres y un hombre a quienes no recordaba haber visto durante las últimas sesiones. Mauro permanecía junto a la puerta. Adriana estaba dentro del círculo, con una carpeta sobre las piernas.

Yo ocupaba una silla frente al escenario.

La imagen resultaba familiar de una manera que ninguna memoria concreta conseguía explicar. No experimenté el rechazo que Mauro había descrito, la sensación de estar viendo a otro hombre, pero sí una distancia incómoda. Mi cuerpo se movía con una seguridad que no recordaba haber poseído durante aquellos meses. Llevaba una camisa blanca, pantalón oscuro y la pulsera de Santa Elvira. La identificación no estaba oculta. Cuando levantaba la mano, el plástico aparecía en el centro del encuadre.

Adriana activó el sonido.

En la grabación, ella explicaba que la actividad consistiría en leer fragmentos y registrar qué imágenes aparecían. Utilizaba palabras sencillas, sin referencias a personajes ni puesta en escena. Los participantes podían detenerse, pedir una pausa o limitarse a

observar. Yo escuchaba con aparente atención, aunque la postura revelaba que esperaba mi turno para corregirla.

—Eso no basta —dije en la pantalla.

Mi propia voz produjo una extrañeza mayor que la imagen. Sonaba más grave y cansada, con una lentitud que la medicación reciente no explicaba por completo.

Adriana preguntó qué faltaba.

—Una necesidad —respondió mi versión grabada—. Leer una frase sin decidir quién necesita pronunciarla es gimnasia administrativa.

—No estamos buscando una interpretación —dijo ella.

—Entonces no deberíamos utilizar palabras de una actriz.

Nora levantó la vista. En la grabación sostenía una hoja con ambas manos.

—¿Quieres dejar el texto? —le preguntó Adriana.

—No —respondió Nora.

Yo sonreí, satisfecho antes de que hubiera leído una sola línea.

—No la rescates antes de que ocurra nada —dije.

Mauro se movió cerca de la puerta.

—Nadie está rescatando a nadie.

—Ya habéis empezado a construir una salida.

La escena se parecía a las conversaciones recientes, aunque la fecha demostraba que habíamos repetido las mismas posiciones durante meses. Adriana dejó continuar. Nora leyó la frase que yo había reconocido en el supuesto primer encuentro: «No me mires como si ya supieras cómo voy a terminar».

No apareció como una intuición espontánea en la oscuridad. Estaba escrita en una hoja, presentada por la psiquiatra y leída dentro de una actividad que todos conocían.

Mi rostro cambió.

La transformación era pequeña, pero la cámara la registraba con claridad. Me incliné hacia delante, dejé de mirar al grupo y fijé la atención únicamente en Nora.

—Otra vez —dije.

—El ejercicio no consiste en corregir —intervino Adriana.

—No la he corregido. He pedido que repita.

Nora leyó de nuevo.

—No. Así estás pidiendo que no te juzguen. Ella no pedía eso.

—¿Quién? —preguntó Nora.

La grabación mostró un silencio de tres segundos. Yo la miraba como si la respuesta fuera evidente.

—Tú —dije.

Nora bajó los ojos hacia el texto.

—No lo he escrito yo.

—No importa quién lo escribió. Importa quién puede decirlo.

Adriana detuvo la imagen.

—¿Qué ves? —preguntó desde la habitación de observación.

—Una actividad mal diseñada.

—No evalúes el programa. Obsérvate.

Volví a mirar el monitor. Mi cuerpo grabado permanecía inclinado hacia Nora. Las demás personas habían dejado de existir para mí. Teresa observaba con ansiedad, Esteban había cruzado los brazos y Mauro se preparaba para acercarse. La estructura se había formado en menos de un minuto: Adriana, la productora que intentaba limitar el trabajo; Mauro, el regidor dispuesto a interrumpir; los participantes, un reparto todavía sin asignación; Nora, la actriz central.

—Reconocí la frase —dije.

—¿Reconociste a Nora?

—No la recordaba.

—La habías visto durante dos meses.

—Eso no aparece en el fragmento.

Adriana reanudó la grabación.

Yo pedía a Nora que se levantara. Ella miraba primero a Adriana, quien le preguntaba si quería hacerlo. Nora asentía. Se colocaba frente al escenario y leía otra vez la frase. Entonces yo me levantaba también, caminaba alrededor de ella y corregía la posición de sus hombros sin tocarla.

—No te escondas en la camiseta —decía.

—Estoy cómoda así.

—No he hablado de comodidad.

Mauro intervenía desde la puerta:

—No corrijas su cuerpo.

—Estoy describiendo una postura.

—La estás acercando a una imagen.

—Toda dirección acerca un cuerpo a una imagen.

Adriana volvió a pausar.

—¿Sabías qué imagen? —preguntó.

—Nadia.

—Sí.

La aceptación ya no requería una defensa inmediata.

—¿Nora se parecía a ella en esa grabación? —continuó.

Observé el cuerpo detenido en la pantalla. Nora llevaba el cabello corto, una camiseta amplia y pantalones deportivos. Su rostro, altura y forma de moverse no coincidían con los de Nadia. Solo la postura había empezado a acercarse porque yo la estaba corrigiendo.

—No físicamente.

—Entonces el parecido no precedió a la dirección.

—Reconocí una resistencia.

—Y la convertiste en una semejanza.

La frase era precisa. Yo había afirmado desde el supuesto primer día que no se parecían, pero que compartían una forma de oponerse a mi mirada. A partir de ese reconocimiento, empecé a modificar a Nora hasta que cada gesto pudiera sostener la asociación.

—Continúa —dije.

La sesión grabada avanzó. Yo repartía funciones sin nombrarlas de manera explícita. A Teresa le pedía que observara a Nora y detectara en qué momento intentaba agradar; a Samuel, que interrumpiera cuando considerara que yo estaba imponiendo una lectura; a Esteban, que permaneciera cerca sin ofrecer ayuda. Cada indicación coincidía con los objetivos terapéuticos que había leído en el archivo, pero yo los convertía en papeles dentro de una escena.

—¿Quién te dio esa información? —pregunté.

—Parte había aparecido durante el grupo —respondió Adriana—. Otra la observaste. No accediste a los diagnósticos.

—Entonces el reparto no era una invención completa.

—Nadie ha dicho que lo fuera. Veías conductas reales. Lo que hacías era organizarlas para que todos ocuparan una función respecto a ti y a Nadia.

La pantalla mostraba a Samuel negándose a participar. Yo sonreía.

—Perfecto —decía—. Necesitábamos a alguien que creyera que puede permanecer fuera.

Samuel respondía que no necesitábamos nada de él.

—Eso es exactamente lo que diría tu personaje.

La frase anulaba cualquier salida. Si aceptaba, confirmaba la función; si se negaba, también. Recordé haber utilizado la misma estructura con Nora, Julia y Mauro.

—No les permitía no actuar —dije.

—No.

Adriana no celebró el reconocimiento. Dejó que continuara mirando.

La siguiente secuencia pertenecía a otra fecha. Habían pasado tres semanas. La sala estaba dispuesta como un escenario frontal. Yo permanecía sobre la tarima, mientras Nora leía un mensaje de Nadia. Mauro estaba junto a ella, no a la puerta. En el margen de la imagen aparecía un carro con agua, material médico y el pulsioxímetro que yo había considerado utilería técnica.

—¿Qué sesión era? —pregunté.

—La cuarta con Nora.

—La de los dos golpes.

—La señal se introdujo al final.

En la grabación, Nora leyó: «No conviertas mi miedo en una prueba de que estamos cerca». La frase pertenecía a Nadia, aunque no recordaba haberla visto antes del archivo. Mi rostro volvió a cambiar.

—No es miedo —dije desde la tarima—. Es la anticipación de una ruptura.

—Solo estoy leyendo —respondió Nora.

—Nadie solo lee.

—Es una frase de otra persona.

—Ahora está en tu cuerpo.

Nora dejó la hoja.

—No quiero seguir.

Yo no respondí inmediatamente. La demora fue breve, quizá un segundo, pero visible.

Adriana se inclinó hacia ella y preguntó si quería salir. Nora dijo que sí. Antes de que se levantara, mi voz entró otra vez:

—¿Quieres salir de la sala o de la frase?

Nora me miró.

—De las dos.

—No es lo mismo.

Mauro se colocó entre nosotros.

—Ha dicho que quiere salir.

—Y estoy intentando comprender de qué.

—Eso viene después.

La estructura de los nueve segundos ya existía incluso en una conversación sin agua. Una persona establecía un límite y yo reclamaba el derecho a definirlo antes de obedecer.

—Detén —dije.

Adriana pausó la imagen.

—¿Necesitas parar la sesión? —preguntó.

—No. El vídeo.

Ella obedeció. El monitor quedó congelado con Mauro de espaldas a la cámara y Nora parcialmente oculta detrás de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mauro desde su silla.

—Nada.

—Has pedido detenerlo.

—Porque ya he entendido esta parte.

Adriana me observó.

—Dilo.

—No creía que la negativa fuese suficiente mientras existiera una distinción que ella no hubiera formulado.

—¿Y ahora?

—Ahora veo que la distinción era mía.

Mauro no respondió. Había escuchado versiones parecidas antes y sabía que la duración del reconocimiento importaba más que su elegancia.

—¿Quieres continuar? —preguntó Adriana.

—Sí.

El siguiente fragmento pertenecía a la sesión que había terminado con una demora de cinco segundos. Nora estaba sentada en el suelo, con las manos apoyadas sobre las piernas. No había oscuridad ni puerta bloqueada. La luz general estaba encendida y la sala contenía a todo el grupo. Yo me encontraba frente a ella, a menos de un metro. Mauro permanecía a un lado, preparado para intervenir.

Nora golpeó dos veces.

Los sonidos atravesaron los altavoces con una claridad que no había esperado. En la pantalla, mi cabeza se inclinó ligeramente. La señal había sido vista y oída. El cronómetro de la grabación permitió medir la espera sin necesidad de interpretación.

Primer segundo. Yo miraba la mano.

Segundo. Nora levantó la vista.

Tercero. Mis labios se separaron, aunque no pronuncié nada.

Cuarto. Mauro empezó a moverse.

Quinto. Yo levanté una mano, quizá para indicarle que esperara o para responder a Nora.

Mauro llegó antes.

Adriana detuvo la grabación.

Nadie habló durante unos segundos. La imagen mostraba mi rostro de perfil. No parecía confundido. Tampoco asustado. Había una concentración limpia, casi profesional, la misma expresión que utilizaba al observar el instante en que un actor abandonaba una conducta ensayada.

—Curiosidad —dije.

Nora había utilizado la palabra después de la sesión clandestina. Verla en mi cara resultaba distinto de escucharla como acusación.

—Sí —respondió Adriana.

—¿Eso escribisteis en el informe?

—Escribimos que la demora parecía vinculada a la observación de su respuesta posterior a la señal.

—Una formulación clínica para curiosidad.

—Una formulación que separa lo visible de la intención.

—La intención también se ve a veces.

Mauro se inclinó hacia delante.

—¿Qué ves tú?

Observé el rostro detenido.

—Que estaba esperando que ocurriera algo.

—¿Qué?

—Que repitiera la señal. Que intentara levantarse. Que el miedo cambiara al comprender que había recuperado el control.

—Eso mismo dijiste entonces —respondió Mauro.

—¿Y qué dije después?

—Que el ejercicio consistía en comprobar si obedecerías y que Nora podía haber utilizado los golpes como parte de la prueba.

La defensa había aparecido más tarde. Durante los cinco segundos, no necesitaba una explicación completa. Bastaba el impulso de observar un poco más.

Adriana cerró el vídeo y abrió otra carpeta en el ordenador.

—Ahora quiero enseñarte cómo cambiaste la función de las personas cuando revisamos esa sesión.

Apareció una entrevista grabada al día siguiente. Yo estaba sentado en el mismo espacio donde ahora nos encontrábamos, aunque llevaba ropa de hospital y la pulsera resultaba visible. Mauro permanecía a mi lado. Adriana aparecía reflejada parcialmente en el cristal.

En la grabación, yo afirmaba que Nora era actriz y que los dos golpes formaban parte de una prueba diseñada para observar mi reacción. Adriana recordaba que el programa era terapéutico. Yo respondía que todo programa basado en dramatización necesitaba un director y que ella había producido las condiciones. Cuando Mauro decía que era enfermero, yo lo acusaba de abandonar su responsabilidad técnica después de intervenir tarde.

—No llegué tarde —respondía él.

—Cinco segundos.

—Estaba junto a la puerta. Tú estabas delante de ella.

—La distancia no elimina que esperaste.

La misma defensa había aparecido durante nuestra conversación reciente.

—¿Qué ocurrió después de esa entrevista? —pregunté.

Adriana cambió el archivo.

La siguiente imagen mostraba la sala vacía. Yo entraba acompañado por Mauro, observaba las sillas apiladas y preguntaba cuándo llegaría el reparto. Él respondía que el programa grupal se había suspendido. Yo caminaba hasta el centro y afirmaba que una suspensión era una estrategia de producción para obligarme a aceptar cambios.

—¿No recordabas la sesión anterior? —pregunté.

—Recordabas fragmentos —dijo Adriana—. Pero habías reorganizado las funciones. Nora se convirtió en una actriz contratada por el centro, Mauro en el regidor que había intervenido fuera de tiempo y yo en una productora que utilizaba un supuesto protocolo para controlar el montaje.

—Los hechos seguían allí.

—Sí. Esa es la parte importante. No imaginabas una sala que no existía ni personas que nunca habían entrado. Cambiabas la razón por la que estaban allí.

—Una interpretación funcional.

—Exacto.

La expresión resultaba más precisa que delirio. Mi error no consistía en ver una luz inexistente o hablar con un hombre que nadie más podía percibir, aunque también hubiera tenido episodios de esa clase. En Santa Elvira había construido una red de funciones alternativas sobre elementos reales. La sala era escenario porque necesitaba dirigir. Adriana era productora porque podía negociar con ella sin aceptar que estaba en tratamiento. Mauro era regidor porque obedecer a un enfermero me convertía en paciente, mientras discutir con un regidor conservaba mi autoridad. Los participantes eran actores porque admitir que trabajaba con personas vulnerables dentro de un hospital habría exigido reconocer de inmediato la repetición.

—¿Cuándo empezó la versión de mi regreso? —pregunté.

—Después de la entrevista en que recordaste por primera vez el segundo treinta y dos —respondió Adriana—. Estuviste varios días desorganizado. Cuando volviste a entrar en la sala, dijiste que la

producción había aceptado devolverte el proyecto y que todo lo anterior habían sido pruebas preliminares.

—¿Y vosotros seguisteis?

—Intentamos corregirte. Te negaste a entrar, dejaste de tomar la medicación y pasaste dos días hablando con Nadia en la habitación. El equipo decidió permitir una nueva estructura controlada, con normas más estrictas y sin mostrarte de inmediato que ya habías trabajado con el grupo.

—Me hicieron creer que era la primera vez.

—No te dijimos que lo fuera.

—Tampoco lo negaron con claridad.

—No.

Adriana aceptó la responsabilidad sin intentar convertirla en una omisión benévola.

—¿Y la frase de Nora en la oscuridad? —pregunté.

—Sabíamos que la conocía de una lectura anterior. No le pedimos que la utilizara. La pronunció cuando la miraste y ella sintió que estabas empezando a asignarle otra vez el lugar de Nadia.

—Entonces no fue una trampa preparada.

—No.

—Pero sabíais lo que podía producir.

—Sí.

El programa entero había dependido de una esperanza semejante a la mía: que una situación intensa permitiera acceder a algo verdadero antes de causar demasiado daño. Ellos habían colocado límites, supervisión y protocolos, pero seguían utilizando personas reales para provocar recuerdos. La diferencia existía, aunque no era absoluta.

—¿Qué esperabais que ocurriera? —pregunté.

—Que reconocieras a Nora, recordaras las sesiones anteriores y pudieras continuar sin convertirla en sustituta.

—¿Y cuando no ocurrió?

—Deberíamos haber detenido el programa antes.

Mauro miró a Adriana. Habían discutido esa admisión fuera de mi presencia.

—¿Por qué no lo hicisteis? —pregunté.

—Porque empezaste a recordar la señal de Nadia —respondió ella—. Creí que estábamos cerca de un punto al que no habías llegado de forma estable.

—El resultado justificaba el riesgo.

Adriana tardó unos segundos.

—Eso pensamos.

La repetición de mi lógica dentro de Santa Elvira no me absolvía, pero impedía que ellos utilizaran una superioridad moral completa. La diferencia estaba en qué habían hecho al reconocer el daño. Habían suspendido el grupo, aunque después de varias sesiones y de permitir que Nora regresara a una estructura que ya conocían.

—¿Nora sabe que admites el error? —pregunté.

—Sí.

—¿Y le sirve?

—No lo suficiente.

La respuesta era honesta. Una admisión no deshacía la experiencia ni obligaba a quien había sido utilizado a encontrar alivio en ella.

Adriana apagó el monitor. La sala real permaneció visible al otro lado del cristal. Seguía vacía, iluminada y disponible para actividades que no me incluían.

—¿Quieres descansar? —preguntó.

—No.

—Lo siguiente es distinto.

—La transcripción.

—Sí.

—Quiero el vídeo.

—Hoy veremos primero la secuencia escrita.

—Una transcripción elimina precisamente lo importante.

—¿Qué?

—La respiración, la mirada, el intervalo entre el gesto y su significado, la forma en que Nadia movía el cuerpo. Convierte cuarenta y un segundos en líneas que parecen equivalentes.

—Las marcas temporales no son equivalentes.

—Pero el lenguaje las aplana.

—Por eso no pretendemos sustituir la grabación. Queremos fijar la cronología antes de que la imagen vuelva a absorberla.

—La imagen es el hecho.

—No. También es algo que interpretas.

—Una transcripción también.

—Sí.

Adriana no intentó presentar el documento como neutral. Abrió una carpeta física y extrajo varias hojas. Cada línea llevaba una marca temporal, una descripción de la imagen y, cuando existía, el diálogo. No me las entregó de inmediato.

—Puedes detenerte en cualquier momento —dijo.

—Ya lo sé.

—Quiero que lo digas.

La exigencia me molestó, aunque comprendía su propósito.

—Puedo detenerme hablando o mediante dos golpes. Si lo hago, paramos antes de discutir el motivo.

Adriana dejó las hojas frente a mí.

La primera página comenzaba varios minutos antes del ejercicio. Aparecíamos Nadia y yo frente a la cámara. La transcripción reproducía el acuerdo con una exactitud casi insoportable:

20:41:08 — NADIA: Dos golpes significa que termina la prueba. No que tengo miedo, no que estoy cerca, no que necesito una indicación. Termina.

20:41:17 — VÍCTOR: Dos golpes y te saco del agua.

20:41:22 — NADIA: Aunque creas que puedo seguir.

20:41:25 — VÍCTOR: Aunque crea que puedes seguir.

20:41:28 — NADIA: Sin esperar.

20:41:31 — VÍCTOR: Sin esperar.

Las palabras ocupaban líneas separadas, pero yo recordaba la respiración entre ellas, la forma en que Nadia había sostenido mi mirada y la irritación que sentí al tener que repetir una promesa ante la cámara. El documento no mostraba el tono, aunque una observación lateral describía que Nadia miraba al objetivo y que yo desviaba la vista hacia el tanque antes de terminar.

—¿Quién redactó esto? —pregunté.

—Dos profesionales independientes revisaron las grabaciones —respondió Adriana—. Después se compararon las transcripciones.

—¿Profesionales de qué?

—Análisis forense audiovisual.

—Entonces la selección ya estaba dirigida hacia una responsabilidad.

—La investigación necesitaba establecer la secuencia.

—No la intención.

—No.

Pasé la página. El ejercicio empezaba a las 20:47:03. Las marcas mostraban la activación del cronómetro, la inmersión y cada movimiento relevante. A los doce segundos, Nadia abría los ojos. A los veintisiete, levantaba una mano. A los treinta, su cuerpo empezaba a cambiar de posición.

Llegué al segundo treinta y dos.

20:47:35.1 — Nadia extiende la mano derecha hacia el lateral transparente.

20:47:35.7 — Primer golpe claramente audible. Víctor levanta la cabeza y dirige la mirada hacia la mano.

20:47:36.4 — Segundo golpe claramente audible. Víctor mantiene la mirada sobre la mano de Nadia.

Debajo había una línea sombreada:

INICIO DE LA SEÑAL ACORDADA: SEGUNDO 32.

La página siguiente no describía una ausencia. Estaba llena de acciones pequeñas.

Segundo 33: Víctor dirige la mirada al cronómetro.

Segundo 34: Nadia mueve la mano hacia el borde superior. Víctor se inclina aproximadamente doce centímetros hacia el tanque.

Segundo 35: Víctor pronuncia una frase no completamente inteligible. El análisis de audio propone «aguanta» o «un poco».

Segundo 36: Nadia flexiona el torso. Víctor mantiene una mano sobre el borde exterior sin introducirla en el agua.

Segundo 37: Nadia mueve de nuevo la mano derecha, sin producir un golpe claro.

Segundo 38: Víctor mira el cronómetro.

Segundo 39: Nadia pierde estabilidad y el hombro derecho desciende.

Segundo 40: Víctor se incorpora y desplaza la mano hacia el agua.

Segundo 41: Víctor introduce ambos brazos y extrae a Nadia.

No había inmovilidad completa. La transcripción mostraba una secuencia de observación, evaluación y aproximación. Yo miraba el cronómetro dos veces. Me inclinaba. Quizá pronunciaba una indicación. Solo en el segundo cuarenta iniciaba la intervención.

—La frase no es inteligible —dije.

—No.

—Entonces no puede afirmarse que dijera «aguanta».

—No se afirma.

—La incluyen para dirigir la lectura.

—Se incluyen las dos hipótesis propuestas por el análisis.

—«Un poco» también puede pertenecer a cualquier frase.

—Sí.

—Podía estar diciendo «espera un poco» mientras me preparaba para sacarla.

Mauro habló desde su silla.

—¿Por qué le pedirías que esperara si ya había dado la señal?

—Podía hablarme a mí mismo.

—La frase no es el centro —intervino Adriana—. La cronología no depende de ella.

Volví a las marcas temporales. La señal terminaba en el segundo treinta y dos. La intervención comenzaba en el cuarenta y uno. Entre ambas no había un vacío psicológico que pudiera llenarse con la palabra parálisis. Había miradas, movimientos y decisiones parciales.

—El primer golpe ocurre al final del treinta y dos —dije—. Si empiezo a sacarla al principio del cuarenta y uno, no son nueve segundos completos.

Adriana no reaccionó.

—La diferencia exacta entre el segundo impacto y el inicio de la extracción es de ocho coma seis segundos —explicó—. En el tratamiento y en los informes se redondea a nueve.

—Entonces nueve no es exacto.

—Ocho coma seis tampoco cambia la secuencia.

Mi mente había encontrado una fisura inferior a medio segundo y se aferraba a ella con la misma rapidez con que había utilizado los cuarenta segundos como límite máximo. Las cifras no mentían, pero yo elegía cuál debía convertirse en centro.

—¿Por qué hablan del segundo cuarenta y uno si la intervención comienza antes de que termine? —pregunté.

—Porque el fotograma en que tus brazos atraviesan la superficie corresponde a esa marca.

—Podía haber decidido moverme en el cuarenta.

—La decisión no está registrada. El movimiento sí.

—Entonces no pueden saber cuánto esperé antes de decidir.

—No estamos diciendo que tomaras una única decisión en el segundo cuarenta y uno. Estamos observando todo lo que hiciste desde que reconociste la señal.

Leí otra vez.

Miré el cronómetro en el segundo treinta y tres. Me incliné en el treinta y cuatro. Hablé en el treinta y cinco. Apoyé una mano en el borde durante el treinta y seis. Volví a mirar el tiempo en el treinta y ocho. Me incorporé en el cuarenta. La extracción empezó en el cuarenta y uno.

Cada acción podía presentarse como preparación para ayudar. También podía ser la conducta de quien observa y evalúa si todavía debe hacerlo. La diferencia no estaba en un gesto aislado, sino en que ninguno cumplía la promesa inmediata.

—Quiero ver el vídeo —dije.

—Hoy no —respondió Adriana.

—Acabo de leerlo.

—Y estás intentando reducir el intervalo mediante décimas, atribuir un significado protector a cada movimiento y utilizar una frase inaudible para construir una intención.

—Eso es analizar.

—Sí. Y necesitamos que puedas analizar sin borrar la secuencia básica.

—La secuencia básica no explica por qué.

—No todavía.

—Entonces la transcripción no sirve.

—Sirve para que no conviertas la mirada de Nadia en algo que solo tú puedes interpretar.

La frase me hizo levantar la cabeza.

—La mirada importa.

—Sí.

—Ella podía estar consciente, controlar la situación y esperar que yo respetara el límite máximo.

—Había dado la señal.

—Una señal puede nacer del miedo antes de que exista peligro físico.

—No necesitaba existir peligro físico.

—Eso es lo que todos repiten.

—Porque era el acuerdo.

La claridad volvía siempre al mismo punto. Yo intentaba reconstruir el estado interno de Nadia para decidir si los golpes respondían a un riesgo auténtico. Ella había diseñado la señal para impedir que su estado interno necesitara ser evaluado.

—¿Qué ocurrió después del segundo cuarenta y uno? —pregunté.

Adriana colocó una mano sobre las páginas siguientes.

—No hoy.

—Sé que intenté reanimarla.

—Sí.

—Sé que llamé a emergencias.

—Sí.

—Entonces la cronología completa incluye que reaccioné.

—Nunca hemos negado eso.

—Podría haber querido observar sin comprender que estaba inconsciente.

—Eso pertenece a los próximos capítulos de la reconstrucción.

La palabra capítulos apareció de manera natural en mi pensamiento, aunque Adriana había dicho etapas o sesiones. Noté la facilidad con que todo volvía a organizarse como una obra: el cristal, los vídeos, la transcripción y la revelación final cuidadosamente

aplazada. No necesitaba negar esa tendencia; bastaba con no permitir que determinara qué podía hacer con quienes participaban.

—¿Por qué no enseñarme el vídeo ahora? —pregunté.

—Porque cuando ves a Nadia tiendes a dejar de reconocer el presente. La última vez intentaste atravesar el cristal, afirmaste que podíamos intervenir si reproducíamos la secuencia desde otro ángulo y pasaste horas hablando con ella en la sala vacía.

—Eso fue antes de recordar que vi la señal.

—Precisamente. Ahora necesitamos comprobar que la certeza permanece sin obligarte a vivir la escena completa de una vez.

—Otra selección por mi bien.

—Sí.

Adriana no intentó ocultarlo.

—¿Y si me niego a continuar gradualmente?

—No veremos el vídeo hoy.

—Entonces no es una elección.

—Puedes elegir participar o no. No puedes elegir todas las condiciones de acceso a un material que ha precipitado crisis graves.

—Es mi grabación.

—También muestra la muerte de Nadia.

La frase retiró mi reclamación de propiedad. La cámara había sido mía, el mando había estado en mi mano y yo entregué la tarjeta a la investigación, pero la imagen contenía el cuerpo y los últimos instantes de otra persona. No podía tratarla como material personal.

—¿Su familia autorizó que la viera? —pregunté.

—Sí, dentro del tratamiento y con condiciones.

—¿Por qué?

—Porque querían que dejaras de afirmar que Nadia seguía viva, que otra persona había manipulado la prueba o que el vídeo pertenecía a una escena inconclusa.

—¿Hablaron contigo?

—Varias veces.

—¿Y conmigo?

—Tu madre y tu hermano sí. La familia de Nadia no quiere contacto directo.

—No recuerdo haberlo pedido.

—Lo pediste muchas veces.

—¿Qué les escribí?

—No vamos a entrar ahí ahora.

Otra puerta cerrada. Esta vez no insistí. Las páginas de la transcripción seguían delante de mí.

Volví al segundo treinta y dos. El primer golpe había ocurrido en el 35.7 del reloj absoluto; el segundo, siete décimas después. La extracción comenzaba en el 44.9. Ocho segundos y medio largos, redondeados a nueve porque el cuerpo no vive en decimales. Durante ellos, Nadia había pasado de una señal consciente a la pérdida de estabilidad. Yo había permanecido suficientemente cerca para verlo.

—¿Cuánto dura la grabación de la señal a la extracción cuando se reproduce a velocidad normal? —pregunté.

—Lo mismo —respondió Mauro—. Ocho coma seis segundos.

—No me refiero a la cifra. Me refiero a cómo se siente.

Mauro miró el monitor apagado.

—Largo.

Adriana retiró las hojas restantes y dejó solo la página con las marcas del treinta y dos al cuarenta y uno.

—Quiero que te lleves una copia de esta parte —dijo.

—Creía que no podía acceder a material sin supervisión.

—Será una copia controlada, sin imágenes ni información de otros pacientes. Mauro la guardará en tu habitación y podrás leerla durante periodos breves.

—¿Para memorizar una versión?

—Para que no necesites reconstruir las marcas cada vez.

La hoja se convertiría en otro objeto dentro de la habitación, como la pulsera y la frase de orientación. Podía interpretarla como una imposición o como un anclaje. Ambas funciones coexistían.

—Quiero añadir una frase —dije.

—¿Cuál?

—«Víctor vio la señal».

Adriana me observó.

—Ya está implícito en la descripción.

—No. Quiero que figure.

—¿Por qué?

—Porque mañana podría decir que miré la mano sin comprender.

Mauro no se movió. Adriana cogió un bolígrafo y escribió debajo de la línea del segundo golpe:

Víctor orienta la mirada hacia la señal y posteriormente reconoce haber comprendido su significado.

—No «posteriormente» —dije—. La comprendí entonces.

Ella levantó la vista.

—¿Estás seguro?

El sonido de los golpes regresó. Primer impacto. Mi cabeza elevándose. Segundo impacto. La promesa pronunciada ante la cámara minutos antes.

—Sí.

Adriana tachó la palabra y reescribió:

Víctor orienta la mirada hacia la señal y reconoce su significado en ese momento.

La frase no explicaba por qué esperé. Solo eliminaba una defensa.

—Firma —dijo.

—¿Es necesario?

—No. Pero has pedido que quede fijado.

Firmé junto a la anotación. La caligrafía se parecía a la del ingreso: el apellido perdía firmeza al final, aunque la mano no tembló.

Adriana guardó el resto del material. Mauro introdujo la copia en una funda transparente.

—La sesión ha terminado —dijo ella.

Miré la mesa. No había golpeado, pedido una pausa ni perdido la continuidad. Aun así, sentía el cansancio físico de haber permanecido horas dentro de la sala del tanque.

—Quiero quedarme un minuto —dije.

—¿Solo?

—Con Mauro.

Adriana lo miró. Él asintió. Ella salió y dejó la puerta abierta.

Durante unos segundos observamos la sala al otro lado del cristal. Vacía, real y disponible para otras personas. Desde allí no parecía un teatro ni una unidad clínica, sino un espacio que podía sostener ambas funciones dependiendo de aquello que ocurriera dentro. La diferencia ya no estaba en los objetos.

—¿Qué viste la primera vez que miraste la grabación? —pregunté.

Mauro mantuvo la vista sobre la sala.

—A ti.

—No es una respuesta.

—Durante meses había escuchado tus versiones. Un técnico, una cámara defectuosa, una señal ambigua, una parálisis. Cuando vi la secuencia completa, entendí que todas intentaban cubrir lo mismo.

—¿Qué?

—Que estabas allí.

La frase parecía demasiado elemental. Sin embargo, ese había sido el trabajo de las figuras invisibles, los productores y los técnicos que mi memoria introducía: impedir que la escena contuviera solo a Nadia y a mí.

—¿Y qué viste en mi cara? —pregunté.

—Que reconociste los golpes.

—Después.

—Curiosidad.

La palabra no necesitó aislamiento. Permaneció dentro de su respuesta, vinculada a la mirada, al cronómetro y a los segundos posteriores.

—¿Maldad?

—No.

—¿Indiferencia?

—No exactamente.

—Entonces ¿qué?

Mauro tardó en responder.

—La convicción de que todavía estabas autorizado a decidir.

Miré la sala vacía. En ella había hecho lo mismo con Nora, Teresa, Julia y todos los que habían entrado creyendo que una actividad podía detenerse mediante una palabra. Los hechos eran

reales. Las personas también. La ficción había consistido en asignarme una autoridad que la situación no me concedía.

Mauro se levantó.

—Tenemos que volver.

Cogí la funda con la transcripción. Antes de salir, volví a leer las marcas.

Segundo treinta y dos: dos golpes.

Segundo treinta y tres: miré el cronómetro.

Segundo treinta y cuatro: me incliné.

Segundo treinta y cinco: pronuncié algo.

Segundo treinta y seis: apoyé una mano sobre el borde.

Segundo treinta y ocho: volví a mirar el tiempo.

Segundo cuarenta: empecé a incorporarme.

Segundo cuarenta y uno: introduje los brazos.

Había pasado meses hablando de nueve segundos como si fueran una habitación oscura donde nada podía conocerse. La transcripción demostraba lo contrario. La espera estaba llena de acciones.

Y todas eran mías.

Capítulo 13

Nueve segundos

Durante la noche, la transcripción permaneció dentro de la funda transparente sobre mi mesa. Mauro había autorizado que la conservara con la condición de que no la leyera durante más de veinte minutos seguidos y de que avisara si empezaba a escuchar agua, percibir olor a cloro o sentir que la habitación se transformaba en la sala de la prueba. Las condiciones parecían absurdas hasta que comprendí que describían episodios anteriores, respuestas que mi cuerpo había reproducido tantas veces que el equipo podía anticiparlas con la precisión de una puesta en escena. Dejé la funda debajo del libro, bebí el agua de la medicación y me acosté. Cinco minutos después volví a levantarme.

No leí toda la página. Me limité a mirar las cifras.

El segundo treinta y dos contenía la señal. El cuarenta y uno, la entrada de mis brazos en el agua. Entre ambos aparecían ocho coma seis segundos, redondeados a nueve por la misma clase de simplificación con que se llama una hora a cincuenta y ocho minutos o una muerte instantánea a un proceso que ha ocupado varios instantes. La precisión debía importar. Un tribunal, un investigador o un médico no confundirían ocho segundos con nueve si la diferencia alterara una dosis, una velocidad o una responsabilidad. Sin embargo, cuanto más observaba el decimal, más evidente resultaba que no intentaba mejorar la medida, sino reducir su significado. Ocho coma seis parecía pertenecer a un aparato; nueve, a una persona que esperaba bajo el agua.

Activé el cronómetro de mi teléfono y lo dejé sobre la mesa. Cuando la pantalla marcó cero, golpeé dos veces con los nudillos y esperé hasta que alcanzó ocho segundos y seis décimas.

El intervalo fue más largo de lo que la cifra prometía.

Tuve tiempo de bajar la mano, mirar la pantalla, pensar que aquella reproducción no demostraba nada, escuchar el paso de una trabajadora por el corredor y preguntarme si Mauro habría dejado

instrucciones para que comprobara la luz bajo mi puerta. También tuve tiempo de recordar que Nadia no veía el cronómetro. Ella solo sabía que había dado la señal y que yo estaba al otro lado. Durante ocho segundos y seis décimas, el acuerdo debió de seguir existiendo para ella como una acción pendiente. No sabía que yo observaba el tiempo, que interpretaba su movimiento o que quizá estaba intentando decidir si necesitaba intervenir. Había entregado la decisión mediante los golpes y esperaba que el mundo respondiera de la forma pactada.

Repetí el intervalo.

Esta vez intenté no pensar. Quería comprobar si nueve segundos podían transcurrir como una vacilación sin contenido, un espacio mental comparable al instante en que alguien tarda en comprender una palabra inesperada. No funcionó. La atención llenaba cada fracción. Al tercer segundo ya era consciente de que seguía sin moverme; al quinto, la demora se había convertido en una conducta; al séptimo, cualquier explicación basada en la sorpresa empezaba a resultar insuficiente. Cuando la pantalla alcanzó ocho coma seis, no había atravesado un vacío. Había permanecido voluntariamente junto a una decisión que sabía que debía tomar.

Golpeé una tercera vez.

La trabajadora apareció en la puerta antes de que el cronómetro llegara al final.

—¿Qué estás haciendo?

—Midiendo.

Miró el teléfono, la funda transparente y mis nudillos sobre la mesa. Se acercó sin entrar del todo.

—Mauro dijo que no trabajaras solo con la transcripción.

—No estoy reconstruyendo la escena.

—Estás utilizando la señal.

—Es un sonido.

—Para ti no.

La mujer no intentó quitarme el teléfono. Me pidió que dejara la funda en el cajón y regresara a la cama. Obedecí, aunque su presencia había demostrado otra diferencia: después de mis dos golpes, alguien había aparecido en menos tiempo del que yo tardé

en sacar a Nadia. La trabajadora no necesitó saber si existía un peligro real. Reconoció un sonido asociado a una petición y comprobó qué ocurría. La explicación vino después.

—¿Cuánto has tardado? —pregunté.

—¿En qué?

—Desde los golpes hasta llegar a la puerta.

—No lo sé.

—Menos de nueve segundos.

—Probablemente.

—¿Y si hubiese estado midiendo sin necesitar ayuda?

—Lo habríamos aclarado.

La respuesta no contenía ninguna humillación. Ella podía haber interrumpido un experimento inútil y marcharse al descubrir que yo no estaba en peligro. Para mí, detener el ejercicio de Nadia había parecido una pérdida irreversible, como si sacarla del agua antes de alcanzar el límite impidiera recuperar algo que solo aparecería una vez. La trabajadora no había considerado que mi cronómetro mereciera más protección que la posibilidad de que necesitara ayuda.

Guardé la hoja y me acosté. La mujer permaneció en el umbral hasta que apagué la lámpara. No dormí, pero dejé de medir.

A la mañana siguiente, Mauro encontró el teléfono sobre la mesa con el cronómetro detenido en ocho segundos y sesenta centésimas. No preguntó cómo había llegado hasta allí; la trabajadora ya se lo habría contado. Colocó el desayuno, comprobó mi pulsera y abrió el cajón para asegurarse de que la transcripción continuara dentro.

—No estaba intentando hacerme daño —dije.

—No he dicho eso.

—Solo quería sentir cuánto duraba.

—No puedes sentir lo que duró para Nadia mirando una pantalla.

—Eso mismo pensé.

Mauro dejó los comprimidos junto al café.

—¿Y qué sentiste?

—Que era largo.

—Sí.

—También que, en una situación intensa, la percepción podía funcionar de otra manera.

—Ya has empezado.

—¿Qué?

—A construir la excepción. Primero reconoces que fue largo y después introduces la intensidad para explicar por qué quizá no lo pareció entonces.

—Ambas cosas pueden ser ciertas.

—Siempre pueden. La cuestión es cuál utilizas para no llegar a la siguiente.

Tomé la medicación. Mauro esperó a que bebiera y después guardó el vaso.

—Adriana quiere trabajar segundo por segundo —dijo.

—Eso es exactamente lo que he estado haciendo.

—No. Tú estás utilizando el cronómetro para discutir la medida. Ella quiere que describas qué hiciste en cada momento y qué explicación das ahora.

—¿Con el vídeo?

—Con fotogramas y transcripción. No la reproducción continua.

La distinción me decepcionó. Una secuencia detenida puede convertir un movimiento en una serie de decisiones independientes, mientras que el vídeo muestra cómo una acción arrastra a la siguiente. Adriana sabía que los fotogramas podían obligarme a responsabilizarme de cada gesto, pero también eliminarían la continuidad que quizá explicaba la demora.

—Quiero ver el movimiento completo —dije.

—No hoy.

—Un fotograma no demuestra que tuviera tiempo de pensar entre una posición y otra.

—Tampoco vamos a afirmar que formularas un razonamiento completo en cada segundo.

—Entonces ¿qué buscan?

Mauro se sentó frente a mí. No llevaba la carpeta, pero su presencia indicaba que había preparado la respuesta con Adriana.

—Que dejes de utilizar explicaciones incompatibles como si todas pudieran protegerte a la vez.

—No son incompatibles necesariamente.

—Dijiste que no reconociste la señal, que te quedaste paralizado, que creíste que Nadia estaba actuando, que pensaste que aún podía seguir, que empezaste a prepararte para sacarla y que no comprendiste que estaba en peligro hasta el segundo cuarenta. Cada versión exige que estuvieras haciendo algo distinto.

—Una persona puede experimentar varias cosas.

—Sí, pero no puede no reconocer una señal y al mismo tiempo decidir que quien la da todavía puede continuar.

La frase establecía una contradicción que yo había evitado durante meses. Si no comprendí los golpes, no podía haber evaluado si obedecerlos. Si los comprendí y pensé que Nadia podía seguir, la demora ya no pertenecía a la confusión.

—Pude reconocer el sonido sin procesar su significado completo —respondí.

—Lo repetiste ante la cámara diez minutos antes.

—La comprensión no es automática bajo presión.

—Entonces trabajaremos esa posibilidad.

Mauro se levantó.

—La sesión es a las diez.

—¿Detendrás si consideras que estoy utilizando una defensa?

—No. Adriana puede señalarla. Yo detendré si empiezas a perder el presente o si pides parar.

—¿Y si creo que la sesión está a punto de producir algo?

—No eres quien la dirige.

La respuesta ya no necesitaba ser discutida. Era una condición real del espacio.

A las diez, entramos en la misma habitación detrás del cristal. La sala polivalente permanecía vacía al otro lado, pero las luces estaban apagadas y el cristal devolvía con mayor claridad nuestros reflejos. Adriana había colocado tres sillas frente al monitor. En la mesa había nueve hojas boca abajo, una por cada segundo del intervalo, aunque las marcas reales no coincidían de forma perfecta con unidades enteras. La organización resultaba teatral: nueve páginas, nueve etapas, una revelación reservada para el final. Decidí no señalarlo. Que la estructura se pareciera a una escena no convertía

automáticamente a quienes estaban dentro en personajes bajo mi autoridad.

—Antes de empezar —dijo Adriana—, quiero que repitas lo que fijamos ayer.

—Vi la señal y comprendí su significado en ese momento.

—¿Qué significaba?

—Que debía sacar a Nadia del agua sin preguntar, esperar ni decidir si podía continuar.

—¿Mantienes esa afirmación?

La memoria de los golpes seguía clara. Podía intentar reducirla a una certeza construida durante el tratamiento, pero la imagen no procedía únicamente de la transcripción. Veía mi cabeza levantándose después del primer sonido y la mano de Nadia produciendo el segundo.

—Sí.

Adriana giró la primera hoja. Contenía un fotograma tomado inmediatamente después del segundo golpe. Nadia aparecía bajo el agua, con los nudillos todavía cerca de la pared transparente. Mi rostro estaba orientado hacia su mano.

—Estamos al final del segundo treinta y dos —explicó—. Acabas de reconocer la señal. ¿Qué esperas que ocurra a continuación?

—Que la saque.

—No te pregunto qué debía ocurrir. ¿Qué esperabas entonces?

—No lo sé.

—¿Qué posibilidades has dado en otras sesiones?

La pregunta invitaba a repetir versiones que después utilizaría para demostrar sus contradicciones. Aun así, negarme solo aplazaría el recorrido.

—Que Nadia intentara salir por sí misma. Que repitiera la señal. Que recuperara la posición y continuara. También dije que quizá el primer golpe me sorprendió y el segundo no bastó para que reaccionara físicamente.

—¿Cuál sostienes hoy?

Miré el fotograma. Nadia todavía estaba controlada. La mano permanecía apoyada contra el lateral y el cuerpo no había perdido la estabilidad.

—Pude esperar un movimiento hacia la superficie.

—¿Por qué, si habíais acordado que tú la sacarías?

—Porque una persona que quiere abandonar el agua suele impulsarse de manera automática.

—¿Y si lo hacía?

—La habría ayudado.

—¿Eso habría cumplido el acuerdo?

—Sí.

Adriana negó con suavidad.

—El acuerdo no era ayudarla si intentaba salir. Era sacarla cuando golpeara.

—El resultado habría sido el mismo.

—No para ella. Habría tenido que iniciar sola la salida después de entregarte el control.

El matiz parecía pequeño hasta que se aplicaba a Nora. Cuando dio la señal en la sala, yo también esperé que hiciera algo más: levantarse, repetirla, mirar a Mauro. La señal nunca terminaba la escena por sí sola. Exigía una acción posterior de quien ya había pedido detenerse.

Adriana giró la segunda hoja. El fotograma correspondía al segundo treinta y tres. Mi mirada estaba sobre el cronómetro.

—¿Por qué miras el tiempo? —preguntó.

—Era parte del ejercicio.

—¿Qué necesitabas saber?

—Cuánto llevaba sumergida.

—Lo sabías aproximadamente.

—El cronómetro existía para ofrecer una medida precisa.

—¿La señal modificaba la importancia del tiempo?

—Sí.

—¿Cómo?

—A partir de los golpes, la duración debía detenerse.

—Entonces mirar el cronómetro podía servir para registrar el momento de la señal.

La explicación apareció con facilidad. Adriana no la rechazó.

—Podía —dijo—. ¿Qué hiciste después de registrarlo?

No respondí. Si la mirada servía únicamente para fijar el instante, debía haber intervenido en cuanto lo comprobé. El cronómetro no necesitaba una segunda consulta cinco segundos más tarde.

—También podía estar comprobando lo cerca que estaba del máximo —añadí.

—¿Para qué?

—Para evaluar la urgencia.

—La señal ya la había establecido.

—La urgencia física.

—¿Por qué necesitabas evaluarla antes de cumplir el acuerdo?

La pregunta eliminaba el uso protector de la cifra. Miré el fotograma otra vez. Mi rostro no mostraba alarma. El cronómetro me ofrecía información para decidir si la señal merecía una intervención inmediata o si todavía existía margen.

—Pensé que treinta y dos segundos no eran peligrosos —dije.

Adriana mantuvo los ojos sobre mí.

—Entonces reconociste la señal y decidiste que el tiempo te autorizaba a no obedecerla todavía.

—No he dicho que fuera una decisión consciente.

—No hace falta que formularas la frase completa. Basta con que la información influyera en la conducta.

Mauro permanecía a mi derecha, sin intervenir. El cristal reflejaba su perfil junto al mío. Ya no podía colocarlo detrás de la cámara ni atribuirle una responsabilidad técnica. Aquella noche no estaba.

La tercera hoja mostraba el segundo treinta y cuatro. Nadia había desplazado la mano hacia el borde superior. Yo me inclinaba sobre el tanque.

—Antes dijiste que podías estar paralizado —señaló Adriana—. ¿Lo mantienes?

—Una persona puede moverse de forma automática durante una parálisis psicológica.

—Sí. ¿Qué parte estaba paralizada?

—La decisión de intervenir.

—¿Y qué decisión gobernó el movimiento de inclinarte?

—Comprobar su estado.

—Eso es una decisión.

—No necesariamente deliberada.

—No te pregunto si redactaste una explicación. Te pregunto por qué acercaste el rostro.

Observé la imagen de Nadia. Sus ojos continuaban abiertos, aunque el fotograma no permitía establecer hacia dónde miraba. Mi cuerpo se acercaba, pero las manos seguían fuera del agua.

—Quería verla mejor.

—¿Qué buscabas?

—Si estaba consciente.

—¿Y qué habría cambiado?

—Si había perdido el conocimiento, la habría sacado de inmediato.

Adriana dejó unos segundos antes de responder.

—Entonces estabas estableciendo una segunda condición después de la señal.

La frase era exacta. Los golpes significaban salir, pero yo había introducido una evaluación posterior: comprobar si estaba consciente. Si lo estaba, podía seguir esperando. Nadia había intentado eliminar esa posibilidad cuando dijo que dos golpes no significaban miedo ni cercanía, sino final.

—También podía estar preparándome para intervenir —dije.

—¿Por qué no acercaste las manos?

—La posición del cuerpo—

—El tanque llegaba a tu cintura. En la grabación posterior introduces los brazos sin cambiar de lugar.

La defensa se derrumbó antes de completarse. Inclinarme no había sido un paso necesario para sacar a Nadia. Era una forma de observar.

Adriana giró la cuarta hoja. Segundo treinta y cinco. Mi boca estaba abierta; la imagen no podía reproducir el sonido.

—El análisis propone que dijiste «aguanta» o «un poco» —recordó—. No vamos a tratar ninguna como certeza. ¿Qué recuerdas?

El sonido aparecía cubierto por el agua y la reverberación de la sala. Podía escuchar mi voz, pero no distinguir las palabras. En algunos recuerdos decía «ya voy»; en otros, «un poco más». La diferencia era inmensa y quizá precisamente por eso mi memoria oscilaba entre ambas.

—No lo sé.

—¿Recuerdas haber hablado?

—Sí.

—¿A Nadia?

—Probablemente.

—¿Podía oírte?

—Había dicho que sí.

—¿Qué clase de frase pronunciarías después de la señal si estabas preparándote para sacarla?

—Podía decirle que esperara.

Mauro levantó la vista.

—¿Por qué pedirle que esperara?

—Mientras introducía las manos.

—Todavía no las moviste —dijo Adriana—. Permanecieron fuera durante cinco segundos más.

—No podía saber cuánto tardaría después.

—No estamos analizando lo que sabías ahora, sino la secuencia.

La imagen de mi boca abierta contenía una instrucción, aunque la palabra exacta siguiera siendo incierta. Había prometido no hablar durante la inmersión. Después de la señal rompí también esa condición.

—Si dije «aguanta», quería que continuara —admití.

Adriana no corrigió.

—Sí.

—Pero no sabemos que lo dijera.

—No.

—Entonces no puede utilizarse.

—La palabra no. El hecho de que hablaste sí.

—Podía estar tranquilizándola.

—¿En lugar de sacarla?

Cada explicación introducía otra tarea antes de cumplir el acuerdo: registrar el tiempo, comprobar la conciencia, observar el rostro, tranquilizarla. Ninguna exigía ocho segundos por sí sola. Juntas los ocupaban por completo.

La quinta hoja correspondía al segundo treinta y seis. Mi mano derecha se apoyaba sobre el borde exterior. Nadia flexionaba el torso bajo el agua.

—Aquí has dicho otras veces que empezaste a intervenir —explicó Adriana—. ¿Lo mantienes?

—Estoy acercando la mano.

—La apoyas sobre el borde.

—Para impulsarme.

—No necesitabas impulsarte. Estabas de pie junto al tanque.

—Para estabilizarme.

—Cuando finalmente la sacas, utilizas ambas manos sin apoyarte.

El fotograma parecía una preparación porque yo necesitaba que lo fuera. También podía mostrar a un hombre que se inclina para observar con mayor comodidad.

—Pude necesitar un segundo para decidir cómo agarrarla —dije.

—Habíais practicado la extracción.

—No en una emergencia.

—La señal no significaba necesariamente una emergencia. Significaba final. No necesitabas esperar a que se transformara en una.

La diferencia volvía a ser fundamental. Yo había convertido la salida en una maniobra de rescate, algo que exigía comprobar pérdida de conciencia, posición y riesgo. El acuerdo pedía mucho menos: ayudarla a salir cuando todavía podía colaborar.

—Si la hubiera sacado en el segundo treinta y tres, quizá no habría ocurrido nada —dije.

—Probablemente.

—Entonces no habría sabido si realmente existía peligro.

—No necesitabas saberlo.

—Para comprender lo ocurrido después, sí.

—Ahora. No entonces.

Adriana giró la sexta hoja. Segundo treinta y siete. La mano de Nadia volvía a moverse hacia la pared, pero no producía un golpe claro.

—Has dicho que esperabas una segunda señal —dijo—. ¿Es este el movimiento que recuerdas?

—Sí.

—Ocurre cinco segundos después de la primera.

—Podía interpretarlo como un intento de repetir.

—Entonces la primera había sido comprendida.

—Sí.

—¿Por qué necesitabas que la repitiera?

—Para confirmar que seguía queriendo salir.

La frase cayó con una simplicidad que la volvió más grave. Nadia había entregado una señal inequívoca y, al no obedecerla, yo había esperado que renovara su petición bajo condiciones cada vez más difíciles.

—¿Creías que podía haber cambiado de opinión? —preguntó Adriana.

—El cuerpo puede atravesar un impulso de salida y recuperar el control.

—¿En menos de cinco segundos?

—Sí.

—¿Y dónde aparece esa recuperación?

Miré el fotograma. Nadia no había recuperado la postura. El torso se flexionaba y la mano buscaba el lateral sin precisión. No había calma, sino una pérdida gradual de control.

—No podía verlo con la claridad de la cámara —dije.

—Estabas más cerca que el objetivo.

—El agua distorsiona.

—Por eso te inclinaste para verla mejor.

La explicación que había utilizado en el segundo treinta y cuatro se volvía contra la defensa actual. Si me acerqué para comprobar su estado, no podía afirmar después que la imagen era demasiado confusa para percibir el deterioro.

—Quizá todavía creía que interpretaba —dije.

Adriana permaneció en silencio un momento.

—¿Qué interpretaba?

—La lucha del personaje.

—Nadia había dado la señal para salir del ejercicio.

—Un actor puede tardar en abandonar una acción física aunque haya decidido terminar.

—Entonces debías ayudarla.

—Sí.

—¿Qué necesitabas ver para aceptar que ya no actuaba?

No encontré una respuesta que no resultara monstruosa. Un movimiento involuntario, la pérdida de estabilidad, la incapacidad de golpear otra vez. Todos eran signos que aparecían cuando la situación ya había avanzado más allá del acuerdo.

—No lo sé.

—¿El peligro?

—Quizá.

—¿La verdad?

La palabra me irritó porque pertenecía a mi lenguaje, utilizada ahora como una acusación.

—No convierta una hipótesis en una confesión.

—Te estoy preguntando si buscabas el momento en que el cuerpo dejaba de obedecer al personaje.

La escena conceptual del ejercicio consistía precisamente en eso: observar cómo la necesidad de aire destruía la habitación imaginada y obligaba al cuerpo a imponerse. Si la sacaba al primer golpe, no sabría qué había desaparecido después ni cómo se transformaba su presencia cuando la ficción dejaba de sostenerse.

—El ejercicio buscaba ese límite —dije.

—¿Y la señal?

—Debía detenerlo antes.

—Pero tú querías llegar hasta él.

—Sí.

Las dos verdades coexistían, aunque solo una podía dirigir mi acción. Había aceptado detener el ejercicio antes de alcanzar aquello que artísticamente me interesaba. Cuando llegó el momento, el interés continuó operando.

Adriana giró la séptima hoja. Segundo treinta y ocho. Mi rostro estaba orientado otra vez hacia el cronómetro.

—¿Qué compruebas ahora? —preguntó.

—El tiempo total.

—¿Por qué?

—Porque se acercaba a cuarenta.

—Entonces no estabas paralizado.

—Ya hemos establecido que podía moverme.

—Tampoco estabas únicamente preparando la extracción. Volviste a obtener información.

—Necesitaba saber si alcanzábamos el límite máximo.

—¿Para qué, si la señal ya había terminado la prueba seis segundos antes?

No había respuesta distinta de la más evidente: porque el límite que yo consideraba válido seguía siendo el cronómetro, no la señal de Nadia. Los cuarenta segundos pertenecían al diseño del ejercicio y a mi autoridad como director. Los golpes pertenecían a ella. Durante la espera, elegí la medida que conservaba mi control.

—Quería ver si llegaba a cuarenta —dije.

Mauro se movió en su silla. Adriana no apartó la mirada.

—¿Por qué?

—Porque era el tiempo acordado como máximo.

—Ya no era relevante.

—Para el ejercicio sí.

—El ejercicio había terminado.

La frase quedó entre nosotros. No existía una formulación capaz de convertir los golpes en una pausa sin admitir que yo había decidido prolongar el trabajo más allá de su final.

La octava hoja mostraba el segundo treinta y nueve. El hombro derecho de Nadia descendía y el cuerpo perdía estabilidad. Yo continuaba fuera del agua, aunque la posición empezaba a cambiar.

—Aquí dices que comprendiste el peligro —señaló Adriana.

—Sí.

—¿Qué viste?

—Que no mantenía la postura.

—¿Y qué significaba?

—Que podía estar perdiendo el conocimiento.

—¿Hasta entonces creías que no había riesgo?

—Creía que podía salir por sí misma.

—Después de pedirte ayuda.

—Sí.

—¿Creías que seguía actuando?

—No lo sé.

—Si seguía actuando, ¿por qué te incorporaste?

—Porque empezó a perder el control.

—Entonces reconociste que ya no era actuación.

—Sí.

—¿Y si estabas paralizado, qué cambió exactamente?

—El peligro se volvió evidente.

—No estabas paralizado. Estabas esperando una condición distinta de la señal.

La formulación unía los segundos anteriores. No había quedado incapaz de actuar. Había mantenido la capacidad de mirar, medir, acercarme, hablar y evaluar. Solo no ejecuté la acción prometida porque aún no consideraba suficiente la información que Nadia me había dado.

—Sí —dije.

La palabra no produjo alivio.

Adriana giró la novena hoja. Había elegido un fotograma entre el segundo cuarenta y el cuarenta y uno. Mi torso se elevaba, las manos abandonaban el borde y empezaban a dirigirse hacia el agua. Nadia descendía ligeramente, ya sin una postura controlada.

—Aquí intervienes —dijo.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Porque comprendí que estaba inconsciente.

—¿Lo estaba ya?

—No puedo saber el momento exacto.

—¿Qué viste?

—La pérdida de estabilidad. El hombro. La mano.

—¿Qué diferencia había entre esos signos y los dos golpes?

—Los golpes expresaban una decisión. Esto mostraba un peligro físico.

Adriana mantuvo el silencio. La respuesta contenía por fin la jerarquía que había dirigido mi conducta. La decisión de Nadia no me bastó. Necesité que su cuerpo demostrara el peligro.

—¿Qué acuerdo habíais establecido? —preguntó.

—Que la decisión bastaba.

—¿Y qué criterio utilizaste?

—El peligro.

—¿Quién lo evaluaba?

—Yo.

—¿Quién había pedido que no lo hicieras?

—Nadia.

—¿Y quién decidió hacerlo de todas formas?

No respondí inmediatamente. No porque desconociera la palabra, sino porque decirla eliminaba la posibilidad de atribuir la espera a una confusión compartida entre el agua, el sonido y el tiempo.

—Yo.

Adriana dejó las nueve hojas alineadas sobre la mesa. La secuencia completa ocupaba menos de un metro: la señal, el cronómetro, la inclinación, la frase, la mano en el borde, el segundo movimiento de Nadia, otra mirada al tiempo, la pérdida de estabilidad y la intervención. La espera no era una habitación oscura. Tenía una arquitectura clara.

—Quiero revisar tus explicaciones —dijo—. No para decidir cuál es falsa, sino para ver cuáles pueden coexistir.

Señaló el primer fotograma.

—Si no reconociste la señal, no podías pensar que Nadia aún podía continuar después de darla.

—La reconocí.

—Si estabas paralizado, no podías mirar dos veces el cronómetro, inclinarte, hablar y evaluar su estado.

—No estaba paralizado físicamente.

—Tampoco mentalmente, si estabas tomando decisiones sobre lo que veías.

—Podía sentir un bloqueo respecto a la intervención.

—Eso no es parálisis. Es una dificultad para actuar según el acuerdo mientras seguías actuando de otras formas.

La precisión importaba. Llamar parálisis a la espera la convertía en una ausencia de capacidad. Hablar de dificultad permitía reconocer que la capacidad existía y que otra motivación la estaba deteniendo.

Adriana señaló el movimiento de Nadia en el segundo treinta y siete.

—Si creías que todo era interpretación, la señal carecía de sentido desde el principio.

—Podía pensar que el miedo había aparecido dentro del ejercicio.

—Precisamente por eso habíais acordado no interpretarlo.

—Sí.

—Si estabas preparándote para rescatarla desde el segundo treinta y cuatro, no se explica que volvieras a mirar el cronómetro en el treinta y ocho.

—No.

—Y si no sabías que existía peligro, no se explica que necesitaras comprobar su conciencia antes de obedecer una señal que no exigía peligro.

—No.

Cada negación retiraba una defensa sin ofrecer todavía una formulación positiva.

—Entonces ¿qué queda? —pregunté.

Adriana no respondió por mí.

Miré las hojas. Había reconocido la señal. El cronómetro me indicó que Nadia llevaba treinta y dos segundos, una duración que yo no consideraba peligrosa ni suficiente para completar el ejercicio. Me acerqué para observar. Quizá le pedí que aguantara o que esperara. La vi moverse otra vez y, en lugar de interpretar el gesto como una repetición innecesaria de su decisión, esperé a que el cuerpo demostrara algo que ella había querido evitar tener que demostrar. Volví a mirar el tiempo porque los cuarenta segundos continuaban siendo mi verdadero límite. Solo intervine cuando la

pérdida de estabilidad convirtió el peligro en una evidencia que ya no podía subordinarse al resultado.

—Evalué —dije.

—Sí.

—No sabía que estaba inconsciente.

—No hasta el final.

—No quería que muriera.

—No.

—Creía que todavía tenía margen.

—Probablemente.

—Entonces no elegí su muerte.

—Nunca hemos dicho que lo hicieras.

La respuesta me dejó sin el adversario que necesitaba. Si nadie afirmaba que había querido matar a Nadia, demostrar la ausencia de intención homicida no explicaba los nueve segundos. El problema era más pequeño y, por eso, más difícil de convertir en una monstruosidad ajena: durante un intervalo breve, elegí la continuidad del ejercicio por encima de la señal de una persona que había confiado en mí.

—Elegí darle más tiempo —dije.

Adriana no corrigió.

—Sí.

—Al ejercicio.

—Sí.

—Porque pensé que podía soportarlo.

—Sí.

—Y me equivoqué.

La formulación todavía presentaba la muerte como un error de cálculo. Adriana lo advirtió.

—¿Qué habías prometido hacer aunque pensaras que podía soportarlo?

—Sacarla.

—Entonces el problema no fue solo que evaluaras mal su capacidad.

—Fue que evalué algo que había prometido no evaluar.

—Sí.

Mauro seguía junto a mí, pero no me miraba. Observaba las nueve hojas como si también hubiera necesitado verlas alineadas para comprender la forma exacta de la espera.

—¿Cuánto tiempo pasó para mí? —pregunté.

Adriana pareció no entender.

—¿Qué quieres decir?

—Desde la señal hasta que decidí moverme. ¿Pudo parecer menos?

—No podemos saberlo.

—La concentración altera el tiempo.

—Sí.

—Entonces es posible que no sintiera nueve segundos.

—Es posible.

La concesión no me protegía tanto como esperaba.

—Pero ocurrieron —añadió—. Y durante ellos realizaste varias acciones. Que tu percepción los comprimiera no elimina las oportunidades de cumplir el acuerdo.

Miré el monitor apagado. Nueve segundos vistos desde fuera parecían largos. Bajo el agua, con la necesidad de aire cerrando cada pensamiento, debían de expandirse de otra manera. Nadia no tenía fotogramas, explicaciones ni un cronómetro visible. Tenía dos golpes y una promesa.

—Quiero contar nueve segundos —dije.

Adriana no activó ningún aparato. Miró el reloj de pared y asintió.

Cerré los ojos. Ella dijo «ahora».

No intenté imaginar el agua. Conté sin pronunciar los números, procurando que cada segundo ocupara su duración real. Antes de llegar al tercero, sentí el impulso de abrir los ojos. En el quinto, el silencio ya exigía una explicación. Cuando Adriana dijo «fin», había tenido tiempo de pensar en Nadia, en Nora, en Mauro y en la trabajadora que había aparecido en mi puerta durante la noche. Nueve segundos podían contener una duda. También podían contener su corrección, sobre todo cuando la acción necesaria había sido establecida de antemano.

Abrí los ojos.

—Otra vez —dije.

—No es necesario.

—Para mí sí.

Adriana aceptó. Esta vez miré las nueve hojas mientras transcurría el intervalo. La señal permanecía en la primera. En el segundo fotograma yo ya había consultado el tiempo. En el tercero me acercaba. En el cuarto hablaba. No había esperado nueve segundos antes de empezar a reaccionar; había reaccionado durante los nueve segundos de una manera que prolongaba el ejercicio.

Cuando Adriana indicó el final, apoyé las manos sobre las piernas.

—No me quedé quieto —dije.

—No.

—Tampoco perdí la capacidad de decidir.

—No.

—Decidí varias cosas.

—Sí.

—Mirar el tiempo. Comprobar su estado. Esperar otro gesto.

—Sí.

—Y no decidí sacarla hasta que vi que perdía el control.

—Sí.

La secuencia no necesitaba una palabra más grave. Decisión bastaba.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté.

—Descansamos.

—No.

Mauro levantó la cabeza.

—Has acordado que ella dirige la sesión.

—No estoy negándome. Quiero terminar la respuesta.

Adriana esperó.

—Durante meses preguntasteis por qué esperé —continué—. Creo que la pregunta estaba mal formulada.

—¿Cómo debería formularse?

—No esperé una sola cosa. Esperé varias confirmaciones. Que repitiera la señal, que intentara salir, que el cuerpo mostrara peligro, que el cronómetro llegara al límite. Cada confirmación sustituyó a la

anterior porque ninguna me parecía suficiente mientras el ejercicio todavía podía ofrecer algo.

Adriana no escribió. La grabadora recogía la frase, pero ella permanecía presente, sin convertir el momento en una nota antes de que terminara.

—¿Qué podía ofrecer? —preguntó.

—El instante en que dejaba de actuar.

—¿Y la señal no demostraba ya que había dejado de hacerlo?

—Demostraba que quería terminar.

—¿No era suficiente?

—Debía haberlo sido.

—No te pregunto qué debía ocurrir. Te pregunto por qué no lo fue.

La respuesta estaba en la curiosidad, aunque la palabra parecía demasiado inocente. También había ambición, necesidad de control y el deseo de demostrar que mi método alcanzaba una verdad que la prudencia de Nadia, Marina y la producción intentaba impedir. Sin embargo, ninguna de esas motivaciones exigía que quisiera hacerle daño. Bastaba con que, durante nueve segundos, su seguridad ocupara un lugar inferior a la necesidad de comprobar qué ocurriría si continuábamos.

—Porque quería verlo —dije.

—¿Qué?

—Lo que venía después del miedo. El momento en que el cuerpo dejaba de sostener la escena y aparecía algo que no podía fingirse.

—¿Aunque Nadia había pedido salir antes?

—Sí.

La palabra resultó más difícil que todas las anteriores. No contenía una intención de muerte, pero reconocía la elección que la había hecho posible.

Adriana recogió las hojas una por una, manteniéndolas en el mismo orden.

—Terminamos por hoy.

Esta vez no discutí. Mauro guardó la transcripción en la funda y me preguntó si podía caminar. Asentí. Las piernas estaban firmes,

aunque el cuerpo parecía haber permanecido mucho más tiempo dentro de la habitación.

Al salir, miré la sala al otro lado del cristal. No había agua, actores ni una cámara preparada para registrar un experimento. Solo sillas apiladas y la tarima vacía. Durante meses había necesitado que aquel espacio reprodujera el pasado porque creía que la repetición podía ofrecer una respuesta distinta. Ahora comprendía que la conducta se había repetido precisamente porque yo seguía buscando una diferencia que me permitiera esperar un poco más.

Regresamos a la planta. Mauro caminó a mi lado, sin sujetarme. Cuando llegamos a la habitación, dejó la funda dentro del cajón y cerró con una llave pequeña.

—Creía que podía conservarla —dije.

—Hoy no.

—No voy a discutirlo.

Mauro mantuvo la mano sobre la llave.

—¿Qué necesitas?

—Dormir.

—¿Quieres medicación adicional?

—No.

—De acuerdo.

Se dirigió hacia la puerta. Antes de que saliera, pregunté:

—¿Tú creías que estaba intentando encontrar una forma de salvarme?

Mauro se volvió.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Creo que estabas intentando encontrar una forma de que las dos cosas fueran ciertas: que respetabas la señal y que podías esperar. No pueden serlo.

—No.

—¿Vas a recordar eso mañana?

La pregunta no era cruel. Nuestra historia justificaba la duda.

—No lo sé.

—Entonces lo hemos grabado.

—Una grabación no obliga a nadie a aceptar lo que dijo.

—No. Pero puede impedir que asegures que nunca lo dijiste.

Mauro salió y dejó la puerta abierta.

No dormí de inmediato. Me tumbé, observando la pulsera alrededor de la muñeca y escuchando los pasos del corredor. La sesión regresó varias veces, pero ya no como una secuencia fragmentada. La señal no había abierto un vacío. Había iniciado una evaluación. Miré el tiempo, observé a Nadia, esperé otra confirmación y mantuve el ejercicio en marcha hasta que el cuerpo produjo una evidencia más fuerte que su decisión.

No había esperado porque no comprendiera.

No había esperado porque estuviera paralizado.

Tampoco porque creyera que los golpes no significaban nada.

Había entendido lo que Nadia pedía y, durante nueve segundos, consideré que todavía podía decidir algo distinto.

No esperé porque no supiera qué estaba pasando. Esperé para ver qué ocurría después.

Capítulo 14

Santa Elvira

Un edificio no cambia cuando uno aprende su nombre. Las paredes permanecen donde estaban, las puertas conservan el mismo peso y la luz continúa entrando por ventanas que no necesitan saber cómo las llamamos. Lo que cambia es la clase de conducta que cada espacio permite. Una habitación puede parecer un camerino mientras nadie exige que se reconozca la cama fijada al suelo, el espejo irrompible y la ausencia de cerradura interior; una cabina puede confundirse con un puesto de control técnico hasta que se observa el pulsador de alarma y el archivador donde se registran crisis, medicación y salidas; una sala con tarima puede convertirse en escenario porque alguien coloca una silla bajo un foco, aunque la misma tarima sirva al día siguiente para un taller de movilidad, una reunión familiar o una actividad donde nadie interpreta nada. El error no estaba en haber visto teatro dentro de Santa Elvira. El error consistía en utilizar esa semejanza para negar todo lo que el edificio intentaba decirme.

Adriana llegó después del desayuno acompañada por Mauro. No traían carpetas ni el ordenador portátil. Ella vestía una chaqueta gris sobre una camisa sencilla y llevaba una tarjeta con su nombre, fotografía y especialidad. Mauro había cambiado el uniforme azul oscuro por otro más claro, quizá porque su turno pertenecía a una sección diferente o porque yo empezaba a observar detalles que antes quedaban ocultos bajo la función que le asignaba. Ambos permanecieron en el umbral hasta que terminé la medicación.

—Hoy no veremos grabaciones —dijo Adriana—. Quiero recorrer contigo Santa Elvira.

—Ya la conozco.

—Conoces una versión.

—Todas lo son.

—Entonces veremos qué versión puedes sostener hoy sin utilizarla para borrar las demás.

Mauro llevaba una carpeta fina bajo el brazo. No era la de medicación ni la que contenía los registros de las sesiones. En la portada figuraban mi nombre y una frase impresa: Programa de orientación y reconstrucción contextual.

—¿Otra evaluación? —pregunté.

—No exactamente —respondió Adriana—. El recorrido forma parte del tratamiento, pero no necesitas demostrar que recuerdas cada lugar. Puedes detenerte, discutir una denominación y reconocer una asociación. Lo que no haremos es permitir que una asociación sustituya la función real.

—¿Y quién decide cuál es real?

—La que puede verificarse fuera de tu experiencia individual.

La respuesta no negaba mi percepción, pero establecía un criterio que no dependía solo de mí. Me puse la chaqueta. Mauro comprobó que la pulsera estuviera cerrada y abrió la puerta.

La primera parada fue mi habitación.

Adriana permaneció en el corredor mientras yo entraba con Mauro. No había ningún cambio físico respecto a la mañana anterior. La cama estrecha, la mesa fijada a la pared, el armario, la ventana limitada a diez centímetros y el espejo de material pulido seguían allí.

—¿Cómo la llamaste al principio? —preguntó ella.

—Residencia para artistas.

—Después, camerino —añadió Mauro.

—Nunca dije que fuera un camerino convencional.

—Dijiste que el teatro había adaptado habitaciones para alojar al equipo —respondió Adriana—. ¿Qué ves ahora?

La pregunta parecía infantil, pero no pedía que enumerara objetos. Exigía que aceptara la relación entre ellos.

—Una habitación de hospital.

—¿Qué lo demuestra?

—La cama, la ventana, la puerta, la pulsera, los horarios y que alguien comprueba si tomo la medicación.

—¿También podría utilizarse como alojamiento para una residencia artística?

—Sí.

Mauro me miró, quizá esperando que la coexistencia se convirtiera otra vez en una defensa.

—Pero no lo es —añadí—. No aquí.

Adriana anotó algo en la carpeta.

—¿Qué significa «no aquí»?

—Que la posibilidad abstracta no modifica la función comprobable. Estoy ingresado. La habitación forma parte de una unidad de hospitalización.

Pronunciarlo dentro del espacio produjo una sensación distinta de leerlo en la pulsera. La palabra ingresado no pertenecía ya a un documento. Explicaba por qué no podía abandonar el edificio cuando quisiera, por qué la puerta carecía de cerradura y por qué los objetos habían sido elegidos para impedir que alguien pudiera dañarse durante una crisis.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Adriana.

—Quince meses y algo.

—Quince meses y tres semanas —precisó Mauro.

La cifra seguía pareciendo imposible. Miré el armario. La ropa de distintas estaciones ocupaba los estantes: jerséis, camisetas, un abrigo, pantalones ligeros. Había interpretado aquellas prendas como parte de maletas llevadas durante visitas sucesivas. En realidad, demostraban que había atravesado un invierno, una primavera, un verano y otro invierno dentro de Santa Elvira.

—¿Quién trajo la ropa? —pregunté.

—Tu madre y tu hermano, al principio —respondió Mauro—. Después algunas cosas se compraron con ellos o durante salidas acompañadas.

La imagen de una mujer guardando prendas dentro de una maleta regresó. No era una ayudante de vestuario ni una empleada de la producción. Mi madre había doblado la camisa que Mauro llevó a la entrevista formal. Recordé sus manos alisando el cuello, el intento de no llorar y una frase que yo había interpretado como una crítica al montaje: «No conviertas esto en otra cosa». Probablemente hablaba del ingreso.

—¿Cuándo vinieron por última vez?

Adriana intercambió una mirada con Mauro.

—Tu hermano, hace dos semanas. Tu madre, hace un mes.

—No los vi.

—Sí —dijo Mauro—. Estuvisteis en la sala de visitas. Después afirmaste que eran inversores enviados para comprobar si seguías en condiciones de estrenar.

La memoria ofreció una mesa redonda, una mujer mayor frente a mí y un hombre de pie junto a la ventana. Mi madre preguntaba si sabía quién era; yo respondía que no necesitaba repetir el reparto familiar dentro de una reunión de producción. Mi hermano intentaba hablar de la casa, de facturas y de los abogados. Yo había interpretado todo como una negociación sobre derechos.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Tu madre tuvo que salir —respondió Adriana—. Tu hermano permaneció unos minutos más. Le dijiste que, si quería un papel, debía dejar de fingir que era familia.

La frase se parecía a mí y, al mismo tiempo, a un hombre que ya no sabía quién tenía delante. No sentí una culpa limpia. Apareció primero la necesidad de explicar que no los reconocía, que no había pretendido herirlos y que mi respuesta nacía de una estructura delirante. Después comprendí que la explicación no modificaba el efecto.

—¿Volverán?

—Cuando estés preparado y ellos quieran —dijo Adriana.

No prometió una reunión próxima ni convirtió el reconocimiento en una recompensa. Salimos de la habitación.

Recorrimos el pasillo de la planta. Las puertas que yo había considerado alojamientos de actores mostraban pequeñas placas con números, dispositivos de observación y, en algunos casos, nombres retirables colocados por dentro. Una mujer pasó junto a nosotros acompañada por una auxiliar. La había visto caminar alrededor de una columna durante los primeros días y pensé que ensayaba una secuencia física. Ahora llevaba una pelota blanda entre las manos y la auxiliar le indicaba cómo presionarla cuando aparecía el temblor.

—La mujer de la columna —dije.

—Celia —respondió Mauro—. Tiene permiso para que conozcas su nombre porque habéis compartido actividades.

—Pensé que trabajaba movimiento.

—Participaba en un ejercicio de regulación sensorial.

La acción era la misma. Cambiaba el propósito. Celia podía haber producido una imagen teatral sin que eso la convirtiera en actriz ni me autorizara a incorporarla a una obra.

En la sala común, el televisor estaba encendido sin sonido. Dos hombres jugaban a las cartas; una mujer leía cerca de la ventana. La disposición se parecía a una espera entre ensayos porque toda espera colectiva puede adquirir esa forma cuando alguien observa desde fuera. Adriana me pidió que nombrara el espacio.

—Sala común de la unidad.

—¿Qué función tiene?

—Comer fuera del horario del comedor, ver televisión, leer, recibir algunas actividades y estar con otras personas.

—¿Escenario?

—Puede ocurrir algo que parezca una escena.

—No te he preguntado eso.

—No. No es un escenario.

La respuesta no destruyó la posibilidad estética. Solo limitó la autoridad que podía derivar de ella.

Nos detuvimos junto a la pared donde varios horarios estaban fijados bajo una cubierta de plástico. Había talleres, entrevistas médicas, visitas, actividades físicas, grupos terapéuticos y salidas acompañadas. Durante meses había interpretado aquellas hojas como planes de ensayo y calendarios de producción.

Mi nombre figuraba en varias casillas. Orientación, psicoterapia individual, reconstrucción audiovisual, seguimiento farmacológico, grupo suspendido. En la parte inferior aparecía una anotación: Sin acceso autónomo a sala polivalente ni archivo.

—Antes decía «ensayo con elenco» —afirmé.

Mauro abrió la carpeta y mostró una fotografía de un horario anterior. Las palabras impresas eran las mismas que ahora. Al lado, escritas con mi letra, aparecían correcciones: «ensayo», «reparto», «reunión de producción», «prueba técnica».

—No cambiábamos el horario —dijo—. Lo cambiabas tú.

Recordé haber añadido palabras sobre las hojas, convencido de que alguien utilizaba terminología clínica para ocultar el verdadero trabajo. En algunas ocasiones debieron de retirar el documento y colocar otro. Yo interpretaba esa sustitución como censura.

—¿Por qué permitieron que siguiera escribiendo?

—No siempre lo permitíamos —respondió Adriana—. Cuando retirábamos los horarios, asegurabas que intentábamos cancelar la función. Durante periodos más estables, eras capaz de mantener ambas denominaciones y asistir a las actividades reales. El problema aparecía cuando la palabra teatral cambiaba también las reglas que creías aplicables.

Continuamos hasta el comedor. Las mesas, bandejas y recipientes de mantequilla seguían teniendo el mismo aspecto. No había una zona reservada para actores ni una cocina de producción. Un cartel indicaba normas alimentarias, alergias y horarios. En una esquina, un trabajador comprobaba que varias personas terminaran el desayuno antes de tomar la medicación.

—Aquí conocí al grupo —dije.

—Aquí ya conocías a la mayoría —corrigió Mauro—. El supuesto primer desayuno ocurrió después de meses compartiendo espacios.

—¿Nora se sentaba siempre junto a la ventana?

—A menudo.

—¿Y Teresa escribía?

—Era una tarea de su tratamiento. Registraba pensamientos automáticos y situaciones que le generaban ansiedad.

Yo había convertido la libreta en un cuaderno de actriz. Cada observación terapéutica podía leerse como una preparación de personaje, pero el sentido pertenecía a Teresa, no a mi necesidad de organizarla.

—¿Samuel sigue aquí? —pregunté.

—Sí —respondió Adriana—. Ha pedido no coincidir contigo durante un tiempo.

—¿Lo de los nueve segundos lo oyó en una sesión anterior?

—Sí. Se habló delante del grupo cuando tú mismo introdujiste la cifra.

No había existido una filtración misteriosa. Samuel la conocía porque yo la había pronunciado y después olvidado.

—¿Y Darío?

—Ha pasado a un programa externo durante el día.

—¿Julia?

—Continúa en otra unidad.

Adriana respondió solo a información general autorizada. No mencionó diagnósticos ni episodios privados. Después del archivo, entendía mejor por qué cada respuesta necesitaba esos límites.

Salimos del comedor y bajamos por la escalera principal. En el rellano había una placa grande con el nombre completo del centro:

HOSPITAL SANTA ELVIRA

UNIDAD DE PSIQUIATRÍA Y REHABILITACIÓN PSICOSOCIAL

La había visto muchas veces. En mi recuerdo, una franja de papel cubría parte del texto durante la primera visita. Ahora comprendía que quizá yo mismo la había colocado.

—¿Quién tapó «hospital»? —pregunté.

Mauro abrió otra sección de la carpeta. Mostró una fotografía donde aparecía yo pegando una tira blanca sobre la placa mientras él observaba desde varios metros.

—Tú —dijo—. La primera vez utilizaste cinta médica. Después papel. Cuando la retirábamos, volvías a colocar algo.

—¿Por qué no me detuviste?

—Lo hice muchas veces. La última, Adriana decidió dejarla unos días porque estabas dispuesto a salir de la habitación si no veías la palabra hospital.

—Adaptasteis el edificio a la ficción.

—Adaptamos un estímulo —respondió Adriana—. No cambiamos los registros, la medicación, las puertas ni la información ofrecida cuando preguntabas directamente. Aceptamos que llamaras centro de creación a Santa Elvira durante algunas fases porque esa metáfora te permitía participar.

—No era solo una metáfora para mí.

—Lo sé. Esa fue nuestra equivocación. Creímos que podríamos utilizar tu lenguaje sin reforzar la estructura completa.

La admisión no convertía el programa en una conspiración. Mostraba algo más incómodo: habían tomado una decisión clínica, observado resultados parciales y tardado demasiado en reconocer que la ambigüedad también me permitía conservar la autoridad del director.

—¿Quién supervisó el programa? —pregunté.

—Un equipo externo revisó varias etapas —dijo Adriana—. También hubo consultas legales y con el comité de ética después de los primeros incidentes.

—¿Aprobaron que utilizaran pacientes?

—Aprobaron una intervención grupal voluntaria con dramatización y supervisión. No aprobaron que el vínculo con Nora alcanzara el nivel que alcanzó ni que se repitieran ciertas sesiones después de las primeras señales de daño.

—Entonces se desviaron.

—Sí.

—Como yo me desvié del ensayo autorizado con Nadia.

Adriana no rechazó la comparación.

—Existe una semejanza —respondió—. También diferencias importantes.

—Protocolos, equipo, capacidad de detenerse.

—Y la obligación de revisar el daño aunque el resultado pareciera útil.

—Lo revisaron tarde.

—Sí.

La igualdad perfecta que podía haber utilizado para absolverme se rompía en los matices, pero la semejanza permanecía como una responsabilidad que Santa Elvira tendría que asumir sin utilizar mi conducta para disminuir la suya.

Llegamos al vestíbulo principal.

Yo había atravesado aquel espacio muchas veces, aunque en mi memoria apenas existía. Había columnas de piedra, un mostrador de recepción, sofás de vinilo, una máquina de café y dos puertas de cristal que daban al exterior. Desde dentro podía verse la calle, los árboles y una parada de autobús. No había una salida de artistas, un acceso técnico ni carteles anunciando una producción. Las personas

entraban con documentación, bolsas de ropa, flores o paquetes. Algunas preguntaban por pacientes. Otras esperaban a médicos o trabajadores sociales.

Me acerqué a las puertas. Se abrían mediante un pulsador controlado desde recepción. Una mujer mostró una tarjeta, el personal comprobó su autorización y la dejó salir.

—¿Puedo atravesarlas? —pregunté.

—Con permiso y acompañamiento, sí —respondió Adriana—. Has realizado varias salidas.

—No las recuerdo.

—Algunas sí. Fuiste a una cafetería, a una librería y a una revisión médica externa. Durante una salida intentaste marcharte solo porque creías que debías reunirte con la compañía en otro teatro.

—¿Me detuvo Mauro?

—Yo no estaba —dijo él—. Te acompañaban otros dos profesionales.

—¿Qué ocurrió?

—Entraste en un taxi —respondió Adriana—. El conductor llamó a la policía porque no sabías dar una dirección y llevabas la pulsera del centro. Regresaste esa misma tarde.

La imagen apareció: el asiento trasero, una ciudad que parecía desconocida y el taxista preguntando varias veces adónde debía llevarme. Yo insistía en que el teatro estaba en el centro, sin recordar el nombre ni la calle. La pulsera que después arranqué había permitido identificarme.

—¿Mi familia vino a buscarme?

—Tu hermano llegó mientras regresabas —dijo Mauro—. No quisiste verlo.

El vestíbulo contenía otras escenas perdidas. Mi madre esperando junto a una columna, abogados entregando documentos, un médico explicando una prórroga del ingreso, llamadas a la familia de Nadia rechazadas por sus representantes. No habían ocurrido en hoteles, oficinas de producción ni juzgados secretos. Habían pasado allí, bajo la placa de Santa Elvira.

Adriana nos condujo a una sala de visitas cercana. Había mesas redondas, sillas de plástico y dibujos colocados en una pared. No era el despacho de inversores que yo recordaba.

—Aquí hablaste con tu abogado después de que se cerrara la investigación penal —explicó.

—¿Se cerró?

—Sí.

—¿Por qué?

—No se consideró que hubiera pruebas suficientes para sostener una acusación penal por la muerte de Nadia. Hubo responsabilidad civil, reclamaciones y acuerdos posteriores, pero no una condena.

La información no era completamente nueva. Debía de haberla conocido y transformado muchas veces. Una parte de mí intentó utilizarla de inmediato: si no había delito probado, la muerte podía seguir llamándose accidente y los nueve segundos no tenían una consecuencia jurídica definitiva.

—Eso no significa que no hiciera nada —dije antes de que Adriana pudiera intervenir.

Ella asintió.

—No.

—¿La familia aceptó un acuerdo?

—Sí.

—¿Firmé?

—Tu representación legal y tú, durante un periodo en que comprendías el contenido.

—¿Qué reconocía?

—Responsabilidad civil por realizar una actividad no autorizada, incumplir las medidas de seguridad y demorar la intervención después de la señal.

La palabra demorar figuraba también fuera del tratamiento. No era una construcción clínica ni una interpretación moral posterior.

—¿Conserváis el documento?

—Sí. Lo veremos cuando corresponda.

—¿Por qué no ahora?

—Porque hoy estamos trabajando el lugar, no la responsabilidad legal.

La distinción evitaba que cada recorrido se convirtiera en una inundación de pruebas. Antes la habría interpretado como control dramatúrgico. Ahora podía reconocer también una forma de no mezclar demasiadas capas a la vez.

—¿Y las llamadas? —pregunté—. ¿Llamé a la familia de Nadia?

—Muchas veces —respondió Mauro—. Algunas desde teléfonos del centro. Otras pediste que las hicieran tus abogados.

—¿Contestaron?

—Una hermana habló contigo una vez.

La memoria ofreció una voz femenina, una conversación breve y una frase que yo había atribuido a una actriz rechazada: «No quiero que conviertas su muerte en lo último que diriges». Quizá la hermana de Nadia había dicho exactamente eso.

—¿Qué respondí?

Adriana consultó la carpeta.

—Dijiste que nadie podía prohibirte terminar una obra que Nadia había iniciado contigo.

La frase resultaba coherente con la ficción de Santa Elvira. Había convertido incluso el duelo de su familia en una disputa de derechos artísticos.

—¿Volví a llamarla?

—Sí. Después bloqueó el contacto.

No existía una respuesta que corrigiera esas llamadas. Podía alegar que no comprendía mi estado o que buscaba explicar lo ocurrido, pero la familia de Nadia había tenido que protegerse de mi necesidad de continuar hablando.

Salimos de la sala de visitas y atravesamos el vestíbulo hasta la zona administrativa. Pasamos junto al archivo donde había leído los expedientes. La puerta estaba cerrada. No sentí el impulso de entrar, aunque miré la tarjeta de Mauro por reflejo.

—¿Qué hay en el despacho sin rótulo? —pregunté.

—Trabajo social —respondió Adriana—. Allí se coordinan las altas, residencias, ayudas y contacto con las familias.

—¿Nora estuvo allí antes de marcharse?

—Sí.

No pregunté más. La información ya no me pertenecía.

La siguiente parada fue el despacho de Adriana.

Lo había interpretado como oficina de producción porque las carpetas, horarios y condiciones parecían pertenecer a una persona encargada de sostener el proyecto. Ahora vi títulos médicos en la pared, manuales de psiquiatría, un ordenador conectado al sistema del hospital y fotografías familiares colocadas en un estante. Había una vida fuera de Santa Elvira que yo nunca había intentado imaginar.

—¿Tienes hijos? —pregunté.

La pregunta la sorprendió.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos.

—No sabía nada de ti.

—Sabías algunas cosas. Después dejabas de recordarlas o decías que eran una biografía preparada para que pareciera psiquiatra.

El mecanismo había eliminado cualquier dato que contradijera su función dentro de mi obra. Una productora podía existir solo cuando negociaba conmigo. Una mujer con hijos, horarios, cansancio y una vida fuera del edificio resultaba más difícil de reducir.

—¿Cuánto tiempo llevas tratando casos como el mío?

—Más de quince años.

—¿Habías utilizado teatro antes?

—Psicodrama, dramatización y exposición narrativa, sí. No una estructura tan extensa ni con este grado de ambigüedad.

—Entonces también quisiste ver qué ocurría después.

Adriana sostuvo mi mirada.

—Sí.

No se defendió.

—¿Y valió la pena?

—No puedo responder sin incluir a quienes resultaron dañados. El programa permitió que recordaras hechos importantes, pero también reforzó partes de tu delirio, expuso a pacientes vulnerables y repitió una relación de poder que debíamos ayudarte a reconocer, no ofrecerte de nuevo.

—Un resultado y un daño.

—Sí.

—¿Cómo decides cuál pesa más?

—No lo decido sola. Se revisa, se informa, se escucha a quienes participaron y se modifica o detiene la intervención.

—Pero la decisión original fue tuya.

—En parte.

—¿Y te consideras responsable?

—Sí.

La palabra no produjo una equivalencia perfecta con Nadia, porque Adriana no había esperado a que alguien perdiera el conocimiento para intervenir, pero mostraba una diferencia esencial entre nuestras conductas presentes. Ella podía reconocer responsabilidad sin convertirla de inmediato en una excepción que mantuviera el método intacto.

—¿Por qué no me dijiste antes que te habías equivocado? —pregunté.

—Lo hice. Tú respondías que todo productor duda antes del estreno y que mi culpa demostraba que la obra empezaba a funcionar.

La ficción absorbía incluso las críticas dirigidas contra ella. Todo se convertía en evidencia a favor de la misma estructura.

Adriana abrió un cajón y sacó varios documentos. No me los entregó. Los colocó sobre la mesa en orden.

—Estos son los informes de revisión del programa, las reclamaciones de dos participantes, una declaración de Nora y las respuestas del equipo. No los veremos hoy. Quiero que sepas que existen y que el tratamiento no elimina nuestra obligación de responder.

—¿Nora presentó una reclamación?

—Sí.

—¿Contra mí?

—Contra el programa y contra algunas decisiones del equipo. También describe conductas tuyas.

—¿Puedo leerla?

—Solo las partes que ella autorice.

Asentí. Antes habría afirmado que cualquier documento donde apareciera mi nombre me pertenecía. Ahora la presencia de mi conducta dentro de la historia de Nora no eliminaba que la historia siguiera siendo suya.

Continuamos hacia la zona médica. El despacho donde me habían entrevistado varias veces mostraba un tensiómetro, material de exploración, un armario de medicación y una camilla plegable. La jarra, los pañuelos y las fotografías habían hecho que yo lo percibiera como oficina de negociación, pero todos los objetos clínicos estaban allí desde el principio.

—¿Las pastillas para las migrañas? —pregunté.

Mauro abrió la carpeta.

—Nunca se pautaron por migraña. Una es antipsicótica, otra estabilizadora, otra para el sueño y la cuarta se utiliza cuando aumenta la ansiedad o la desorganización.

—Adriana me lo dijo el primer día.

—Muchas veces antes —respondió ella.

—¿Tengo migrañas?

—Has tenido algunas. No son la razón principal de la medicación.

La palabra antipsicótica produjo una resistencia antigua. Durante meses la había interpretado como una herramienta para reducir mi claridad, impedir el trabajo o hacer que aceptara la versión institucional. También había experimentado efectos reales: somnolencia, lentitud, sabor metálico, dificultades para ordenar algunas horas. El tratamiento podía ayudar y alterar al mismo tiempo.

—¿La medicación empeora mi memoria? —pregunté.

—Algunos fármacos pueden afectar atención, velocidad y consolidación de recuerdos —explicó Adriana—. También el insomnio, la ansiedad intensa, los episodios disociativos y la propia psicosis. No atribuimos todo a una sola causa.

—¿Podría haber olvidado sesiones por las pastillas?

—En parte. También las reorganizabas después y, durante algunos periodos, presentabas lagunas relacionadas con el estado mental.

—Entonces no todo lo que no recuerdo demuestra que lo rechazara.

—No.

La concesión importaba. Mi memoria no era una mentira voluntaria ni cada hueco una maniobra moral. Sin embargo, las explicaciones clínicas tampoco anulaban aquello que hacía cuando comprendía.

—¿La enfermedad explica los nueve segundos? —pregunté.

—No hay evidencia de que estuvieras psicótico aquella noche —respondió Adriana—. No estabas desorientado, no describiste alucinaciones y la grabación muestra una conducta organizada. Tu estado actual influye en cómo reconstruyes y evitas el recuerdo. No convierte la decisión de entonces en un síntoma.

La separación era necesaria. Santa Elvira podía explicar por qué había transformado el hospital en teatro, no por qué ignoré la señal de Nadia.

—¿Y la obsesión por el método?

—No es un diagnóstico.

—¿Narcisismo?

—No vamos a reducirlo a una palabra. Hay rasgos, conductas, defensas y una relación con el poder que trabajaremos. Ninguna etiqueta sustituye la secuencia.

La respuesta evitaba una absolución psiquiátrica tan cómoda como una condena total. No era un monstruo clínicamente distinto de los demás ni un enfermo sin responsabilidad. Era alguien que había tomado una decisión y después había construido una forma de no permanecer junto a ella.

Salimos del despacho y nos dirigimos a la sala polivalente.

La puerta estaba abierta. Dentro, varias personas retiraban mesas después de un taller. No nos permitieron entrar hasta que terminaron, una precaución para evitar que mi recorrido interfiriera con otros pacientes. Esperamos en el corredor. Vi salir a Teresa acompañada por una terapeuta. Me reconoció, dudó y después levantó una mano en un saludo breve. No me acerqué. Ella continuó caminando.

Cuando la sala quedó vacía, Mauro permitió que entráramos.

La tarima seguía en el fondo. Las cuarenta sillas negras estaban apiladas contra la pared, como en la primera imagen de mi regreso. Las mesas plegables, los biombos, la cabina y la franja de luz componían la misma escenografía. Nada había desaparecido. Podía comprender por qué, al entrar meses atrás, necesitaba convertirla en teatro. El espacio ofrecía la forma antes de que yo aportara el significado.

Caminé hasta el centro.

—¿Aquí empezó todo? —pregunté.

—No —respondió Adriana—. La primera conversación sobre reconstruir a Nadia ocurrió en tu habitación. Después trabajamos en un despacho y más tarde utilizamos la sala.

—Me refiero a la obra.

—La obra empezó en tu necesidad de seguir siendo director dentro del ingreso.

Mauro dejó la carpeta sobre una mesa. Sacó fotografías de distintas actividades realizadas allí: una clase de movimiento, un grupo sentado en círculo, una reunión de familiares, un taller de pintura, una celebración de fin de año. En otra aparecía yo colocando una silla en el centro mientras varias personas observaban.

—La misma sala —dijo—. Funciones distintas.

—¿La tarima se construyó para mí?

—No. Ya estaba.

—¿Los focos?

—También.

—¿La cabina?

—Es la sala de observación.

—¿Y las cámaras?

—Se instalaron antes del programa para registrar algunas actividades con consentimiento y supervisar situaciones de riesgo.

Todos los elementos que habían sostenido la ficción existían por razones verificables. No había necesitado inventarlos, solo reorganizarlos alrededor de mi identidad.

Subí a la tarima. Adriana no me impidió hacerlo, aunque Mauro permaneció cerca. Desde allí la sala ofrecía la perspectiva que yo

había utilizado para observar a Nora, Julia y los demás. Las sillas vacías parecían esperar un reparto.

—¿Cuántas personas dañé aquí? —pregunté.

Adriana no aceptó la formulación total.

—No podemos medirlo con una cifra simple. Hubo participantes que abandonaron actividades, dos reclamaciones formales, varias crisis y vínculos que el programa no protegió como debía. También hubo personas que consideraron útil parte del trabajo. Una cosa no borra la otra.

—¿Nora mejoró en algo?

—No voy a utilizar su posible mejoría para disminuir lo que ocurrió.

La respuesta imitaba la regla que yo no había aplicado con Nadia. Un resultado posterior no podía convertir retrospectivamente una violación del límite en una decisión correcta.

Bajé de la tarima.

—¿Por qué se llama Santa Elvira? —pregunté.

Mauro sonrió apenas. Era la primera pregunta sobre el edificio que no buscaba una salida oculta.

—El terreno perteneció a una congregación que administraba un sanatorio —respondió Adriana—. El nombre se conservó después de varias reformas y cambios de gestión.

—¿Hubo hidroterapia?

—Sí, en un pabellón antiguo. Se demolió hace más de treinta años.

—Entonces el olor a cloro podía proceder de una memoria asociada al lugar.

—Podía —dijo Adriana—. También de productos de limpieza, de una percepción olfativa sin estímulo externo o de la asociación con Nadia después de hablar del agua. No podemos saberlo con certeza.

La ausencia de una explicación definitiva ya no convirtió el olor en una prueba de conspiración. Algunas percepciones podían permanecer sin resolver sin que toda la realidad dependiera de ellas.

Nos acercamos a la cabina. Mauro abrió y me permitió entrar. El cristal devolvía la sala desde el mismo ángulo del día anterior. Sobre una mesa había controles de grabación, un intercomunicador, un

pulsador de alarma y monitores. No había una mesa de luces teatral, aunque algunos interruptores regulaban la iluminación general.

—¿Alguna vez dirigí desde aquí? —pregunté.

—Intentaste dar indicaciones mediante el intercomunicador —respondió Mauro—. La mayoría de las veces lo desconectábamos.

—Entonces llegué a utilizarla como cabina.

—Sí.

—Sin que fuera su función.

—Sí.

La distinción podía sostenerse sin eliminar el hecho. Había dirigido desde una sala de observación, pero eso no me convertía en director autorizado ni transformaba a los pacientes en actores.

Sobre una balda había carpetas etiquetadas con fechas y códigos de sesión. Una llevaba mi nombre. No intenté cogerla.

—¿Es la reconstrucción?

—Parte —dijo Adriana—. Informes de las actividades, consentimientos, incidencias y objetivos.

—Los llamé partes de producción.

—Sí.

—¿Y qué eran?

—Registros clínicos.

Miré la carpeta sin tocarla. Su existencia había servido a ambas estructuras. Un informe podía parecer una nota de ensayo si uno ignoraba que contenía medicación, síntomas y medidas de seguridad.

—¿Nora firmó un consentimiento? —pregunté.

—Sí.

—¿Incluía que podía llamarla Nadia?

—No.

—¿Que utilizaríais frases privadas?

—No con la claridad necesaria.

—Entonces el consentimiento no cubría todo.

—No.

Adriana no apartó la mirada.

—¿Y el mío? —pregunté—. ¿Consentí el programa?

—Durante un periodo de mayor estabilidad, sí. También retiraste el consentimiento varias veces y después pediste reiniciarlo. El equipo consideró que algunas actividades podían continuar dentro del plan de tratamiento, pero las intervenciones grupales exigían una aceptación más clara de la que a veces mantuviste.

—¿Entonces también me utilizaron cuando no comprendía por completo?

—En algunos momentos, la ambigüedad fue mayor de lo que debimos aceptar.

La institución no salía intacta del recorrido. Santa Elvira podía ser el lugar que intentó ayudarme y, al mismo tiempo, el espacio donde profesionales convencidos de acercarse a una verdad utilizaron una estructura peligrosa durante demasiado tiempo. Reconocerlo no necesitaba convertirlos en villanos ni devolverme la dirección.

Salimos de la cabina. Adriana pidió que me sentara en una de las sillas del centro. Mauro colocó otras dos frente a mí. La disposición se parecía a una escena final, pero nadie subió a la tarima.

—Quiero explicarte cómo continuará el tratamiento —dijo ella—. Hasta ahora trabajamos dentro de una metáfora que tú aceptabas: una producción, un reparto, una última oportunidad para terminar una obra. La utilizamos porque permitía acercarnos al recuerdo y porque los intentos directos provocaban una ruptura inmediata.

—Ahora la retiráis.

—Sí.

—¿Por completo?

—No puedo impedir que veas teatro en los espacios ni que utilices lenguaje escénico para pensar. Tampoco sería útil. Lo que cambia es que no construiremos actividades donde esa metáfora determine las funciones de otras personas o te permita dirigirlas.

—Sin grupo.

—Sin pacientes utilizados como personajes, sin improvisaciones y sin acceso autónomo a la sala.

—¿Trabajaremos con la grabación?

—Sí. Con documentos, objetos, mensajes y entrevistas. El objetivo será reconstruir los cuarenta y un segundos y las decisiones anteriores sin convertirlas en una obra.

—Todo relato tiene una forma.

—Tendrá una forma. No una función que te otorgue autoridad sobre los demás.

Mauro abrió la carpeta fina. Dentro había un documento de dos páginas. La primera resumía lo que habíamos fijado: Santa Elvira era un hospital; Adriana, psiquiatra; Mauro, enfermero; la sala, espacio polivalente; los participantes, pacientes voluntarios de un programa suspendido; Nora no era actriz ni sustituta de Nadia; la reconstrucción utilizaba material real dentro de un tratamiento.

La segunda página establecía el nuevo objetivo.

Reconstruir de manera factual, cronológica y completa los últimos cuarenta y un segundos de la prueba realizada con Nadia, incluyendo:

—el acuerdo previo;

—la señal;

—la percepción de Víctor;

—las acciones realizadas entre los segundos treinta y dos y cuarenta y uno;

—la extracción;

—la reanimación;

—la llamada a emergencias;

—las modificaciones posteriores del relato;

—la relación entre la decisión de esperar y el método de trabajo;

—la diferenciación entre responsabilidad, intención y enfermedad actual.

No aparecían palabras como obra, ensayo, personaje, estreno o función. Tampoco víctima.

—¿Por qué cuarenta y un segundos y no la noche completa? —pregunté.

—Porque ese es el núcleo que has interrumpido repetidamente —respondió Adriana—. Después ampliaremos la cronología anterior y posterior.

—Ya he llegado a los nueve.

—Has llegado más lejos que otras veces. No significa que la comprensión sea estable ni que hayas reconstruido lo que ocurrió después de sacar a Nadia.

—Intenté salvarla.

—Sí. También necesitamos ver cómo ese intento se relaciona con la decisión anterior y cómo lo utilizaste después para absolverte por completo.

—No pienso negar que intenté reanimarla.

—No te pedimos que lo niegues. Te pedimos que no lo conviertas en una prueba de que los nueve segundos dejaron de existir.

Leí de nuevo el documento.

En la parte inferior había tres espacios para firmas: la de Adriana, la de Mauro y la mía. Ellos ya habían firmado. La presencia de Mauro como enfermero de referencia no lo convertía en responsable artístico ni en testigo de la noche de Nadia. Firmaba las condiciones del tratamiento y su obligación de detenerlo si aparecía riesgo.

—¿Qué ocurre si no firmo? —pregunté.

—Continuaremos con tratamiento general, pero no accederás a la grabación ni a la reconstrucción estructurada —respondió Adriana.

—¿Y el alta?

—No depende de una firma, pero sí de tu capacidad para reconocer y manejar el riesgo que ha producido este patrón.

—Entonces existe presión.

—Sí. No voy a fingir que todas las opciones tienen las mismas consecuencias.

La honestidad impedía presentar el consentimiento como una elección completamente libre. Yo estaba ingresado, quería acceder a la grabación y sabía que negarme prolongaría una evaluación sobre mi capacidad para continuar fuera. Aun así, comprendía el contenido de la hoja y podía discutir sus condiciones.

—Quiero añadir algo —dije.

—¿Qué?

—Que Santa Elvira reconoce los daños producidos por el programa grupal y que la reconstrucción no volverá a utilizar a otros pacientes sin un consentimiento específico, completo y revisable.

Adriana miró a Mauro. Él asintió.

—De acuerdo.

Ella escribió el añadido a mano y firmó junto a la modificación. Mauro hizo lo mismo.

—Otra cosa —continué—. Si pido detener la grabación, se detiene antes de discutir por qué.

—Ya está incluido en el protocolo de seguridad —dijo Adriana.

—Quiero que figure aquí.

Lo añadió.

—Y si intento convertir a Mauro en regidor o a ti en productora, no se cancela automáticamente. Se señala y se comprueba si la palabra está cambiando las reglas que creo aplicables.

Adriana tardó un momento en responder.

—Eso es razonable.

La frase se incorporó al documento.

Mauro me entregó el bolígrafo.

La hoja no era un contrato de producción ni una autorización para regresar al trabajo. Firmarla no me devolvía un escenario, un reparto ni la posibilidad de concluir una obra delante de un público. Tampoco constituía una confesión legal ni una absolución médica. Era un acuerdo limitado dentro de un hospital: aceptaba dónde estaba, quiénes eran las personas que me acompañaban y qué parte del pasado íbamos a mirar.

Leí por última vez la línea principal.

Reconstruir de manera factual, cronológica y completa los últimos cuarenta y un segundos.

Firmé.

Adriana recogió una copia y me entregó otra. Mauro guardó la suya en la carpeta. Nadie anunció que había superado una prueba. No hubo alivio, aplausos ni una frase destinada a cerrar el capítulo de forma perfecta. La sala continuaba vacía, las sillas seguían apiladas y la tarima no había dejado de parecer un escenario solo porque yo reconociera su función real.

Antes de salir, miré la cabina, la puerta y el cristal. Podía imaginar las luces encendiéndose, a Nora entrando desde el corredor y a Mauro esperando junto a la mesa. La imagen no desapareció. Formaba parte de lo que había ocurrido allí.

Pero ya no era un ensayo pendiente.

Era un incidente dentro de un tratamiento que había terminado.

Guardé la copia del acuerdo bajo el brazo y acompañé a Adriana y Mauro hasta la puerta. En el umbral me detuve.

—¿Cuándo veremos la grabación completa?

—Mañana empezaremos por el segundo cero —respondió Adriana—. Si puedes mantener la continuidad, llegaremos al cuarenta y uno.

—¿Y si no?

—Nos detendremos y volveremos otro día.

—Sin interpretar la detención.

—La interpretaremos después.

Asentí.

Por primera vez, la promesa no necesitaba dos golpes para ser clara.

Capítulo 15

El segundo cuarenta y uno

La grabación no empezaba con el agua.

Empezaba conmigo.

Esa fue la primera diferencia respecto a todos los recuerdos que había reconstruido durante los meses anteriores. Cuando pensaba en aquella noche, la escena se organizaba alrededor del tanque, la mano de Nadia, el cronómetro y la señal. Yo aparecía después, ya colocado junto al borde, como si alguien me hubiese introducido en una situación que existía antes de mi llegada. La cámara de seguridad eliminaba esa comodidad. Mostraba la sala vacía a las siete y cuarenta y ocho, el agua todavía agitada por la bomba y las luces apagadas. Un minuto después, la puerta se abría y yo entraba solo, cargando una bolsa de material, dos toallas y el cronómetro. No había producción, técnico ni propietario acompañándome. Tampoco una figura oscura junto a la pared. La sombra que mi memoria había convertido en otra persona surgía cuando pasaba frente al tanque y mi reflejo se desplazaba sobre la superficie transparente.

Adriana había colocado tres sillas frente al monitor. Mauro ocupaba la más cercana a la puerta, como habíamos acordado. Yo estaba en el centro. La tercera permanecía vacía. No pregunté para quién era. Podía servir a otro profesional si la sesión se complicaba o recordar que la ausencia de Nadia no me autorizaba a ocupar también su lugar.

Antes de reproducir el vídeo, Adriana leyó las condiciones del documento firmado el día anterior. Veríamos la grabación de la cámara principal y, cuando fuera necesario, la imagen de seguridad desde el ángulo superior. La secuencia no se detendría para discutir cada gesto, salvo que yo lo pidiera o que ella considerara que estaba perdiendo el presente. Los dos golpes seguían siendo una señal válida, aunque podía hablar. Si detenía la reproducción, se interrumpiría antes de preguntarme por qué. Mauro podía terminar

la sesión si dejaba de reconocer dónde estábamos, intentaba acercarme al monitor o convertía su presencia en una responsabilidad compartida sobre la muerte de Nadia.

—¿Entiendes las condiciones? —preguntó Adriana.

—Sí.

—¿Dónde estamos?

—En Santa Elvira, en la sala de observación.

—¿Quién soy?

—Adriana, mi psiquiatra.

—¿Quién es Mauro?

—Mi enfermero de referencia.

—¿Qué vamos a ver?

—La grabación de una prueba privada que realicé con Nadia diecisiete meses atrás.

—¿Quiénes estaban presentes?

—Nadia y yo.

No miré a Mauro al responder. La figura del supuesto técnico ya no podía sostenerse, pero una parte de mí continuaba esperando encontrar en el vídeo un ruido, una puerta que se moviera o una sombra que demostrara que la soledad de la sala era menos completa de lo que afirmaban los registros.

Adriana inició la reproducción.

La cámara de seguridad mostraba mi preparación durante casi media hora. Revisaba el agua, cambiaba la posición de las luces, comprobaba el encuadre y caminaba varias veces hasta la puerta principal. En un momento sacaba el teléfono y escribía un mensaje. La imagen no permitía leerlo, pero el registro incorporado al expediente demostraba que era la mentira enviada a Marina sobre la fuga del tanque.

—No hace falta que veamos todo esto —dije.

Adriana no detuvo el vídeo.

—Acordamos empezar por el principio.

—El principio de los cuarenta y un segundos.

—El acuerdo anterior también forma parte.

No discutí. En la pantalla, dejaba el teléfono sobre la mesa, observaba la sala y retiraba una silla que había colocado cerca de la

cámara. La llevaba hasta una esquina, fuera del espacio donde pudiera sentarse otra persona. El gesto no tenía importancia técnica. Nadie más iba a utilizar aquella silla porque yo ya había decidido que nadie más entraría.

A las ocho y diecisiete, Nadia abrió la puerta.

La imagen de seguridad registró el momento desde arriba. Llevaba el abrigo claro, el bolso grande y el cabello húmedo por la lluvia. Se detuvo al ver el tanque preparado. Yo avancé para besarla en la mejilla; ella giró el rostro y el gesto quedó suspendido. Después preguntó por Marina.

La grabación tenía sonido. No perfecto, pero suficiente.

Escuché otra vez la discusión que había escrito en el cuaderno. Nadia descubría que yo había mentido, señalaba la cámara, preguntaba por qué todo estaba preparado si la prueba oficial se había aplazado. Mi voz respondía con una calma irritante. No gritaba ni amenazaba de manera abierta. Utilizaba frases razonables, una detrás de otra, hasta que su decisión de marcharse empezaba a parecer una reacción desproporcionada.

—Podemos limitarlo a una aproximación —decía mi versión de la pantalla—. No hace falta completar los cuarenta segundos.

—No quiero hacer una aproximación a solas.

—No estás sola.

Nadia me miraba.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

La frase había regresado en el cuaderno, pero escucharla con su voz modificaba el recuerdo. No era una provocación ingeniosa. Estaba cansada. Había llegado esperando encontrar una estructura de seguridad y descubría que yo había retirado a la única persona en quien confiaba dentro de aquella producción.

La discusión duró veintitrés minutos. No necesitaba observarlos completos para comprender la secuencia, pero Adriana no adelantó. Nadia intentaba marcharse dos veces. En la primera cogía el abrigo, y yo no le bloqueaba el paso. Me colocaba junto al tanque y decía que llamaría a la otra actriz al día siguiente. Nadia se detenía.

No recordaba el nombre que pronunciaba.

—Lucía conoce la secuencia —decía yo—. No tiene tu experiencia, pero al menos no lleva semanas utilizando cada duda para frenar el montaje.

Nadia dejaba el abrigo sobre la silla.

La sustitución no era una posibilidad abstracta. Había otra actriz. Quizá no preparada para asumir el papel inmediatamente, pero suficientemente real para que la amenaza adquiriera peso.

—No puedes reemplazarme por negarme a una prueba que producción no ha autorizado —respondía Nadia.

—No te reemplazaría por una prueba. Te reemplazaría porque ya no confías en el trabajo.

—No confío en ti.

El silencio posterior duraba poco más de un segundo. Yo apartaba la mirada y caminaba hacia la cámara.

—Es lo mismo.

La respuesta condensaba todo aquello que había ocurrido entre nosotros. Para mí, desconfiar del director significaba abandonar el método y, por tanto, dejar de ser la actriz capaz de sostener el papel. Nadia intentaba separar la obra de mi autoridad. Yo insistía en que ambas cosas eran inseparables.

Durante la segunda tentativa de marcharse, Nadia llegaba hasta la puerta. Ponía una mano sobre el picaporte y permanecía allí, de espaldas a mí. Yo no me acercaba.

—Si sales ahora, no vuelvas mañana pidiendo que reconstruyamos lo que has decidido romper —decía.

—No estoy rompiendo nada.

—Estás dejando la escena en el único momento en que puede decirnos algo.

—La escena no existe todavía.

—Precisamente.

Nadia cerraba los ojos. Después soltaba el picaporte y regresaba hacia el tanque.

No hubo una coacción física. La puerta estaba libre y su teléfono permanecía sobre la mesa. Podía marcharse. La grabación demostraba también que yo conocía exactamente qué palabras

utilizar para convertir esa libertad en una pérdida que no estaba preparada para aceptar.

—Detén —dije.

Adriana pausó la imagen antes de formular ninguna pregunta.

Nadia permanecía de pie junto al tanque. Yo aparecía a varios metros, observándola.

—Necesito un minuto —expliqué.

—De acuerdo.

Nadie preguntó qué sentía. La sala de Santa Elvira permanecía visible en el reflejo del monitor: paredes claras, una mesa, la puerta abierta. No había agua a nuestro alrededor. Apoyé los pies sobre el suelo y miré mi pulsera. Santa Elvira. Unidad de hospitalización. Hoy era viernes. Mauro estaba a mi derecha. Adriana, a la izquierda.

—Podemos continuar —dije.

Adriana reanudó.

Nadia fue al baño para cambiarse. Durante su ausencia, yo caminaba por la sala y comprobaba dos veces la cámara. También miraba el teléfono. Marina había respondido al mensaje o quizá Nadia le había escrito ya; la grabación no permitía saberlo. En lugar de llamar y pedirle que acudiera, apagaba la pantalla y colocaba el dispositivo boca abajo.

Cuando Nadia regresaba con la camiseta negra y los pantalones cortos, el desacuerdo no había terminado. Ella enviaba la ubicación a Marina y dejaba el teléfono visible. Después se acercaba al agua, comprobaba la temperatura y formulaba las condiciones.

Cuarenta segundos.

Dos golpes.

No hablar.

No tocar el tanque.

No interpretar la señal.

Yo aceptaba cada una.

La cámara principal ofrecía un plano más cercano. Adriana cambió a esa imagen sin detener la reproducción. El rostro de Nadia ocupó el lado izquierdo del monitor. Parecía más joven de lo que recordaba, quizá porque mi memoria había incorporado a su última noche todo el peso de lo ocurrido después. Tenía el cabello recogido,

gotas de lluvia todavía visibles cerca de la nuca y una pequeña marca roja donde el bolso había presionado el hombro.

Miraba al objetivo.

—Dos golpes significa que termina la prueba —decía—. No que tengo miedo, no que estoy cerca, no que necesito una indicación. Termina.

Yo permanecía junto a ella, parcialmente fuera de cuadro.

—Dos golpes y te saco del agua.

—Aunque creas que puedo seguir.

—Aunque crea que puedes seguir.

—Sin esperar.

—Sin esperar.

Nadia no apartaba la mirada de la cámara.

—Y si levanto una mano, no significa nada. Solo los golpes.

—De acuerdo.

—Repítelo.

Mi rostro entraba en el encuadre. Mostraba irritación. No una furia abierta, sino la molestia de quien considera innecesario repetir una norma que ya ha entendido.

—Si levantas una mano, no intervengo. Si golpeas dos veces, te saco. A los cuarenta segundos termina en cualquier caso.

—¿Aunque estés viendo algo que te interese?

La pregunta no aparecía en la transcripción que había leído.

Yo sonreía.

—Especialmente entonces.

Mauro respiró a mi lado. No lo miré.

La frase eliminaba cualquier posibilidad de que el conflicto posterior me hubiera sorprendido. Nadia había nombrado de manera explícita el interés artístico y yo había prometido que la señal pesaría más.

La grabación continuó. Nadia entró en el tanque, se sentó en el borde y reguló la respiración. Yo explicaba la secuencia mental. Ella me pidió que no hablara mientras estuviera sumergida. Acepté. Después introdujo el cuerpo, se arrodilló y colocó las manos sobre el fondo.

—¿Preparada? —preguntaba yo.

Nadia negó con la cabeza.

Mi versión grabada sonrió.

—Tómate tu tiempo.

La paciencia parecía cuidadosa. Podría haber sido el gesto de un director preocupado por no precipitarla. Sin embargo, toda la presión anterior permanecía alrededor de aquella espera. Nadia podía tomarse el tiempo que necesitara siempre que el resultado final fuera entrar.

Pasaron casi dos minutos. Ella respiraba, se ajustaba el cabello y miraba el cronómetro. En un momento levantó la vista hacia mí.

—Si digo que no ahora, ¿llamas a Lucía?

Mi respuesta tardó un segundo.

—Mañana hablaré con producción.

—No te he preguntado eso.

—No voy a amenazarte mientras estás dentro del tanque.

—Ya lo has hecho fuera.

Podría haber detenido la prueba. La conversación ofrecía otra oportunidad clara. En lugar de hacerlo, me agachaba junto al borde.

—Nadia, no voy a obligarte a sumergirte.

—No hace falta.

—Entonces decide.

La palabra decidir aparecía bajo una estructura que yo había construido. Ella podía entrar o asumir que el papel, la relación profesional y años de trabajo se deshacían por su falta de confianza.

Nadia cerró los ojos. Inspiró una vez, abrió la boca para decir algo y finalmente negó con la cabeza, como si hubiera decidido no gastar aire en otra discusión.

—Pon el cronómetro donde pueda verlo al salir —pidió.

Lo hice.

Después tomó aire y se sumergió.

La cámara principal mostraba el rostro y el torso bajo el agua. La cámara de seguridad mantenía mi cuerpo completo junto al tanque. Adriana había colocado ambas imágenes en pantalla: Nadia a la izquierda, yo a la derecha. No necesitaba imaginar qué hacía mientras observaba sus movimientos.

El cronómetro se activó.

Los primeros diez segundos coincidían con mi recuerdo. Nadia permanecía estable, con los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre el fondo. Yo alternaba la mirada entre su rostro, el cronómetro y la pantalla de la cámara. No hablaba.

A los doce segundos, ella abría los ojos.

Me miraba.

Yo asentía.

El gesto no estaba acordado. Podía significar que todo iba bien, que continuara o simplemente que la veía. Para Nadia, bajo el agua, quizá funcionaba como una indicación. Había pedido que no hablara ni golpeara el tanque, pero no había prohibido una señal visual.

A los diecisiete segundos, expulsaba una burbuja. Yo me inclinaba ligeramente, aunque todavía no existía ningún peligro visible.

A los veinte, movía los dedos de la mano derecha. Mi atención se volvía más intensa. No miraba ya la pantalla de la cámara, sino el cuerpo dentro del tanque.

A los veinticuatro, Nadia elevaba un poco la cabeza. La superficie quedaba cerca, al alcance de un impulso.

A los veintisiete, levantaba la mano izquierda.

Yo no me movía. Habíamos acordado que ese gesto no significaba nada. La precisión podía utilizarse para justificar mi inmovilidad hasta los golpes, pero no después.

La mano descendía.

Treinta segundos.

La respiración había dejado de existir, aunque el cuerpo mostraba su necesidad. Nadia soltaba aire, contraía el abdomen y modificaba la posición de las piernas. Yo miraba el cronómetro.

Treinta y uno.

Su rostro giraba hacia la pared transparente.

Treinta y dos.

La mano derecha buscaba el lateral.

El primer golpe sonó.

Mi cabeza se levantó. No hubo sorpresa prolongada. El movimiento fue inmediato, dirigido hacia los nudillos.

El segundo golpe llegó siete décimas después.

Nadia mantuvo la mano contra la pared y me miró.

La grabación continuó.

No existía una pausa entre el reconocimiento y mis acciones posteriores. Miré el cronómetro. La cifra mostraba treinta y dos segundos. Mi rostro no revelaba pánico. Tampoco duda. Había una concentración semejante a la que había visto en las sesiones con Nora.

Nadia desplazó la mano hacia el borde.

Yo me incliné.

El acercamiento parecía, durante una fracción de segundo, el comienzo de la intervención. Mis hombros avanzaban y la mano derecha se elevaba. Sin embargo, se detenía sobre el borde exterior.

—No —murmuré en la sala de observación.

La grabación no se detuvo.

En el vídeo, acercaba el rostro a la pared transparente. Miraba los ojos de Nadia.

Ella todavía estaba consciente.

Mi boca se movió.

El audio principal era deficiente por la reverberación, pero la cámara de seguridad había registrado una señal más limpia. Adriana no aumentó el volumen ni repitió. La frase se oyó una vez, como había ocurrido.

—Un poco más.

No «aguanta» ni «espera». No una indicación dirigida a mí mismo. Un poco más.

La voz era baja, casi íntima. Podía haberla pronunciado para tranquilizarla, aunque las palabras no prometían que iba a sacarla. Le pedían continuar.

Nadia flexionó el torso. Su mano se deslizó sobre el lateral.

Yo permanecí inclinado, con una mano apoyada en el borde.

Segundo treinta y seis.

La vi intentar recuperar la posición. Sus movimientos habían perdido la precisión anterior. El cuerpo ya no sostenía la imagen que buscábamos; empezaba a reaccionar de una manera involuntaria.

No introduje las manos.

Segundo treinta y siete.

Nadia volvió a mover el brazo derecho. No golpeó. Los nudillos rozaron la pared y descendieron.

Yo miré su mano.

Después, el cronómetro.

Treinta y ocho.

Ese segundo destruyó cualquier defensa basada en una preparación lenta para rescatarla. Había visto el deterioro, escuchado la señal, pedido un poco más y aun así consultaba el tiempo. El límite de cuarenta segundos seguía dirigiendo la escena.

Nadia perdió la posición. El hombro derecho descendió y el cuerpo giró ligeramente.

Treinta y nueve.

Mi rostro cambió.

La curiosidad desapareció. No fue sustituida de inmediato por horror, sino por el reconocimiento de que algo había salido del terreno que yo creía controlar.

Me incorporé.

Cuarenta.

Las manos avanzaron hacia el agua.

Cuarenta y uno.

Introduje ambos brazos.

La extracción no fue limpia. Nadia pesaba más de lo que esperaba porque la ropa, el agua y la pérdida de colaboración volvían difícil levantarla desde aquel ángulo. Tiré primero de los hombros, golpeé uno de sus brazos contra el borde y tuve que cambiar la posición de las manos. El cronómetro cayó al suelo. El tanque se agitó con una violencia que no aparecía en mis recuerdos.

La saqué en el segundo cuarenta y tres.

La cifra «segundo cuarenta y uno» se refería al comienzo de la intervención, no al momento en que el rostro de Nadia salió del agua. Durante dos segundos más, su cuerpo permaneció parcialmente sumergido mientras yo intentaba levantarlo.

Cuando conseguí apoyarla sobre el suelo, la cámara principal perdió el encuadre. La de seguridad mostró la escena completa.

Nadia no respiraba.

Me arrodillé, le retiré el cabello del rostro y la llamé por su nombre. Primero una vez. Después varias. No había dirección en mi voz, solo una incredulidad creciente.

—Nadia.

Le di dos palmadas en la mejilla.

—Nadia, mírame.

Comprobé la respiración de manera incorrecta, acercando la mano a la boca y después el oído. Coloqué los dedos en el cuello, pero no encontré el pulso o no supe distinguirlo. La cámara mostraba que miraba alrededor buscando a alguien.

No había nadie.

Me levanté para alcanzar el teléfono. Tardé seis segundos en encontrarlo porque lo había dejado boca abajo entre las toallas. Llamé a emergencias. La operadora respondió. Mi voz resultaba irreconocible, aguda, entrecortada.

—No respira —dije—. Estábamos haciendo una prueba y no respira.

La mujer pidió la dirección. No conseguí recordarla.

Fui hasta la puerta, miré el número colocado en el exterior y regresé. Después describí el tanque, la inmersión y la extracción. Cuando preguntó cuánto tiempo había estado bajo el agua, respondí:

—Cuarenta segundos. Menos. Cuarenta y uno.

No mencioné los dos golpes.

La omisión apareció desde el principio.

La operadora me indicó que iniciara reanimación. Coloqué el teléfono en el suelo con el altavoz activado y seguí sus instrucciones. Mis manos estaban mal situadas al principio. Ella corrigió. Empecé las compresiones. Contaba en voz alta, perdía el ritmo y volvía a empezar.

No parecía un hombre indiferente.

Tampoco alguien interesado en conservar una obra.

Durante los minutos siguientes intenté salvarla con una desesperación que no era fingida. Le hablé, le pedí que volviera, repetí que lo sentía y que ya había terminado. En un momento dije:

—No tenías que aguantar tanto.

La frase trasladaba la duración hacia Nadia, como si ella hubiese elegido permanecer más allá de su límite y yo hubiese descubierto demasiado tarde lo ocurrido. Acababa de verla golpear. Le había pedido un poco más. Aun así, mientras comprimía su pecho, mi relato empezaba a reorganizarse.

—Me dio una señal —dije después.

La operadora preguntó qué señal.

No respondí inmediatamente.

—Golpeó el tanque.

—¿Y la sacó entonces?

Seguí contando las compresiones. Diecisiete, dieciocho, diecinueve. La mujer repitió la pregunta.

—Sí —respondí—. Enseguida.

La primera mentira completa apareció antes de que llegara la ambulancia.

No había sido preparada por abogados, médicos ni por el miedo a perder la carrera. Surgió en el suelo, mientras intentaba reanimar a Nadia. Podía haber estado confundido, aterrorizado y concentrado en las instrucciones. Aun así, comprendí qué necesitaba cambiar: la distancia entre la señal y la extracción.

Enseguida.

La palabra cubrió los nueve segundos.

Los sanitarios llegaron once minutos después de la llamada. La puerta permanecía abierta porque la había dejado así al salir a buscar el número. Entraron tres personas con material, apartaron mis manos y continuaron la reanimación. Uno preguntó cuánto tiempo había permanecido sumergida.

—No lo sé —respondí.

—¿Más de un minuto?

—No. Cuarenta segundos. Habíamos puesto un límite.

—¿Perdió el conocimiento dentro?

—Creo que sí.

—¿Cuándo la sacó?

—Cuando vi que no respondía.

Otra versión.

Ya no afirmaba haber obedecido la señal. Situaba la intervención en la pérdida de respuesta, exactamente el criterio que había utilizado durante la espera.

Uno de los sanitarios vio la cámara.

—¿Está grabando?

Miré hacia el trípode.

La luz roja seguía encendida.

Durante un instante, la grabación mostró mi rostro comprendiendo que todo había quedado registrado. No me acerqué para apagarla. Tampoco intenté retirar la tarjeta. Señalé la cámara y dije:

—Sí. Está todo ahí.

Había entregado la prueba desde el principio porque todavía creía que demostraría la naturaleza accidental de la muerte. El vídeo mostraría el acuerdo, la señal, mi demora y los intentos de reanimación. Yo confiaba en que la totalidad produjera una conclusión favorable: no quería matarla, la saqué antes del límite máximo, pedí ayuda y luché por salvarla.

Todas esas cosas eran ciertas.

También lo era la espera.

Adriana detuvo el vídeo cuando los sanitarios trasladaron a Nadia fuera de la sala. No habíamos visto la declaración policial posterior ni la entrega de las cámaras. La secuencia esencial había terminado.

El monitor quedó negro.

En el reflejo aparecimos los tres. Yo estaba inclinado hacia delante, las manos cerradas entre las rodillas. Mauro mantenía la espalda recta. Adriana no tocó las carpetas ni empezó a formular preguntas.

—Continúa —dije.

—La grabación de la prueba termina aquí.

—Quiero ver mi declaración.

—Otro día.

—Ya estoy dentro.

—Precisamente.

—No he perdido el presente.

Adriana me observó.

—¿Dónde estamos?

—En Santa Elvira.

—¿Quién era la mujer del vídeo?

La pregunta me pareció ofensiva.

—Nadia.

—¿Está aquí?

Miré la tercera silla vacía. Durante un segundo, su camiseta mojada apareció sobre el respaldo. No vi su cuerpo ni escuché su voz. Solo una asociación producida por la imagen.

—No.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Murió después de una prueba que realicé a solas.

—¿Qué señal había acordado?

—Dos golpes.

—¿La utilizó?

—Sí.

—¿La reconociste?

—Sí.

—¿Qué hiciste?

La grabación ofrecía una respuesta más concreta que cualquier formulación anterior.

—Miré el cronómetro.

—Después.

—Me acerqué para observarla.

—Después.

—Le dije «un poco más».

Pronunciar la frase fuera del vídeo produjo un rechazo físico. Cerré las manos con mayor fuerza.

—Después —continué—, vi que intentaba moverse, miré otra vez el tiempo y esperé hasta que perdió la estabilidad. Empecé a sacarla en el segundo cuarenta y uno.

—¿Intentaste salvarla?

—Sí.

—¿Llamaste a emergencias?

—Sí.

—¿Eso modifica lo que hiciste antes?

La pregunta podía parecer diseñada para obligarme a negar el valor de la reanimación. No era así. Adriana había aceptado desde el principio que mi intento de salvarla fue real. El problema estaba en utilizarlo para eliminar la decisión anterior.

—No.

Mauro bajó la vista. No supe si la respuesta le producía alivio o solo el cansancio de haberla escuchado otras veces.

—¿Qué dijiste a la operadora sobre la señal? —preguntó Adriana.

—Que la saqué enseguida.

—¿Era cierto?

—No.

—¿Por qué lo dijiste?

—No lo sé.

—Inténtalo.

Podía hablar de confusión, pánico o percepción alterada del tiempo. Todas tenían alguna base. La llamada ocurrió mientras intentaba reanimar a Nadia; mi mente no estaba construyendo una declaración jurídica. Sin embargo, la mentira afectaba precisamente al intervalo que podía convertirme en responsable.

—Porque ya sabía que había esperado —dije.

—¿En ese momento?

—Sí.

La certeza no procedía de una reflexión posterior. Al decir enseguida, sabía que la palabra no describía lo ocurrido. Podía no haber contado los segundos, pero había mirado el cronómetro dos veces. La espera no había pasado desapercibida para mí.

—¿Qué pensabas que mostraba la grabación? —preguntó Adriana.

—Que fue un accidente.

—¿Y los golpes?

—Que Nadia quiso terminar.

—¿Y tu demora?

—Que evalué mal el riesgo.

—¿Es falsa esa explicación?

—No por completo.

Había evaluado mal el riesgo físico. Creí que podía soportar unos segundos más y que el límite de cuarenta continuaba siendo seguro. El error de cálculo existía. El vídeo demostraba también que no estaba autorizado a realizarlo.

—¿Qué falta? —preguntó Adriana.

—Que había prometido no evaluar.

—¿Y por qué lo hiciste?

Miré el monitor apagado. La frase «un poco más» seguía presente, pronunciada con una voz baja que no expresaba pánico. No estaba buscando tiempo para prepararme ni intentando tranquilizarla mientras la sacaba. Le pedía que continuara.

—Porque quería llegar a cuarenta.

—¿Solo por la cifra?

—No.

La imagen del cuerpo de Nadia contrayéndose bajo el agua apareció con una claridad desagradable. El ejercicio buscaba el punto donde la habitación imaginada se deshacía y el organismo imponía su verdad. Los golpes llegaron antes. Yo necesitaba creer que la escena todavía podía ofrecer aquello para lo que la había diseñado.

—Quería ver el momento en que dejaba de controlar el cuerpo —dije.

—¿Lo viste?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de la señal. Cuando flexionó el torso, perdió precisión y el hombro descendió.

—¿Eso era lo que buscaba el ejercicio?

—Sí.

La palabra no convertía la muerte en un resultado artístico. El ejercicio había terminado antes, pero yo mantuve su lógica activa hasta obtener el signo que me interesaba.

—¿Qué hiciste cuando lo viste? —preguntó Adriana.

—La saqué.

—Entonces tu intervención no respondió a la señal.

—No.

—¿A qué respondió?

—A la evidencia de que ya no podía continuar.

—¿Quién necesitaba esa evidencia?

—Yo.

Adriana dejó la pregunta siguiente en silencio. No hacía falta formularla: Nadia no había aceptado demostrar que estaba al límite. Había establecido una señal para que su decisión bastara.

—Quiero ver otra vez los nueve segundos —dije.

Mauro levantó la cabeza.

—No —respondió.

No lo llamé regidor ni discutí que la repetición pudiera producir algo útil. Habíamos acordado que podía detener la sesión si consideraba que el riesgo aumentaba.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque no quieres comprobar un hecho. Quieres mirar tu cara hasta encontrar una expresión que te permita decir que estabas asustado antes de moverte.

La precisión de su respuesta me molestó porque ya había empezado a hacer exactamente eso. Recordaba el cambio de mi rostro en el segundo treinta y nueve y quería encontrarlo antes, quizá en el treinta y cuatro o en el treinta y seis, para demostrar que la preocupación había coexistido con la curiosidad.

—Las dos cosas podían coexistir —dije.

—Sí —respondió Mauro—. Y aun así esperaste.

No necesitaba negar mi miedo. Podía haber sentido preocupación, tensión e incluso el impulso de intervenir. La decisión se medía por la conducta que prevaleció.

Adriana cerró el ordenador.

—Vamos a descansar.

—Quiero terminar la sesión.

—La hemos terminado.

—No he dado la señal.

—No necesitas darla para que yo establezca un límite.

La frase habría provocado una discusión días antes. Ahora reconocí que el documento no me había otorgado la dirección. Podía pedir detenerme, no exigir continuar.

Nos quedamos unos minutos en la habitación sin hablar. Adriana abrió la puerta para que entrara más luz. Mauro me ofreció agua. Bebí despacio. La tercera silla seguía vacía. No representaba a Nadia, aunque mi atención regresaba a ella.

—¿Sabéis cuándo murió? —pregunté.

Adriana asintió.

—La reanimación se mantuvo durante el traslado y en el hospital. La muerte se certificó cuarenta y nueve minutos después de la llamada.

—Entonces no murió en la sala.

—No se certificó allí.

—Podía estar viva cuando salió.

—Sí.

La información abrió una defensa nueva: si Nadia conservaba alguna posibilidad durante la reanimación, los nueve segundos no habían producido una muerte inmediata e inevitable. El desenlace dependía también del tiempo de respuesta de la ambulancia, del agua aspirada, de su fisiología y de los procedimientos posteriores.

—No sabemos si sacarla al segundo treinta y tres la habría salvado —dije.

—No con certeza absoluta —respondió Adriana.

—Podía haber ocurrido lo mismo.

—Podía.

Su aceptación eliminó el alivio que esperaba.

—Entonces no puede afirmarse que murió por los nueve segundos.

—Puede afirmarse que demoraste la extracción después de una señal acordada y que esa demora aumentó el tiempo de inmersión durante una situación que terminó con su muerte. La causalidad médica se analiza con grados de probabilidad. La responsabilidad por incumplir el acuerdo no depende de demostrar que cada segundo cambió por sí solo el desenlace.

—Si el resultado hubiera sido el mismo—

—El límite seguiría habiendo sido ignorado —dijo Mauro.

La muerte había dado a la decisión su consecuencia más grave, pero la decisión no necesitaba la muerte para existir. Con Nora no

hubo daño físico permanente y, aun así, los tres segundos mostraron el mismo patrón.

—¿Qué dijo el informe forense? —pregunté.

—Ahogamiento con lesión cerebral hipóxica —respondió Adriana —. No pudo establecer en qué segundo exacto se volvió irreversible el daño. Sí consideró que una extracción más temprana habría mejorado las posibilidades.

—Mejorado no significa garantizado.

—No.

Otra concesión que no me protegía. La incertidumbre médica podía impedir una equivalencia simple entre esperar y matar, pero no convertía la espera en una conducta aceptable.

—No la asesiné —dije.

—No —respondió Adriana.

—No quería que muriera.

—No.

—Intenté salvarla.

—Sí.

—Y aun así soy responsable.

Adriana no contestó de inmediato.

—Sí.

La palabra podía incluir distintos niveles: responsabilidad moral, civil, profesional y causal. No necesitábamos resolverlos todos en aquella sala. El núcleo permanecía más sencillo. Nadia me había entregado una decisión y yo la sustituí por la mía.

Mauro se levantó.

—Vamos a la planta.

Caminamos por el corredor administrativo. No me sujetaba, aunque permanecía lo bastante cerca para intervenir si perdía la orientación. El edificio parecía más silencioso de lo habitual. Pasamos junto a la sala polivalente, donde varias personas preparaban mesas para un taller. Nadie miró hacia nosotros.

Al llegar al vestíbulo, vi las puertas de cristal que daban al exterior. Una ambulancia estaba estacionada junto a la entrada. Dos sanitarios bajaban una camilla vacía. Durante un instante, la imagen se superpuso a la grabación: el cuerpo de Nadia, las ruedas

atravesando la puerta de la propiedad y mi voz intentando explicar cuánto tiempo había estado bajo el agua.

Me detuve.

—Es otra ambulancia —dijo Mauro.

—Lo sé.

—¿Dónde estamos?

—Santa Elvira.

—¿Qué día es?

Respondí. La fecha no se había perdido. La ambulancia permaneció en el presente y siguió su recorrido hacia otra parte del hospital.

En mi habitación, Mauro guardó la copia del acuerdo y retiró cualquier objeto con el que pudiera repetir la señal durante la noche. No me quitó el teléfono, pero desactivó el cronómetro con mi consentimiento. Adriana se sentó junto a la mesa y abrió la grabadora.

—Quiero que cuentes la secuencia sin mirar documentos —dijo —. Desde la señal hasta la llamada.

Podía negarme. La sesión formal había terminado, pero la reconstrucción necesitaba comprobar qué permanecía después de abandonar el monitor.

—Nadia golpeó dos veces en el segundo treinta y dos —empecé —. Vi su mano y entendí que quería terminar. Miré el cronómetro. Llevaba algo más de treinta y dos segundos y pensé que todavía podía continuar. Me incliné para observarla. Le dije «un poco más». Ella perdió precisión en los movimientos, volvió a llevar la mano hacia el lateral, y yo miré otra vez el tiempo. Cuando perdió estabilidad, me incorporé y empecé a sacarla en el segundo cuarenta y uno. Tardé dos segundos más en extraerla por completo.

Adriana no interrumpió.

—No respiraba. Intenté comprobar el pulso y fui a buscar el teléfono. Llamé a emergencias, no recordé la dirección y tuve que salir a verla. Empecé la reanimación siguiendo las instrucciones. Cuando la operadora preguntó por la señal, dije que la había sacado enseguida. No era cierto. Después dije a los sanitarios que intervine

cuando dejó de responder. Eso sí era cierto, pero ocultaba que había pedido terminar antes.

—¿Qué hiciste con la cámara?

—Nada. La dejé grabando y entregué el material.

—¿Por qué?

—Porque creía que demostraría que no quería matarla y que intenté salvarla.

—¿Lo demuestra?

—Sí.

Adriana esperó.

—También demuestra otra cosa —añadí—. Que comprendí la señal y decidí no obedecerla todavía.

—¿Qué palabra utilizaste con Nadia?

—«Un poco más».

—¿Qué significaba?

—Que quería que continuara.

—¿Por qué?

La respuesta no necesitaba ya hablar de parálisis, confusión ni sonido ambiguo.

—Porque todavía no había visto lo que buscaba.

Mauro permanecía en la puerta. No había abierto la carpeta ni anotado nada, pero su atención era completa.

—¿Qué buscabas? —preguntó Adriana.

—El momento en que el cuerpo venciera a la interpretación.

—¿Y qué ocurrió cuando llegó?

—La saqué.

—¿Qué demuestra eso sobre los nueve segundos?

Podía decir que cometí un error, que calculé mal o que no comprendí el peligro. Todas seguían siendo verdaderas en parte. Ninguna alcanzaba el centro.

—Que no fueron una demora vacía —respondí—. Los utilicé.

Adriana dejó el bolígrafo.

—¿Para qué?

—Para prolongar la prueba hasta obtener el resultado que Nadia había decidido no darme.

La formulación no podía deshacerse mediante una décima, un informe forense o el intento posterior de salvarla. La muerte no había sido mi objetivo. El resultado artístico sí había ocupado durante aquellos segundos el lugar que correspondía a su señal.

—Quiero parar —dije.

Adriana apagó la grabadora antes de preguntar nada.

Mauro se acercó, pero no me tocó.

—¿Necesitas que nos quedemos? —preguntó.

—No lo sé.

—Podemos quedarnos hasta que lo decidas.

La frase no convirtió mi duda en una obligación de estar acompañado. Me ofrecía tiempo sin interpretarlo.

—Quédate tú —dije.

Adriana salió. Mauro ocupó la silla junto a la puerta y abrió el libro pequeño que había aparecido en algunos de mis primeros recuerdos de Santa Elvira. No me preguntó si quería hablar. Permaneció allí mientras la luz de la tarde cambiaba sobre la pared.

Intenté reconstruir la grabación sin el monitor. No volvió como una película completa, sino mediante gestos: Nadia dejando el abrigo, la mano sobre el picaporte, la pregunta sobre Lucía, la promesa ante la cámara y los nudillos contra la pared transparente. Después mi mirada hacia el cronómetro, la inclinación, la frase y el segundo movimiento de su mano.

La parte más difícil no era verla bajo el agua.

Era verme fuera.

No había un hombre paralizado ni alguien incapaz de comprender. Había un director que seguía trabajando después de que la actriz hubiese terminado el ejercicio, un hombre que consideraba que todavía conservaba autoridad sobre el cuerpo de otra persona porque el resultado no había llegado. Después apareció el pánico, la reanimación, la llamada y el deseo desesperado de que Nadia viviera. Todo eso era real. No corregía lo anterior.

Mauro pasó una página.

—¿Qué lees? —pregunté.

Me mostró la portada. Era una novela que no conocía.

—Nada relacionado contigo.

—Eso parece saludable.

—Lo es.

Volvió al libro. La normalidad del gesto impedía que la habitación se convirtiera en un escenario para mi reconocimiento. No esperaba una frase final, una confesión ni una transformación visible. Simplemente cumplía la petición de quedarse.

Al anochecer, una auxiliar trajo la cena. Mauro salió para hablar con ella y regresó con la bandeja. Comí poco, pero lo suficiente para tomar la medicación. Después le pedí la transcripción. Negó con la cabeza.

—Hoy no.

—No quiero discutirla.

—Precisamente por eso puede esperar hasta mañana.

Acepté. El documento no iba a cambiar durante la noche.

Antes de marcharse, Mauro preguntó si quería la puerta abierta. Respondí que sí. Colocó la silla fuera, en el corredor, no junto a mi cama. La diferencia importaba. Podía vigilar sin apropiarse de la habitación.

Me tumbé y cerré los ojos.

El vídeo regresó una vez más. Nadia golpeó. Yo miré el cronómetro. Me incliné. Dije «un poco más». Esperé a que el cuerpo mostrara aquello que había prometido no exigirle. Cuando apareció, intervine. Después intenté salvarla, dije la verdad a medias y entregué una grabación convencido de que mi desesperación posterior explicaría la espera anterior.

No la explicaba.

Durante diecisiete meses había buscado una palabra que permitiera mantener juntas dos versiones incompatibles: el hombre que quiso salvar a Nadia y el director que no la sacó cuando ella se lo pidió. No eran incompatibles. Habían existido uno después del otro, separados por nueve segundos y por el momento exacto en que el resultado dejó de interesarme porque comprendí que podía perderla.

Entonces la salvación se volvió urgente.

Antes no.

La enfermedad había reconstruido Santa Elvira como un teatro y había llenado los huecos con actores, productores y regidores. Podía explicar las figuras, los olvidos y la necesidad de repetir. No había creado la frase que se oía en la grabación ni movido mi mirada hacia el cronómetro. Aquel hombre no estaba desorientado. Conocía la regla, entendía la señal y sabía quién dependía de su respuesta.

No había elegido la muerte de Nadia.

Había elegido algo más pequeño, más breve y suficiente: nueve segundos en los que mi deseo de ver pesó más que su decisión de salir.

Y esa elección había sido mía.

Capítulo 16

La autora de la escena

La muerte convierte a una persona en un territorio disputado. Quienes la quisieron reclaman los gestos que recuerdan; quienes la dañaron buscan una versión donde el último acto no defina todo lo anterior; las familias ordenan fotografías, los abogados seleccionan frases y los periodistas reducen años de contradicciones a una línea que pueda sostenerse bajo un titular. Incluso el duelo más honesto deforma. Cada superviviente conserva una Nadia distinta porque ninguna persona cabe entera dentro de otra memoria y, cuando ya no puede corregirnos, la tentación de hablar en su nombre se vuelve casi irresistible.

Yo había cometido una apropiación más profunda. No solo recordaba a Nadia. La había mantenido trabajando.

Desde que había ingresado en Santa Elvira, cada vez que Nadia aparecía, lo hacía como actriz. Estaba junto al tanque, frente a una cámara o en la oscuridad de la sala, dispuesta a repetir una frase hasta que yo encontrara el tono correcto. Incluso cuando aceptaba que había muerto, continuaba describiéndola mediante el método, como si su último deseo hubiese sido completar una escena que el cuerpo interrumpió antes de tiempo. Su miedo pertenecía al personaje, sus objeciones eran resistencias y los dos golpes constituían un elemento técnico cuya función todavía podía analizarse. Había conseguido conservarla dentro del único lugar donde mi autoridad seguía teniendo sentido.

La mañana posterior a la grabación, Adriana entró en mi habitación con una caja gris.

Mauro caminaba detrás de ella, pero no llevaba la carpeta de medicación ni la transcripción de los cuarenta y un segundos. Depositó dos vasos de agua sobre la mesa y ocupó la silla junto a la puerta, después de comprobar que yo recordaba su función y que la pulsera seguía cerrada alrededor de mi muñeca. Adriana permaneció de pie junto a la caja.

—Hoy trabajaremos con materiales de Nadia —dijo.

La expresión resultaba peligrosa. Materiales. Durante años había utilizado la palabra para referirme a todo aquello que una actriz llevaba consigo: recuerdos, gestos, miedo, deseo, contradicciones. Convertir algo en material permitía trabajar con ello sin preguntarse si quien lo había entregado deseaba recuperarlo después.

—¿Qué clase de materiales?

—Mensajes a Marina, notas personales, correos dirigidos a producción y algunos fragmentos de audio. Su familia ha autorizado que accedas a una selección vinculada con el montaje y con la prueba.

—Una selección.

—Sí.

—Entonces sigo sin conocer todo.

—Nunca conocerás todo.

Adriana no fingió que la caja contuviera una Nadia completa ni una verdad inmune a la interpretación.

—¿Quién ha elegido qué mostrarme?

—Su familia, dos profesionales del equipo y yo. Se ha excluido información íntima que no afecta a tu responsabilidad ni al método.

—¿Cómo deciden qué afecta?

—Podrás cuestionarlo, pero no accederás al contenido que la familia ha protegido.

La condición me habría parecido una forma de censura pocos días antes. Ahora comprendía que mi presencia dentro de un mensaje no convertía el resto en propiedad mía. Nadia podía haber hablado de mí y seguir conservando una vida que yo no tenía derecho a registrar.

—¿Qué esperan que encuentre? —pregunté.

—No queremos que encuentres una nueva explicación de los nueve segundos —respondió Adriana—. Queremos que veas qué estaba intentando hacer Nadia durante las semanas anteriores.

—Marcharse.

—Eso ya lo sabes como frase.

—Lo dijo en mensajes.

—Quiero que puedas mantenerlo sin transformarlo en una amenaza pasajera, una crisis de confianza o una estrategia para obtener algo de ti.

Mauro se inclinó hacia delante.

—Y no vamos a convertirla en alguien perfecta —añadió—. Nadia participó durante años, defendió el método, pidió repetir ejercicios y utilizó la relación contigo para obtener papeles y reconocimiento. Nada de eso elimina que pudiera retirar su consentimiento después.

La advertencia se dirigía a una defensa que ya empezaba a formarse. Si Nadia había buscado la intensidad, disfrutado de mi atención o contribuido a construir el método, podía parecer injusto presentarla después como una víctima pasiva de algo que había aceptado. Sin embargo, esa contradicción no la debilitaba. Una persona puede ayudar a crear una estructura y ser la primera en reconocer cuándo ha dejado de poder vivir dentro de ella.

Adriana abrió la caja.

En la parte superior había un cuaderno de tapas negras, varias carpetas transparentes y un teléfono antiguo guardado dentro de una bolsa. No era el aparato utilizado la noche de la prueba; aquel se había entregado durante la investigación. Se trataba de una copia forense con mensajes y audios seleccionados.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Por antes de que quisiera marcharse.

La respuesta me sorprendió. Esperaba una sucesión de advertencias destinadas a demostrar que Nadia llevaba semanas temiéndome. Adriana comenzó, en cambio, por un mensaje de casi tres años antes, durante nuestro segundo trabajo juntos.

Lo proyectó en una tableta para que pudiera leerlo sin tocar el teléfono. Nadia escribía a Marina, que entonces todavía era ayudante de producción y no trabajaba con nosotros de manera estable:

«Ha vuelto a hacerlo. Ha conseguido que diga una frase que ayer me parecía ridícula y hoy no sé cómo pronunciar sin llorar. Es insoportable. También es la primera persona que no me deja escapar por donde escapo siempre».

Debajo había otro mensaje enviado esa misma noche:

«No sé si quiero matarlo o trabajar con él toda la vida».

Mi primera reacción fue orgullo. No pude evitarlo. La frase confirmaba la fuerza de una relación artística que ninguno de los informes clínicos podía reducir a manipulación.

—Eso también era Nadia —dije.

—Sí —respondió Adriana—. Continúa.

Los mensajes de aquella época mostraban admiración, deseo y una ambición tan intensa como la mía. Nadia hablaba de escenas que quería repetir, del placer de descubrir reacciones que no sabía fingir y de la sensación de que yo podía verla antes de que ella construyera una versión aceptable de sí misma. En un audio breve, grabado después de un estreno, reía mientras explicaba que había pasado media función odiándome porque cambié una indicación minutos antes de salir y la otra mitad agradeciendo que lo hubiera hecho.

—No era una joven engañada desde el principio —dije.

—No —aceptó Adriana—. Era una actriz adulta, ambiciosa y capaz de tomar decisiones. También podía cambiar de opinión.

Mauro continuaba junto a la puerta. No parecía interesado en destruir la importancia de nuestro trabajo. Necesitaba que esa importancia dejara de funcionar como un contrato perpetuo.

Los mensajes avanzaron en el tiempo. La admiración no desaparecía de golpe; empezaba a mezclarse con otra cosa. Nadia escribía que cada nuevo montaje exigía un riesgo mayor porque las técnicas anteriores ya no me producían el mismo interés. Un ejercicio que durante la primera obra había consistido en permanecer inmóvil frente al público se transformó después en aislamiento durante horas; una improvisación sobre el miedo acabó incluyendo privación de sueño; una escena acuática, inicialmente simbólica, empezó a requerir agua real.

«Antes buscábamos una verdad», escribió a Marina. «Ahora creo que busca el instante en que ya no puedo esconderle nada. No es lo mismo».

La frase no negaba el método. Establecía el momento en que había empezado a cambiar de propósito. Ya no se trataba

únicamente de liberar una interpretación, sino de conquistar una parte de Nadia que continuaba fuera de mi alcance.

—¿Cuándo lo escribió? —pregunté.

—Ocho meses antes de morir.

—Seguimos trabajando después.

—Sí.

—Podía marcharse entonces.

Adriana no reaccionó a la rapidez de la defensa.

—Podía —respondió—. ¿Qué crees que demuestra que no lo hiciera?

Podía decir que seguía confiando, que los temores no eran definitivos o que la intensidad continuaba compensando el riesgo. Todas esas cosas podían ser ciertas. También existía una dependencia que los mensajes hacían visible.

En uno, Nadia explicaba que no sabía quién era fuera de mis montajes. Había rechazado dos proyectos durante los últimos años porque yo consideraba que distraerían su trabajo principal. Los directores que la llamaban parecían superficiales después de haber trabajado conmigo, y los papeles convencionales le producían vergüenza. Yo había conseguido que asociara cualquier experiencia menos extrema con una forma menor de arte.

«Lo peor», escribió, «es que una parte de mí sigue creyendo que tiene razón».

La dependencia no eliminaba su decisión de permanecer. La volvía más difícil de comprender mediante la palabra libertad. Nadia podía marcharse físicamente y, al mismo tiempo, sentir que hacerlo significaba renunciar al lugar donde había construido su identidad profesional, su prestigio y una parte de su propia mirada.

—Yo no le impedí trabajar con otros —dije.

—No con una prohibición contractual —respondió Adriana.

—Entonces fue una elección suya.

—Sí.

La concesión no produjo el efecto esperado.

—También fue una elección influida por años de decirle que solo dentro de tu método era capaz de alcanzar algo verdadero —añadió

—. No necesitamos decidir si eso anula por completo su libertad. Basta con reconocer el poder que ejercía sobre sus decisiones.

Adriana mostró después un intercambio ocurrido cuatro meses antes de la muerte. Nadia había abandonado un ensayo tras una discusión. Yo le envié nueve mensajes durante la madrugada. No recordaba haber escrito tantos. Las frases alternaban preocupación, desprecio y seducción. En uno afirmaba que comprendía su miedo; en el siguiente, que la producción no podía sostener a una actriz que utilizaba sus crisis para controlar el proceso. Después añadía que nadie podría interpretar aquel papel como ella y que sustituirla destruiría años de trabajo.

—¿Contestó? —pregunté.

Adriana deslizó la pantalla.

Nadia había respondido:

«No puedes decirme que soy insustituible y amenazar con sustituirme dentro de la misma conversación».

Mi mensaje siguiente decía:

«Claro que puedo. Las dos cosas son ciertas».

La frase pertenecía a la arquitectura de casi todas mis defensas. Las contradicciones podían coexistir, y yo utilizaba esa coexistencia para evitar que ninguna afirmación me obligara por completo. Nadia era única, pero podía perder el papel. Podía marcharse, aunque hacerlo demostrara que no merecía quedarse. Sus límites importaban, salvo cuando impedían alcanzar algo que yo consideraba esencial.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

—Regresó al ensayo.

—Entonces la conversación no terminó con una ruptura.

—No.

—¿Por qué volvió?

Adriana reprodujo un audio que Nadia envió a Marina desde un taxi.

Su voz sonaba agotada.

—Voy porque no quiero que mañana diga que he abandonado el papel por miedo. Voy a terminar la escena, coger mis cosas y salir antes de que consiga cambiarme otra vez la historia.

El audio finalizaba con el ruido del tráfico.

—¿Lo hizo? —pregunté.

—Terminó la escena. No recogió sus cosas.

—Entonces cambió de opinión.

—Sí.

—Porque el trabajo funcionó.

Adriana mantuvo la mirada sobre mí.

—Eso escribió después.

El mensaje de Nadia decía:

«Ha sido la mejor escena que hemos hecho. También sé que no debería necesitar que me destruya un poco para conseguirla».

No había una versión limpia. El método producía resultados que Nadia valoraba y daños que empezaba a no poder aceptar. Su permanencia no demostraba que los segundos fueran imaginarios, del mismo modo que su deseo de marcharse no convertía todos los años anteriores en coerción.

Adriana cerró la primera carpeta.

—¿Qué ves hasta ahora?

—Que Nadia conocía el método, obtenía algo de él y seguía eligiendo volver aunque se quejara.

Mauro dejó escapar el aire despacio.

—También veo la otra parte —añadí antes de que interviniera—. Cada vez que intentaba irse, yo utilizaba el papel, la obra y lo que habíamos conseguido para hacer que marcharse pareciera una traición a sí misma.

—¿Cuál de las dos cosas es cierta? —preguntó Adriana.

—Las dos.

—¿Y cuál te autorizaba a ignorar la señal?

—Ninguna.

La respuesta no necesitaba destruir nuestra relación artística. Precisamente porque aquella relación había sido real, su poder podía utilizarse de forma destructiva.

La segunda carpeta correspondía al último mes.

El cambio en la voz de Nadia era visible incluso antes de leer el contenido. Había menos humor, menos ambivalencia y una precisión que parecía destinada a producir un registro. Anotaba fechas,

ejercicios, personas presentes y frases textuales. No escribía únicamente para desahogarse. Estaba documentando.

—¿Para quién? —pregunté.

—Para producción, para sus representantes y, si era necesario, para una denuncia profesional —respondió Adriana.

—¿Denuncia por qué?

—Pruebas no autorizadas, amenazas de sustitución, aislamiento deliberado del equipo, modificación de condiciones pactadas y utilización de información íntima dentro de los ensayos.

—Todo eso puede formar parte de una disputa artística, no de una denuncia.

—Nadia había dejado de considerarlo solo una disputa.

En una nota fechada tres semanas antes de morir, enumeraba varias condiciones que ya no aceptaría: ejercicios a solas, privación de sueño, contacto físico no previsto, cambios de horario fuera del calendario oficial y cualquier prueba acuática sin Marina ni personal de seguridad.

Debajo había escrito:

«Víctor piensa que poner una norma es empezar una negociación. No entiende que esta lista no es una escena».

La frase se parecía a Nora, aunque Nora no había tenido acceso a aquel cuaderno. La semejanza no procedía de palabras prestadas, sino de la conducta común que ambas intentaban detener.

—¿Le enviaron esto a producción? —pregunté.

—Una versión parcial. Nadia todavía temía que una denuncia formal provocara su sustitución antes de poder organizar la salida.

—Entonces no había decidido marcharse.

—Había decidido hacerlo, pero quería controlar cuándo y cómo.

La necesidad de control no pertenecía solo a mí. Nadia también quería conservar el papel hasta encontrar una forma de abandonarlo sin quedar convertida en una actriz incapaz, inestable o desagradecida. Después de años construyendo prestigio alrededor de nuestra colaboración, marcharse en mitad del montaje permitiría que yo explicara la ruptura mediante su miedo.

Una semana antes de la prueba, escribió a Marina:

«No quiero que él sea quien cuente por qué me voy».

La frase modificaba el sentido de toda la noche. Nadia no intentaba demostrar que todavía confiaba en mí. Intentaba salir de la relación conservando la autoría de su decisión.

Adriana abrió un correo dirigido a la producción. No se había enviado. Figuraba como borrador y llevaba varias correcciones.

Nadia explicaba que abandonaría el montaje después de una última reunión y solicitaba que cualquier comunicación posterior se realizara a través de sus representantes. Describía mi método como una estructura que había dejado de distinguir entre entrega profesional y disponibilidad personal. Reconocía que había participado, defendido los ejercicios y obtenido reconocimiento gracias a ellos. Después añadía:

«Precisamente porque lo he defendido durante años, sé cuándo dejó de ser una forma de trabajo y se convirtió en una prueba constante de obediencia».

—No buscaba cerrar la escena —dijo Adriana—. Buscaba terminar la relación profesional.

—El correo no se envió.

—No.

—Entonces podía seguir dudando.

—Sí.

—¿Por qué lo dejó en borrador?

—No podemos preguntárselo.

La ausencia de una respuesta definitiva no permitía elegir automáticamente la versión que más me protegiera. Nadia podía haber dudado, temido las consecuencias, esperado hablar con alguien o querer modificar el tono. El borrador seguía mostrando una dirección que yo no conocía aquella noche.

—¿Yo sabía que pensaba marcharse? —pregunté.

Adriana mostró varios mensajes nuestros. Nadia no había pronunciado una frase tan directa como «abandono el montaje», pero había dicho que no seguiría trabajando bajo aquellas condiciones, que hablaría con producción y que no realizaría más pruebas a solas. Yo respondía tratando cada afirmación como una reacción provisional.

«Cuando dejes de hablar desde el miedo, decidiremos», había escrito.

Nadia contestó:

«No decides cuándo dejo de hablar desde el miedo».

Mi respuesta era una sola línea:

«Eso es exactamente lo que hace un director».

Leí varias veces. No recordaba haber escrito la frase, pero contenía con tal precisión mi idea de la función que resultaba imposible atribuirla a una manipulación del archivo.

—¿Qué quería controlar la noche del agua? —pregunté.

—Eso aparece en los mensajes de ese día.

Adriana abrió el siguiente archivo.

Por la mañana, yo había informado a Marina de la supuesta fuga y a Nadia de que la prueba seguía en pie como trabajo privado. También había mencionado a Lucía, la actriz que podía sustituirla. Nadia llamó a Marina durante ocho minutos. No existía una grabación de la llamada, pero sí mensajes posteriores.

«Voy a ir», escribió Nadia.

Marina respondió casi de inmediato:

«No vayas sola. Espera a que vuelva».

Nadia:

«No puedo permitir que mañana diga que me negué porque no era capaz».

Marina:

«Puede decirlo igual».

Nadia:

«Pero yo sabré que no».

La decisión de acudir no respondía únicamente al miedo de perder el papel. También había orgullo. Nadia necesitaba demostrarse que no se marchaba porque el método hubiera vencido su capacidad, sino porque había elegido dejarlo. Quería realizar la prueba en sus propios términos y salir después.

—Eso significa que quería hacerla —dije.

—Sí.

Adriana no evitó la palabra.

—Entonces no fue solo una imposición mía.

—No.

—¿Qué cambia?

—Que quisiera realizar una última prueba no te autorizaba a modificar las condiciones que estableció ni a utilizarla para demostrar que aún te pertenecía como actriz.

El deseo de Nadia y mi presión podían coexistir. Ella había acudido voluntariamente, discutido, establecido límites y entrado en el agua. Yo había aceptado cada condición y después sustituido su criterio por el mío.

Los mensajes continuaban.

Poco antes de llegar a la propiedad, Nadia escribió:

«Si lo hago, se termina. No hay otra prueba después. No hay conversación sobre si he recuperado la confianza. Quiero demostrarme que puedo entrar, salir y marcharme sin que convierta ninguna de las tres cosas en una victoria suya».

La frase se parecía de manera insoportable a la intención de Nora durante la sesión clandestina. Entrar, permanecer y salir sin convertirse en Nadia. Las dos habían construido una prueba para recuperar el control dentro de una relación donde yo interpretaba cada elección.

—Nora —dije.

Mauro levantó la cabeza.

No había pronunciado el nombre para preguntar por ella ni para introducirla en el lugar de Nadia. Había reconocido por primera vez la misma estructura sin confundir a las dos mujeres.

—Nora quiso hacer exactamente eso —continué—. Entrar en la sala, permanecer y salir sin que yo decidiera qué significaba.

—Sí —respondió Adriana.

—Y cuando dio la señal, esperé para ver cómo reaccionaba.

—Sí.

—Porque incluso su prueba para recuperar el control se convirtió en una oportunidad para observarla.

Mauro no añadió nada. La comparación no necesitaba detalles clínicos ni otra grabación.

Adriana mostró el último mensaje enviado antes de que Nadia entrara en la propiedad. Estaba dirigido a Marina.

«Ya estoy aquí. Está todo preparado. Voy a hacer una sola inmersión, cuarenta segundos como máximo. He exigido dos golpes porque no confío en que pare cuando me vea asustada. Si no te escribo a las nueve, llama».

Leí la frase varias veces.

No confío en que pare cuando me vea asustada.

La señal no existía porque Nadia temiera quedarse sin voz bajo el agua. Existía porque conocía mi tendencia a interpretar el miedo como prueba de cercanía. Había convertido su desconfianza en un protocolo.

—¿Marina llamó? —pregunté.

—A las nueve y dos —respondió Adriana—. Tu teléfono estaba en el suelo, con la llamada de emergencias activa. Después intentó contactar con Nadia y con el propietario de la casa. Llegó al hospital antes de que se certificara la muerte.

—¿Hablé con ella?

—Sí.

—¿Qué dije?

Adriana buscó entre las hojas.

—Que Nadia había aguantado más de lo previsto y que, cuando comprendiste que no salía, la sacaste.

Otra versión donde la duración pertenecía a Nadia y mi intervención comenzaba solo ante la pérdida de respuesta.

—¿Marina sabía lo de los golpes?

—Sí. Nadia se lo había explicado.

—¿Me preguntó?

—Te preguntó por qué no la sacaste cuando golpeó.

—¿Qué respondí?

—Que no estabas seguro de que hubiera sido la señal.

La mentira empezó a crecer durante las primeras horas. Ante la operadora dije que intervine enseguida; a los sanitarios, cuando dejó de responder; a Marina, que no estaba seguro de la señal. Cada versión intentaba cubrir una parte distinta del vídeo.

—¿Cuándo dije que me quedé paralizado?

—En la primera declaración formal, al día siguiente.

—¿Y la interpretación?

—Semanas después, cuando te mostraron que te movías durante el intervalo.

Las defensas no habían surgido juntas porque no describían una experiencia compleja. Aparecieron sucesivamente a medida que cada prueba destruía la anterior.

Adriana guardó los mensajes y sacó el cuaderno negro.

—Estas son notas personales. La familia ha autorizado solo dos fragmentos.

Abrió por una página marcada. La letra de Nadia ocupaba todo el espacio, con correcciones y flechas que unían ideas. No escribía sobre la prueba, sino sobre una escena del montaje. Describía el momento en que su personaje debía entrar en una habitación sabiendo que otra persona intentaría convertir cualquier reacción en una confesión.

Al final había añadido:

«Víctor quiere que ella se entregue. Yo creo que quiere irse. Hemos discutido porque dice que mi lectura protege al personaje. Quizá lo proteja. Nadie parece preguntarse por qué entregar algo es siempre más verdadero que conservarlo».

La reflexión cuestionaba el centro moral de mi método. Yo había asociado verdad con exposición, entrega y pérdida de control. Una persona que se protegía parecía menos auténtica porque no permitía que el público accediera a todo. Nadia empezaba a comprender que la protección también podía ser una acción verdadera, no un obstáculo que el director debía destruir.

—¿Qué personaje era? —pregunté.

—El del montaje inconcluso —respondió Adriana.

—¿La escena del tanque?

—Una versión anterior. La habitación terminaba convirtiéndose en el espacio acuático.

Nadia no había discutido solo una técnica. Había propuesto otra lectura de la obra: el personaje no necesitaba entregarse al hombre que la observaba, sino escapar de la estructura que convertía cada límite en una prueba de falsedad.

—¿Conservo el texto? —pregunté.

—Hay copias en el archivo.

—¿La escena termina con ella saliendo?

Adriana pasó a otra hoja autorizada.

Nadia había escrito:

«El final no debería ser la inmersión. Debería ser ella diciendo que no, aunque él y el público crean que eso estropea todo».

Levanté la vista.

—Nunca me enseñó esto.

—No podemos saberlo con seguridad —dijo Adriana—. Hay una anotación en el margen que indica que pensaba hablarlo contigo.

—Podía ser solo una posibilidad.

—Sí.

La incertidumbre no disminuía su importancia. Mientras yo preparaba un tanque para encontrar el momento en que el cuerpo venciera a la interpretación, Nadia imaginaba un final donde la acción verdadera consistía en negarse.

—La obra no tenía final —dije.

—Ella estaba intentando escribir uno.

La frase explicó el título que Adriana no conocía y que, sin embargo, acababa de aparecer entre nosotros. Nadia no era únicamente la actriz cuyo cuerpo sostenía mi escena. Estaba produciendo una lectura propia, estableciendo límites y buscando una salida que yo había considerado artísticamente inferior.

—¿El agua era idea suya? —pregunté.

—La primera imagen acuática aparece en notas de ambos —respondió Adriana—. La utilización de un tanque real fue tuya. Nadia aceptó explorarla con condiciones y después quiso retirarla.

—¿Cuándo?

Adriana mostró un correo enviado a producción dos semanas antes de la muerte. Nadia pedía sustituir la inmersión real por un diseño de sonido, luz y movimiento. Argumentaba que el efecto no necesitaba una prueba física y que el riesgo empezaba a ocupar más atención que la escena.

Mi respuesta, incluida en la cadena, era breve:

«Si fingimos el agua, fingiremos también todo lo demás».

Había reducido cualquier alternativa a cobardía estética.

—La producción no había autorizado el tanque —dije.

—No en la forma utilizada aquella noche.

—Pero conocía la propuesta.

—Sí. Había solicitado informes de seguridad y presencia de personal especializado antes de aprobarla.

—Marina debía estar.

—Y un técnico de seguridad acuática.

La prueba privada no era una aproximación inocente. Había eliminado precisamente a las personas que podían detenerla.

—¿Por qué preparé el tanque si sabía que faltaban? —pregunté.

Adriana no respondió por mí.

Recordé los mensajes, la amenaza de sustitución y la discusión sobre confianza. Nadia se alejaba. Había hablado con producción, limitado ejercicios y empezado a documentar. La prueba no buscaba únicamente comprobar una secuencia escénica. Necesitaba restablecer una relación de poder.

—Quería saber si todavía me obedecería —dije.

Mauro se movió en la silla, pero no intervino.

—¿Obedecer qué? —preguntó Adriana.

—No una orden concreta. Quería saber si, pese a Marina, producción, sus mensajes y las amenazas de marcharse, todavía entraría en el agua porque yo decía que el trabajo lo exigía.

—¿Qué habría demostrado que entrara?

—Que la relación seguía existiendo.

—¿Y si después se marchaba?

—Habría podido decirme que se iba, pero no que el método había dejado de funcionar.

La prueba era una forma de recuperar control antes de perderla. Si Nadia realizaba la inmersión y alcanzábamos el resultado, su salida posterior podía reinterpretarse como una consecuencia emocional, no como un rechazo válido del método. Yo conservaría la obra, la escena y quizá incluso la posibilidad de convencerla otra vez.

—¿Por eso amenazaste con Lucía? —preguntó Adriana.

—Sí.

—¿Porque necesitabas una actriz o porque necesitabas que Nadia eligiera quedarse?

—Las dos cosas.

La respuesta habitual apareció, pero ya no podía utilizarla para diluir la segunda.

—Sobre todo que eligiera quedarse —añadí.

La tercera carpeta contenía los correos con Lucía. Había hablado con ella una sola vez. No conocía toda la secuencia ni estaba preparada para sustituir a Nadia. Yo exageré su disponibilidad. La amenaza era más eficaz que real.

—¿Lucía sabía que la estabas utilizando? —preguntó Mauro.

—No.

—¿Nadia?

—Probablemente.

La grabación mostraba que Nadia había reconocido la estrategia y, aun así, no consiguió marcharse. Saber que una presión está siendo utilizada no vuelve a una persona inmune a ella.

Adriana cerró la carpeta.

—Quiero mostrarte un último material antes de descansar.

—¿De Nadia?

—No.

Mauro miró hacia ella. Debían de haber discutido si incluirlo.

—Nora autorizó que leyeras un fragmento de su reclamación —explicó Adriana—. No podrás conservar una copia ni acceder al resto.

El nombre ya no abrió una sustitución. Vi a Nora en la sala de Santa Elvira, con la cicatriz junto al pulgar, el cabello recogido y la forma particular de tensar la mandíbula. No llevaba el rostro de Nadia.

—¿Quiere que lo lea? —pregunté.

—Ha dicho que puede ayudarte, siempre que no lo utilices para contactar con ella.

—No lo haré.

Adriana sacó una sola hoja.

El fragmento estaba escrito en primera persona:

«No creí que fuera Nadia. Tampoco pensé que Víctor me confundiera todo el tiempo con ella. Lo que ocurrió fue peor de una manera más difícil de explicar. Empecé a sentir que solo resultaba

interesante cuando me parecía a la mujer que él había perdido. Cada vez que reaccionaba como yo, se decepcionaba o corregía la escena. Cada vez que tenía miedo, me resistía o decía una frase que podía asociar con Nadia, me miraba como si por fin estuviera apareciendo. Terminé buscando esa mirada incluso cuando sabía que me hacía daño».

Adriana dejó de leer.

No era una sustitución completa. Yo no había borrado a Nora y colocado a Nadia en su lugar de forma constante. Había enseñado a Nora qué partes de sí misma obtenían mi atención más intensa y, sin pedirlo de manera explícita, la conduje a repetirlas.

—Continúa —dije.

Adriana leyó el último párrafo autorizado:

«Cuando pedí entrar otra vez en la sala, quería demostrar que podía estar con él sin convertirme en el tipo de persona que necesitaba para recordar. Después entendí que seguía organizando la prueba alrededor de su mirada. Incluso mi manera de irme dependía de que él la aceptara. No quiero que use mi salida para decir que por fin aprendió algo. Me voy porque necesito dejar de ser una escena para él».

La hoja terminó allí.

—Nora —dije.

Pronuncié su nombre despacio, no para llamarla ni para acercarla a la mujer del tanque. Era una forma de mantenerla separada.

—Nora no quería que su salida se convirtiera en mi aprendizaje.

—Eso ha escrito —respondió Adriana.

—Y me lo estáis mostrando dentro de mi tratamiento.

—Sí.

La contradicción existía. Incluso una reclamación contra ser utilizada podía convertirse en material terapéutico. La diferencia dependía del consentimiento que ella había dado y de que yo no reclamara después una relación, un perdón o un derecho a responder.

—No voy a escribirle —dije.

—Bien.

Mauro se inclinó hacia delante.

—No lo conviertas en una promesa para que pensemos que has cambiado. Simplemente no lo hagas.

Asentí.

—¿Puedo pedir algo relacionado con ella?

Adriana esperó.

—Que retiren de mi habitación cualquier texto suyo que no haya autorizado que conserve. La nota de los dos golpes, la hoja de la escena y las frases que escribió al margen.

—La nota de la señal forma parte de tu tratamiento y Nora autorizó que se utilizara —explicó—. Los demás textos pueden retirarse.

—Quiero que también se retire la nota.

—¿Por qué?

—Porque la señal no necesita seguir siendo un objeto mío. Ya sé qué significaba.

Adriana miró a Mauro. Él asintió.

—La retiraremos.

La decisión no reparaba el daño ni devolvía a Nora algo que le hubiese robado físicamente. Solo impedía que su letra continuara ocupando mi mesa como parte de una obra privada.

La sesión se detuvo durante veinte minutos. Mauro salió a buscar café y Adriana guardó los documentos. Yo permanecí junto a la ventana, intentando ordenar a Nadia fuera del tanque.

Aparecía en los mensajes riendo después de un estreno, ambiciosa, orgullosa y fascinada por el trabajo. Después cansada, contradictoria, incapaz de marcharse algunas veces y decidida a hacerlo en otras. No era una mujer que hubiese permanecido siempre sometida ni una mártir que comprendiera desde el principio el peligro que yo representaba. Había contribuido al método, disfrutado de sus resultados y defendido decisiones que después empezó a considerar dañinas. Esa historia no debilitaba los límites finales. Los volvía más humanos. Nadia no necesitaba ser perfecta para tener derecho a terminar.

Cuando Mauro regresó, colocó el café sobre la mesa y recogió la nota de Nora del cajón. No la abrió. La introdujo en una carpeta y

escribió algo en la portada.

—¿Volverá a su expediente? —pregunté.

—Sí.

—Bien.

La palabra no funcionó como una evaluación. Solo nombraba el lugar adecuado.

Adriana sacó un último audio de Nadia. Estaba fechado cuarenta minutos antes de que llegara a la propiedad. No se lo había enviado a nadie. Permanecía guardado entre los borradores del teléfono, quizá como una nota para sí misma. La familia había autorizado su reproducción porque hablaba directamente de la prueba.

Nadia tardaba unos segundos en empezar. Se oía el motor del coche y la lluvia.

—Voy porque necesito comprobar que puedo decirle que no después de hacerlo —decía—. Sé que suena absurdo. Si no entro, convertirá mi salida en miedo. Si entro y salgo cuando yo decida, no podrá hacerlo. He puesto cuarenta segundos y dos golpes porque no confío en que me saque cuando me vea mal. Él cree que eso es lo que buscamos. Yo ya no. Si intenta seguir después de la señal, se termina todo. Esta vez de verdad.

El audio acababa sin despedida.

Si intenta seguir después de la señal, se termina todo.

Nadia había previsto exactamente el conflicto. Los golpes no eran solo una medida de seguridad física. Eran la última prueba de si yo podía aceptar que su decisión tuviera más autoridad que mi lectura. Al esperar, no solo prolongué la inmersión. Confirmé la razón por la que quería marcharse.

—No tuvo oportunidad de decírmelo después —dije.

—No —respondió Adriana.

—Pero ya lo había decidido.

—Sí.

La prueba no buscaba restaurar la confianza. Nadia esperaba comprobar si podía marcharse conservando el control de la historia. Yo interpreté su entrada en el agua como una confirmación de que el método seguía gobernando la relación y, cuando golpeó, mantuve esa autoridad durante nueve segundos más.

—¿Por qué no me enseñaron este audio antes? —pregunté.

—Lo escuchaste en dos ocasiones —dijo Mauro.

—No lo recuerdo.

—La primera afirmaste que alguien había imitado su voz. La segunda dijiste que demostrar que esperaba una posible demora convertía la señal en parte de la prueba.

Incluso la desconfianza de Nadia había sido utilizada para justificar aquello que temía. Si había previsto que yo pudiera esperar, la espera parecía incorporada al ejercicio. No existía una prueba capaz de obligarme a aceptar una interpretación mientras conservara el derecho a decidir su significado.

—¿Qué dije después de escucharlo? —pregunté.

Adriana consultó una nota.

—Que Nadia seguía necesitando que fueras tú quien validara su salida, y que por eso la relación no había terminado.

La frase contenía una parte de verdad. Nadia quería demostrarme algo. Sin embargo, yo había utilizado esa necesidad para afirmar que todavía me pertenecía.

—Quería salir de mi mirada —dije—, pero necesitaba que yo no pudiera contar que había huido.

—Sí.

—Y eso seguía dándome poder.

—Sí.

—Pero no convertía su decisión en mía.

—No.

La diferencia parecía obvia ahora. La dependencia de Nadia no eliminaba su autoría. Podía necesitar que yo reconociera su decisión y seguir siendo ella quien la tomaba.

Adriana guardó el teléfono.

—¿Qué cambia saber que planeaba marcharse? —preguntó.

—La prueba deja de ser una búsqueda compartida.

—¿Qué era?

—Una última disputa por el control.

—¿Quién la ganó?

La palabra resultaba obscena junto a la muerte.

—Yo durante nueve segundos —respondí—. Después nadie.

Mauro bajó la mirada.

—¿Qué intentaba hacer Nadia con la señal? —continuó Adriana.

—Evitar que interpretara su miedo, su capacidad o su deseo. Quería que una acción clara terminara la prueba.

—¿Y qué hiciste?

—La convertí en otra cosa que debía evaluar.

—¿Por qué?

—Porque aceptar la señal significaba aceptar que ella decidía cuándo terminaba, aunque el resultado todavía me interesara.

Adriana no necesitó preguntar qué había pesado más.

—¿Era Nadia tu actriz aquella noche? —dijo.

—Sí.

—¿Solo eso?

—No.

La palabra actriz había absorbido todas las demás funciones: mujer, compañera, persona que desconfiaba, profesional que quería marcharse y autora de una lectura distinta. Verla únicamente como actriz permitió que su cuerpo continuara perteneciendo al ejercicio incluso después de que ella lo terminara.

—¿Qué era para ti en el segundo treinta y dos? —preguntó.

Pensé en el vídeo. Nadia bajo el agua, mirándome después de golpear. Yo no veía entonces a una mujer que había decidido salir. Veía a la actriz en el punto previo al resultado.

—Material —dije.

La palabra que al principio de la sesión me había parecido peligrosa apareció con su sentido más preciso.

—¿Y después, cuando perdió la estabilidad?

—Nadia.

La transición había ocurrido demasiado tarde. Mientras controlaba el cuerpo, podía seguir siendo parte del método. Cuando dejó de hacerlo y apareció la posibilidad de perderla, recuperó su nombre.

Mauro se levantó y caminó hasta la ventana. No necesitaba ocultar la reacción, pero tampoco quería convertirla en una respuesta que yo pudiera utilizar.

—Eso mismo ocurrió con Nora —dije.

Él se volvió.

—Mientras respondía, se resistía y producía algo que me interesaba, era una actriz aunque negara serlo. Cuando tuvo una crisis, se convirtió en una paciente a la que otros debían cuidar. Después, cuando volvió a buscarme, la convertí otra vez en material.

—Sí —dijo Mauro.

—Nora no era Nadia.

—No.

—Y Nadia tampoco era solo la mujer que murió bajo el agua.

Adriana cerró la caja.

—¿Quién era?

La pregunta no podía responderse mediante una lista completa. No conocía todos sus pensamientos ni tenía derecho a terminar su biografía con una definición que me protegiera. Podía decir únicamente lo que los materiales demostraban y lo que yo había eliminado.

—Una mujer que participó en el método, lo defendió, obtuvo algo de él y después quiso dejarlo. Una actriz que había empezado a escribir otra versión de la obra. Alguien que no confiaba en mí y aun así necesitaba demostrar que podía salir sin que yo decidiera por qué. También una persona contradictoria, ambiciosa y asustada que estableció una señal porque sabía exactamente qué podía hacer yo con su miedo.

—¿Víctima? —preguntó Adriana.

La palabra llevaba tiempo esperando en algún lugar al que todavía no había querido llegar. Podía aplicarse a Nadia sin borrar todo lo demás, pero una parte de mí continuaba resistiéndose porque temía reducirla al resultado.

—Sí —respondí—. Pero no solo.

—Nadie es solo aquello que le hicieron.

La frase no pretendía aliviarme. Devolvía a Nadia una vida fuera de mi conducta.

Adriana me preguntó si quería escuchar otra vez el último audio. Negué. Repetirlo podía convertir la voz de Nadia en una herramienta para consolidar mi comprensión, exactamente aquello que ella había intentado impedir. El contenido permanecía: había ido para hacer

una última prueba, salir cuando decidiera y terminar la relación si yo ignoraba la señal.

—¿Qué hacemos con el cuaderno? —pregunté.

—Volverá a la familia.

—¿Y los correos?

—Permanecerán en el archivo judicial y en las copias autorizadas.

—No quiero copias en mi habitación.

—No estaba previsto que las conservaras.

La decisión resultó más fácil de lo esperado. Durante meses había reclamado cada frase de Nadia porque creía que entenderla dependía de poseerla. Ahora podía reconocer que algunos documentos debían existir fuera de mi alcance.

Mauro recogió los vasos. Adriana cerró la caja y comprobó el inventario antes de colocar la tapa.

—La sesión termina aquí —dijo.

—Quiero añadir algo al registro.

Abrió la grabadora.

—Dilo.

Miré la caja cerrada. No contenía una absolución, una denuncia perfecta ni la prueba de que Nadia hubiese dejado de quererme o de valorar el trabajo. Contenía una decisión que yo había transformado en resistencia porque reconocerla habría significado perder el control de la escena.

—La prueba del agua no era una demostración de confianza —dije—. Nadia la realizó porque quería conservar el control de su salida. Yo la había amenazado con sustituirla, había apartado a Marina y había convertido marcharse en una prueba de incapacidad. Ella aceptó entrar, pero estableció una señal precisamente porque no confiaba en que yo obedeciera cuando el miedo apareciera. La vio como el límite que debía permitirle terminar. Yo la vi como un obstáculo entre el ejercicio y el resultado.

Adriana no escribió mientras hablaba.

—Nadia no retiró la señal, no cambió de opinión y no necesitaba repetirla. Tampoco me pidió que evaluara si existía peligro. Yo sabía todo eso. Esperé porque quería comprobar qué ocurría después y

porque aceptar los golpes habría significado reconocer que la escena ya no me pertenecía.

La palabra pertenecía seguía siendo problemática. Ninguna escena había pertenecido por completo a una sola persona, pero yo la había tratado de esa manera.

—¿Algo más? —preguntó Adriana.

Pensé en la frase escrita por Nadia: el final debería ser ella diciendo que no, aunque el director y el público creyeran que eso estropeaba todo. Quizá esa había sido su verdadera última intervención en la obra. No la inmersión, los movimientos bajo el agua ni el resultado corporal que yo había buscado, sino los golpes.

Había escrito su salida con los nudillos.

Yo la había corregido.

—Sí —dije—. Nadia no fue la actriz que no consiguió terminar mi escena. Fue la persona que intentó terminarla y a la que yo obligué a permanecer dentro nueve segundos más.

Adriana apagó la grabadora.

Mauro abrió la puerta. La caja salió con ellos y la habitación quedó sin las frases, los audios ni la letra de Nadia. No sentí que me la arrebataran. Por primera vez, su ausencia no parecía un vacío que yo tuviera que llenar con otra mujer, otra sesión o una nueva representación.

Me quedé solo, aunque la puerta permanecía abierta y Mauro ocupó su lugar habitual en el corredor. Sobre la mesa no había notas de Nadia ni de Nora, solo el vaso de agua, la medicación y la copia del acuerdo de Santa Elvira. Podía recordar a ambas sin obligarlas a compartir un rostro.

Nora había intentado salir de mi mirada.

Nadia había intentado salir de mi método.

Yo había convertido cada salida en una escena incompleta porque no soportaba que otro escribiera el final. Ahora comprendía que, aquella noche, la única persona de la sala que estaba intentando detener la escena era Nadia.

Capítulo 17

La víctima

Las palabras no solo describen una conducta. También deciden cuánto de ella estamos dispuestos a ver.

Durante años había llamado entrega a la obediencia, resistencia al miedo, búsqueda a la presión y verdad al instante en que una persona dejaba de protegerse. Ninguna de esas palabras era falsa en todos los contextos. Precisamente por eso resultaban tan útiles. Podía pronunciarlas sin mentir y, al mismo tiempo, desplazar el centro de aquello que ocurría. Una actriz que pedía detenerse dejaba de ser una mujer que había alcanzado un límite y se convertía en alguien a punto de atravesar una resistencia. Un cuerpo asustado podía transformarse en material. Una demora podía llamarse observación. Una decisión podía esconderse dentro de un método.

Adriana me recibió al día siguiente en el despacho donde habíamos mantenido las primeras entrevistas. Había retirado la bandeja con objetos, las fotografías y cualquier documento relacionado con Nadia. Sobre la mesa solo estaban una grabadora, una jarra de agua y tres hojas en blanco. Mauro ocupaba la silla cercana a la puerta. No llevaba ninguna carpeta a la vista.

—Hoy no veremos materiales —dijo Adriana—. Tampoco repasaremos la grabación.

—Entonces ¿qué queda?

—Tu relato.

—Ya lo he contado.

—Lo has contado utilizando un lenguaje que organiza la responsabilidad antes de llegar a los hechos.

—Todo lenguaje lo hace.

—Sí. Hoy utilizaremos uno más limitado.

Señaló las hojas.

—Quiero que describas lo ocurrido sin emplear vocabulario teatral.

La condición parecía sencilla hasta que intenté comprender su alcance.

—¿Qué considera vocabulario teatral?

—No podrás utilizar obra, escena, ensayo, actriz, director, personaje, método, interpretación, público, resultado, entrega, material, verdad escénica ni función. Tampoco podrás decir que Nadia estaba trabajando si no describes exactamente qué estaba haciendo.

—Eso deja fuera casi todo el contexto.

—Deja fuera las palabras con las que sueles convertir el contexto en una justificación.

—¿Puedo hablar de una prueba?

—Sí, porque fue una prueba física concreta. Tendrás que explicar en qué consistía y quién la había autorizado.

—No estaba autorizada en esa forma.

—Exacto.

La restricción no eliminaba la complejidad. Me obligaba a construirla mediante hechos en lugar de categorías. Una prueba acuática. Una mujer. Un hombre. Un tanque. Una promesa.

—¿Desde dónde empiezo? —pregunté.

—Desde el momento en que decidiste que Marina no estaría presente.

Miré a Mauro. Él permanecía atento, pero no parecía dispuesto a intervenir salvo que utilizara su presencia para repartir la responsabilidad. Volví hacia Adriana.

—Había previsto que Marina asistiera porque Nadia lo había pedido y porque la producción exigía supervisión.

Adriana levantó una mano.

—Has utilizado producción.

—No está en la lista.

—Tienes razón. Puedes utilizarla como entidad real, pero explica qué función cumplía.

La corrección no pretendía atraparme. El ejercicio necesitaba precisión incluso respecto a sus propias reglas.

—La empresa responsable del montaje había exigido que cualquier actividad con agua contara con Marina, un técnico de

seguridad y una evaluación previa del dispositivo —continué—. Yo quería probar la secuencia sin ellos porque consideraba que interrumpían demasiado y porque Nadia escuchaba sus advertencias más que mis indicaciones.

—¿Qué hiciste?

—Escribí a Marina y le dije que el tanque tenía una fuga y que la prueba se aplazaba.

—¿Era cierto?

—No.

—¿Qué querías conseguir con la mentira?

La respuesta podía contener todavía una palabra prohibida. Quería trabajar a solas, recuperar la confianza, comprobar si Nadia seguía siendo capaz de entregarse. Tuve que traducir cada idea.

—Quería que Nadia y yo estuviéramos solos para que nadie pudiera detener lo que yo había preparado ni ayudarla a marcharse antes de que lo realizara.

La frase sonó más calculada de lo que había sentido la decisión. No había pensado «nadie podrá ayudarla a marcharse». Había pensado que Marina contaminaba el vínculo, que su presencia convertía cada duda en una alarma y que Nadia necesitaba escucharme sin interferencias. Sin embargo, el efecto buscado era el mismo.

—¿Sabías que Nadia confiaba en Marina? —preguntó Adriana.

—Sí.

—¿Sabías que la había pedido expresamente?

—Sí.

—¿Y aun así la apartaste?

—Sí.

Adriana no escribió. La grabadora recogía cada respuesta. Las hojas en blanco no estaban destinadas a notas; quizá servían para recordar que ningún documento externo iba a hablar por mí.

—Continúa —dijo.

—Llegué antes a la propiedad, llené el tanque, preparé las luces, las cámaras, las toallas y el cronómetro. Cuando Nadia llegó, preguntó por Marina. Le dije que no vendría. Ella había hablado con Marina y sabía que yo le había dicho que la prueba se aplazaba.

—¿Qué hizo?

—Se enfadó. Dijo que no quería continuar a solas.

—¿Intentó irse?

—Sí. Dos veces.

La primera imagen apareció con el abrigo sobre el brazo. La segunda, con la mano en el picaporte.

—¿Le impediste físicamente salir?

—No.

—¿La puerta estaba libre?

—Sí.

—¿Tenía teléfono?

—Sí.

—¿Entonces podía marcharse?

—Físicamente, sí.

La palabra era importante. Podía. No la había encerrado, amenazado con violencia ni retirado el teléfono. Sin embargo, la libertad física no describía todo aquello que había colocado alrededor de la puerta.

—¿Qué hiciste cuando intentó marcharse? —preguntó Adriana.

—Le dije que hablaría con otra actriz.

Mauro se movió apenas al escuchar la palabra. Adriana no me corrigió.

—Actriz está prohibido —recordó.

—Con otra mujer para sustituirla en el papel.

—¿Era una posibilidad real?

—Había hablado con Lucía una vez, pero no estaba preparada para asumirlo. Exageré su disponibilidad.

—¿Por qué?

—Porque sabía que Nadia temía perder el papel y que no quería que su salida pudiera explicarse como incapacidad.

—¿Qué más le dijiste?

—Que si se marchaba en ese momento estaría abandonando aquello que habíamos construido y que no podría volver al día siguiente para recuperarlo.

—¿Era cierto?

—Lo habría decidido yo.

—Entonces no era una consecuencia automática.

—No.

—Era una amenaza.

La palabra me produjo resistencia. Amenaza parecía pertenecer a la violencia explícita, a una frase pronunciada para causar miedo. Sin embargo, había utilizado una pérdida posible para modificar su conducta.

—Sí —dije—. Era una amenaza profesional.

Adriana mantuvo el silencio durante unos segundos.

—¿Qué consiguió?

—Que Nadia se quedara.

—¿Por qué crees que se quedó?

Podía decir orgullo, ambición, deseo de completar la prueba, necesidad de demostrar que no se marchaba por miedo. Todas eran razones suyas, no una sola causa impuesta por mí.

—Porque quería conservar el control sobre la forma en que terminaba nuestra relación profesional, porque no quería perder el papel como consecuencia de una negativa y porque necesitaba demostrarse que podía realizar la prueba y marcharse después.

—¿También porque la presionaste?

—Sí.

—¿Puedes saber cuánto pesó cada motivo?

—No.

La incapacidad de medir no anulaba ninguno.

—Continúa.

—Nadia se cambió, comprobó el agua y estableció varias condiciones. Dijo que permanecería como máximo cuarenta segundos, que yo no debía hablarle mientras estuviera sumergida, que no debía tocar el tanque y que dos golpes significaban que tenía que sacarla inmediatamente.

—¿Por qué necesitaba una señal tan precisa?

—Porque no confiaba en que yo aceptara su miedo como motivo suficiente para terminar.

—No has utilizado una palabra prohibida, pero estás cerca de transformar la respuesta en una cualidad abstracta. Describe qué temía que hicieras.

—Temía que la viera asustada y decidiera que debía continuar porque aquello podía producir algo que me interesara.

—¿Se lo dijo?

—Sí. Ante la cámara.

—¿Qué prometiste?

—Que si golpeaba dos veces la sacaría, aunque yo creyera que podía continuar, y que no esperaría.

—¿Comprendías la promesa?

—Sí.

—¿Tenías alguna duda sobre la señal?

—No.

La respuesta ya no podía alterarse. No había agua todavía, ni presión temporal ni un movimiento ambiguo. Nadia había descrito el peligro que temía y yo lo había entendido.

—¿Por qué entró? —preguntó Adriana.

—Porque aceptó realizar una última inmersión bajo esas condiciones.

—¿La obligaste?

—No físicamente.

—No te he preguntado solo eso.

La palabra obligar resultaba demasiado absoluta. Nadia conservó capacidad de elección y la utilizó. También había tomado la decisión dentro de una presión que yo había creado de manera deliberada.

—La presioné para que eligiera entrar —respondí—. No eliminé su capacidad de negarse, pero hice que negarse tuviera consecuencias que sabía que le costaría aceptar.

Adriana asintió.

—Continúa desde la inmersión.

—Nadia entró en el tanque, se arrodilló y respiró hasta sentirse preparada. Me preguntó si, si se negaba en ese momento, yo llamaría a Lucía. No le respondí directamente. Le dije que decidiera.

—¿Por qué no respondiste?

—Porque la respuesta era sí y sabía que decirlo de forma directa podía hacer que se marchara.

La frase produjo una pausa. No recordaba haber formulado aquella intención entonces, pero la grabación demostraba que había

evitado responder una pregunta clara para mantener la presión sin repetir la amenaza.

—Después tomó aire y se sumergió —continué—. Activé el cronómetro. Durante los primeros segundos permaneció quieta. A los doce abrió los ojos y me miró. Yo asentí. A los veintisiete levantó una mano, pero habíamos acordado que ese gesto no significaba que quisiera salir. A los treinta empezó a moverse más.

—No describas todavía qué significaban los movimientos —dijo Adriana—. Solo qué viste.

—Expulsó aire, contrajo el abdomen, cambió la posición de las piernas y giró el rostro hacia el lateral. En el segundo treinta y dos buscó la pared con la mano y golpeó dos veces.

—¿Qué hiciste?

—Levanté la cabeza y miré su mano.

—¿Comprendiste la señal?

—Sí.

—¿Qué debías hacer?

—Introducir las manos y sacarla.

—¿Lo hiciste?

—No.

La negativa no se perdió dentro de una explicación. Permaneció unos segundos antes de que Adriana continuara.

—¿Qué hiciste en su lugar?

—Miré el cronómetro.

—¿Por qué?

—Porque quería saber cuánto tiempo llevaba sumergida.

—¿Qué viste?

—Algo más de treinta y dos segundos.

—¿Qué pensaste?

El ejercicio no prohibía la palabra pensamiento, pero exigía separar lo que recordaba de lo que infería ahora.

—No recuerdo una frase completa. Sé que consideré que treinta y dos segundos no eran peligrosos y que aún quedaba tiempo hasta el límite de cuarenta.

—¿Eso modificó la obligación de sacarla?

—No.

—¿Pero modificó tu conducta?

—Sí.

—¿Qué hiciste después?

—Me incliné hacia el tanque y observé su rostro.

—¿Por qué?

—Para comprobar si seguía consciente y qué estaba ocurriendo.

—¿Había pedido que comprobaras eso?

—No.

—¿Qué había pedido?

—Que la sacara.

—¿Qué viste?

—Tenía los ojos abiertos. Movía el cuerpo. No había perdido el conocimiento.

—¿Y qué decidiste?

La palabra había llegado. No «qué ocurrió», «qué sentiste» o «qué creíste». Qué decidiste.

—Continuar unos segundos más.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué dijiste?

—«Un poco más».

Mauro bajó la mirada. No intervino.

—¿A quién se lo dijiste? —preguntó Adriana.

—A Nadia.

—¿Qué le estabas pidiendo?

—Que permaneciera bajo el agua.

—¿Después de que hubiera pedido salir?

—Sí.

—¿Por qué?

No podía utilizar resultado, verdad ni método. Tenía que describir aquello que buscaba mediante el cuerpo de Nadia.

—Porque quería ver el momento en que dejara de controlar los movimientos y el cuerpo reaccionara de manera involuntaria a la falta de aire.

—¿Para qué querías verlo?

—Para utilizarlo después en el montaje.

Montaje no figuraba en la lista, aunque pertenecía al mismo campo. Adriana lo permitió porque describía una producción real, pero pidió más precisión.

—¿Cómo pensabas utilizarlo?

—Quería que Nadia recordara esa sensación y pudiera reproducir en escena la pérdida de control de su personaje.

Había empleado personaje, una palabra prohibida.

—Otra vez —dijo Adriana.

—Quería que recordara esa sensación para repetirla después delante del público.

Público también estaba prohibido.

—No puedes salir del vocabulario —observó.

La dificultad no era accidental. Cada vez que intentaba explicar para qué había prolongado la prueba, necesitaba devolver el cuerpo de Nadia al teatro. Sin esas palabras, la motivación quedaba desnuda: quería observar una reacción real para aprovecharla más tarde.

—Quería ver una reacción involuntaria y conservarla para mi trabajo —dije.

Adriana asintió.

—¿Nadia había aceptado permanecer después de la señal para que pudieras verla?

—No.

—Había aceptado lo contrario.

—Sí.

—¿Qué ocurrió después de que le pidieras un poco más?

—Contrajo el torso, perdió precisión en los movimientos y volvió a desplazar una mano hacia la pared. No golpeó con claridad. Yo miré la mano y después el cronómetro otra vez.

—¿Por qué volviste a mirar el tiempo?

—Porque quería comprobar cuánto faltaba para los cuarenta segundos.

—¿Qué importancia tenían los cuarenta después de la señal?

—Ninguna para Nadia.

—¿Y para ti?

—Seguían siendo el límite que yo consideraba válido.

—¿Por encima de qué?

—De su decisión.

La respuesta resultó más simple que todas las categorías que había utilizado durante años.

—¿Qué viste en el segundo treinta y nueve? —preguntó Adriana.

—Que perdió estabilidad. El hombro derecho descendió y el cuerpo empezó a girar.

—¿Qué comprendiste?

—Que podía estar perdiendo el conocimiento.

—¿Qué hiciste?

—Me incorporé e introduje los brazos en el agua al comenzar el segundo cuarenta y uno.

—¿Por qué entonces?

—Porque el peligro físico se volvió evidente.

—¿Qué había sido evidente nueve segundos antes?

—Que quería salir.

—¿Por qué no bastó?

—Porque consideré que yo podía decidir si todavía era seguro continuar.

—¿Habías prometido no hacerlo?

—Sí.

—¿Y aun así lo hiciste?

—Sí.

Adriana dejó pasar un intervalo largo. La jarra estaba cerca, pero no sentía sed. Mauro permanecía inmóvil, vigilando que la conversación no se transformara en una representación de sufrimiento destinada a obtener su compasión.

—Continúa —dijo ella.

—Introduje los brazos, pero tardé dos segundos en sacar a Nadia por completo. Su ropa pesaba, el cuerpo no colaboraba y golpeé uno de sus brazos contra el borde. La apoyé sobre el suelo. No respiraba. La llamé, comprobé mal el pulso y fui a buscar el teléfono. No recordaba la dirección de la propiedad y tuve que acercarme a la puerta para verla. Llamé a emergencias y seguí las instrucciones para reanimarla.

—¿Intentaste salvarla?

—Sí.
—¿De verdad?
—Sí.
—¿Sentías miedo?
—Sí.
—¿Querías que viviera?
—Sí.

La serie de respuestas no disminuía la responsabilidad anterior. Adriana permitía que permanecieran porque negarlas habría creado otra falsedad.

—¿Qué dijiste a la operadora sobre la señal?
—Que la había sacado enseguida.
—¿Era cierto?
—No.
—¿Sabías que no era cierto cuando lo dijiste?
—Sí.
—¿Por qué mentiste?
—Porque comprendí que la demora era importante y que podía hacerme responsable.
—¿También estabas confuso y asustado?
—Sí.
—¿Las dos cosas pueden ser ciertas?
—Sí.

La estructura habitual regresó, pero esta vez no funcionaba para borrar ninguna parte. Podía estar aterrado y protegerme. Podía intentar salvar a Nadia y empezar a modificar el relato al mismo tiempo.

—¿Qué dijiste a los sanitarios? —preguntó.
—Que la saqué cuando dejó de responder.
—¿Era cierto?
—Sí.
—¿Qué ocultaba?
—Que había pedido salir antes.
—¿Qué dijiste a Marina?
—Que no estaba seguro de que los golpes fueran la señal.
—¿Era cierto?

—No.

—¿Y al día siguiente?

—Que me había quedado paralizado.

—¿Era cierto?

—No de la forma en que lo conté. Me moví, miré, hablé y evalué. No perdí la capacidad de decidir. Evité la decisión que había prometido tomar.

La última frase parecía más precisa que «no estaba paralizado». Podía haber sentido bloqueo, miedo o sorpresa. Ninguno anulaba las acciones conscientes que llenaron el intervalo.

Adriana apoyó las manos sobre la mesa.

—Ahora quiero que cuentes lo ocurrido de principio a fin sin referirte a tus intenciones artísticas ni al vínculo profesional. Imagina que se lo explicas a alguien que no sabe quién eras, quién era Nadia ni qué trabajo realizabais.

La petición retiraba el prestigio, los años compartidos y la singularidad de nuestro método. Quedaban dos personas y una decisión.

—Un hombre preparó una prueba con agua que no estaba autorizada en esas condiciones —empecé—. Engañó a la persona que debía supervisarla para que no acudiera. La mujer que participaría llegó, descubrió la mentira y quiso marcharse. Él le dijo que podía perder una oportunidad profesional importante y que sería sustituida si no continuaba. Ella decidió quedarse, pero estableció un límite de cuarenta segundos y una señal de dos golpes que debía ser obedecida inmediatamente.

No hablaba de mí en primera persona. Adriana levantó una mano.

—No uses la distancia gramatical.

La tercera persona había aparecido sin que lo advirtiera. Convertía el relato en un caso que podía observar desde fuera.

—Preparé una prueba con agua que no estaba autorizada en esas condiciones —corregí—. Engañé a Marina para que no acudiera. Nadia descubrió la mentira y quiso marcharse. Le dije que podía perder el papel y que buscaría a otra mujer para sustituirla. Ella se quedó y aceptó entrar en el agua, pero estableció un límite de

cuarenta segundos y una señal de dos golpes que debía obedecer inmediatamente.

Respiré antes de continuar.

—Nadia dio la señal en el segundo treinta y dos. Yo la vi, comprendí qué significaba y no la saqué. Miré el tiempo, observé su rostro y le pedí que continuara un poco más. Esperé hasta que sus movimientos mostraron que estaba perdiendo el control. Empecé a sacarla en el segundo cuarenta y uno. Cuando la puse en el suelo no respiraba. Intenté reanimarla, llamé a emergencias y quise salvarla. Durante la llamada mentí sobre el tiempo que había esperado. Después cambié varias veces la explicación de esos segundos.

Adriana no añadió nada. La grabadora continuaba encendida.

—¿Qué falta? —preguntó finalmente.

La pregunta podía referirse a hechos técnicos: la cámara, el mensaje a Marina, la ambulancia, el hospital. Sin embargo, el relato ya contenía la secuencia básica.

—Que Nadia murió —dije.

—Inclúyelo.

—Nadia murió después de la inmersión. No puedo afirmar que los nueve segundos fueran la única causa ni que sacarla inmediatamente garantizara que viviría. Sí sé que prolongué el tiempo bajo el agua después de que pidiera salir y que una extracción más temprana habría aumentado sus posibilidades.

—¿Qué otra cosa falta?

Miré a Mauro. Su rostro no ofrecía ninguna indicación.

—Que no quería matarla.

—Inclúyelo, pero no como conclusión.

—No quería matar a Nadia. No planeé su muerte y, cuando comprendí el peligro, intenté salvarla. También decidí ignorar su señal durante nueve segundos porque quería ver una reacción que ella había decidido no darme.

Las dos partes podían permanecer juntas sin neutralizarse. No era un asesino que hubiese preparado el tanque para matarla. Tampoco una persona inocente sorprendida por un accidente completamente ajeno a sus decisiones.

—¿Qué palabra utilizarías para describir a Nadia durante esos nueve segundos? —preguntó Adriana.

Actriz estaba prohibida. Mujer parecía demasiado general. Persona que pedía ayuda podía ser preciso, aunque los golpes no indicaban necesariamente una emergencia física; indicaban una decisión.

—Una mujer que había pedido salir y dependía de mí para hacerlo.

—¿Dependía de ti físicamente?

—Podía haber intentado impulsarse hacia la superficie, pero había entregado el control mediante la señal y yo estaba en la posición acordada para ayudarla.

—¿Qué hiciste con esa dependencia?

—La utilicé para prolongar la prueba.

La frase resultaba más dura que «ignoré la señal». No me limité a no actuar. La imposibilidad de Nadia para salir de forma inmediata mientras permanecía arrodillada, sumergida y esperando mi intervención permitió obtener los segundos que quería.

Mauro apoyó los antebrazos sobre las piernas. Su respiración cambió. Adriana lo observó, quizá valorando si debía interrumpir.

—Estoy bien —dijo él.

La respuesta iba dirigida a ella, no a mí. No me correspondía utilizar su reacción como medida de la calidad de mi reconocimiento.

—¿Por qué estás aquí, Mauro? —pregunté.

Adriana levantó una mano antes de que él respondiera.

—No conviertas la sesión en una petición de testimonio.

—No pretendía—

—Sí. Has visto que algo le afecta y quieres que explique qué significa para ti.

El mecanismo seguía activo. Incluso mientras relataba la muerte de Nadia, la emoción de Mauro podía convertirse en una respuesta sobre mi evolución, mi culpa o la posibilidad de perdón.

—Tienes razón —dije.

Mauro permaneció en silencio. No necesitaba absolverme por haberlo reconocido a tiempo.

Adriana colocó la primera hoja frente a mí.

—Escribe cinco hechos sin explicaciones.

Tomé el bolígrafo.

Mentí a Marina para trabajar a solas con Nadia.

Amenacé a Nadia con sustituirla para que no se marchara.

Prometí sacarla cuando golpeara dos veces.

Vi la señal y esperé nueve segundos.

Intenté salvarla después.

Adriana leyó.

—El cuarto hecho contiene dos acciones. Sepáralas.

Añadí una línea:

Vi la señal y comprendí su significado.

Decidí no sacarla todavía.

Intenté salvarla después.

—¿Qué cambia entre «esperé» y «decidí no sacarla todavía»? —preguntó.

—Esperé puede parecer que nada ocurrió. Decidí no sacarla reconoce que existía una acción concreta que podía realizar y que elegí aplazarla.

—¿Por qué «todavía»?

—Porque pensaba hacerlo más adelante.

—¿Cuándo?

—Cuando llegara a cuarenta o cuando viera peligro.

—¿Quién había autorizado esos criterios?

—Nadie.

—¿Nadia?

—No.

—Entonces escribe también eso.

Añadí:

Sustituí el límite de Nadia por el mío.

La frase seguía utilizando una abstracción, pero describía con claridad la relación entre ambos criterios.

Adriana colocó la segunda hoja.

—Ahora escribe qué no ocurrió.

Nadia no entró para morir.

Nadia no retiró la señal.

Nadia no me pidió que comprobara si estaba realmente en peligro.

Yo no confundí los golpes.

Yo no estuve inmóvil ni incapaz de actuar.

La muerte no fue mi objetivo.

Mis intentos de reanimación no borraron la demora.

Al llegar a la última línea, tuve que detenerme. La había conocido durante días, pero escribirla eliminaba la posibilidad de utilizar mi desesperación posterior como prueba de que todo lo anterior había sido involuntario.

—¿Algo más? —preguntó Adriana.

Mi enfermedad actual no decidió por mí aquella noche.

La frase separaba responsabilidad y diagnóstico. No negaba que hubiese rasgos, obsesiones o una relación deformada con el poder. Establecía que la psicosis posterior no había estado dentro de la sala del tanque.

Adriana colocó la tercera hoja.

—Escribe una frase que contenga la responsabilidad sin convertirla en asesinato ni accidente.

La tarea parecía imposible porque ambas palabras habían ocupado los extremos de todas mis versiones. Asesinato implicaba intención de matar; accidente sugería un resultado sin decisión moral relevante. La verdad permanecía entre ambos.

Escribí:

Nadia murió durante una prueba que yo había organizado, después de que decidiera prolongarla contra la señal que habíamos acordado.

Adriana leyó.

—¿Falta algo?

—Que intenté salvarla.

—La frase debe contener la responsabilidad, no toda la historia.

—Entonces está completa.

—¿Puedes leerla en voz alta?

Lo hice. Mi voz se mantuvo estable hasta la palabra acordado.

Mauro continuaba junto a la puerta. No había cambiado de posición, aunque algo en su expresión indicaba que la frase le

resultaba familiar.

—¿Ya la había escrito antes? —pregunté.

—Versiones parecidas —respondió Adriana.

—¿Y después las negué?

—Las reorganizaste. Algunas veces añadías que la señal formaba parte de una prueba psicológica. Otras sustituías «decidí prolongarla» por «no conseguí reaccionar». También afirmaste que la frase había sido dictada por el equipo.

Miré la hoja. La posibilidad de olvidar no desaparecía porque aquel día me sintiera lúcido.

—Quiero firmarla.

—No es necesario.

—Precisamente.

Firmé y anoté la fecha.

—Quiero que se guarde con la grabación.

—Se incorporará al expediente.

—¿Puedo conservar una copia?

Adriana pensó unos segundos.

—Sí, si aceptas que Mauro la retire cuando empieces a utilizarla de manera compulsiva o para castigarte.

—¿Cómo se distingue castigo de responsabilidad?

—No siempre es fácil. Si la lees para mantener los hechos, puede ayudarte. Si la utilizas para impedirte dormir, comer, tomar medicación o para afirmar que no mereces salir nunca de Santa Elvira, se habrá convertido en otra forma de evitar el trabajo.

La culpa también podía funcionar como escenario. Un hombre destruido por su responsabilidad seguía ocupando el centro, convertido ahora en la víctima más visible de su propio acto.

—No quiero que me protejan de sentirme mal —dije.

—No lo haremos. Tampoco permitiremos que el sufrimiento se convierta en una representación que sustituya lo que debes hacer después.

—¿Qué debo hacer después?

—Aprender a reconocer límites antes de que necesiten convertirse en una señal extrema. Aceptar que entender a alguien

no te concede autoridad sobre su decisión. Vivir con una responsabilidad que no puedes corregir mediante otra versión.

—Eso no repara a Nadia.

—No.

La respuesta no ofrecía redención. Algunas consecuencias podían asumirse sin que nada quedara reparado.

—¿Y Nora? —pregunté.

—No forma parte de esta sesión.

—Lo sé.

—Entonces no la utilices para demostrar que has entendido a Nadia.

La advertencia era necesaria. Podía convertir el respeto futuro a Nora en una prueba de crecimiento, apropiándome otra vez de su salida. No contactar con ella, no reclamar un cierre y no seguir su vida desde Santa Elvira debían existir sin producir una recompensa para mí.

—No quiero escribirle —dije.

—Bien.

Mauro me miró, pero no pronunció la palabra como evaluación. Adriana continuó.

—Ahora quiero que describas qué hiciste con el miedo de Nadia.

La pregunta regresaba al vocabulario que había utilizado durante años.

—Lo interpreté como una reacción útil.

—Útil para quién.

—Para mí y para lo que quería obtener.

—¿Qué significaba para ella?

—Que quería terminar.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—Entonces no confundiste su miedo. Elegiste tratarlo de otra manera.

—Sí.

La distinción era incómoda. Durante meses había dicho que confundí actuación y peligro. La señal impedía esa confusión. Sabía

que Nadia quería salir. Lo que hice fue considerar que ese deseo podía subordinarse unos segundos a mi interés.

—¿Qué convertiste en material? —preguntó Adriana.

—Su miedo.

—Más.

—Su confianza en que obedecería. La necesidad de aire. El momento en que dejó de controlar el cuerpo. Incluso la señal, porque la observé como parte de lo que estaba ocurriendo en lugar de responder.

—¿Y a Nora?

—Su resistencia, su necesidad de aprobación, sus crisis y su deseo de demostrar que podía estar conmigo sin perder el control.

—¿Qué patrón comparten?

—Trataba las reacciones de los demás como algo que podía utilizar antes de preguntarme si tenía derecho.

—¿Y cuando decían que no?

—Convertía la negativa en otra reacción que debía comprender, superar o incorporar.

—¿Qué palabra faltaba?

—Obedecer.

Adriana no había pedido que obedeciera siempre a los demás. Se refería a los límites expresados dentro de acuerdos claros. Yo había creído que comprender una negativa me otorgaba la posibilidad de corregirla. A veces lo hacía en nombre de la persona, como si viera una verdad que ella todavía no podía asumir. Otras, en nombre del trabajo. En ambos casos, el resultado era el mismo: su palabra nunca bastaba.

—¿Qué debería haber ocurrido cuando Nadia golpeó? —preguntó.

—Debía sacarla.

—¿Aunque todavía estuviera consciente?

—Sí.

—¿Aunque creyera que podía continuar?

—Sí.

—¿Aunque el resultado se perdiera?

Estuve a punto de utilizar la palabra prohibida para responder. La corregí.

—Sí. Aunque nunca volviera a ver la reacción que buscaba.

—¿Y después?

—Podíamos hablar, cancelar la prueba, cambiarla o terminar la relación profesional. Nada de eso era más importante que sacarla.

La respuesta parecía evidente con diecisiete meses de distancia. Aquella noche no lo había sido porque yo había construido una jerarquía donde el instante irrepetible ocupaba un lugar superior a la decisión de Nadia.

—¿Qué te daba derecho a decidir? —preguntó.

—Nada.

La palabra llegó sin una explicación posterior.

Adriana apagó la grabadora.

—La parte formal ha terminado.

La sesión no terminó emocionalmente. El cuerpo seguía sentado frente a las hojas, con la camisa adherida a la espalda y la mandíbula tensa. Mauro se levantó para traer agua. Cuando dejó el vaso, le di las gracias sin buscar una reacción.

—¿Quieres descansar aquí o volver a la habitación? —preguntó.

—Aquí un momento.

Adriana recogió dos de las hojas y dejó la tercera, la frase firmada, delante de mí. No intentó suavizarla.

Nadia murió durante una prueba que yo había organizado, después de que decidiera prolongarla contra la señal que habíamos acordado.

Podía convertirse en una fórmula repetida hasta perder significado. Tendría que recordar que cada palabra contenía una acción. Organizado: mentí a Marina, preparé el tanque y retiré la supervisión. Decidiera: miré el tiempo, me acerqué y pedí un poco más. Prolongarla: mantuve a Nadia bajo el agua cuando ya había terminado para ella. Señal: dos golpes que entendí. Acordado: una promesa pronunciada ante una cámara porque ella no confiaba en mí.

—¿Qué significa víctima para ti? —preguntó Adriana.

La palabra no había aparecido durante el ejercicio. Estaba en el título que mi mente había dado a aquel día sin que nadie lo supiera.

—Alguien a quien le ocurre algo que no eligió.

—¿Nadia eligió entrar en el agua?

—Sí.

—¿Entonces?

—No eligió permanecer después de la señal.

—¿Eso basta para llamarla víctima?

—Sí.

—¿La palabra elimina que fuera ambiciosa, contradictoria o que aceptara otros ejercicios?

—No.

—¿Elimina que te quisiera o admirara?

—No.

—¿Elimina que participara en la construcción de vuestra forma de trabajo?

—No.

—¿Qué describe?

—Lo que le hice cuando su decisión dejó de importarme.

Adriana asintió.

—¿Y tú eres una víctima?

La pregunta podía referirse a mi enfermedad, a la prensa, a la pérdida de la carrera o al tratamiento. Había sufrido. También había utilizado ese sufrimiento para desplazar el centro de Nadia.

—De algunas cosas, quizá —respondí—. No de los nueve segundos.

—¿De su muerte?

La formulación era más difícil. Perder a Nadia me había destruido, pero llamarme víctima de su muerte podía convertirla otra vez en alguien que me había hecho algo al morir.

—Sufrí su muerte —dije—. No soy su víctima.

Mauro se sentó de nuevo. Adriana guardó la hoja firmada dentro de una funda y me entregó una copia.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó.

—Leerla mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Porque ahora la utilizaría para seguir dentro de esta habitación.

La respuesta pareció satisfacerla, aunque no lo dijo.

Regresamos a la planta poco antes del almuerzo. El comedor estaba lleno. Teresa ocupaba una mesa al fondo, pero no miró hacia mí. Samuel hablaba con otro paciente cerca de la ventana. No me acerqué a ninguno. Mauro dejó que eligiera un lugar apartado y se sentó a otra mesa, suficientemente cerca para observar sin convertir la comida en otra entrevista.

Comí despacio. El sabor de la comida resultaba apagado después de la sesión, pero terminé suficiente para tomar la medicación. Nadie esperaba una confesión pública ni sabía qué había ocurrido en el despacho. Santa Elvira continuaba con sus horarios, sus bandejas y sus puertas. La vida institucional no se detenía porque yo hubiera pronunciado por fin una frase correcta.

Por la tarde caminé por el patio acompañado por una auxiliar. Hacía más frío que los días anteriores. El cielo estaba despejado, pero el viento recorría los árboles y entraba por el cuello de la camisa. Pensé en Nadia llegando a la propiedad con el cabello húmedo, en la temperatura del agua y en las toallas azules preparadas sobre la mesa.

La grabación mostraba un termómetro. Yo había comprobado el agua varias veces para evitar una reacción brusca al frío. No recordaba la cifra exacta, pero estaba dentro del rango que considerábamos seguro. Aun así, cuando Nadia salió del tanque, su piel parecía pálida y la camiseta mojada se adhería al cuerpo. Durante la reanimación, uno de los sanitarios pidió mantas. Yo había colocado dos toallas cerca y no las utilicé hasta que él lo indicó, porque estaba concentrado en las compresiones.

La auxiliar me preguntó si quería volver dentro. Negué. El frío no era peligroso. Podía permanecer unos minutos más.

—¿En qué piensas? —preguntó.

No conocía toda la historia y no necesitaba escucharla.

—En Nadia.

La mujer asintió sin pedir detalles.

El viento volvió a cruzar el patio. Durante meses había recordado el agua como una imagen visual, una superficie que distorsionaba el rostro y permitía observar el instante en que el cuerpo perdía control. Había pensado en el tiempo, el oxígeno, la señal y el cronómetro. No había pensado en una sensación elemental.

Nadia había entrado con miedo. Había soltado aire, golpeado el lateral y esperado que la sacara. Después la apoyé sobre un suelo de baldosas, mojada, mientras la ropa perdía temperatura y yo intentaba que respirara. Los sanitarios cubrieron su cuerpo porque ya no podía decir qué sentía.

Aquella comprensión no explicaba nada. Tampoco reparaba. Era pequeña, concreta y humana, demasiado simple para convertirse en método.

—Quiero volver —dije.

La auxiliar me acompañó hacia la puerta. Al entrar, el aire templado del edificio golpeó mi rostro. Mauro estaba en el vestíbulo, terminando de hablar con otra enfermera. Me vio y se acercó.

—¿Estás bien?

Podía decir que sí, que la sesión había sido útil o que había comprendido algo nuevo. Ninguna respuesta parecía adecuada.

—Nadia tuvo frío —dije.

Capítulo 18

La última función

Las últimas funciones rara vez saben que lo son. Se anuncian como una noche más, con los mismos pasillos, la misma voz que ordena abrir las puertas y ese olor a tela, polvo y electricidad caliente que ningún teatro consigue eliminar por completo. El público ocupa su lugar convencido de que al día siguiente habrá otra representación, los actores repiten gestos que han realizado tantas veces que ya no necesitan pensarlos y alguien comprueba, por costumbre, una luz que ha funcionado durante semanas. Solo después, cuando la sala queda vacía y nadie vuelve a convocarlos, ciertos detalles adquieren el peso de una despedida: una pausa sostenida más de lo habitual, una mirada que no pertenecía al personaje o una frase pronunciada con la claridad de quien quizá sabía que no tendría otra oportunidad de decirla.

En Santa Elvira no hubo anuncios.

La vida continuó mediante acciones pequeñas que habrían resultado inútiles en cualquier relato interesado únicamente en mi transformación. Desayunaba a la misma hora, tomaba la medicación, caminaba por el patio cuando el tiempo lo permitía y acudía a entrevistas donde no siempre hablábamos de Nadia. Algunas mañanas conseguía distinguir el día antes de mirar la hoja de orientación; otras necesitaba leer la fecha dos veces. Hubo noches en las que escuché agua detrás de la pared y una en que me levanté convencido de que alguien había golpeado la puerta. Abrí inmediatamente. El corredor estaba vacío. No utilicé la ausencia para construir una explicación.

Mauro continuaba siendo mi enfermero de referencia. A veces, cuando aparecía con las llaves sujetas a la cintura y la carpeta bajo el brazo, la palabra regidor surgía antes de que pudiera impedirlo. No siempre la pronunciaba. Cuando lo hacía, él no convertía el error en una crisis, pero preguntaba qué función creía que podía asignarle después de llamarlo así. La respuesta variaba. Algunas veces solo

había reconocido una semejanza entre sus tareas y las de un teatro. Otras esperaba que controlara una sesión, protegiera mi ritmo o interviniera en el momento que yo considerara adecuado. En esos casos, Mauro se marchaba o pedía que estuviera presente otra persona. Habíamos dejado de tratar cada recaída como el derrumbe completo de la realidad, aunque tampoco fingíamos que una palabra carecía de consecuencias.

Adriana seguía siendo mi psiquiatra. Pronunciar su nombre no había eliminado la tentación de verla como la mujer que administraba recursos, elegía materiales y decidía cuándo podía avanzar la reconstrucción. La diferencia consistía en que ahora esa semejanza no me autorizaba a imaginar que trabajaba para mí. Tenía otros pacientes, una familia, reuniones a las que yo no asistía y decisiones que el equipo tomaba sin convertirlas en partes de mi historia. A veces me enfurecía. Otras comprendía que esa independencia era precisamente aquello que había negado a Nadia, a Nora y a todos los que había colocado dentro de una función cuyo centro seguía siendo yo.

La frase firmada permanecía guardada en una funda dentro de mi habitación.

Nadia murió durante una prueba que yo había organizado, después de que decidiera prolongarla contra la señal que habíamos acordado.

No la leía cada día. Durante la primera semana intenté hacerlo por la mañana y antes de dormir, hasta que Mauro retiró la copia después de encontrarme despierto a las cuatro, repitiendo cada palabra como si la culpa pudiera adquirir valor mediante el agotamiento. Me la devolvió dos días más tarde con una condición: debía utilizarla para mantener los hechos, no para convertirme en el hombre que más sufría por ellos. La distinción resultaba difícil. El dolor también podía ser una forma de apropiación. Si mi remordimiento ocupaba toda la sala, Nadia volvía a desaparecer detrás de aquello que su muerte había producido en mí.

No recibí noticias de Nora.

Adriana confirmó únicamente que se encontraba fuera de Santa Elvira y que su reclamación seguía un proceso independiente del

mío. No pregunté dónde vivía, con quién trabajaba ni si había vuelto a actuar. Durante varios días sentí el impulso de escribir una carta que no enviaría, solo para ordenar lo que había comprendido. No lo hice. Incluso una carta guardada podía convertirse en la representación privada de una disculpa, una escena donde Nora estuviera obligada a escucharme dentro de mi cabeza. Su salida no necesitaba mi versión.

Los materiales de Nadia tampoco regresaron a la habitación. El cuaderno había vuelto a su familia, los audios permanecían en los archivos autorizados y la nota de los dos golpes ya no estaba dentro de mi cajón. Podía recordar las palabras sin conservarlas como objetos. Algunas tardes aparecía su voz diciendo que el final debía ser ella negándose, aunque el director y el público creyeran que eso estropeaba todo. No sabía si recordaba la frase exacta o la había reorganizado después de escucharla. La diferencia ya no modificaba lo esencial: Nadia había intentado escribir una salida que yo no acepté.

Tres semanas después de la sesión sobre la víctima, Adriana preguntó qué faltaba para terminar la reconstrucción.

Estábamos en su despacho. Mauro permanecía junto a la ventana, revisando un registro. La pregunta no contenía una promesa de alta, perdón ni cierre definitivo. El tratamiento continuaría. Mi memoria podía volver a reorganizarse y nadie consideraba que una serie de respuestas correctas eliminara el riesgo.

—Decirlo en la sala —respondí.

Adriana no necesitó preguntar cuál.

—¿Por qué?

—Porque allí empezó la versión que utilicé para evitarlo.

—La versión empezó antes.

—Pero allí adquirió espacio, personas y reglas.

—También fue donde repetiste la conducta con Nora.

—Lo sé.

—¿Quieres volver para reparar eso?

—No puedo repararlo.

—Entonces ¿para qué?

La respuesta que había preparado hablaba de integrar la memoria, enfrentar el lugar y terminar el recorrido. Todas eran formulaciones aceptables, quizá aprendidas después de meses de tratamiento. Ninguna explicaba por completo la necesidad física de entrar una vez más.

—Quiero comprobar si puedo estar allí sin necesitar un reparto —dije.

Mauro cerró el registro.

—Eso ya es una prueba —advirtió.

—Sí.

—¿Y quién decide si la superas?

La pregunta eliminaba la posibilidad de que yo dirigiera también el criterio.

—No lo sé.

—Entonces quizá no debamos hacerlo —dijo Adriana.

—También puede ser una sesión, con condiciones, supervisión y un objetivo limitado.

—Has vuelto a negociar.

—Sí.

No intenté presentar la insistencia como una necesidad clínica que ellos debieran reconocer. Quería entrar. El deseo podía ser legítimo y seguir sin crear una obligación para los demás.

Adriana pidió tiempo para discutirlo con el equipo. Durante cuatro días no mencionó el tema. Yo tampoco. La espera no funcionaba como una estrategia para demostrar estabilidad; al menos no por completo. Había aprendido que insistir cada mañana convertiría cualquier autorización posterior en el resultado de mi presión.

La respuesta llegó un martes.

Podía entrar en la sala polivalente durante cuarenta y cinco minutos. Adriana y Mauro estarían presentes. La puerta permanecería abierta. No habría participantes, textos de Nadia, proyección de imágenes ni objetos relacionados con el tanque. No podía asignar funciones a las personas presentes. Si pedía detener la sesión, se detendría. Si Adriana o Mauro consideraban que la estructura empezaba a transformarse en una nueva obra, también.

—¿Puedo utilizar sillas? —pregunté.

Adriana me observó durante varios segundos.

—¿Para qué?

—Para representar posiciones.

—Has utilizado representar.

—No encuentro una palabra mejor.

—¿Quieres colocar personas imaginarias?

—No. Quiero separar funciones que coexistían en mí.

Mauro apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Cuáles?

—El hombre que preparó la prueba, el que observó después de la señal y el que intenta contarla ahora.

—Son la misma persona —dijo.

—Sí. Por eso necesito no convertirlas en tres responsables distintos.

La propuesta podía ayudar precisamente si evitaba que cada silla absorbiera una parte de la culpa. También podía construir un nuevo reparto donde el Víctor actual apareciera como testigo inocente de los otros dos.

—¿Y Nadia? —preguntó Adriana.

—Una silla vacía.

—Nadie la ocupará.

—No.

—No hablarás con ella como si pudiera responder.

—De acuerdo.

—No corregirás la posición de Mauro ni la mía.

—No.

—No habrá cambios de luz.

La condición produjo una decepción demasiado inmediata.

Adriana la vio.

—¿Por qué te importa la luz?

—Porque modifica lo que se ve.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

—La luz general aplana las posiciones.

—No estamos buscando una imagen.

—Todo espacio produce una.

—No necesitas controlarla.

La discusión podía haber continuado hasta convertir la autorización en otra amenaza de cancelación. Me detuve.

—Luz general —acepté.

La sesión se fijó para el viernes a las diez.

Aquella mañana, Mauro llegó antes de lo habitual. Comprobó la medicación, el desayuno y mi orientación. Llevaba el uniforme azul claro, las llaves y una carpeta, pero no el libro que utilizaba cuando debía permanecer conmigo durante horas. La pulsera de Santa Elvira seguía alrededor de mi muñeca.

—¿Qué ocurrirá si llamas teatro a la sala? —preguntó.

—Comprobaremos qué reglas creo aplicables después.

—¿Y si me llamas regidor?

—Me corregirás. Si continúo asignándote esa función, saldrás.

—¿Quién dirige la sesión?

Miré hacia el corredor, donde Adriana esperaba.

—Ella establece las condiciones clínicas.

—No te he preguntado eso.

La palabra dirigir seguía siendo una trampa. Podía decir Adriana y convertirla en productora; decir nadie y fingir que la sesión carecía de estructura; decir yo y repetir el problema.

—No es una sesión dirigida como un ensayo —respondí—. Adriana puede detenerla. Yo contaré lo ocurrido dentro de los límites acordados.

Mauro pareció aceptar la precisión.

Atravesamos Santa Elvira sin utilizar el recorrido de las primeras semanas. No había una entrada especial ni un pasillo que debiera prepararme emocionalmente. Bajamos por la escalera principal, cruzamos junto al comedor y esperamos a que terminara una actividad antes de acceder a la sala. Varias personas salieron con carpetas de colores. Ninguna formaba parte de mi antiguo grupo.

Teresa fue la última.

Me vio junto a la puerta. Durante un instante pareció considerar si debía saludar. Después asintió y continuó caminando. No intenté detenerla. Su gesto no significaba perdón, reconocimiento ni deseo de hablar. Era un movimiento de cabeza en un corredor.

La sala quedó vacía.

Mauro abrió la puerta. No dijo nada sobre comenzar.

Entré.

Las cuarenta sillas negras estaban apiladas contra la pared. La tarima permanecía al fondo, las mesas plegables descansaban junto a los biombos y el cristal de la sala de observación devolvía un reflejo tenue. La luz general estaba encendida. No había olor a cloro, aunque mi memoria lo produjo durante un instante y después lo retiró.

—¿Dónde estamos? —preguntó Adriana.

—En la sala polivalente de Santa Elvira.

—¿Qué ocurrió aquí?

—Sesiones terapéuticas, actividades y varios incidentes durante mi reconstrucción.

—¿Es la habitación donde murió Nadia?

—No.

—¿Está Nadia aquí?

Miré el espacio vacío.

—No.

La respuesta no impidió que su imagen apareciera junto a la tarima, con el cabello húmedo y la camiseta negra. No era una alucinación completa. Sabía que la había llevado conmigo como memoria y que desaparecería si dejaba de sostenerla.

Mauro acercó cuatro sillas, como habíamos acordado. Las dejó apiladas y se apartó.

—Puedes colocarlas —dijo Adriana—. Recuerda que no son personas.

Cogí la primera silla.

La llevé hasta el centro de la sala, cerca de la marca azul donde Nora se había sentado durante el ejercicio de respiración. La posición no era correcta. Nadia nunca había estado allí. Podía colocarla junto al espacio imaginario del tanque, pero el tanque no existía en Santa Elvira y reproducir su ubicación convertiría la sala en una copia de la propiedad.

Dejé la silla en el centro.

—¿Quién es? —preguntó Adriana.

—Nadia.

—¿Qué significa eso?

—Que ocupará el lugar desde el que debo contar su decisión, no mi recuerdo de su cuerpo.

La formulación sonaba preparada. Aun así, era lo más preciso que podía ofrecer.

Tomé la segunda silla y la coloqué frente a la primera, a poco más de un metro.

—Víctor antes de la prueba —dije—. El hombre que mintió a Marina, preparó el tanque y presionó a Nadia para que se quedara.

—Tú —corrigió Mauro.

—Yo antes de la prueba.

La tercera silla quedó al lado de la segunda, orientada hacia Nadia.

—Yo durante los nueve segundos.

—¿Por qué otra silla? —preguntó Adriana.

—Porque mi conducta cambió después de la señal.

—¿Eras otra persona?

—No.

—Entonces la separación puede ayudarte a estudiar acciones, pero no a repartir la responsabilidad.

Giré la tercera silla hasta que tocó la segunda. No eran posiciones independientes. Las patas quedaron cruzadas, incómodas, como si una ocupara el espacio de la otra.

—La misma persona en dos momentos —dije.

Quedaba una silla.

La sostuve durante más tiempo del necesario. Había imaginado colocarla en el fondo para representar a quien observa la historia después: médicos, familia, investigadores, lectores, cualquier persona que quisiera decidir si aquello había sido un accidente, una muerte provocada o algo más difícil de nombrar. Sin embargo, la cuarta posición podía convertirse también en mi refugio. El Víctor actual, sentado a distancia, capaz de juzgar al hombre de la grabación sin reconocerse por completo en él.

La coloqué detrás de las otras dos, con visión directa hacia la silla de Nadia.

—¿Quién ocupa esa? —preguntó Adriana.

—El observador.

—¿Tú?

—También.

—Entonces hay tres sillas para ti y una para Nadia.

La desproporción era evidente. Incluso al intentar devolverle el centro, había construido una estructura donde mis distintas versiones ocupaban casi todo el espacio.

Retiré la cuarta silla y la llevé hacia el fondo.

—Quien escucha después —dije.

—¿Necesita una silla?

—Toda historia produce una mirada.

—No estamos contando esto ante un público.

Miré la cámara instalada en la esquina, el cristal y las dos personas que me acompañaban.

—Alguien lo verá.

—El equipo revisará la sesión —respondió Adriana—. Eso no lo convierte en público.

—Lo convierte en testigo.

Mauro se acercó un paso.

—¿Qué necesitas de ese testigo?

La respuesta apareció demasiado rápido: que entendiera. Que distinguiera intención de responsabilidad. Que no me redujera a asesino ni me absolviera como víctima de una enfermedad posterior. Quería una mirada capaz de sostener todas las contradicciones sin simplificarme.

—Que no elija una versión fácil —dije.

—Eso sigue estando centrado en ti —señaló Adriana.

Tenía razón. La silla destinada al observador existía para proteger la complejidad de mi historia. Nadia no necesitaba un testigo que me comprendiera. Necesitaba que los hechos permanecieran.

Giré la cuarta silla hacia ella.

—Que escuche lo que pidió —corregí.

Adriana no dijo si la respuesta era mejor. Tomó asiento cerca de la puerta. Mauro permaneció de pie junto a una pared. No ocuparon

ninguna de las sillas.

—Cuando estés preparado —dijo.

Miré la disposición.

Nadia en el centro. Frente a ella, dos sillas casi superpuestas: yo antes de la señal y yo durante la espera. Al fondo, quien conocería la historia después. La sala ofrecía múltiples puntos de vista. Podía desplazarme entre ellos, observar cada posición y construir una explicación distinta. Precisamente por eso el ejercicio resultaba peligroso.

Me situé junto a las dos sillas unidas.

—Mentí a Marina —comencé—. Le dije que el tanque tenía una fuga para que no acudiera. Sabía que Nadia la había pedido porque confiaba en ella y porque podía ayudarla a marcharse si decidía no continuar. Preparé la prueba sin el técnico de seguridad y sin autorización para realizarla a solas.

La voz resonó en la sala. No había público, pero la acústica devolvía cada palabra desde la tarima.

—Nadia llegó, descubrió la mentira y quiso irse. No bloqueé la puerta ni le quité el teléfono. Le dije que hablaría con otra mujer para sustituirla y que marcharse demostraría que ya no podía hacer aquello que el papel exigía. Sabía que perderlo y que yo contara su salida como incapacidad eran dos de sus mayores temores.

Adriana no formulaba preguntas. La sesión no era una entrevista. Debía conservar la secuencia sin depender de su guía.

—Nadia se quedó. Tomó una decisión propia dentro de una presión que yo había creado deliberadamente. Quiso realizar una última inmersión y marcharse después. Estableció un máximo de cuarenta segundos y una señal de dos golpes. Me explicó que la señal debía terminar la prueba aunque yo creyera que podía continuar, aunque estuviera viendo algo que me interesara y aunque no considerara que existía peligro. Prometí sacarla sin esperar.

Me acerqué a la silla de Nadia. El impulso de cambiar su ángulo apareció. Desde donde estaba, la silla no miraba de frente a las otras dos; había quedado desviada algunos grados. Extendí una mano y la retiré antes de tocarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mauro.

—Está mal orientada.

—¿Para quién?

No respondí de inmediato.

—Para mí.

—Entonces déjala.

La silla permaneció torcida. Nadia no necesitaba estar colocada en el ángulo que mejor permitiera contar mi historia.

—Entró en el agua —continué—. A los treinta y dos segundos golpeó dos veces. Vi la señal y comprendí qué significaba. No la saqué. Miré el cronómetro porque consideraba que todavía quedaban ocho segundos hasta el límite que yo había fijado como válido, aunque ella ya había terminado. Me incliné para observarla, comprobé que seguía consciente y le dije «un poco más».

La frase produjo el sonido del agua en mi memoria. Apoyé los pies con fuerza sobre el suelo.

—Nadia volvió a mover la mano. Perdió precisión. Yo miré otra vez el tiempo. Esperé a que su cuerpo mostrara un peligro que ella había dicho que no necesitaba demostrar. Cuando perdió estabilidad, introduje los brazos en el segundo cuarenta y uno. Tardé dos segundos más en sacarla por completo.

La silla de Nadia seguía vacía. No contenía un cuerpo mojado ni una mujer esperando mi respuesta. Era una silla negra sobre un suelo de madera.

—No respiraba. Intenté reanimarla. Llamé a emergencias y quise que viviera. Durante la llamada dije que la había sacado enseguida. No era cierto. Después dije que no había comprendido la señal, que me quedé paralizado y que quizá los golpes formaban parte de aquello que hacíamos. Tampoco era cierto. Comprendí la señal, me moví, hablé, miré el tiempo y decidí esperar.

La palabra decidí quedó suspendida entre las sillas.

—No preparé la prueba para matar a Nadia. No quería que muriera. La muerte no fue el resultado que buscaba. Buscaba observar una reacción física que ella había decidido no darme y utilicé la confianza que había depositado en la señal para prolongar la inmersión. Después intenté salvarla. Las dos cosas son ciertas y la segunda no borra la primera.

Miré la cuarta silla, la del testigo.

—La enfermedad que apareció después no estaba decidiendo por mí aquella noche. Explica por qué convertí este hospital en un teatro, por qué llamé actores a otros pacientes y por qué necesité repetir la situación hasta encontrar una versión donde pudiera seguir siendo director. No explica los nueve segundos.

Adriana continuaba sentada cerca de la puerta. Mauro no había cambiado de posición.

—Nadia participó durante años en nuestra forma de trabajar. La defendió, obtuvo reconocimiento y volvió muchas veces después de decir que quería marcharse. También retiró su consentimiento para determinadas pruebas, pidió supervisión, escribió que quería terminar la relación profesional y estableció una señal porque no confiaba en mí. Nada de lo anterior anulaba su derecho a decidir aquella noche.

Respiré.

La parte factual estaba completa. Podía terminar allí, devolver las sillas y salir. Sin embargo, la necesidad que me había llevado hasta la sala no se había agotado. Seguía buscando una posición desde la que todo adquiriera una forma soportable.

Me acerqué a las dos sillas unidas. Separé la tercera unos centímetros.

—¿Qué haces? —preguntó Adriana.

—Necesito distinguir el momento anterior de la espera.

—Ya lo has distinguido con palabras.

—La disposición no es clara.

—No tiene que serlo.

La respuesta me irritó. Una disposición confusa produce una lectura confusa. Si las sillas se tocaban, parecía que no había transición entre preparar la prueba y decidir prolongarla; si estaban demasiado separadas, la responsabilidad podía dividirse. La distancia correcta debía mostrar continuidad y cambio al mismo tiempo.

Moví la silla otro centímetro.

Mauro se apartó de la pared.

—Víctor.

—No estoy asignando funciones a nadie.

—Estás corrigiendo la imagen.

—Porque la imagen dice algo.

—No hemos venido a buscar una imagen —recordó Adriana.

—No pueden colocar cuatro sillas en una sala y fingir que no producen una.

—Tú pediste las sillas.

—Y ustedes aceptaron.

La negociación empezaba a adquirir el ritmo conocido. Yo señalaba una decisión compartida para repartir la responsabilidad de aquello que ocurría después.

Solté el respaldo.

—Tienes razón —dije.

No devolví la silla a su lugar. La dejé donde estaba, ligeramente separada de la otra.

—¿Quieres terminar? —preguntó Adriana.

La pregunta podía referirse a la sesión, a la reconstrucción o a la necesidad de mover objetos. No pedí que precisara.

—Todavía no.

—¿Qué falta?

Miré las cuatro sillas.

Nadia. Yo antes de la señal. Yo durante los nueve segundos. Quien escucha después.

Faltaba el Víctor que había pasado más de quince meses reconstruyendo el hospital para no permanecer en ninguna de las otras posiciones. Podía ocupar la cuarta silla, pero entonces retiraría al testigo. También podía quedarme de pie, moviéndome alrededor de todas, conservando el privilegio de quien organiza la escena sin quedar incluido dentro de ella.

—Yo —dije.

—Ya estás representado dos veces —respondió Mauro.

—No el que está aquí.

—Es la misma persona.

—No por completo.

Adriana se levantó.

—La diferencia clínica importa. No eres ahora exactamente igual que la noche de Nadia ni estás en el mismo estado que durante los

episodios más graves. Pero si necesitas otra silla para demostrar que el Víctor actual solo observa a los anteriores, estamos repitiendo la separación que queríamos evitar.

—Entonces ¿dónde me coloco?

—No tienes que colocarte.

La imposibilidad de tener una posición me produjo un malestar casi físico. Permanecer fuera de la disposición me convertía en director; ocupar una de las sillas borraba las diferencias temporales; añadir otra devolvía el centro a mis múltiples versiones.

—Puedo sentarme en la del testigo —dije.

—¿Para hacer qué?

—Escuchar.

—Ya has escuchado la grabación, los mensajes y tu propio relato.

—No desde allí.

Mauro miró a Adriana. Ella tardó unos segundos y después asintió.

Me senté en la cuarta silla.

Desde el fondo, la disposición cambió. La silla de Nadia ocupaba el centro, aunque las dos que representaban mis acciones bloqueaban parcialmente la visión. Para verla necesitaba inclinarme hacia un lado. El problema no estaba en el ángulo accidental. Había colocado mis explicaciones entre Nadia y quien intentara observarla.

Me levanté.

Cogí las dos sillas unidas y las aparté hacia la derecha. La de Nadia quedó completamente visible.

—Eso también es dirección —dijo Mauro.

—Sí.

—¿Qué intentas conseguir?

—Que no desaparezca detrás de mí.

—No puedes corregir todo ese tiempo moviendo una silla.

—Lo sé.

Aun así, dejé la disposición nueva. Quizá la conciencia no eliminaba la necesidad de ordenar, solo permitía nombrarla mientras ocurría.

Volví a la silla del testigo. Desde allí podía ver a Nadia y, en un lateral, las posiciones que había ocupado yo. La imagen resultaba moralmente más clara. Demasiado clara, quizá. Había construido una composición donde la víctima quedaba iluminada por la luz general y el responsable permanecía desplazado. El orden podía ser comprensión o una nueva forma de presentarme como alguien capaz de organizar incluso su culpa con elegancia.

—¿Qué ves? —preguntó Adriana.

—Una mujer que pidió salir.

—No hay una mujer en la silla.

—Lo sé.

—¿Qué más?

—Dos versiones de mí que no son versiones distintas, sino acciones de la misma persona.

—¿Y en tu silla?

La palabra tuya me hizo mirar el asiento.

—Alguien que conoce la historia después.

—¿Inocente?

—No.

—¿Responsable?

—Sí, porque sigue siendo la misma persona.

—¿Puede cambiar lo ocurrido?

—No.

—¿Puede comprenderlo?

—A veces.

—¿Eso le concede perdón?

—No.

—¿Alta?

—No necesariamente.

—¿Autoridad para contar la historia de Nadia?

La pregunta era más difícil.

—Solo los hechos en los que participé —respondí—. No quién era por completo ni qué habría hecho después.

Adriana asintió.

—Entonces la sesión puede terminar.

Miré el reloj de pared. Habían transcurrido treinta y siete minutos. Quedaban ocho hasta el límite acordado. La cifra produjo una asociación inmediata con el tanque.

—Faltan ocho minutos.

—El máximo no es un objetivo —dijo Mauro.

La frase pertenecía a todo lo que había aprendido. Cuarenta y cinco minutos eran un límite de seguridad, no una duración que debiera completar para demostrar algo.

—Quiero usar uno —dije.

—¿Para qué?

—Para recoger las sillas.

Me levanté. Mauro podría haberlo hecho, pero necesitaba devolver el espacio sin convertir la disposición en una instalación permanente. Cogí primero la silla del testigo y la llevé hacia la pared. Después las dos que me representaban. Cuando intenté levantar la de Nadia, me detuve.

No era Nadia, sino una silla, y aun así retirarla parecía una nueva desaparición, como cerrar la caja con sus mensajes o devolver el cuaderno a la familia. Había pasado años creyendo que conservar su lugar era una forma de amor, cuando en realidad necesitaba mantenerlo disponible para seguir trabajando sobre ella. La levanté.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Mauro.

—No.

La coloqué junto a las demás. No la distinguí mediante una marca ni dejé espacio alrededor. Quedó dentro de la pila, idéntica a las otras.

La sala recuperó su aspecto habitual. Tarima, mesas, biombos, cristal. Ninguna disposición indicaba lo que acababa de ocurrir. Al día siguiente podría utilizarse para una actividad física o una reunión. La reconstrucción no tenía derecho a ocuparla indefinidamente.

Adriana apagó la grabadora.

—Hemos terminado —dijo.

La frase no produjo alivio. Tampoco una caída. Permaneció como un hecho limitado: la sesión había terminado.

Mauro abrió más la puerta.

—Vamos.

Caminé hacia la salida, pero me detuve cerca del interruptor. La luz general seguía encendida. Bastaba bajar una llave para que la sala adquiriera profundidad, para que las sombras separaran la tarima de las sillas y el cristal devolviera un reflejo más limpio.

No toqué el interruptor.

—Víctor —dijo Adriana.

—Lo sé.

Sin embargo, antes de salir miré otra vez las sillas apiladas. Una de ellas había sido Nadia durante unos minutos. Dos habían contenido mis decisiones. Otra había representado a quien observa después y cree que mirar desde fuera permite juzgar sin participar. Ahora ninguna conservaba su función, pero yo todavía podía reconstruir cada posición con exactitud.

La última función no había tenido actores, público ni estreno. Nadie había aplaudido. No terminaba con mi curación, mi condena ni una forma de perdón que Nadia no podía conceder. Yo seguía dentro de Santa Elvira, capaz de reconocer el hospital y también de ver una sala donde quizá sería posible empezar otra obra si alguien me permitiera mover de nuevo las sillas.

Mauro esperaba en el corredor como enfermero.

Adriana sostenía la grabadora apagada.

Yo permanecía en el umbral, observando el espacio vacío y preguntándome si acababa de contar la verdad o de encontrar la forma más precisa de representarla.

Entonces miré las sillas una última vez.

¿Quién interpreta a la víctima?

Agradecimientos

Todo libro empieza mucho antes de que alguien escriba la primera palabra. Empieza en una conversación que permanece, en una imagen que se niega a desaparecer o en una pregunta que, por alguna razón, continúa golpeando desde el otro lado de una puerta. La última función nació de una de esas preguntas: cuánto tiempo puede una persona observar el sufrimiento de otra antes de que la mirada deje de ser inocente.

Quiero agradecer a quienes me acompañaron durante el proceso de convertir esa pregunta en una novela. A quienes escucharon hablar de salas vacías, actores que no parecían actores, puertas que debían permanecer abiertas y nueve segundos capaces de contener una vida entera. A quienes leyeron, señalaron las grietas, cuestionaron las respuestas fáciles y me recordaron que ninguna historia mejora porque su autor se encariñe demasiado con sus propias explicaciones.

Gracias también a las personas que permanecen cerca cuando escribir deja de parecer una vocación hermosa y se convierte en una forma especialmente obstinada de desaparecer durante horas. A quienes respetan los silencios, soportan las ausencias y saben que, algunas veces, acompañar consiste simplemente en no exigir que uno salga de inmediato de la habitación en la que está intentando encontrar una frase.

A mi familia, por estar incluso cuando no siempre resulta sencillo comprender por qué una historia necesita tantas revisiones, tantas dudas y tantas noches. Por la paciencia, el afecto y esa clase de presencia que no necesita ocupar el centro para sostenerlo todo.

A quienes leen mis novelas y confían en entrar en ellas sin conocer por completo qué encontrarán al otro lado. Un libro no termina cuando el autor coloca el último punto, sino cuando alguien lo abre y acepta mirar. Desde ese momento, la historia deja de

pertenecernos por completo y empieza a vivir en una memoria distinta, quizá más honesta, quizá más cruel, pero siempre necesaria.

Y, finalmente, gracias a quienes alguna vez dijeron basta y tuvieron que repetirlo porque alguien decidió interpretar su límite. Esta novela es ficción, pero la necesidad de que una palabra clara sea escuchada no lo es.

Las puertas están abiertas. Las sillas han vuelto a su sitio. La sala puede quedar vacía.

Ahora la mirada pertenece al lector.
